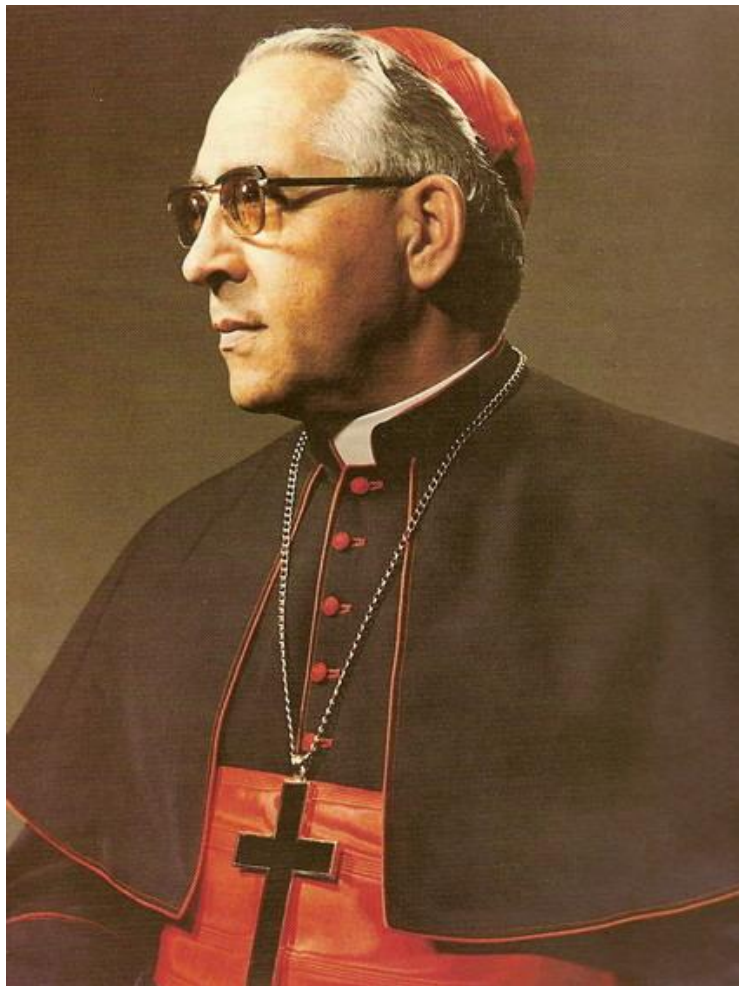


OBRAS DEL CARDENAL MARCELO GONZÁLEZ MARTÍN



XI

Santa Teresa de Jesús,
hija de la Iglesia

PRESENTACIÓN

Estamos en la celebración del quinto centenario del nacimiento de Santa Teresa de Jesús, la gran santa española-abulense, copatrona de España. En este quinto centenario se va a publicar el presente libro de nuestro siempre recordado, admirado y querido, cardenal Marcelo González Martín, Arzobispo de Toledo, que fue tan profundo conocedor, amante y difusor del espíritu y obra de Santa Teresa; la presente obra reúne abundantes escritos, alocuciones, predicaciones de Don Marcelo, todas ellas en Ávila, la mayoría con motivo de la fiesta de la Transverberación de la Santa: un verdadero tesoro para adentrarse en el conocimiento de la Santa y en su seguimiento, que tanto necesitamos.

Los españoles –y particularmente los abulenses con toda razón–, nos gloriamos de nuestra santa más universal, y sentimos y palpamos la cercanía de la gracia de Dios que, nosotros en la ciudad amurallada, ha hecho morada en la persona de Teresa de Cepeda y Ahumada. Nos sentimos y somos agraciados y privilegiados por la inmensa bondad de Dios, porque tenemos la inmensa dicha de contar entre nosotros alguien tan nuestra y tan de Dios, tan cercana a nosotros y tan adentrada en la espesura de Dios, que nos puede guiar con maestría en el camino de Dios y hacia Él, en el camino de su amor, donde se halla la verdadera felicidad, la fuente inagotable de la vida, el origen y fundamento de todo bien, la raíz y la base para nuestra esperanza.

Todo en la ciudad más alta de España, Ávila, –un verdadero símbolo– conserva el recuerdo de su hija predilecta. «La Santa», lugar de su nacimiento y casa solariega; la parroquia de San Juan, donde fue bautizada; la catedral, con la Virgen de la Caridad, que aceptó su temprana consagración; el Convento de Gracia, donde se educó con María de Briceño; La Encarnación, que acogió su vocación religiosa y donde llegó a la cima de su experiencia mística; la Virgen de la Soterraña en la parroquia de San Vicente, donde oró camino de su primera fundación; San José, primer “Palomarcico” teresiano, de donde salió Teresa, como “andariega de Dios” a fundar por toda España. Los pueblos de Ávila, pero también España entera, la reconocemos como “nuestra”, la invocamos como patrona, la admiramos y la miramos como guía y modelo incomparable.

Necesitamos volver a santa Terrea de Jesús, “arroyo que lleva a la fuente” de agua viva, que sacia el corazón sediento del hombre, sediento del Dios vivo. Ella es “resplandor que conduce a la luz. Y su luz es Cristo”: luz que alumbra a todo hombre que viene a este mundo; esperanza de los pueblos; Maestro de sabiduría, libro vivo en que Teresa aprendió las verdades, en el único en quien podemos aprender la Verdad, la Verdad de Dios y la verdad del hombre, que nos hace libres con la libertad de los hijos de Dios; piedra angular sobre la que se edifica la historia. Este libro de Don Marcelo nos ayudará muy mucho en este propósito y necesidad.

Este año jubilar del quinto centenario de la Santa aprovechémoslo –estamos todavía a tiempo, nos ayudará la obra de Don Marcelo– para volver a santa Teresa de Jesús, a su espiritualidad y a sus escritos. Ahí aprendemos y saboreamos esa sabiduría eterna de Dios y manifestada en el tiempo, en la carne, en la humanidad del Hijo de Dios, único camino de la Iglesia, único camino

de Dios al hombre y del hombre a Dios, único camino del hombre a cada hombre. Necesitamos volver a Santa Teresa hoy más que nunca en este mundo de eclipse de lo divino, de pérdida del sentido de la trascendencia, de pérdida del sentido de lo humano y de quiebra de lo humano. Lo necesitan, sobre todo, los jóvenes hambrientos de la trascendencia en sus vidas, y de testigos de esa trascendencia, de nada tan necesitados como de Dios, porque tienen sed de vida, de amor, de esperanza, de felicidad y plenitud, de humanidad verdadera: Y sólo Dios es esa plenitud. Sólo Él es la Vida y fuente de la Vida. Sólo Él es el amor que hace renacer constantemente una esperanza firme más allá de todo lo que produce hastío, desamor y mentira. Necesitamos la enseñanza y el testimonio de la Santa, porque faltando el sentido de Dios, va perdiéndose hoy el auténtico sentido del hombre y el hombre se vuelve contra el hombre, y porque tratando de eliminar a Dios vamos eliminando al hombre y produciendo su destrucción.

Necesitamos seguir los pasos de la Santa Andariega de Ávila, Teresa de Jesús, para descubrir al «Jesús de Teresa», del que tan necesitados estamos todos los hombres, porque Él es nuestro Redentor, el único que tiene palabras de vida eterna, el único nombre en el que los hombres podemos hallar misericordia y perdón, reconciliación y paz, medicina para nuestras heridas y palabra de comprensión para nuestra fragilidad pecadora. Nuestra santa universal, Doctora y Maestra de toda la Iglesia, no tuvo otro vivir que Cristo, porque supo apropiarse la riqueza de la Iglesia, la única que tiene, que no es otra que Jesucristo, y a ella entregó su vida. Necesitamos seguir los pasos de esta mujer santa y no dejarse engañar por nadie, que trate de mostrarnos otro camino distinto al que ella siguió; otro camino distinto que el del conocimiento y el de la experiencia de Jesucristo, que únicamente se adquiere dentro de la Iglesia: en el trato y amistad con Él en la oración; en la Eucaristía, donde Él se nos entrega con una confianza ilimitada y nos hace participar en su misma vida; en la Penitencia, donde Él se nos entrega como perdón y gracia reconciliadora; y en la escucha de su Palabra, recogida en las Escrituras transmitidas y leídas en la Iglesia.

Este año teresiano es una ocasión propicia y providencial para recuperar y fortalecer más aún todo esto y el libro que presento será una excelente ayuda y un gran estímulo.

Viendo a Santa Teresa, Teresa de Jesús, me vienen a la mente como dichas para ella, aquellas impresionantes palabras del Papa San Juan Pablo II, elegido Papa precisamente en fechas inmediatas al día de la Santa:

«No tengáis miedo. Abrid de par en par las puertas a Cristo. Abrid a su fuerza salvadora las fronteras de los Estados, los sistemas económicos y políticos, los vastos campos de la cultura, de la civilización, del desarrollo. No tengáis miedo. Cristo sabe lo que hay dentro del hombre. Él lo sabe. A menudo el hombre se siente invadido por la duda, que se transforma en desesperación. Permitid, por tanto, os lo ruego, os lo imploro con humildad y confianza: permitid a Cristo que hable al hombre».

Esto nos dijo el sucesor de Pedro, al que tan unida, como hija fiel de la Iglesia, estuvo Santa Teresa, al que tanto quiso, por el que tanto rogó y al que tanto ayudó en vida. Y esto nos diría, nos dice hoy también la Santa. Ella nos ruega

que nos abramos a Cristo, que le acojamos, que es lo mejor que puede decirnos y pedirnos Santa Teresa, lo mejor que nos puede pasar.

Como humilde protegido suyo desde mi nacimiento, acontecido un quince de octubre, hasta hoy, y como indigno sucesor, de algún modo, de Don Marcelo en la sede de Toledo, recordando los años que fui Obispo de la diócesis para mí tan querida de Ávila, humildemente y con toda confianza, me presento ante la Santa y me postro ante sus pies para pedirle y rogarle, para suplicarle con toda mi alma: que nos ayude, que nos proteja, que interceda por nosotros. Pongo en sus manos a España, y le digo y pido: «Teresa de Jesús, Teresa de Ávila, Teresa de España, fiel hija de la Iglesia, que amaste y amas con verdadera pasión de hija a la Santa Madre Iglesia, ayúdanos a amar como tú a la Iglesia, a sentir con la Iglesia, a vivir el gozo de ser Iglesia, a fortalecer nuestra comunión y nuestra unidad: Esta, sin duda, fue también la pasión y la gran herencia que nos dejó Don Marcelo, su amor a la Iglesia. A ti, Madre Teresa, ayúdanos a reemprender y hacer camino juntos contigo, como peregrinos para formar la familia santa de los hijos de Dios, donde vivamos el amor de Dios, nos amemos con ese amor y seamos sacramento del amor de Dios en vida y servicio, entregada enteramente en favor de los hombres, especialmente de los últimos, llevándoles el Evangelio de Jesucristo para que crean y se conviertan, le amen y le sigan. En fidelidad a la llamada de Dios, en esta hora de Dios, que es el tiempo que nos es dado vivir, queremos ser fieles a Dios, buscar, encontrar y cumplir su voluntad: y su voluntad es que todos los hombres se salven y lleguen al conocimiento de la verdad, que palpen su amor misericordioso. Queremos ser Iglesia que, como tú, anunciemos a Jesucristo para que los hombres crean y vivan en Cristo, con Él y desde Él, y así alcancen vida eterna y se sientan queridos por Dios, que se vuelca en derroche de amor a favor de los hombres, sobre todo de sus predilectos, que son los últimos, los pobres, los enfermos, los que lloran... Sabemos que esto no es posible, si no se lleva a cabo una renovación de nuestra Iglesia, de las personas que la formamos, de las instituciones. Y esta renovación es la vida interior, es la vida santa. Que nos conduzcas, pues, por los caminos de la santidad, tus caminos. Sólo una Iglesia de santos podrá evangelizar nuestro mundo».

«Santa Teresa de Jesús, modelo de juventud, que tanto atraes a los jóvenes, que tanta fuerza de vida tienes y que tan grande humanidad nos muestras, te encomiendo los jóvenes. Por ellos te ruego, guíalos, que te descubran, que les ayudemos a descubrirte. Los jóvenes, como nadie, necesitan a Cristo, Camino, Verdad y Vida. Enséñanos a mostrarles a Cristo. El Papa San Juan Pablo II dijo cuando vino a tu pueblo, a Ávila, dirigiéndose a los jóvenes con palabras casi tuyas: «Quiero ofrecer como mensaje a la juventud: En este tiempo es menester amigos fuertes de Dios». Necesitamos jóvenes “amigos fuertes de Dios”. No está en los métodos, no está en las organizaciones, tú lo sabes; todo está en la amistad con Dios, todo radica en la amistad con el Amigo que es Jesús, el único que no defrauda. Enséñanos a ir a los jóvenes».

«Teresa de Jesús, Teresa de Ávila, Teresa de la Iglesia, que es la gran familia de Dios, ahora que en el próximo octubre se va a celebrar en Roma un nuevo Sínodo de los Obispos, convocado y presidido por el Papa Francisco, sobre el matrimonio y la familia, te encomiendo a las familias, a los matrimonios, a los jóvenes que se preparan para el matrimonio y para formar nuevas familias, que

descubran, vivan y muestren la verdad, la grandeza y la belleza del matrimonio, y así puedan renovar nuestro mundo, el tejido humano y social de nuestra sociedad. Que, siguiendo tus enseñanzas y bajo tu protección, las familias sean los santuarios de la vida, sedes de la cultura de la vida, hogar de la nueva civilización del amor, iglesia doméstica, lugar de encuentro con Dios, centro de irradiación de la fe, escuela de vida cristiana. El futuro de la humanidad se fragua en la familia. Que nos esforcemos y, con tu ayuda lo consigamos, en salvar y promover los valores y exigencias de la familia».

«Tú, santa Teresa de Jesús, querida madre Teresa, eres Doctora universal de la Iglesia, maestra de la sabiduría, porque has preferido la sabiduría de Dios a todos los centros de la tierra. Necesitamos esa sabiduría: La sabiduría de Dios, que nos lleva a saborear la verdad suya y la verdad del hombre, inseparable del amor y de la misericordia. Tú eres maestra que muestras la Verdad, la Verdad que nos hace libres, la Verdad que se realiza en el amor. Necesitamos una cultura nueva, la única capaz de humanizar nuestro mundo tan deshumanizado, que es la cultura del amor y de la verdad. Necesitamos generar una nueva cultura. España lo necesita. El Evangelio de Jesucristo, como Tú nos lo muestras, tiene una capacidad inmensa de humanización y creación de cultura. Danos tu luz y tu sabiduría para que acertemos en estos momentos a orientar ámbitos, espacios, personas e instituciones, comunidades cristianas, parroquias vivas, que configuren esa nueva cultura y nueva civilización del amor y de la verdad, porque creen en el hombre, inseparable de Dios, y apuestan decididamente por su verdad; que creen que el camino de la sociedad y de la Iglesia no es otro que el hombre tal y como es querido por Dios en Jesucristo, donde se dé el gozo de la verdad. En tus manos pongo las diócesis españolas, en tus manos pongo España, tan tuya, a ti te las confío, a ti te imploro para que la sabiduría que te ha guiado, la verdadera sabiduría que procede de Dios y le asiste en su trono, sea la única que a nosotros nos guíe».

Que Dios bendiga a todos y que santa Teresa nos proteja en este Año Jubilar, que, en toda España, como en toda la Iglesia, sea un año, sin duda y con toda seguridad, de una lluvia de abundantes gracias del Cielo.

¡Gracias, Don Marcelo, por este don que se nos ofrece de su predicación, de sus escritos, de sus enseñanzas sobre Santa Teresa de Jesús! ¡Gracias por esta ayuda que nos ofrece para adentrarnos en los caminos teresianos, en la experiencia y vida de santa Teresa, tan actual siempre!

+ **Antonio, Cardenal Cañizares,**
Arzobispo de Valencia

NOTA PREVIA

Con este tomo XI terminamos la publicación de las Obras Completas del Cardenal Marcelo González Martín.

Esto no impide que sigamos realizando otras publicaciones sobre diversos aspectos de la vida, los proyectos y trabajos que realizó el Cardenal Don Marcelo.

Queremos que este año 2015, cuando conmemoramos el V Centenario del nacimiento de santa Teresa de Jesús, la colección de «Obras completas» se culmine con la edición de las homilias que predicó veintiséis años en Ávila, en los Monasterios de San José y de la Encarnación, muy queridos por él.

Agradecemos muy cordialmente a las Madres Carmelitas del Monasterio de La Encarnación que, dando pruebas una vez más de su generosidad, nos hayan permitido publicar las homilias con el texto que ellas tomaron en cinta magnetofónica y que ya han publicado en otras ediciones, promovidas por su iniciativa.

TRES CONMEMORACIONES TERESIANAS

Homilía pronunciada en la Misa concelebrada el 24 de agosto de 1967 en el monasterio de San José de Ávila.

Hoy celebra la Iglesia la fiesta de San Bartolomé, apóstol, al cual se refiere el texto evangélico que nos ha sido leído. Poco más sabemos de él que estos detalles muy parcos, escuetos, que nos refiere el Evangelio.

A la muerte del Señor, parece cierto, según una tradición no desdeñable, que San Bartolomé marchó a predicar el Evangelio de San Mateo hacia la India. No tiene nada de extraño que fuera así. Y aunque pueda discutirse un poco el dato geográfico, según la extensión mayor o menor que pueda darse a los nombres, tal como entonces se conocían, de lo que sí podemos estar seguros es de que los apóstoles entendieron y cumplieron muy bien lo que el Señor les había dicho: “Id por todo el mundo, y predicad el Evangelio a toda criatura”. De manera que no tiene nada de extraño en absoluto el que ellos, no obstante su pobreza de recursos y medios naturales de toda índole, se lanzaran hacia el mundo entero.

Comentando San Ambrosio la elección de los apóstoles, nos habla de que el Señor –tal como nos lo transmite el Evangelio de San Lucas– antes de llamarlos para formar definitivamente parte del grupo apostólico, pasó la noche en oración. San Ambrosio hace consideraciones muy bonitas sobre este detalle de la vida del Señor, que quiso pasar aquella noche en oración Él solo. Dice él: “Si no me engaño, no consta en ningún sitio que Cristo se pusiera a orar alguna vez con los demás apóstoles: oraba siempre Él solo”.

No debemos sacar de aquí lecciones inconvenientes, porque el mismo Señor es el que dice que “cuando dos o tres están reunidos en su nombre, allí está Él en medio de ellos”. Y, por consiguiente, es Jesucristo mismo el que quiere que nos reunamos en su nombre para orar, para trabajar, para comunicarnos nuestros anhelos apostólicos, para fortalecer nuestros deseos y nuestros propósitos de vida cristiana.

Oración en soledad

Ahora bien, esta observación de San Ambrosio es muy importante tenerla en cuenta, porque hoy se aprecia poco el valor de la oración en soledad. Es un error. Por mucho que avance el movimiento litúrgico, y por muy justificada que esté la oración comunitaria, nunca deja de tener valor y de ser exigible la oración personal y propia de cada uno. Y como el Papa ha recordado varias veces en estos años, esta oración personal, propia, es precisamente la que da sentido y fervor a la oración comunitaria. De lo contrario, se corre el peligro de que la oración comunitaria se convierta en un simple rito puramente externo. Todo lo contrario de lo que pretendía el movimiento litúrgico.

San Ambrosio recuerda esto, al escribir sobre la elección de los apóstoles, uno de los cuales es éste cuya fiesta celebramos hoy: San Bartolomé. Como

recuerda también que Jesús eligió a los hombres sencillos, humildes, ignorantes, para confiarles la misión más trascendental que Dios ha podido confiar a unos hombres en la tierra, exceptuando la misión particular que confió a la Santísima Virgen María.

Eran hombres sencillos, sin cultura, carentes de toda clase de instrumentos de eficacia humana, tal y como los hombres solemos valorarla en nuestros criterios formales. Y, sin embargo, es lo que eligió el Señor Jesucristo. En ellos se apoyaba, para demostrar que la fuerza tenía que venir de Dios, no de los hombres.

Los dos detalles que San Ambrosio comenta tienen una aplicación muy particular y adecuada a vosotras, religiosas Carmelitas, y, de alguna manera, a cuantos estamos aquí participando con júbilo justificado en estas fiestas que hoy conmemoramos. Porque fue en este día cuando Santa Teresa inauguró el monasterio de San José.

Ahora mismo comentaba yo con los venerables capitulares que están aquí concelebrando conmigo la santa misa, esta tradición venerabilísima que ellos conservan: el capítulo de la Catedral de Ávila acude siempre, en este día, al monasterio de las Madres Carmelitas de San José, recordando el interés, el apoyo y protección, que sus predecesores en el cabildo catedral de Ávila prestaron a la Reforma que Santa Teresa iniciaba.

La oración de Santa Teresa

Yo creo que Santa Teresa también oró a solas muchas veces, aquí. Y ella también era una mujer humilde, sencilla, enriquecida con unas dotes humanas extraordinarias, que el Señor quiso regalarle, por supuesto. Pero en cuanto a cultura y medios naturales para acometer la obra de la Reforma, no podemos decir que los tuviera en la mano de un modo especial. Contaba exclusivamente con su fe y con su entrega al Señor, como los apóstoles.

Tampoco ella desdeñaba la oración comunitaria. Al contrario, la iba a fomentar. Pero cuánto insistió después –porque la había practicado antes y siguió practicándola durante toda su vida– en la oración en soledad. Ésta fue la que la hizo fuerte. Ella fue la que de verdad la enriqueció constantemente, y así, como este San Bartolomé –a quien festejaría también en aquel día inaugural de su primer monasterio– se lanzó a predicar el Evangelio de la Reforma por todos los caminos de España.

Ella también fue a la India, en cierta manera. No tuvo dificultad alguna para pasar “fuerzas y fronteras”, para acudir a regiones muy diversas de la geografía española, para ponerse en contacto con hombres, costumbres, instituciones civiles y religiosas de la más variada índole. Porque para ella resonaban también las palabras del Señor: “Id por todo el mundo...” El Evangelio, para ella, era esta misión, que el Señor le había encomendado.

Otro gran orante: San Juan de la Cruz

Vosotras, además, celebráis hoy, o en estos días, aparte del recuerdo que dedicáis a un hecho trascendental en la vida de Santa Teresa: su Transverberación, otro hecho que bien merece ser recordado: el de la venida de San Juan de la Cruz a este monasterio, como confesor. Porque se cumple este año el IV Centenario.

Otro gran orante. Otro gran amigo de la soledad y de los hombres, pero porque empezaba siéndolo de Dios. Y, de esta manera, su influencia poderosa en el orden del espíritu se ejerce sobre Santa Teresa, sobre las monjas de este monasterio y sobre otras muchas personas, a las cuales va llegando el ejemplo de su vida, con las incomprendiones soportadas, y las persecuciones sufridas, incluso la de la cárcel en que tuvo que penar sin haber cometido delito alguno. ¡Es otro gran apóstol del Señor!

El perfume de los recuerdos

¡Cómo se juntan vuestros recuerdos, queridas religiosas!, y hacéis muy bien en evocarlos y en mantenerlos. En una orden religiosa, y de tan robusta tradición familiar como la vuestra, encuentro muy justificado que tengáis la delicadeza de buscar las fechas, incluso de los pequeños acontecimientos, que se han ido sucediendo a lo largo del tiempo en la historia de vuestra vida religiosa. Tiene un encanto singular el que vosotras, las monjas Carmelitas, sepáis celebrar estos centenarios, estos aniversarios de cosas que, a quien contemple los hechos con una mirada más general, más amplia, acaso puedan decirle poco. Pero a quienes viven dentro de la intimidad de la familia, le significan mucho. Es una prueba de delicadeza de espíritu, del sentido de gratitud, del deseo de que perseveren las cosas buenas en el recuerdo y en la conmemoración, para que sigan teniendo una influencia actualizadora en los momentos que ahora vivís.

Yo encuentro perfectamente justificado que celebrarais fechas, por ejemplo, como éstas: la del día en que apareció –si es que consta– tal libro de la Santa Madre: *Las Moradas*, *El Camino de perfección*... se supiera con exactitud cuándo aparecieron esos libros, merecería la pena celebrarlo. O bien, la plantación del avellano, o bien tal visión que ella tuvo. Estoy seguro de que vosotras os esforzáis por recordar un poco todo esto, más todavía que en vuestros libros de costumbres, en el corazón vivo de vuestra devoción filial a Santa Teresa; estoy seguro de que no se os escapan estas fechas. Sabed que, desde fuera, lo valoramos también, y que lo encontramos perfectamente legítimo; más aún: que nos parecería un olvido imperdonable el que no se prestara atención, dentro de la corriente de vida familiar teresiana, a estos detalles que son como el perfume de las pequeñas cosas.

En ese perfume indefinible de la vida de familia, que, las personas de la misma sangre y de un mismo espíritu llaman recuerdos, tradiciones, que tienen a gala conservar. La madre en el hogar, el padre, los hijos mayores, mientras están en casa o cuando vuelven a ella de cuando en cuando, se fijan con cariño, cualquier día, en una fotografía en que pervive el pasado; o en tal mueble que se compró con ocasión de aquel acontecimiento feliz; o en aquel recuerdo con que el esposo quiso un día obsequiar a su mujer o en un regalo que los hijos ofrecieron

a sus padres..., y todo esto no es exteriorismo; es la actividad del alma de la familia derramada en los pequeños acontecimientos, que tienen el valor de intensificar y de hacer perdurar las vivencias de los seres queridos.

La presencia de Santa Teresa

Esta familia vuestra –la de Santa Teresa de Jesús– tiene que recordar todos estos detalles con singular cariño. Pero entre todos los monasterios de carmelitas, estos dos de Ávila. Si vosotras no lo hacéis, ¿quién puede hacerlo? Estas casas, la de La Encarnación y la de San José, todavía conservan, dentro de sus muros, algo de esa casi palpable presencia de Santa Teresa de Jesús. Y es ella, tan grande y tan magnífica, con todos los dones con que Dios la adornó, y con su manera de corresponder a ellos, la que debe ser recordada constantemente por vosotras.

Por mi parte, yo me alegro mucho de haberme podido asociar una vez más a vosotras, en la celebración de esta fiesta.

Recojo no solamente las oraciones vuestras, sino las de este pequeño grupo de personas que están con nosotros aquí, esta tarde. Y esta oración vengo a ponerla en el altar de la misa, para ofrecerla con el sacrificio del Señor, en recuerdo de todas las maravillas que el Señor ha ido obrando sobre vosotras y sobre vuestra Orden, a lo largo del tiempo.

Las huellas de los santos

Al mismo tiempo que, como discípulos de la fe cristiana, tenemos un recuerdo agradecido al apóstol San Bartolomé –aquel hombre de corazón sencillo, en quien no había dolo ni engaño, y que sirvió a Jesús con perfecta lealtad hasta la muerte–, al mismo tiempo, digo fomentamos dentro de nosotros un idéntico recuerdo a esas otras almas apostólicas –concretamente las de Santa Teresa y San Juan de la Cruz– que a lo largo del tiempo han seguido la misma huella y el mismo ejemplo: ir predicando el Evangelio, servir a Cristo con fe y con amor, hacer reformas empezando por reformarse a sí mismos, y orar en comunidad sin olvidarse nunca de la oración a solas. Tratando en ella, primero, con Dios, para poder tratar mejor, después, con los hombres.

24 de agosto de 1972

LA TRANSVERBERACIÓN DEL CORAZÓN DE SANTA TERESA. UNA CONMEMORACIÓN PROVECHOSA PARA TODOS

Debo a vuestra cortesía la oportunidad, ya varios años repetida, de participar activamente en esta fiesta de la Transverberación de Santa Teresa de Jesús. Nunca he rechazado esa oportunidad cuando se me ha ofrecido, gracias, como digo, a vuestra bondad. Participo en ella siempre con gozo y con provecho para mi espíritu. Provecho y gozo que espero experimentéis también todos cuantos estáis aquí, y no sois pocos, para vivir, aunque sea solamente durante unos minutos, el recuerdo intenso y fervoroso de esta singular vida de nuestra Madre Santa Teresa de Jesús, en la cual aparecen fenómenos tan singulares como éste de la Transverberación que hoy conmemoramos.

Y quiero, en primer lugar, felicitaros a vosotras, Carmelitas Descalzas, que habéis sido animosas y habéis demostrado espíritu de fidelidad para hacer las gestiones precisas, en las cuales, modestamente, yo he tenido también la satisfacción de ayudaros, con el fin de que no fuera suprimida esta fiesta en el calendario que vosotras seguís a lo largo del año. Merecéis esta felicitación por vuestro sentido del amor y de la delicadeza.

Hasta la división del alma y el espíritu

Esta fiesta de la Transverberación del corazón de Santa Teresa de Jesús tiene una significación muy profunda. Ahí, en el lugar que ocupa hoy esa capilla, junto a ese ángulo, donde aparecen escritas parte de las palabras que nos han sido leídas, tomadas del libro de su *Vida*, es donde tuvo lugar esa manifestación espléndida del amor de Dios a Santa Teresa de Jesús y del amor de la Santa a Dios Nuestro Señor.

Lo de menos es el fenómeno en sí. Ella lo describe preciosamente, con tal realismo que, evidentemente, el que lo lee y más si conoce el conjunto de su vida, se da cuenta de que está en presencia de una verdadera visión, no de una actitud exaltada de una visionaria. Pero digo que eso es lo de menos y que no debe producirnos ninguna extrañeza el que las comunicaciones de Dios con Santa Teresa de Jesús se manifestaran así o de otra manera.

Acabamos de oír también en la Carta a los Hebreos, que la palabra de Dios penetra como espada de dos filos hasta las divisiones del alma y del espíritu y discierne los pensamientos y las intenciones del corazón. Esa palabra de Dios, es palabra y acción a lo largo de toda la Revelación, tal como se nos transmite en la Sagrada Escritura; se manifiesta sobre los hombres con múltiples efectos, y produce esas extraordinarias manifestaciones en el corazón de cada uno de los que quieren escucharla. Es como un fuego; es un dardo; es una espada que atraviesa el alma de los hombres y descubre sus secretos. Los descubre para iluminarlos y para ofrecer una orientación segura en el camino de la vida.

Fineza de Dios con sus amigos

Pues bien: lo mismo que hace esa palabra de Dios de una manera, diríamos “oficial”, en cuanto es garantizada por la Iglesia en su expresión en la Revelación divina para conducir a los hombres por el camino de la salvación, lo mismo puede hacer la palabra de Dios dirigida de un modo especial por Él a uno de sus elegidos.

Esa palabra será un día una invitación a que Santa Teresa mire con especial contemplación aquel Cristo llagado, ante el cual empieza a producirse en ella la gran conmoción que habría de llevarla a la cumbre de la santidad. O puede ser esto otro: la visión de un ángel hermoso, no muy grande, como un querubín, que con un dardo de fuego penetra en las entrañas de su amor. O pueden ser tantas y tantas llamadas y luces con las cuales Dios se le comunica a lo largo de su vida, con el fin de ayudarla en la misión especial que le había encomendado.

Yo no tengo la menor dificultad en admitir que, supuesta una relación de amor entre Dios y los hombres, se produzcan en el alma de alguno de ellos, llamado a especiales destinos por designios de Dios, comunicaciones también muy singulares. ¿Por qué vamos a extrañarnos? La Transverberación del corazón de Santa Teresa no es un fenómeno aislado en su vida, no es la exaltación de una hipersensibilidad espiritual truncada, solitaria, desconectada del conjunto de todas sus actuaciones. ¡No! Es como una nota más en esa melodía armoniosa, que es la conjunción de todos sus actos, de todos sus amores, de todas sus entregas progresivas y cada vez más intensas a Dios Nuestro Señor. Y así es como hay que contemplarlo.

Nosotros nos reunimos hoy aquí para conmemorarlo, seguros, como decía al principio, de que somos los primeros beneficiarios de esta conmemoración.

Una palabra que no empleo con gusto

Tiene, además, una especial significación el hecho de que nos reunamos en esta iglesia de la Encarnación para conmemorar este episodio tan singular. Y aquí voy a hacer una precisión, que podrá parecer extraña, pero que estoy seguro dejará de serlo en cuanto meditéis conmigo un poco en el análisis sencillo que hago.

Tiene, digo, particular interés, *porque nos es muy útil, hoy, en la situación actual de la Iglesia en que vivimos.*

He pronunciado una palabra que no empleo con gusto. Es la palabra: *útil*, porque da la impresión de ceder un poco ante el criterio utilitarista de la época. Pero yo la empleo deliberadamente para significar que es verdaderamente útil para la Iglesia de hoy que conmemoremos hechos de esta índole y que sepamos encontrarnos aquí, sacerdotes, religiosos y fieles seculares en unión con esta comunidad de Carmelitas Descalzas.

No es fiesta únicamente para estas monjas que están ahí, tras esas rejas, en el coro desde el que participan con nosotros en el santo sacrificio de la misa. Es fiesta también para nosotros, obispos, sacerdotes, religiosos y fieles seculares metidos en el mundo hasta los ojos. Es útil que nos detengamos en la

contemplación de estos fenómenos, extraños solamente para nuestra rutina; normales en la comunicación de Dios con sus almas escogidas.

Hay que adorar a Dios. Reconocer su grandeza

Es *útil*, en primer lugar, *porque nos permite conocer esos designios de Dios y adorarle*, al contemplar esas manifestaciones tan sublimes de su amor. Y una de las cosas que más necesitamos hoy, en la Iglesia actual del postconcilio, es detenernos para adorar; detenernos en silencio ante la majestad de Dios y prescindir, siquiera por unos momentos, de tantos afanes como nos agitan en relación con lo que llamamos el apostolado, para detenernos en la grandeza de ese Dios, que sabe comunicar tales maravillas a los hombres, y adorarle. Sencillamente eso: adoración, reconocimiento de su grandeza y de su misterio de amor.

No detenernos exclusivamente en nuestras pequeñas polémicas, en nuestras torpes discusiones sobre cómo hemos de evangelizar al mundo, sino abrir más la mirada para comprender que sólo ahí, en la grandeza infinita de un Dios que se comunica, se encuentran las raíces del amor que nosotros queremos llevar a los hombres.

Fidelidad de las almas santas

Es *útil*, en segundo lugar, *porque nos permite también conocer la grandeza de algunos elegidos*: hombres, mujeres, elegidos, sí, por Dios, pero fieles a Él con una fidelidad, que en todo momento correspondió a la gracia de la elección, y que en virtud de esa conversión continua –de que tanto hablamos hoy abusando retóricamente de la palabra y también de su contenido–, en virtud, digo, de una conversión continua de su corazón, llegan al místico desposorio: unión divina de amor entre el alma de una criatura y el Dios que la ha puesto en el mundo y la ha redimido.

La contemplación, raíz de la acción fecunda

Y es *útil*, en tercer lugar, *porque nos permite también descubrir dónde están las raíces de la fecundidad espiritual* de nuestros trabajos apostólicos: obispo y sacerdotes; y de los vuestros, seculares, que vivís las preocupaciones de una familia o de una profesión; y de los que afrontáis vosotras, religiosas, dedicadas a distintos ministerios según pertenezcáis a una u otra congregación.

Las raíces de la fecundidad espiritual de nuestra acción están ahí: en esas operaciones misteriosas, pero sencillas. Que son misterio, porque es una comunicación extraordinaria de Dios sobre el cauce de lo más sobrenatural en relación con una criatura; es sencilla, porque se reduce a eso, a un coloquio de un alma que cree y ama y un Dios que da respuesta a esa fe y a ese amor. En ese sentido es sencillo, porque Dios puede convertir en sencillez las operaciones que a nuestros ojos son las más difíciles y las más incomprensibles.

Pues bien, ahí, *en esa comunicación con Dios está el secreto de nuestra fecundidad. Ésta es la gran utilidad de los contemplativos*, de almas como éstas,

las Carmelitas Descalzas, que viven en sus monasterios, y tantas y tantas esparcidas por el mundo y continuamente enriqueciéndose con la doctrina y los hechos de vida de Santa Teresa de Jesús.

No hay vida contemplativa que no induzca a la acción, y si no se puede realizar una acción apostólica, porque el género de vida lo impide, porque se vive encerrado o en la clausura, el alma es capaz de romper las paredes, siempre ayudada por la gracia de Dios, y poner los secretos de apostolado que darán su fruto, cuando menos lo pensemos en cualquier parte del mundo donde habitan los hombres.

Ayudar al Crucificado

Las almas contemplativas, las que viven esta unión con Dios, las que se dejan traspasar el corazón con el dardo de la Palabra Divina que puede ser una frase del Evangelio, una meditación sobre Cristo Crucificado, un ángel que Dios envía, ¿qué más da?, esas almas siempre tienden a realizar –y de hecho realizan– un apostolado activo de primer orden.

Es la misma Santa Teresa de Jesús la que nos expone esta doctrina precisamente cuando habla de la séptima morada, y dice con palabras más o menos parecidas a éstas: que le causan espanto aquellos que desean morir para gozar del Señor, porque cuando se llega a este grado lo que se anhela es no morir, sino seguir adelante, y que no se busca ya la propia satisfacción. De tal manera que, si a un alma se la asegurase poder salir de este mundo para poder gozar de Dios, esa alma rehusaría, porque lo único que querría es ayudar al Divino Crucificado y hacer que fuera más amado y más conocido donde quiera que existan hombres que puedan meditar en Él. Esto dice Santa Teresa, hablando de las almas que llegan al grado supremo de la contemplación, y bien visible se hizo ello en todo el conjunto de sus actuaciones a lo largo de su vida tan rica y tan fecunda.

Perenne cercanía de Santa Teresa

He aquí brevemente expuestas, porque no debo abusar más de la consideración que me prestáis con vuestra atención respetuosa, brevemente expuestas, lecciones que tienen una aplicación y un valor inmenso para nosotros en la Iglesia de hoy.

¡Qué bien que de cuando en cuando vengamos a estos monasterios y nos acerquemos aquí hombres y mujeres, del mundo entero y de todas las religiones, particularmente a este monasterio y al de San José, buscando algo que en el mundo no se encuentra!

No solamente el recuerdo; no sólo se quiere encontrar la huella histórica de esa mujer singular que ha merecido todas las alabanzas de parte de la cultura y de la civilización cristiana contemporánea. Se busca algo más: el secreto del espíritu, de lo sobrenatural, de la unión con Dios.

A Santa Teresa se la respeta, se la quiere; la sentimos próxima a nosotros, sabemos que está colocada, gracias a la fidelidad con que respondió a los

designios de Dios, a una distancia, que consideramos inaccesible a nuestra pobreza espiritual. Y, sin embargo, casi sentimos que nos va a dar la mano. Así es ella, de humana y de rica en su generosidad. Algo percibimos, cuando venimos aquí y nos damos cuenta en nuestro interior de que lo mismo para la vida de la Iglesia que para las relaciones de los hombres en el mundo hay que tener la valentía y humildad a la vez, de buscar la paz del Señor; esa paz que se logra en el silencio de la oración y de la contemplación. Una paz hecha de dolor o de ternura, de amores casi infinitos y de realidades cotidianas tan duras y vulgares como las que podemos padecer cualquiera en las más normales condiciones de nuestra vida. Una paz que no es de este mundo, pero que ha sido prometida por Dios en este mundo para los que creen en Él y los que quieren seguirle.

Un manantial que el mundo necesita

Queridos sacerdotes, religiosas, queridas familias cristianas, demos gracias a Dios Nuestro Señor porque nos permite este privilegio de poder encontrarnos hoy aquí en el mismo lugar donde se realizaron estos fenómenos extraordinarios, que hacen tan singular y tan rica la vida de Santa Teresa. Y démoslas también a las religiosas Carmelitas, que mantienen encendida la antorcha y, sin preocuparse, con esa serena impavidez de los que tienen fe, saben continuar su camino alabando a Dios, ofreciendo el don de su vida con esa alegría, con ese gozo tan normal que es siempre un encanto para el que puede descubrirlo en una simple conversación que con ellas se tenga. No se envanecen, no, porque saben que ello no es un don suyo, es don de Dios que llega a sus almas en virtud de esa amorosa correspondencia con la cual tratan de serle fieles.

El mundo necesita mucho de esa alegría, de esa paz y de esa fidelidad en el servicio de Dios. ¡Mejor nos irían las cosas en todos los campos de la actividad apostólica, si supiéramos detenernos de cuando en cuando junto al agua que brota de ese manantial tan puro!

26 de agosto de 1973

3

SANTA TERESA Y LAS DELICADEZAS DEL AMOR

Una vez más celebramos la fiesta de la Transverberación del corazón de Santa Teresa de Jesús, y yo me alegro mucho de poder participar en ella también, nuevamente. Es para mí una satisfacción y un honor al que correspondo con un saludo respetuoso y cordial al Señor Administrador Apostólico de la Diócesis y a vosotros, queridos sacerdotes, religiosas Carmelitas de la Encarnación y hermanos todos en Nuestro Señor Jesucristo.

Al meditar esta tarde, en la capilla, sobre qué podría decirnos, se me ocurrió pensar en *cómo podría presentarse, hoy, la justificación plena de esta fiesta y de esta celebración de la Transverberación del corazón de Santa Teresa.*

Una conmemoración singular

A lo largo del Año Litúrgico vamos celebrando las fiestas del Señor, desde el Adviento, en que conmemoramos todo lo que significa preparación y espera de la venida del Salvador, hasta la Santísima Trinidad, origen y término infinitos de la vida de Dios, en sí, y en su relación de amor y de salvación para con los hombres. Las fiestas del Señor son, evidentemente, las fundamentales. Pero celebramos también las fiestas de la Virgen y los santos. Y, entonces, es como si quisiéramos contemplar la hermosura de la luz de Cristo reflejada en el rostro de su Madre bendita y en el de todos aquellos que se han distinguido en su servicio.

Y, ¿qué ocurre? Sucede que, al celebrar el aniversario de su muerte, que es el día de su nacimiento para el cielo, solemos hacer una consideración global sobre el conjunto de su vida, fijándonos en los rasgos más salientes, por los que son conocidos en la historia de la santidad. Y así, cuando llega el 15 de octubre, fiesta de Santa Teresa, o el 31 de julio, fiesta de San Ignacio de Loyola, pensamos o se nos invita a pensar, no en el detalle, ni en la totalidad de esas vidas maravillosas, que no podemos abarcar en una consideración lógicamente breve, sino en aquello que más se distingue: su carácter de reformadora o de fundador. Y así con los mártires, testigos de la fe, o con los apóstoles, predicadores de ella...

Pero hay santos de los que conmemoramos, además de su aniversario, algún hecho aislado que es un aspecto, por decirlo así, específico de la particularidad de su vida. Y esto es lo que estamos haciendo hoy con Santa Teresa de Jesús.

Es un poco lo que pasa cuando contemplamos un bello paisaje: por ejemplo, el que nos brinda la naturaleza, en el campo, siempre tan bello. Acaso estamos acostumbrados a contemplarlo miles de veces y, ciertamente, nuestra sensibilidad percibe perfectamente la belleza que posee. Pero si este mismo paisaje lo contemplamos de la mano de un poeta, que tiene una sensibilidad estética más perfecta que la nuestra, percibimos detalles nuevos. Y, acaso, sin que nos acompañe un poeta. Muchas veces basta la compañía de un labriego

rústico o de un pastor que vive guardando su rebaño, y saben describirnos mejor que ningún otro el vuelo de un ave, las costumbres de un animalillo, la evolución de una planta, o el reflejo de las luces del cielo sobre esos regatos de agua cristalina que corren por el campo. Y el día en que hemos hecho alguno de estos descubrimientos, nos gozamos con un placer estético mayor del que habíamos ya experimentado al contemplar el campo con nuestros propios recursos.

En las vidas de los santos hay también así..., como fiestas de familia, en que tienen que ayudarnos personas de una sensibilidad de amor especial para descubrir y celebrar un aspecto particular muy determinado. Esto es lo que tienen que hacer hoy con nosotros los hijos y las hijas de Santa Teresa de Jesús. Ellos son los poetas o los labriegos que conocen bien su campo. Nos traen aquí, y nos invitan a celebrar, en este monasterio de la Encarnación y en todos los monasterios del Carmelo, esta fiesta tan delicada y tan hermosa.

Una triple interrogación

Quizá por esto y por todo lo que es y representa Santa Teresa de Jesús, podamos decir con toda verdad que Ávila, su ciudad y la vuestra, es una de las ciudades más visitadas, sencillamente por amor. Otras lo son por su grandeza, por sus recuerdos históricos, por el arte que encierran..., y no es que a Ávila le falte nada de esto –que tiene también tanto, que le sobra–. Es que lo que se busca aquí es, ante todo, una fragancia, un espíritu, una presencia. Se viene por amor y se viene desde todas las partes del mundo buscando, eso, la presencia y el recuerdo vivo de Santa Teresa de Jesús. Lo experimentamos un poco todos, hoy.

Y entonces, se me ocurre plantearnos esta triple pregunta:

¿Qué significa esta fiesta para vosotras, Carmelitas?

¿Para nosotros, sacerdotes?

¿Y para vosotros, seglares?

Como veo también aquí bastantes religiosas, que no son hijas del Carmelo, me permitirán las que están ahí ocultas, detrás de esas rejas, que, por esta tarde, las asocie a ellas con vosotras, para que lo que a vosotras os digo, llegue también hasta ellas, merced a esta ampliación que vosotras hagáis de vuestra bondad.

Contemplación gozosa, sí, pero comprometedora

Pienso yo que, a vosotras, *Carmelitas de la Encarnación*, esta fiesta os invita a la complacencia. Y voy a explicar por qué.

A lo largo de todo el año, vuestra entrega a Dios Nuestro Señor en vuestra vida consagrada y vuestra devoción siempre creciente a vuestra Santa Madre, van invitándoos a imitarla a ella en sus trabajos, en su oración, en todas sus luchas –vosotras desde aquí– por la Santa Madre Iglesia a la que ella amaba tan ardientemente. Tenéis, pues, muchas ocasiones, a lo largo del año, que son una invitación fuerte a la vida de austeridad y desprendimiento de Santa Teresa, con

todo el sacrificio de que seáis capaces. Debe haber también un día en que tengáis pleno derecho a la complacencia. Complacencia no evasiva, sino santamente comprometedor, porque os pedirá tres cosas: obsequio, fidelidad e imitación.

Cuando hoy pensáis, como lo estaréis haciendo todo el día, en aquel momento misterioso de la vida de Santa Teresa que nos habéis leído antes de comenzar la misa de la Transverberación de su corazón por aquel ángel pequeño, que le atraviesa las entrañas con aquel dardo de oro, largo, que al salir parecer que se las arranca y se las lleva consigo; cuando pensáis en esto, hoy, digo, tenéis derecho a sentaros un rato, o de rodillas, según sea vuestra costumbre, y dedicaros largamente a la contemplación amorosa, complaciéndoos, simplemente, sin orgullo institucional de ningún género, en tener una madre que fue capaz de recibir tal merced del cielo. Muchos días hacéis penitencia. Siempre, casi. Es ley de vuestra vida, y nunca soléis estar tristes, a pesar de toda esa penitencia corporal, y muchas veces espiritual, que habitualmente os acompaña. Tampoco hoy habréis dejado de hacer sacrificios. Pero, abrid vuestros labios y dibujad en ellos la amplia sonrisa de vuestro corazón y de vuestro espíritu, gozándoos en esta inenarrable delicia. Inenarrable –he dicho mal–, porque ella la expresó soberanamente bien en uno de los capítulos de su *Vida*. Y, sencillamente, quedaos, estad en familia, gozando de estas intimidades que a los familiares pertenecen, complaciéndoos en ella y dejando que vuestro espíritu se derrame gozoso, dando gracias a Dios, una vez más, mostrándole vuestro contento de hijas pequeñas, de tener una madre tan dichosa.

Dichosa, a pesar de que ella dice que el fenómeno extraordinario del dardo que atravesó su corazón la llenaba de dolor. La hacía prorrumpir en quejidos y exclamaciones de un dolor intenso del espíritu y, no escaso, sino hart, también del cuerpo. Pero a la vez, en una dicha y en un gozo espiritual que no son de este mundo.

Un poco de dardo

Ahora, *a vosotros, los sacerdotes*. Vosotros me lo permitís, porque yo no pretendo dar lección ninguna, sino sencillamente decir lo que esta tarde meditaba, y escribía –porque fui tomando notas según reflexionaba– sobre el profundo significado de esta fiesta.

Creo que, para nosotros, los sacerdotes, esta fiesta de la Transverberación del corazón de Santa Teresa es una invitación a la humildad, y diré por qué.

Hoy, como consecuencia del momento eclesial que vivimos, del afán pastoral y del deseo de llevar la presencia de Cristo al mundo, de salvar a los hombres, de impregnar de sentido cristiano la cultura y la civilización, se produce no pocas veces una tensión frecuentemente agudizada y carente, alguna vez, de serenidad evangélica, por la que tendemos a simplificar demasiado las cosas. Y lo que es ya una tentación habitualmente nuestra en cualquier época –prescindiendo de ésta que vivimos–, se acentúa más vigorosamente aún hoy.

Nos movemos con arreglo a esquemas muy cerebrales. Platicamos mucho. Manejamos con facilidad nuestros conceptos teológicos abstractos, y... ¡Ya está! Acaso nos contentamos con decir que hemos dado un paso más y que hacemos

más reflexión bíblica. Pero caemos de nuevo sobre el libro de la Vida en el mismo error en que caemos en el libro de la Teología, que explica el libro de la Vida: la Biblia, y todo, son planteamientos, juicios críticos, posturas a veces apriorísticas, exámenes, discernimientos en conformidad con cualquier ideología. Y entonces, la tensión –que es una fuerza evangélica sana– se convierte casi en una lucha apostólica. Pero no es la lucha del apóstol, sino la lucha de las tendencias apostólicas. Y esto nos quita la paz. Y ofrecemos al mundo tan sólo eso: esquemas cerebrales. Yo creo que *nos falta un poco de “dardo” en el corazón*, aunque no sea de oro, pero que nos atravesase un poco, y ponga en nuestras almas la dimensión del amor. ¡Básico! ¡Básico!

Respondamos a una pregunta

No faltaría acaso quien, al pensar en esta fiesta, dijera: Es algo tan..., ¡tan perteneciente al mundo de la fantasía! Un hecho del que no hay más testigo que quien lo narra, y es, al mismo tiempo, el sujeto beneficiario del fenómeno místico. Descrito en la vida que de sí misma escribió. Algo tan extraordinario que, aunque las imágenes con que lo narra sean así de vivas que lleguen a hablar de desgarramientos físicos, es al mismo tiempo tan sutil, que resulta inaprensible. ¿Con esto vamos a evangelizar al mundo de hoy? Esta fiesta, acaso pueda ser buena para esa complacencia de las hijas del Carmelo... Pero, para nosotros, en este mundo atormentado de hoy, esto, ¿qué puede significar?

Digo que, tal vez, podrían hacerse preguntas de este tipo. Al que las hiciese, yo me atrevería modestamente a responder. Veamos.

Prescindamos ahora de la descripción que de este fenómeno místico nos hace Santa Teresa de Jesús. Retengamos tan sólo la idea de que, ciertamente entramos en un misterio de comunicación íntima del alma con Dios.

Los dardos del Evangelio

Y ahora, cojamos el Evangelio, y si observamos a fondo la vida del Señor en su relación con quienes le rodean, vamos encontrando lo mismo.

¿Qué fue el Señor, Jesucristo, para la Virgen María, su Madre bendita? Desde el momento de su concepción virginal en la pobreza y desamparo de su nacimiento, en su desaparición por tres días consecutivos en el templo, en la soledad de la vida pública. Es un “dardo” que traviesa el corazón de la Virgen entre dolores y dulzuras.

¿Y con los Apóstoles? Los llama. Los inunda de un gozo inefable, porque, aunque confusamente, perciben que están en presencia de alguien y de algo misterioso: el advenimiento del reino mesiánico. Los atrae con tal fuerza que le siguen. Pero inmediatamente les exige la renuncia total. Y ya están los rudos apóstoles, desde el principio, transverberados también. Con el corazón lleno de una secreta alegría que no saben describir, pero que los inunda porque han encontrado al Mesías. Pero juntamente con Él, las pruebas, las contradicciones, el dolor...

Y lo mismo con Marta y María..., y con el Buen Ladrón, en la cruz. Le llena de esperanza asegurándole la posesión de la felicidad plena: “Hoy estarás conmigo en el paraíso” ... Pero le deja clavado en la cruz, sufriendo mientras le dure la vida.

Ésta sería mi respuesta para quienes se acercaran a este fenómeno de la Transverberación de Santa Teresa de Jesús con un criterio excesivamente crítico: la que puede parecer algo perteneciente solamente a la fantasía del mundo del espíritu, fue la ley normal de Jesucristo con los suyos, en el Evangelio.

Las bienaventuranzas tienen también su “dardo”

Y las bienaventuranzas, ¿qué son?, ¿qué son sino un permanente contraste de alegrías y dolor? “Bienaventurados los que lloran” ... ¡Es algo que sólo puede decir el Señor! Pero ahí puso Él precisamente el secreto de su bienaventuranza. Por lo cual no es extraño que a un alma como la de Santa Teresa, a la que Cristo Dios preparaba para grandes empresas de amor, la llenase de él y sellara su corazón con ese fenómeno místico, que ella nos refiere en su Vida.

Lejos de ser ésta una festividad que permita la evasión, es una lección oportunísima para los que tenemos que evangelizar al mundo de hoy. Porque acaso nos sobre demasiado cerebro en el planteamiento de las cuestiones, y nos falte un poco de corazón humilde que se deje clavar por el Señor en las dulzuras y, a la vez, en los pequeños o grandes tormentos que van siempre unidos al seguimiento de Cristo.

El sacerdote que admite esto en el secreto interior de su vida, va también inflamándose de amor –como pedimos en la oración de la liturgia– y fortaleciéndose para las nobles empresas que le esperan, al servicio de la Iglesia, en la parcela que Dios le ha encomendado.

Luego también vale para nosotros, sacerdotes, esta fiesta.

El dardo de la delicadeza

¿Y para los demás? Para vosotros, *seglares*, distinción que hago simplemente, porque a ello me lleva el orden lógico del pensamiento; no porque trate de discriminar clases.

Pienso que, para vosotros, *esta festividad es una invitación a la delicadeza*. Para nosotros, a la humildad; para las religiosas, a la contemplación; para vosotros, a la delicadeza.

Es muy delicada esta fragancia del espíritu de Santa Teresa. Muy hermosa. Permitidme que nos recreemos un poco en eso del dardo de oro, movido por un ángel pequeño, muy hermoso. Tenía que ser una mujer de dotes femeninas tan extraordinarias como las de Santa Teresa, la que supiera describir así aquella merced recibida.

El mundo de hoy en que os movéis, y nos movemos todos; incluso el mundo cristiano y religioso de la Iglesia, quiero decir: el mismo ambiente eclesial de nuestras diócesis, de nuestras parroquias, de nuestras asociaciones apostólicas,

de nuestros grupos de trabajo en conexión con el mundo, están muy necesitados de delicadeza.

No basta, no basta

Hay demasiada turbación y tensiones excesivas. Hay, a veces también, una tendencia a reducir nuestra vida cristiana a esquemas intolerables que no pueden darse en una religión en la que el mismo Cristo –Verdad revelada– empieza por decirnos que a aquel que guarde su palabra vendrá Él y, juntamente con Él, el Padre y el Espíritu Santo, y harán su mansión en él. No se puede reducir nuestra religión a la simple observancia de los mandamientos, aunque ellos sean la norma que dicta la moral cristiana. Pero peor todavía es desnaturalizar los mandamientos: hacer de ellos una interpretación esquematizada, desmedulada, en la que sólo se van reteniendo cuatro cosas que no choquen con el ambiente sociológico actual, mientras que de todo lo demás dicen, se nos dice, “que no tiene importancia”. Y así, poco a poco, casi insensiblemente se va perdiendo el espíritu de oración, el espíritu de modestia, el espíritu de amor fraterno. No basta tener caridad “en abstracto”, en general; hay que amar a cada uno con amor fraterno. No basta tener castidad; hay que tener modestia. No basta con tener justicia; hay que tener detalles delicados en su observancia: respeto, veneración, sentimiento de benevolencia y de cooperación..., todo, en fin, lo que está faltando en el mundo de hoy. No basta tener sentido de familia reduciéndolo al núcleo íntimo de lo que representa la unidad e indisolubilidad del matrimonio. Hay que tener reverencia ante el hecho de la familia como “pequeña iglesia doméstica” que es “el templo”, donde los esposos, los padres, los hijos, los hermanos, se ayudan a vivir juntos el amor de Dios, sobrellevando las pequeñas o las grandes cruces; rezando juntos para pedir a Dios las fuerzas necesarias para seguir caminando a una.

Es decir: no basta nunca la observancia meramente exterior. Estamos necesitando una explosión de delicadezas interiores, de las que está tan falto el mundo de hoy y que necesita muy particularmente la Iglesia de nuestros días.

¡Delicadeza, hermanos, delicadeza! Y qué hermosos detalles de ella nos ofrece en su vida Santa Teresa en su fidelidad a la Iglesia.

La voz de la Iglesia

¡Qué pena! En todos estos años se ha estado repitiendo que hay que pensar en la Virgen María como tipo de fe, y servidora de la justicia de Dios, mientras se trataba de despojarla al mismo tiempo de los privilegios que constituyen su más rica intimidad. Se pretendía reducirla también a un esquema, cuando es la plenitud de la gracia. Pero viene el Papa Pablo VI y, en su exhortación apostólica *Marialis cultus*, después de exponer la teología del misterio de la Virgen María, no se desdeña de bajar a los pequeños detalles, ¡y hay que ver cómo nos habla del Rosario y del Ángelus! También se nos habían dicho muchas cosas equivocadas sobre el culto eucarístico fuera de la misa. Y viene la instrucción de la Sagrada Congregación volviéndonos a hablar de lo que nunca debíamos haber abandonado: las visitas al sagrario, la exposición del Santísimo, las procesiones del Corpus.. y así, también a lo largo de todos estos años, la Iglesia,

en todos sus documentos, nos ha ido exponiendo delicadamente estas verdades centrales de nuestra fe, que iban quedando oscurecidas por la confusión reinante.

La señal de la cruz y el agua bendita

Delicadeza, hijos, y fidelidad a la doctrina de la Santa Madre Iglesia. Buen ejemplo nos da de ella Santa Teresa, por ejemplo, en su devoción al agua bendita. Y no es un ejemplo que sobre, porque ya ha desaparecido casi de nuestras iglesias. Ella, sin embargo, pondera qué bien obra la Iglesia en todas sus determinaciones, y comprueba que, si para ahuyentar al enemigo es poderosa la señal de la cruz, es todavía más eficaz el agua bendita. Y declara la Beata Ana de San Bartolomé en el proceso de beatificación de Santa Teresa, que, en sus viajes, gustaba de llevar pequeñas cantimploras llenas de agua bendita, que solía tomarla siempre antes de rezar el Oficio divino y que le era refrigerio no sólo corporal sino espiritual también. Porque sabía que, a través de ese elemento de la creación –que la bendición de la Iglesia ha convertido en un sacramental– recibía de Dios algo de los beneficios de la Redención. ¡Esto es fe! Pero fe delicada; fe de detalles, que son como rosas fragantes de un jardín amorosamente cultivado, cada día, con la piedad filial y los estímulos interiores de una entrega ardiente al Señor.

Amar a Dios por sí mismo

Yo me rindo ante el ejemplo de estos santos y pienso, ¿por qué no seremos capaces de incorporar a nuestra Iglesia toda la sana y espléndida renovación que quiere el Concilio Vaticano II y continuamente nos urge el Papa, conservando, a la vez, las necesarias delicadezas en nuestro trato con el Señor? De verdad, ¿tenemos fe en el Señor? ¿Creemos que Él está presente entre nosotros? ¿O nos vamos contentando con esos tópicos, tan frecuentes ahora, de que con atender al prójimo ya está todo hecho? ¡Que no, hijos, que no! Es muy cierto que no amamos al Señor si no amamos a nuestro prójimo. Pero el Señor tiene su identidad propia y es la que debe ser reconocida, adorada, amada en sí misma, porque sólo de Él, e imitando los ejemplos de su vida, tendremos fuerzas para amar a los demás y para contribuir con Él a la salvación del mundo.

Y nada más, hijos, porque me haría interminable. Pero es que cualquier detalle de la vida de Santa Teresa es una lección de perenne actualidad.

Y, para terminar, os pido a vosotras, Carmelitas de la Encarnación, que, ya que hoy ha sido la fiesta de vuestra complacencia, mañana, o esta misma noche, empecéis una jornada de oración y de sacrificios ofrecidos por amor para que aprendamos estas lecciones de humildad y de delicadeza, y vayamos todos siendo mejores, cada uno dentro de nuestro propio estado.

26 de agosto de 1974

4

SANTA TERESA Y SU TRATO FILIAL CON DIOS

Nuevamente tengo la oportunidad de celebrar esta fiesta teresiana aquí, con vosotros, en la iglesia de este monasterio tan visitado por todos aquellos que no tienen cerrado su corazón al recuerdo y al amor de Santa Teresa de Jesús. Para mí es muy grato siempre este encuentro renovado ya año tras año, desde hace algún tiempo, porque también me sirve para fortalecer mi espíritu... teresiano y entrar un poco más en la meditación de esos pequeños detalles de piedad, que nos ofrece en su vida Santa Teresa. Ya que no sabemos llegar a los de un alma tan distinguida como la de ella, que no descuidemos, al menos, aquellos a los que debemos aspirar los que caminamos por senderos más vulgares.

Todos sacamos siempre gran provecho de una fiesta como ésta. Y yo voy a tratar precisamente de responder a esta pregunta: ¿Qué beneficios espirituales pueden desprenderse de la conmemoración de este hecho de la vida de Santa Teresa, que ella nos narra con expresividad inimitable: la Transverberación? Es decir: su corazón traspasado por el dardo de aquel ángel que llega hasta ella y la deja sumida en un dolor y en un gozo suavísimos, indecibles, de calidad celestial; algo que no sabe cómo describir. Y por eso termina diciendo: “Yo suplico a Dios que ojalá se lo hiciera sentir a todos los demás para que pudiesen comprobarlo”.

Aquí estamos nosotros. Hoy –y que nos perdonen las monjas del monasterio– la comunidad ha salido aquí, al templo; cuantos estamos aquí asumimos el privilegio vuestro y, miembros también de una comunidad más amplia que la vuestra, venimos a unirnos a vosotras para meditar por el bien espiritual que puede derivarse de la conmemoración de este hecho extraordinario de la vida de Santa Teresa.

Andariega, escritora y algo más

1. El primero de todos, es que nos sirve para conocer mejor a la misma Santa Teresa. Debe servirnos para no quedarnos únicamente en un conjunto de imágenes estereotipadas y fijas que nos ha transmitido la historia. Porque con personajes de tanta grandeza suele ocurrir esto que digo: unos y otros nos hacemos a ciertos clichés que llegan hasta nosotros –con fundamento histórico y real–, pero no pasamos de ahí. Y ponderamos, con todo derecho, los singulares méritos, de toda índole, de aquella figura extraordinaria, pero se nos esfuman los detalles. No basta considerar a Santa Teresa como fundadora o reformadora del Carmen Descalzo, con todo el heroísmo de sus viajes. No basta que los mejores escritores y críticos de la literatura española nos presenten de ella retratos acabados en que nos la pintan como maestra en el decir. No basta lo que nos digan los psicólogos que tratan de investigar el núcleo más íntimo de su personalidad. Ni bastan siquiera sus cartas llenas de gracia, de tino y de fervor. No basta, no.

Hace falta todavía un poco más. Hay que sorprenderla en los pequeños detalles que le brotan del alma. ¡Son tantos los que abundan en su vida! Ella, a pesar de que siempre escribió un poco forzada por el mandato que recibía, pues no gustaba hablar de sí misma, nos dejó suficientes expresiones reveladoras de ese misterio tan rico de su intimidad religiosa. No nos basta el paisaje en su conjunto. Hay que oír el canto de los pajarillos, que cantan con voz suave “no aprendida”, como dice Fray Luis de León. Hay que ver, en el bosque, el árbol de figura caprichosa. Hay que seguir el curso del agua cristalina de un riachuelo. Hay que saber captar los detalles.

Y éste, concretamente éste de su Transverberación, en que aquel serafín le deja el corazón traspasado de amor y de dolor, haciéndole experimentar aquel fenómeno misterioso, de orden sensible, nos coloca de golpe en una perspectiva deliciosa de su intimidad con Dios y del trato de amor a que con Él había llegado merced a su esfuerzo tan generoso. Pero yo quiero fijarme en un detalle. Quiero hacerlos advertir con qué sencilla espontaneidad se manifiesta ella, levantada a esas alturas. ¡Lo ha experimentado vivamente! Se sabe capaz, apenas de describirlo. Y lo único que se le ocurre es que ¡ojalá todos pudieran experimentarlo para que sintieran lo mismo! No lo quiere solamente para sí. Desea que lo más íntimo y lo más rico de su trato con Dios se convierta en alimento común de unos y otros, para que todos amen más y más a Dios.

Dios, nuestro Padre

2. Un detalle como éste, en la vida de Santa Teresa, nos sirve también para conocer más y más a Dios Nuestro Señor, a Dios Nuestro Padre. Y aquí no quiero dejar de advertir la paradoja, que se está dando hoy. Nunca se ha hablado tanto de la Iglesia como Pueblo de Dios, familia escogida, familia de Dios. Términos bíblicos, empleados por el Concilio y que ahora se repiten sin cesar. Pero nunca como ahora han ido desapareciendo tanto las relaciones de intimidad con Dios. Y así está sucediendo que, cuando, como es debido, viene a ser más proclamado este aspecto de hijos en relación con Dios Nuestro Padre, es cuando, faltos de toda lógica, estamos haciendo una religión más áspera, más dura y más llena de exigencias racionalistas. Esto es profundamente extraño y me parece que es uno de esos fenómenos que se dan en las épocas de turbación de la Iglesia, que irán desapareciendo ciertamente, pero que debemos de hacer notar, para no caer en esas apreciaciones de la vida religiosa, alejada de la intimidad con Dios, que oímos algunas veces.

Las revelaciones, relaciones de familia entre Dios y sus hijos

En la Revelación pública, lo mismo en el Antiguo que en el Nuevo Testamento, aparecen detalles preciosos, en que Dios se nos revela como nuestro Padre: Abraham, Moisés, Jacob, José..., en el Antiguo; la Virgen María y José, en el Nuevo, son criaturas escogidas, típicas, pero que representan a todo el pueblo de Dios. Y Dios tiene con ellos detalles asombrosos de intimidad paternal y hace que ellos le respondan, a su vez, con detalles sorprendentes de piedad y cariño filial.

No podemos de ninguna manera equiparar las revelaciones privadas con la Revelación pública del Antiguo o del Nuevo Testamento. Ésta es de fe. Aquéllas no están garantizadas por la Iglesia como ciertas. Lo que sí afirma de ellas es que no contienen nada que impida el que sean admitidas. Y en todos los casos en que sucede así, ocurre que la ley de la relación con Dios Nuestro Señor sigue manifestándose con toda naturalidad en la vida privada de algunos seres escogidos por Dios mismo, dentro de su Pueblo. Tal es el caso de Santa Teresa de Jesús o el de Santa Margarita María Alacoque relacionado con la devoción y el culto al Sagrado Corazón de Jesús. O el caso de Lourdes, o el de Fátima...

¿Qué hay en todo esto, ya sea que el mismo Señor nuestro Jesucristo o su Madre Santísima intervengan para mover a un alma a un objetivo determinado, dentro de la Iglesia de Dios? Sencillamente esto: relaciones de estrecha intimidad, relaciones de auténtica amistad, relaciones de familia entre Dios y sus hijos. Con la diferencia que hay –repito– de la Revelación pública a las privadas, según lo he indicado, porque de ninguna manera podemos identificarlas. Pero ya es suficiente la reflexión que hemos hecho sobre el carácter de las revelaciones públicas –siempre manifestativas del amor de Dios a los hombres– para admitir con naturalidad las que, dentro de una coherencia perfectamente lógica, Dios puede hacer privadamente a algunas almas. Y no debemos rechazarlas cuando la Iglesia misma las contempla con respeto, aunque sin darles garantía de infalibilidad, porque no se trata de ello.

He aquí por qué, en la vida de Santa Teresa, al contemplar estos detalles tan preciosos de su existencia, vamos descubriendo también cada vez más, poco a poco, cómo es Dios. Y así entramos también a imitación de ella, y de los santos en general, en el círculo de la intimidad de Dios. Entonces es cuando comprendemos de verdad que se pueda rezar el Padrenuestro, esta oración que el mismo Cristo nos enseñó y que rezamos tantas veces sin ponderar lo que significa que una pobre y miserable criatura –como somos todos– pueda dirigirse a Dios diciéndole: “Padrenuestro, que estás en los cielos...”

De este concepto de paternidad de Dios brota todo. Y en un alma santa, de tanta calidad espiritual como la de Santa Teresa de Jesús, aparecen fenómenos como el que hoy conmemoramos, que nos invitan a seguir sus pasos en nuestras relaciones filiales con Dios.

Envidia santa y trato con Dios

3. Y aquí encuentro el tercer beneficio espiritual: la ejemplaridad fecunda. En relación con este episodio dichoso de la vida de Santa Teresa de Jesús, pienso en tantas religiosas Carmelitas Descalzas o de otras órdenes y congregaciones que, al leer este pasaje, habrán sentido el deseo de recibir alguna prueba de amor semejante por parte de Dios Nuestro Señor. Probablemente, habrá habido quienes habrán tenido un deseo inconsistente y vano, por carecer de merecimientos para ello; y quienes, llevando una vida religiosa equilibrada y fundadamente santa, habrán reaccionado, en humildad, sintiéndose indignas de recibir una prueba tan delicada de amor. Y éstas no habrán dejado de sentir la fuerza del dardo que quema. Mujeres consagradas a Dios, con su amor, con su existencia humana, con sus aspiraciones al bien, deseosas de un despliegue total de todas las facultades que integran su personalidad y que tienen centradas

en Dios, que, en el silencio de sus celdas o en muchos momentos de su vida contemplativa, habrán sentido una santa envidia de semejante privilegio. No para que se repita nuevamente en ellas, porque, precisamente por ser dignas no se atreven a aspirar a tan grandes favores; pero sí para que el Señor les conceda la gracia de mantener con ellas un trato de amor en la humildad continua de su trabajo diario y de su entrega apostólica, de modo que, de algún modo, les anticipe en fe lo que les dará luego en posesión como premio a su entrega y a la generosidad con que quieren ir la realizando.

Para tratar de ser mejores

Pero no solamente las religiosas. La vida de Santa Teresa es leída por millones de personas seculares de todas las religiones. No exagero. Y, al llegar a este pasaje, pienso que también muchas madres de familia y muchos esposos cristianos y muchos jóvenes buenos, de corazón limpio, sentirán cómo se acrecienta en su alma el suave amor de Dios, junto con un santo y delicioso temor que, precisamente por inspirarse en la grandeza divina, se les convierte en poderoso estímulo para tratar de ser mejores. Y, a medida que van adelantando en la piedad, experimentan también cada vez mayor paz y mayor gozo en sus relaciones y en su trato con Dios.

Por consiguiente, creo que tenemos derecho a decir que la conmemoración repetida en este pasaje de la vida de Santa Teresa, nos proporciona a todos grandes beneficios.

Y todavía pienso en otro, al cual voy a referirme brevísimamente.

El misterio del corazón del hombre

Ya lo apuntaba antes, cuando hablaba de la situación de la Iglesia hoy. Creo que estamos muy necesitados de volver a un estado de espíritu que nos permita saborear las pequeñas delicadezas.

No debemos convertir la religión de Cristo en un esquema mental, que se limite a impulsar nuestras conciencias para llevar a cabo una invasora transformación del mundo, más conforme a los criterios humanos que según los planes de Dios. Hay muchas ideas cristianas, muchos pensamientos evangélicos, que están siendo deformados y, sin darnos cuenta, vamos cayendo en un extraño racionalismo que, poco a poco, despoja a la religión de Cristo –toda ella hecha de riquezas de intimidad y de dones del Espíritu Santo– de toda esa hermosura de su sobreabundante caudal de gracias, para convertirla exclusivamente en un programa sociológico que intenta ambiciosamente reformar “¡las estructuras!”, sin tener en cuenta el misterio del corazón de cada hombre. Ése, que Dios es el primero en respetar, cuando, por medio del ángel, se dirige a aquella doncella de Nazaret para pedirle su consentimiento a la mayor empresa que pudiera nunca soñar una criatura humana. Y está allí, pendiente de ella, mirándola con cariño y con respeto. Cariño de Dios Padre a aquella hija suya, que reacciona ofreciéndose íntegramente y comienza a desgranar su vida en un rosario continuo de pequeñas delicadezas; detalles de intimidad con Dios, desconocidos

para nosotros porque el Evangelio apenas nos dice nada de la Santísima Virgen María, con haber sido tanto lo que ella hizo en la obra de la Redención.

Señal bien clara de que, para ponderar los valores fundamentales que tantas veces contribuyen a que la Redención empiece o continúe, no hay necesidad de reducir las cosas a esquemas de la razón, puesto que empezamos por desconocer lo que pasó. Mal puede ser comprendida la Virgen María en un esquema racionalista, áspero, hiriente, cuando ni siquiera conocemos sus diálogos con Dios, fuera de aquel primero que aquel día se produjo con el ángel, y las pocas y brevísimas palabras que de ella nos constan en el Evangelio. Y así, tantas y tantas veces, a lo largo de la historia de la Iglesia, en las relaciones de sus hijos más santos con Dios Nuestro Señor.

Esto no quiere, por supuesto, decir que no debemos estar exigiéndonos cada vez a nosotros mismos en nuestra propia renovación y en nuestro trabajo apostólico, en relación con el mundo y con los demás hombres. Lo único que quiero decir es que, para realizar ese apostolado de auténtica transformación que debemos procurar, no hemos de caer en el absurdo de querer eliminar del árbol bendito de la Iglesia de Cristo, estos detalles preciosos que aparecen en la vida de sus santos.

En vuestro cansancio y en el nuestro

Ellos nos son ejemplo y guía. Ellos son luz de nuestros pasos en cualquier momento oscuro de nuestra existencia. En vuestro cansancio, religiosas; en el nuestro, sacerdotes; en la fatiga y en la angustia que experimentáis no pocas veces, vosotros, padres y madres de familia, podemos ciertamente recurrir directamente a Dios, o poner como mediador a Cristo, o como intercesora a la Santísima Virgen María. Pero podemos también acercarnos a estos testigos más próximos de nuestra condición humana, exactamente iguales a nosotros en la fragilidad de nuestra pobre naturaleza. En este caso, hoy, a esta hija de Ávila, Santa Teresa de Jesús, gloria no sólo de la Iglesia española, sino de la Iglesia universal y del mundo entero; maestra eximia de las delicadezas del espíritu.

Acercándonos a ella, la conoceremos mejor; llegaremos también a un conocimiento más vivo y más exacto de cómo es nuestro Padre Dios y nos será más fácil –por ambas razones– el trato filial con él, que fortalecerá y, a la vez, endulzará nuestro espíritu, y nos aliviará y nos estimulará en nuestros cansancios para seguir adelante, hacia Él, nuestro camino,

26 de agosto de 1975

5

SANTA TERESA DE JESÚS: FLORES Y FRUTOS DE SU HUERTO

Ya son muchos los años que vengo participando en esta fiesta que celebramos aquí, en familia, para conmemorar este hecho extraordinario de la vida de Santa Teresa de Jesús. Interpretad mi presencia como una correspondencia sencilla y humilde a vuestras atenciones espirituales, nunca interrumpidas, queridas religiosas, y podéis estar seguras de que me gustaría poder estar como oyente. Quizá, con el cambio que se adivina de ciertas estructuras, pueda realizarlo el próximo año, si Dios quiere.

Reflexionemos una vez más sobre este hecho, que siempre se presta a consideraciones provechosas: el de la Transverberación del corazón de Santa Teresa, tal y como ella lo narra en su Vida y como nos ha sido leído hace un momento por el sacerdote que hacía la lectura.

Un secreto a voces

Ocurre con los santos algo muy particular, y es que siendo ellos los más pudorosos y recatados en su intimidad espiritual, son los que están, sin embargo, más cruelmente expuestos –humanamente hablando– a un análisis implacable y exhaustivo de su vida. Ellos guardan celosamente su secreto, porque, siendo los más humildes, miden mejor que nadie la desproporción que hay entre su propia indignidad y la grandeza infinita de Dios que se digna establecer con ellos, durante su existencia, esos vínculos espirituales tan íntimos y tan estrechos. ¡Y hacen bien! Pero Dios permite que empiece enseguida el contraste: y basta que cunda un poco en relación a una persona la fama justificada de santidad, para que todos la observemos con un rigor minuciosísimo durante su vida y, sobre todo, después de su muerte. La Iglesia misma se acerca entonces a examinarlos, investigándolo todo detenidamente: enfermedades que padecieron, amores y amistades, cartas que escribieron, viajes, modos de oración..., en fin, todos los aspectos públicos y privados de su vida. Lo que ellos guardaron tan encubierto aparece entonces a la luz y, una vez más son pobres, despojados de lo único que un hombre puede contar con que no pasará nunca a propiedad de otros: sus secretos. A veces, este supremo despojo tiene lugar para ellos incluso durante su vida, porque la Iglesia, valiéndose de su autoridad, puede empezarla por diversos cauces. Y esto es lo que precisamente ocurrió con Santa Teresa de Jesús.

Ella no quería escribir nada sobre lo que constituía el secreto de su vida; le sobraba discreción para anticipar confidencias innecesarias. Pero la Iglesia, por medio de sus confesores, la obligó a que lo hiciera y a ello se debe el que Santa Teresa escribiera su propia vida, el “libro del alma”, que decía ella. Y a esto obedece que narrase hechos como el del ángel que vio un día que, con un dardo de oro se acercaba a ella y se lo clavaba en el corazón, sacándose luego y causándole una mezcla de dolor vivísimo y, a la vez, de dulce encantamiento.

No sabe cómo expresarlo mejor, aunque es un pasaje insuperable por su expresividad. Y termina la narración diciendo que lo único que desearía es que todos los demás pudieran experimentar lo mismo que ella experimentó en este caso. Y aquí tenemos, como consecuencia de esta especie de control que por un camino o por otro se lleva de la vida de las personas santas, esta narración que puede producir en el que la lee, reflexiones espirituales muy provechosas para su vida cristiana.

Obediencia costosa

Ella narra este hecho en ese capítulo de su vida en el que se refiere a lo que sufrió por entonces con motivo de las visiones y de las gracias extraordinarias de toda índole con que fue enriquecida por Dios; porque algunos de sus confesores le decían que eran cosas del demonio y que cuando apareciera eso que ella creía visiones de Jesucristo, lo ahuyentara burlándose, porque era demonio. Y la santa, a pesar de su convicción y su sentimiento en contra, obedecía. Esto es lo asombroso. Porque ella experimenta que es cosa de Dios, que, lejos de desviarse en ilusionismos perniciosos, alimenta su vida de oración, la convence –como dice en ese mismo capítulo– que lo único que vale es la oración, y le va aumentando extraordinariamente su amor a Jesucristo. Está convencida de que todo es de Dios, no por orgullo, sino por los resultados que iba produciendo en su alma, pero, pese a todo, obedece, y hace las burlas que le mandaban hacer, aunque dice que aquello era terrible. Emplea esta palabra “terrible” y se comprende lo que tenía que sufrir, convencida, como estaba, de que era realmente el Señor. Y Él sigue apareciéndosele y asegurándole que Él le haría nuevas mercedes para que su alma fuese más y más fortalecida y todo quedase perfectamente aclarado.

Efectivamente: poco a poco, con su perseverante humildad, con su constante obediencia en sufrimiento y siempre, con su amor, logró que resplandeciera la verdad que había en todo aquello. Lo escribió y ahí está, en su *Vida*, juntamente con tantos otros hechos extraordinarios.

Una cruz “de muy linda hechura”

Por entonces fue también cuando, según ella misma narra en ese capítulo de su *Vida*, rezando un día el rosario, llevaba en la mano la cruz y, al mirarla, vio que se había convertido en una cruz compuesta por cuatro piedras preciosas, más resplandecientes que diamantes, en las que se percibían las llagas del Señor “de muy linda hechura”, dice. Yo la veía, aseguraba, y así durante muchos días. Pero nadie más que yo podía verla. El Señor seguía prometiéndole que todo se aclararía y, efectivamente, así fue sucediendo. Hoy, al leer estos datos asombrosos de su vida espiritual, no hay más remedio que llegar a la conclusión: aquí hay una acción de Dios sobre su alma.

En cuanto al hecho de que se trataba de una visión imaginativa, que no correspondía a una realidad física comprobable, naturalmente que podía ser fruto de su imaginación. ¡De acuerdo! Pero de una imaginación movida por un amor grande de Dios, que Él premiaba así y ella percibía con arreglo a su formación, a su temperamento, a su modo de ser, obedeciendo a impulsos

secretos de una vida espiritual continuamente alimentada. Por consiguiente, lo de menos es que discutamos sobre la realidad física del ángel y del dardo o sobre los diamantes de aquella cruz. Ya dice ella, con su mismo modo de hablar, que ella lo veía así. No pretende afirmar ni convencer a nadie de que lo fuera. Es sencillamente una naturaleza humana que, de algún modo, tiene que percibir si es Dios el que quiere hacerle un regalo, una presencia extraordinaria de Dios, de Jesucristo, de su Humanidad Santísima... Y ella lo percibe así. Quizá otro santo, con iguales favores divinos, lo percibiera de otro modo. Lo importante es la realidad espiritual que se contiene en esa comunicación extraordinaria de Dios a un alma que vive de Dios continuamente enamorada.

Reflejos de la hermosura de Dios

Eso es lo que tenemos que meditar. Y ¿qué utilidad puede tener para nosotros el meditarlo un año y otro –estas religiosas tan de continuo– y a tantos devotos de Santa Teresa que repiten sin cesar la lectura de sus libros? ¿Qué utilidad puede tener esto?

Pues mirad, hijos. En primer lugar, no creo que esté bien hecha la pregunta, porque con ella damos a entender que tenemos un concepto utilitario de las cosas de Dios. Y hay que afirmar, de cuando en cuando, que Dios puede tener con sus criaturas comunicaciones que se mantienen en esa esfera inaccesible de un favor divino, que quiere regalar así a un alma a la que busca. Por consiguiente, no andemos ahora preguntándonos qué utilidad puede tener para el pueblo cristiano tal o cual hecho de la vida de Santa Teresa. ¡Hay tantas cosas en las vidas de los santos que, aparentemente, no tienen utilidad alguna! Pero sirven para demostrar la riqueza de la relación de los hombres con Dios, y ya es bastante. En la eclosión primaveral de los árboles, no todas sus flores van a llevar fruto. Pero sería absurdo que alguien increpase a la naturaleza por su derroche de flores, visto que no todas se van a convertir en un fruto concreto, comestible. El árbol en flor se justifica sencillamente por su belleza, pálido reflejo de la de su Creador.

Algo parecido ocurre en esta relación íntima de las almas con Dios. Nos descubren el fruto de la oración; nos dan a entender lo que significa la respuesta siempre generosa de Dios a quien le es fiel; nos ponen de relieve cómo, aun en esta vida, reciben el ciento por uno las almas que, dejándolo todo, le siguen a Él como único Maestro.

Aunque sólo fuera el que podamos percibir hechos de esta naturaleza en las vidas de los santos, perfectamente garantizables por la fiabilidad que merecen a la Iglesia tras sus detenidos exámenes, aunque por la pobreza de nuestra vida o porque Dios así no lo quiera, nunca hubiéramos de experimentar personalmente nada parecido, ya deben servirnos para alabar a Dios y decir con Santa Teresa: ¡Oh Señor, cuánta grandeza la tuya! Porque, en su humildad, cuando narra estos hechos, interrumpe la narración y prorrumpe en alguna exclamación de amor y de alabanza a ese Señor, que así le daba testimonio de su amor y su cuidado.

Tocamos aquí zonas muy elevadas de la vida del espíritu; trabajos finos de delicada orfebrería del Espíritu de Dios sobre las almas santas, y ya es bastante

para que nos rindamos llenos de admiración y de gozo, como hijos fieles de la Iglesia, y como atentos discípulos de personas tan extraordinarias como Santa Teresa de Jesús. Ya es bastante para que entonemos también nosotros, como la Virgen Santísima, un Magníficat entusiasta ante las maravillas de Dios. Y ¿creéis que esto no es útil?

¡Cuántas almas delicadas, en el transcurso del tiempo, dentro de estos monasterios de Carmelitas y fuera de ellos, por haber leído las obras de Santa Teresa y por haberse recreado en el encanto de su alma en narraciones como ésta y en tantas otras, han aumentado su amor a Dios y se han hecho más capaces de sufrir! Han mantenido más alta la bandera de la esperanza en Dios, en medio de las dificultades de la vida. De manera que esas flores, aparentemente inútiles, han dado estos frutos, no sólo en las hijas que viven en sus monasterios, sino también en muchas personas que viven en el mundo.

Dios se revela a los pequeñuelos

Recuerdo a este propósito una frase de Cristo en el Evangelio, que no sería ocioso traer a colación aquí. Tiene un contenido, que, al menos, nos permite vislumbrar algo de estas cosas que pasan en la vida del espíritu.

Vuelven los 72 discípulos de trabajar por el Reino de Dios, tal como Él les había mandado. Vuelven gozosos como niños y le dicen al Señor: “Hasta los demonios se nos rendían en virtud de tu nombre”. Y ante aquella expansión de gozo y asombro de los discípulos, ¡pobrecitos!, que así le cuentan el fruto de su apostolado, Jesús les dice: “He visto a Satanás caer como un rayo del cielo”. Es decir: el imperio de Satanás que se derrumba como consecuencia del Reino de Dios, que Él va a establecer. Y, en seguida, prorrumpe en una exclamación que es, quizá, el pasaje más lírico del Evangelio: “Yo te alabo y te glorifico, oh Padre, porque has revelado estas cosas, no a los sabios y prudentes de este mundo, sino a los pobres y pequeñuelos. Así es, porque así fue tu beneplácito”.

“Nadie conoce al Hijo sino el Padre, y nadie conoce al Padre sino el Hijo y aquel a quien Él quisiera revelárselo”. “Os digo que muchos reyes y profetas hubieran querido ver lo que vosotros veis, pero no lo han visto; y hubieran querido oír lo que vosotros oís, pero no lo oyeron”. Y añade a continuación aquellas palabras de tanto consuelo para el alma del cristiano: “Venid a mí los que estáis cansados y fatigados y yo os aliviaré, porque soy manso y humilde de corazón. Aceptad mi yugo, porque mi yugo es suave y mi carga ligera”. Estas palabras de Cristo nos indican que Dios revela grandes cosas a los pequeños y a los humildes y les anuncia, como en visión, la perspectiva futura de la Iglesia.

¡Cuántas almas, enamoradas de Cristo, habrán podido percibir, sin que nosotros lo sepamos a pesar de nuestro afán de examinar sus vidas, las consecuencias de un trato especial de Dios Nuestro Señor, por medio del Espíritu Santo! ¡Cuántas habrán reclinado su frente cansada en el Corazón manso y humilde de Cristo, gozando de las delicias de su trato!

Así lo hicieron las Carmelitas Descalzas de aquellos tiempos de Santa Teresa; las que ella fue escogiendo para sus primeros conventos, dentro de los cuales brillaron en seguida astros de primera magnitud, porque siguieron el camino que les trazó su madre santa.

“El letradillo” de Santa Teresa

Y, por lo mismo, no os extrañará que yo traiga aquí esta tarde un recuerdo, con el cual termino de hablar de estas almas más directamente influenciadas por Santa Teresa de Jesús.

Me siento ahora como si estuviese en Toledo, hace dos meses, presidiendo “ex officio” el Tribunal ante el cual debía de abrirse la caja que guarda los restos de la Venerable María de Jesús, “el Letradillo de Santa Teresa”, que va a ser beatificada el próximo 14 de noviembre. Una Carmelita Descalza, de la cual – ¿qué podría adivinar Santa Teresa?–, sin conocerla todavía, escribe a las de Toledo diciéndoles: “Ahí os mando una novicia con una dote de 50 ducados. ¡Quinientos mil daría yo por recibirla!”

¡María de Jesús! Ella sí sabía ya quién era Santa Teresa. Era una mujer culta dentro del ambiente de su tiempo y, seguramente, había tenido noticias de la Reforma que había emprendido la Santa. Entra en el convento de Toledo donde permaneció durante 60 años; de sus 20 a los 80. Llena de donaire y de gracia; perfectamente equilibrada y serena, y de una vida interior riquísima, parecida a la de Teresa de Jesús. Allí fue caminando en esta vida del espíritu y desde allí fue influyendo sobre muchas personas a las que llegaba su palabra hablada o escrita. ¡Qué vida tan preciosa también la suya! ¡Qué identificada con la de su Santa Madre! Cuando Santa Teresa la vio en Toledo, no sé si la primera vez o en otra ocasión, la tomó en sus brazos y le dio un beso en la frente diciéndole que hacía esto porque allí tenía al Espíritu Santo. Y a su “Letradillo” le pidió que emitiera su juicio sobre el libro inmortal de “Las Moradas”. Desempeñó diversos cargos dentro del monasterio y sufrió también con la misma paciencia y perseverancia que su Santa Madre. Enamorada del misterio de la Encarnación, percibía ya entonces todo lo que significa en la vida litúrgica de la Iglesia el misterio de Cristo Mediador. Todo lo hacía girar en torno a la santa misa y, muchos años antes que Santa Margarita María Alacoque, vivió en profundidad la devoción al Corazón de Jesús. ¡Extraordinario!

Era toda una figura. Pero repetía sin cesar que no quería ser otra cosa más que una discípula de su Santa Madre.

Cuando está a punto de llegarle el fin de su vida, ya casi ciega, escribe: “No veo nada del ojo izquierdo, y del otro, harto poco. Pedid al Señor que me deje siempre algo de vista para poder ver al Santísimo Sacramento y leer el Oficio Divino”. Eran sus únicos deseos...

Siempre obediente, la víspera de su muerte se dirige a la madre priora y le dice: “¿Me da licencia para morir vuestra Reverencia?” Recibió los Santos Sacramentos y al día siguiente expiró.

Una flor más del árbol teresiano. En las conversaciones que con ella tuviera la Santa en el convento de Toledo, imagino que, más de una vez, se entregaría a una confianza que pediría su maternidad espiritual sobre aquella alma delicada, y le hablaría de la visión del ángel que aquí tuvo, y de cómo dejó su corazón traspasado de amor de Dios. Y que ese amor es el que ella pedía para su hija.

María de Jesús, como tantas otras, siguió el camino abierto por Santa Teresa de Jesús y, lo que parecían flores de una sobreabundancia inútil, son fruto, año tras año, cuando nos reunimos a conmemorar este hecho, personas que no tenemos otra pretensión ni más deseo que la de saber estimar en lo que vale la vida de unión con Dios y queremos darle gracias de que así se comporte con los hijos que quieren serle fieles.

26 de agosto de 1976

6

INTEGRACIÓN DE LO HUMANO EN LO DIVINO

A dos pasos de aquí

El ángel, de los más preciosos del cielo, que deben llamarse querubines; el lugar en que tuvo realidad este acontecimiento; las palabras preciosas con que la Santa describió más tarde el fenómeno que había vivido, todo nos resulta cercano. Santa Teresa está presente aquí, en el corazón de sus hijas. Las palabras con que describió este hecho, acaban de sernos leídas por el capellán del monasterio; el lugar lo tenemos ahí, a dos pasos de nosotros, y el ángel y el dardo los imaginamos sin gran esfuerzo por nuestra parte, de tal modo que pienso yo que, de haber estado presentes en aquel momento, un impulso irresistible nos habría movido, quizá, a detener la punta lacerante de aquel dardo, que iba derecho al corazón de la Santa. Pero su mirada, llena de gratitud por nuestra disposición de ampararla, nos habría rogado, a la vez, que no lo impidiéramos, porque aquello tan doloroso era, sin embargo, un regalo de amor del Dios vivo, y no había que poner obstáculos a aquella acción de Dios en su alma. Fruto, quizá, todo esto que estoy diciendo, de la fe sencilla y del amor que profesamos todos a Santa Teresa; y fruto, a la vez, de la agudeza descriptiva con que ella nos da a conocer ese hecho de su vida.

Es un hecho que se presta a ser considerado por nosotros como... un fenómeno aislado, extraordinario, muy singular en la vida de Santa Teresa, que nos deja como arrobados. No lo rechazamos, ni lo discutimos, sencillamente lo contemplamos. ¡Hay tantas cosas maravillosas en la vida de Santa Teresa! O bien, ya con otras categorías mentales, lo consideraríamos como un fenómeno místico, de altísima significación, que los teólogos pueden explicar con más detenimiento, cuando tratan de estas operaciones de Dios sobre las almas fieles y santas. Es decir, que este hecho, tal como es conocido, leído, celebrado, se presta a consideraciones así, que nos concentran en el mismo... y nada más. Y uno puede quedarse diciendo: ¡Qué maravilla! No dirá –porque todos nos consideramos indignos de ellos–, ¡quién pudiera recibir una merced de esta índole! Eso no, no lo diremos; somos suficientemente conocedores de nosotros mismos para ser humildes, al menos en este caso. Pero sí se presta el hecho a que, en una conversación piadosa, en un comentario, demos vueltas con nuestro amor y con nuestra imaginación al fenómeno que ella vivió; y consideremos la grandeza de Dios, la fidelidad de algunas almas santas o, como se dice en la oración de la misa de hoy, la fuerza que Dios le concedió para fortalecerla en las empresas que había de realizar por la Iglesia. Quizá pensemos todo esto un poco y nada más.

La Transverberación, síntesis de toda una vida

Y no es poco pensarlo así. Pero estimo, sin embargo, que debemos elevar un poco nuestra consideración, y sin necesidad de deformar el hecho y de sacar de él otra clase de consecuencias, podemos muy bien darnos cuenta de la

significación más profunda que tiene este fenómeno en la vida de Santa Teresa. Sobre todo, si acertáramos a considerarlo como una expresión sintetizada, condensada, de lo que fue su vida.

¿Qué fue su vida? Elevando un poco nuestra consideración por encima del hecho episódico, ¿qué fue su vida? Yo la resumo así: Una integración de lo humano en lo divino. Santa Teresa es un ejemplo cumbre en la historia de los santos. Alguien ha dicho que la historia de la Iglesia es la historia de los santos, porque ellos son los que están respondiendo siempre con la máxima fidelidad a las reclamaciones de Dios, a su Cuerpo Místico y, a través de él, al mundo.

Santa Teresa es un ejemplo maravilloso de integración de lo humano en lo divino. A través de esta escena lo vemos así. Es un dardo de fuego, que penetra en su corazón, el centro de la vida y de los amores del hombre, como para asumirla, como para arrebatársela. Es Dios mismo, a través de un morador de los cielos, un ángel, un querubín, el que llega hasta ella en esa visión y produce en ella tales efectos, que toda la persona de Santa Teresa de Jesús queda como envuelta en ese dolor y en esa dulzura. Dolor, porque la acción rompía, por decirlo así, la normalidad de su condición humana. Era tan fuerte la sensación que experimentaba como consecuencia de aquella acción, en su espíritu, que hasta sus fibras físicas se resentían. Pero, a la vez, dulzura suavísima, que es lo que se experimenta a medida que se va progresando en el servicio de Dios y en esa integración de nuestra vida humana en la esfera de lo divino, que es el secreto de la vida del cristiano. Por eso, no nos es lícito detenernos en el hecho y contemplarlo simplemente, como un fenómeno singular, a propósito solamente para las páginas de un libro de Teología Mística. ¡No! En su expresión más alta, hay ahí algo que es perfectamente aplicable a cada uno de nosotros, puesto que cada uno de nosotros ha de tener como objetivo único –una vez que tiene conciencia de lo que es su fe y su amor a Cristo– esto mismo: la integración de todo lo humano de esta nuestra vida en lo divino. Esto es la vida espiritual. En esto consiste el avanzar progresivamente en esa relación con Dios. Es lo que podríamos llamar, con otras palabras, el misterio, porque es misterio la coexistencia de la criatura con Dios, nuestro Salvador, nuestro Padre, nuestro Hermano.

Un doble peligro

Para esta coexistencia que lleva a la integración de todo nuestro ser en Dios, nos acechan siempre dos peligros: uno de ellos, el de que nos detengamos en nosotros mismos, sin respetar los derechos de Dios sobre nuestra persona. Otro, el de que no acertemos a contemplar las cosas creadas, entre las cuales tenemos que movernos, en el horizonte de la Encarnación y de la Redención, sino que las contemplemos –en virtud de la naturalidad con la que vivimos en relación con ellas– como aisladas en su propia entidad, sin que nuestra conciencia libre y viva nos haga ver cómo a través de ellas tenemos también que ir uniéndonos con Dios. A través de ellas, es decir, a través del trabajo, del amor, de la política, de la familia, de la amistad, del dinero, de la enfermedad, de la pobreza, de la muerte. A todo esto, llamo criaturas de la vida; a todas las cosas creadas. ¡Todas!... ¡todo! y el peligro está en que tratamos todo eso con tal naturalidad, que no acertamos a contemplarlo en el horizonte de la Encarnación y de la Redención por virtud de la cual Cristo ha asumido todas estas cosas, les

marca una orientación, les da un sentido, y las hace tuyas, porque hacia todas ellas converge la acción del Verbo de Dios, que se extiende a todas. Repito, el peligro es el de detenernos en nosotros mismos, sin respetar los derechos de Dios sobre nosotros y sobre nuestra relación con todas las cosas creadas. Así es como llega a suceder que estemos viviendo diez, veinte, treinta, cuarenta años o más de vida cristiana sin hacer la síntesis y, lo que es peor, sin intentarlo. Porque, a lo mejor, a pesar de nuestro esfuerzo, no lo logramos, pero si al menos lo intentáramos, llegaríamos a tener el sentido de la vida dentro de un concepto cristiano; ¡el sentido de la vida!, ¡la armonía! Integraríamos, entonces, lo humano en lo divino y sin necesidad de tener en nosotros mismos experiencias tan fuertes como ésta que hoy conmemoramos en la vida de Santa Teresa, iríamos poco a poco percibiendo el dolor, pero también el suavísimo regalo, que produce esta relación, cada vez más íntima, de nuestra persona con las cosas creadas y con Dios.

Habla Jesucristo, nuestro Salvador

¿No es esto el Evangelio, hijos? ¿No es esto lo que ha querido decirnos Cristo con su Encarnación, niño en Belén; con su trabajo en Nazaret; con sus invitaciones totalizantes, cuando predica en su vida pública y nos dice estas frases tan absolutas respecto a Él: que Él es la vida, que Él es la luz, que Él es la verdad, que Él es el camino; que seamos perfectos, que llevemos diariamente nuestra cruz, que ha venido para que tengamos vida y vida en abundancia, que hemos de estar unidos con Él?

Y, ¿a quiénes habla Cristo? ¿A quiénes? ¿Habla acaso a seres de otro mundo? ¿A personalidades abstractas? No. Habla, en primer lugar, a aquellos que tenía físicamente presentes junto a Él. Pero como el Evangelio tiene un destino eterno, habla a todos los hombres de todos los tiempos, y al contemplar ahora yo este grupo humano, que está aquí presente esta tarde, compuesto por religiosas hijas de Santa Teresa y por otras que veo aquí como todos los años, por familias cristianas que aman a la Santa, por sacerdotes, digo lo mismo con aplicación a cada uno de nosotros. No hay otro secreto, no hay otro camino que éste de la integración progresiva con dolor y con regalo interno, que nacen de la fe y del amor, de todo lo humano nuestro, la persona y las cosas, en lo divino, contemplándolo todo cada vez más en el horizonte y a la luz de lo que significan la Encarnación y la Redención de Cristo.

Estamos llamados a ello; y precisamente meditando yo esta tarde algo de Santa Teresa, que pudiera dar luz a mi espíritu, con miras a estas reflexiones que os estoy haciendo, abrí su libro pequeñito de las meditaciones sobre el Cantar de los Cantares, y me fijé en esas frases del capítulo II –creo–, en que dice con una expresión tan certera como todas las tuyas: “Muchos hay que se quedan en las laderas del monte, que debieran haber subido hasta la cumbre”. Lo que nos está diciendo con ello es precisamente esto: que por no acertar a integrarnos –lo humano en lo divino–, nos detenemos en nosotros mismos, es decir, nos quedamos en la falda del monte y no subimos a la cumbre.

Hacia la cumbre

Y subir a la cumbre, ¿qué es? Continúa ella diciendo a sus hijas: “Tened, hijas, pensamientos animosos, que, como los tengáis, luego vendrán las obras”. Es decir, lucha esforzada para ir cada vez progresando más en ese dominio propio, que nos lleva a nuestra total incorporación a Dios sin dejar nuestra relación con las cosas creadas, como ella no las dejó. En la vida de Santa Teresa se da este extraordinario fenómeno: que siendo ella el ejemplo más característico, o al menos de los más significativos, de la unión con Dios, es, a la vez, el ejemplo del mayor sentido humano de la vida en su trato con las personas, en las obras que realizó con un realismo tan asombroso, que bien pudiera ser modelo del empresario que se proponga realizar una tarea humana concreta en la vida.

“Tened pensamientos animosos, que, como los tengáis, después vendrán las obras”. Y sigue animando a sus hijas diciéndoles que confíen en Dios; que se acerquen a Él, que luchen contra sus faltas, hasta llegar a decirles: “Al menos no vayáis al confesor siempre con las mismas faltas”. ¿Por qué? Porque lo malo es que echen raíces. Al menos, dice, que cambien, que sean distintas, porque si echan raíces es muy difícil quitarlas. Es como alguien que riega todos los días una hierba o un arbolillo. Echan raíces y para quitarlos se necesitan luego pala y azadón. Pero si se lucha con esfuerzo, vamos poco a poco superando las dificultades y teniendo dentro de nosotros un concepto más claro y una realidad más vívida y más fuerte de nuestra relación con Dios.

Todos somos llamados a esta integración

Y esto es para todos. Para cada uno, según su estado en la vida. Y para todo, porque todo sigue teniendo su consistencia y su realidad. Pero todo, bien orientado. ¿Es que un hombre y una mujer cristianos, que quieren vivir esta integración de lo humano en lo divino y han creado una familia tienen que dejar de constituirla? ¡Todo lo contrario! Cuando se da el caso de padres e hijos que viven en un ambiente cristiano y con concepto evangélico, su vida familiar, esa familia es más familia. Y lo mismo el amor, y lo mismo el trabajo. ¡A nadie se le pide que se deshumanice!, ¡a nadie se le pide que deje de admitir y valorar nada de todo aquello que tiene entre las manos: su estudio, su amistad, sus aficiones buenas, sus dedicaciones, su temperamento, su modo de pensar dentro del orden recto de las cosas! Todo lo puede seguir teniendo y todo lo debe de ir haciendo más y más cristiano.

“Sed animosos, tened pensamientos animosos, que entonces vendrán a serlo también las obras”. Ésta es la lección que podemos sacar todos hoy, de esta meditación que hacemos sobre este hecho tan notable en la vida de Santa Teresa. ¡Cuánto lo necesitamos, hijos! Trabajad más y más por esta integración de lo humano en lo divino que no va para nada en contra de la legítima autonomía de lo terrestre, sino que, manteniéndolo en sí, en su propio valor, lo orienta hacia Dios, como es exigido por la Encarnación y por la Providencia que guía también la historia de los hombres.

Necesitamos rezar

Hace unos días, recibía yo carta de un joven arquitecto español que ha pasado un año entero en Bélgica, en Brujas, estudiando arquitectura en relación con otras bellas artes para especializarse en un determinado estilo. Es muy cristiano y me hablaba de su experiencia durante este tiempo. Recordaba algunas conversaciones que habíamos mantenido, y me decía cómo había comprobado que, ideas y datos que yo le había ofrecido, se ajustaban a la realidad de la vida en el entorno en que la suya se iba desarrollando. Pero, me decía, está empezando a observarse un fenómeno curioso entre la juventud de Bélgica, más notorio en ciertos grupos de juventud muy cultivados, y que se va ampliando cada día: sienten la necesidad de rezar. Hastiados ya de muchas cosas, se está iniciando un nuevo retorno a la vida del espíritu. Y buscan ratos de oración, y personas que les guíen por el camino de la oración, y reuniones para tratar expresamente de la vida de Dios en el espíritu del hombre. Y añadía: Esta es la gran esperanza que podemos tener hoy para el resurgir de una Europa cristiana. Porque de no ser por este camino, todo lo demás que contemplo, al margen de esto, como manifestación de vida, es deplorable; y uno se acuerda –me añadía él– de las palabras de Unamuno, cuando en una de sus paradojas escribió: “Dicen que hay que ser europeo. Me niego. Prefiero ser africano, como San Cipriano o San Agustín”.

¿Qué puede ofrecernos, en efecto, esa Europa que no reza? ¿Cómo podemos integrar así lo humano en lo divino? Y si no se integra, ¿qué podremos conseguir más que almas desoladas, y personas vacías, víctimas, como sonámbulas, de su desesperación progresiva?

Teresa nos enseña a todos

La historia de la Iglesia es la historia de los santos. Un santo como Santa Teresa da lecciones permanentes para todos, ¡para todos!

A vosotras, religiosas, para seguir trabajando firmes en todo lo que significa este género de vuestra vida de donación total de vosotras mismas, con un espíritu cada vez más fino y más delicado en la entrega y con una convicción cada vez más firme de que estáis en el camino cierto.

A vosotras, familias cristianas, para seguir viviendo, a pesar de todo lo que veáis y oigáis a vuestro alrededor, el sentido cristiano de la vida ¡No os lo dejéis arrebatarse por nadie!

Y a nosotros, sacerdotes, para cumplir también con nuestra misión en el mundo de hoy, sin dejar nunca de presentar a los hombres este horizonte de lo divino, hacia el cual tiene que ir orientándose todo.

El valor de una absolución

Leía yo ayer un libro de meditación del Padre Rahner sobre el libro de los Ejercicios de San Ignacio de Loyola y me fijé en estas frases, que he leído hoy tres o cuatro veces para citáros las casi literalmente. Dicen así: “al fin y al cabo, nosotros los sacerdotes, aquí y para toda la eternidad, no tenemos más que una

única misión: la de llevar a los hombres la salvación de Dios. Un *'Ego te absolvo'* sobre un pecado, quizá, sociológicamente, no tenga gran trascendencia; pero tiene más importancia, en realidad, que todo lo que podemos hacer para mejorar la existencia terrestre. Nos queda –continúa– un largo trecho que recorrer hasta que de esta convicción hagamos carne y sangre de nuestra vida. A saber: que el confesonario, la cama de un enfermo, la enseñanza de los niños, la atención a los pobres, tienen, al menos, tanta importancia como la docta disertación, la acción apostólica extraordinaria, la influencia política o el trato con los poderosos de la tierra”.

Este sentido, ¡éste, éste! Esta fuerza interior del sentido cristiano de la vida; esta visión, esta integración, este saber decir al hombre: éste es tu camino; no hay otro, y cuando te apartas de él, todo falla.

Un dato interesante

Se ha sabido que un sacerdote ruso ha revelado que en este año, sólo en este año, ha bautizado clandestinamente a trece científicos de la Academia de Ciencias de Moscú. Es un dato de una gran fuerza, porque indica cómo a pesar de todos los esfuerzos del marxismo por desterrar a Dios, está sucediendo al contrario: dentro de lo que podríamos llamar el odio marxista, el fuego empieza a purificar las cosas y el ambiente y los hombres se van volviendo a Dios. Aunque aquí, retrasados, como siempre nos ocurre, estamos ahora cantando al marxismo –incluso a veces dentro de ambientes eclesiásticos–, presentándolo, casi, como la salvación. ¡Con retraso, otra vez, como nos ha sucedido en más de una ocasión! Sabiendo el terreno que pisamos, levantemos, de la mano de Santa Teresa, nuestra mirada al cielo. Allí vive nuestro Padre y a Él estamos llamados.

26 de agosto de 1977

SANTA TERESA DE JESÚS Y EL AMOR A LA VERDAD

Me alegro de reanudar esta casi tradición que me hace participar año tras año en esta conmemoración que hacemos dentro del mundo religioso, no solamente carmelitano, sino casi hay que decir universal, en esta conmemoración relativa a un hecho espiritual muy extraordinario en la vida de Santa Teresa de Jesús.

Recuerdos del último cónclave

El año pasado no pude estar con vosotros. Estaba participando en el cónclave en que, precisamente hoy hace un año, fue elegido Papa el Cardenal Luciani. Si otros motivos no hubiera habido para acordarme de vosotros y de esta fiesta aun estando allí, ciertos pequeños episodios, en torno al hecho del cónclave, hubieran sido suficientes para recordarme a mí el vínculo espiritual que aquella tarde yo sentía, que me hacía llegar desde Roma hasta aquí, a esta capilla del monasterio de la Encarnación.

Por lo pronto, el Papa elegido aquel día, el Cardenal Luciani, es el que en su libro *Ilustrísimos Señores* –libro que yo llevé conmigo al cónclave– tiene escrita una carta preciosa a Santa Teresa de Jesús. Leedla, os lo ruego, cuando tengáis tiempo. Sacará provecho vuestra alma.

Pero, además, sucedió algo que pertenece al ámbito de la relación personal y fue para mí profundamente significativo. Hoy, precisamente hoy, 26 de agosto, hace un año. Terminadas ya las votaciones, elegido el Papa, después de la cena a la que acudió ya con su sotana blanca, sentado entre nosotros, en el mismo lugar en que lo había estado en las dos o tres sesiones anteriores, se nos dijo que en el patio de San Dámaso corría una brisa suave muy agradable, y que estaría bien bajar a pasear por allí después de una jornada tan fatigosa, con el calor propio de Roma en el mes de agosto y tras la intensidad de sentimientos, que se habían ido manifestando a lo largo del día. Y bajamos muchos a pasear, después de la cena. Cuando yo bajé, no estaba el patio muy iluminado y ya me habían precedido grupos diversos. Me fijé en alguien que caminaba solo y, sin saber quién era, me dirigí hacia él para ofrecerle mi compañía y pasear juntos. Era el Cardenal de Corea del Sur, de Seúl.

“Si a usted no le parece mal –le dije– vengo y con mucho gusto le ofrezco mi compañía.”

“¡Oh, cardenal, –contestó, con la alegría fraterna de esos encuentros entre quienes de verdad se estiman y se quieren– usted es de Toledo, claro”. E inmediatamente añadió:

“Yo estuve en España en uno de los años del Concilio. Quería visitar en España dos ciudades: Toledo y Ávila. Toledo, por los recuerdos que tiene en la historia del catolicismo español y todo lo que significa también su arte. Y Ávila, por Santa Teresa de Jesús”.

España y el influjo de su espiritualidad

Ése fue el comienzo de una conversación que se prolongó paseando aquella noche por aquel patio durante más de una hora.

Conversación en la cual yo recibí de él espléndidos testimonios de espiritualidad y de fe; no solamente suyos personales, sino de la comunidad católica de que es jefe. La forma en que me describía la vida de los católicos de Corea del Sur me hacía meditar muy seriamente.

El caso es que, hablando de Santa Teresa, yo le dije: “Pues no sabe la alegría que me da que me diga todo esto, porque yo soy muy teresiano desde toda mi vida. Voy mucho por Ávila, entro en los monasterios, visito las comunidades y, cada año, tal día como hoy, suelo participar en la fiesta del Carmelo de la Encarnación predicando sobre la Transverberación del corazón de Santa Teresa”. Y él –nada exuberante de expresión, dada la frialdad propia del carácter asiático– se deshacía en ponderaciones:

“¡Oh, Santa Teresa! ¡Santa Teresa! ¡Vida y escritos de Santa Teresa! Para mí, después del Evangelio, no hay otra cosa que haga más bien a mi alma. ¡Espiritualidad de Santa Teresa! Tengo Carmelitas Descalzas en Seúl y quisiera tener más Carmelitas. Venga, venga usted a Corea pronto –me decía– y venga con sacerdotes y religiosos españoles. Yo quiero la espiritualidad de la Iglesia en España; porque espiritualidad de evangelización y de expansión por el mundo para llevar el reino de Cristo a todas partes, como España, ninguna otra nación –me decía él–; vosotros tenéis a Domingo, Ignacio, Javier, Teresa, Juan de la Cruz; unos para el fuego de la vida interior, otros para extender ese fuego en la tierra; como España ningún otro país ha prestado servicios al Evangelio. ¡Lo que habéis hecho en América, lo que habéis hecho también en Asia, Filipinas!... ¡Como España, ninguno!”

Y, de repente, me dice: “¿Conserváis esta espiritualidad? ¿Se conserva en España? ¿Sigue habiendo esta fuerza, este vigor para extender el Evangelio?”

Yo tuve que contestar con algunas evasivas, porque esas preguntas me entristecieron. No podía dar una respuesta claramente afirmativa. Y hablé un poco de lo que hablamos hoy todos: la crisis, el periodo postconciliar, esperamos que todo esto se supere... Pero me daba cuenta del dolor que para mi alma significaba en aquel momento no poder decirle abiertamente: tenemos muchos seminarios y muchos noviciados vacíos; tenemos una familia española muy quebrantada ya por las ideologías que combaten el sentido católico de la vida. Se nota como una atonía y una falta de respuesta a la llamada de Dios, que antes parece como que era mejor acogida en el corazón de muchos. En fin, esperemos, Eminencia, que pueda volver España a ofrecer también el testimonio de su fe y de su afán misionero como en tantas épocas de la historia lo hizo.

Y así fue transcurriendo la conversación para entrar después en materia sobre la Iglesia en Corea, y en la narración que me hizo de su vida personal, de la de su familia, de sus trabajos, etc. Todo ello emocionante. Pero esto ya no hace al caso; lo que sí hace es el hecho de que ese Cardenal, sin yo poder imaginarlo, la primera frase que me iba a decir en nuestra conversación era relativa a Santa Teresa de Jesús.

Otro enamorado de Santa Teresa: Juan Pablo II

Ya veis también lo que es el juego de las casualidades o de la acción providencial. Hoy mismo, el actual Papa, Juan Pablo II, otro enamorado de San Juan de la Cruz y de Santa Teresa de Jesús, ha ido a Canale da Gordo y a Belluno, el pueblo y la diócesis del Papa Juan Pablo I; el Papa que dijo que no quería más que predicar lo esencial y que su misión era hablar de Jesucristo y su vida y su palabra, como un párroco; con la única diferencia de que su parroquia es el mundo entero. Ha ido el Papa actual hoy a rendir el homenaje de su recuerdo y de su devoción a este Papa que, en su libro *Ilustrísimos Señores*, escribía esa carta a Santa Teresa, cuya lectura os he recomendado. Siempre y en todas partes nos encontramos con alguna huella de esta Santa Teresa de Jesús que lo llena todo.

La merced del dardo

Pues bien, hermanos, ahora reflexionemos brevemente una vez más sobre este hecho que ella cuenta en su vida. El de la visión que tuvo de ese ángel, Arcángel de los más altos que, con un dardo de oro, llega hasta su corazón y lo atraviesa, y como si en la punta tuviera fuego, la quema, y ella siente un dolor espiritual, y también corporal, porque aunque principalmente era del espíritu, aun el cuerpo sufría y ¡harto sufría! La atraviesa espiritualmente y ella prorrumpo en gemidos incontenibles y siente como una mezcla de dolor y de alegría tan deliciosa que lo único que hace después de describirlo tan preciosamente, es decir: “Los que lo nieguen o no lo crean, lo único que yo quiero es que pudieran sentirlo como yo lo sentí aquella vez”.

La Iglesia, al permitirnos celebrar esta fiesta, no busca precisamente el que nos fijemos de manera exclusiva en este hecho que sucede en la vida de Santa Teresa por modo de visión, ¡no! No se trata de que nos entretengamos en ese episodio tan bien descrito y que con eso y con la piedad y la liturgia nos contentemos en la contemplación de un horizonte tan bello. Hay algo más en la intención de la Iglesia y que aparece perfectamente descrito en la oración del día. Lo que se busca es que nos fijemos en la transformación de una mujer santa; en la progresión que hoy alcanza una etapa nueva de su vida, con una visión; una progresión en el amor de Dios. Ella lo describe de ese modo, porque así fue la visión, y la descripción corresponde, en términos muy exactos, a lo que en la vida espiritual de un alma unida con Dios suele suceder, y la Iglesia nos invita a que contemplemos esto y a que pidamos que nos conceda Dios a nosotros también una transformación semejante para que deseemos extender su Reino. Ésta es la fuerza pedagógica de esta fiesta, que bien merece ser conmemorada, no sólo en el ámbito íntimo de las comunidades carmelitanas, sino que se extendiera más para permanente lección de cuantos tenemos que vivir la vida cristiana con fervor, no rutinariamente. He aquí la cuestión, vivirla con fervor.

Una página de las Moradas

Santa Teresa misma en el Libro de las Moradas, al describir las sextas, parece que tiene presente este hecho: el de la Transverberación con que ella sintió atravesado su corazón, lleno de amor a Dios; porque describe lo que sucede al

alma en este momento de su vida espiritual, próximo ya a la cumbre, que se refleja en las séptimas Moradas. En éstas, las sextas, tiene un capítulo, uno de cuyos párrafos empieza diciendo: “Deshaciéndome estoy, hermanas, por ver cómo pudiera haceros entender lo que es la vida espiritual ya aquí, en este momento. Y casi no puedo; es ya el fuego que devora; es como una centella, pero no es estable –dice ella–, no es permanente; no es un fuego que ya tome posesión por completo del alma enamorada; no es estable; cuando parece que va a abrasar, la centella desaparece, aunque luego vuelve”. Y digo que parece como que explica esta visión, porque, en un momento determinado, en ese capítulo al que me estoy refiriendo, dice también: “Es como cuando ha entrado la saeta de ese fuego de Dios que nos arranca las entrañas al salir y nos produce a la vez pena y alegría”. Frases muy parecidas a las que emplea al hablar de la visión del dardo.

Pero llega un momento en que quiere como dar seguridad y dice: “Cuando el alma vive así, ¿qué haríamos para poder tener la seguridad de que no es engaño, ni ilusión, ni acción del demonio?” Siempre el realismo; siempre Santa Teresa poniéndonos en guardia para evitar el que caigamos en ilusiones de un falso espiritualismo. Y tratando ella de que todos lleguen a esas cumbres, sin embargo, quiere asegurar que el camino sea certero y dice: “No, no es ilusión. Por varias razones, no es acción del demonio, no:

- primero, porque el demonio no es capaz de producir en las almas esta mezcla de pena y gusto; la pena sabrosa sólo es cosa de Dios. El demonio produce, o un deleite engañoso, o una inquietud con guerra, mientras que a lo que yo estoy refiriéndome: la vida de unión con Dios, las operaciones del amor –así las llama–, esas llamadas de Dios, que son como un silbo potente que nos atrae, producen a la vez pena, sufrimiento y gozo; y cuanto más gozo, como que más se sufre, y cuanto más se sufre, y como que más se goza.
- Segundo, este dolor y este gozo vienen de otras altas esferas, en las cuales el demonio no tiene facultad;
- Y tercero, la más clara señal de que en estas actitudes del espíritu no hay engaño, no hay ilusión, es que mantienen al alma con deseo de seguir padeciendo y de aceptar muchos trabajos por el Reino de Dios. Y entonces es cuando no hay ilusión ninguna”.

Es notable que nos hable así la gran Doctora Mística con este realismo; para que veáis que no hay engaño, sino que es vida espiritual perfeccionada, desarrollada casi hasta el máximo; el máximo vendrá en las séptimas Moradas. El resultado que produce esta unión, estas operaciones de amor, son ganas de padecer y de seguir trabajando y aceptando muchos trabajos por la causa de Dios. Espléndida lección de vida espiritual.

Para llegar al conocimiento de la verdad, un camino: el amor

Yo uno estas reflexiones de Santa Teresa con la que nos dice en el último capítulo del libro de su *Vida*. Impresionante, ese capítulo, cuando habla de cómo por el amor ha podido llegar a conocer la verdad. Y tiene párrafos preciosos en que viene a manifestar que al fin llegó un día en que el Señor le dijo: ¿Sabes lo que es amarme de verdad? ¿Amarme, operaciones de amor, vida espiritual? Es

considerar mentira, todo lo que a mí no me agrada. Yo he querido vivir eso y he llegado a entender la verdad delante de la verdad “mesma”: “Vi lo que era la verdad uniéndome con la verdad, uniéndome con la verdad de Dios, de Cristo”.

¡Ay!, si hubiera más que amasen la verdad de este modo. Ella la ama tanto que llega a decir en este capítulo: “Siento como el deseo ya de no hablar nada, nada, a no ser ir por delante de los afanes de este mundo; y de tal manera lo siento que a veces quisiera no vivir ya en él”. Siente como el deseo de despegarse, no vivir en el mundo, pero es porque ha entendido la Verdad. Y ya se extiende en consideraciones finales, con las que trata de cerrar los capítulos destinados a narrar su vida y todos son así, como exclamaciones y consejos, hablando de esa Verdad de la que está enamorada: el amor y la contemplación de Dios.

La verdadera libertad

Entonces es cuando el alma se siente libre como lo fue Santa Teresa. “La verdad os hará libres”. Nada de visiones engañosas. Son operaciones místicas, en las que el Espíritu Santo, tal como se nos ha leído en este pasaje del Evangelio, por las diversas maneras con que puede hacerlo –ya sea en la Iglesia jerárquica y en su magisterio, o bien en la iluminación de las verdades recibidas, o bien en los carismas que concede a las almas que Él elige–, va produciendo fenómenos de esta naturaleza. Y la ortodoxia y la seguridad y el realismo de que episodios como éste de la vida de Santa Teresa son, de parte de Dios, una manifestación de su gracia, y de parte del alma, un anhelo vivísimo de corresponder cada vez mejor a ella con deseos de mayor perfección, se hacen patentes en el resultado que producen: ¿adonde la llevan esas operaciones de amor, adonde esos requiebros, adonde ese silbo potente al que no puede resistir? Al terminar dice: “Amo la verdad, pero la verdad contemplada delante de la Verdad misma, que es Dios, y todo lo demás me cansa y quisiera ya como salir y no vivir en este mundo y quisiera no hablar nada de cosas que sean de la tierra”. Pero hay que seguir, padecer, aceptar trabajos, seguir sirviendo al Reino de Dios. Ésa es la santidad.

Frutos de esta espiritualidad

Se comprende, pues, que, cuando se vive esta espiritualidad cristiana, aparezcan los frutos de su fecundidad y pueda darse ese Cardenal de Corea que habla de Santa Teresa como si fuera nacido en Ávila, y él me decía: “Yo, ahora, voy a hacer pronto un mes de ejercicios con dos o tres sacerdotes, como los hacían al principio con San Ignacio; porque estoy convencido de que sí, tenemos la Iglesia, y hemos elegido Papa y renacen esperanzas nuevas..., pero si no miramos a lo alto, si no contamos con el del Arriba, si en la Iglesia no vivimos de Cristo, nada, nada; no podremos hacer nada”.

-Y ustedes –le dije– ¿cómo mantienen su Iglesia?

- Bien, muy bien.

Y lo dice un hombre que tiene su patria dividida por el paralelo 38; Corea del Norte, sumergida en el dominio comunista, de ese comunismo asiático que hace del ateísmo una profesión de fe.

- Nuestros católicos –me dijo– muy fervorosos, muy bien, muy buenos; millón y medio de católicos.

- ¿Y seminaristas, sacerdotes?

- Suficientes. 640 seminaristas. Saldrán muchos sacerdotes.

- ¿Por qué me pide entonces sacerdotes de España?

- Porque también los nuestros deben ser misioneros y deben salir del allí, ir por el mundo a seguir predicando el cristianismo.

¿Veis? Otra vez unida la vida interior, reflejada en ese amor que siente él hacia esa Santa Teresa y manifestada en el celo por el Reino de Dios.

Lección permanente, hermanos, para todos nosotros.

El verdadero amor tiene exigencias

Entonces llega uno a comprender bien cómo con ese amor a Dios miles de problemas quedan resueltos. El cristianismo, la vida cristiana de una persona, la vida cristiana de un grupo, de una parroquia, de una comunidad religiosa, con este amor y al tratar de moverse con ese dinamismo que el amor a Dios imprime, nos evitará caer en el concepto de un Dios legalista, estrecho, pobre, que es lo más opuesto a la grandeza del Evangelio; y nos evitará también caer en el otro extremo: en el de un Dios convertido en nebulosa, sin exigencias, sin mandamientos, sin vínculos. Si hay amor, hay vínculos que unen. Si hay amor de Dios a los hombres, tiene que manifestarse en relaciones concretadas por Dios, las cuales van buscando la pureza de corazón, el desprendimiento, la humildad, la generosidad en la donación; no el autoengaño, no la tiranía, no el egoísmo, no la falsa religiosidad. Entonces cuando se ve a Dios así, manifestado de ese modo, se admiten sus leyes, porque son leyes de amor, pero no se cae en la visión torpe de un Dios legalista que estuviera como un policía a nuestro lado para pedirnos cuenta estrecha de nuestros actos. Nos la pedirá, sí; pero en nombre de un amor no correspondido y en la medida en que se nos haya manifestado a nosotros. Pero aun eso será también una demostración de su amor y de su misericordia.

Un materialismo sin ideales

Y lo mismo para la vida social. Yo decía a ese Cardenal de Corea que no me atrevía a darle respuestas muy concretas sobre lo que estaba viendo suceder – y temo que haya de seguir sucediendo– en esta España a la que nos referimos, con su tradición católica, que estiman más ellos que nosotros, muchas veces. No quería concretarle demasiado; pero, al ver lo que está pasando, vuelvo a hacer una relación también desde este punto de vista de la consideración social de los pueblos o de la marcha de las culturas, y me doy cuenta de lo siguiente: lo mismo que en la relación de una persona con Dios se trata de mantener los vínculos del amor puro, para llegar a contemplar la verdad, lo mismo hay que mantenerlos en la vida social de los pueblos, si se quiere que perdure el sentido cristiano que les ha distinguido. Mas cuando, al contrario, sucede lo que está sucediendo, el porvenir puede ser trágico.

Hoy nos domina un materialismo consumista, pero materialismo, al fin y al cabo. Enfrente está el otro, el materialismo marxista. Del consumismo del placer y del olvido de Dios en que están cayendo los países de Occidente, se pasa inevitablemente al otro, porque el otro termina por tener más fuerza que arrastre: tiene un ideal. Mientras que este otro materialismo, en el que van cayendo nuestros países –que sólo se sostienen todavía por su potencia bélica o económica–, este otro materialismo lo que hace es disgregarlo todo.

El contraste de Polonia

Pienso por contraste en Polonia. He ahí un pueblo católico que, frente a un Estado de ateísmo marxista, no ha sucumbido, ha mantenido sus ideales. Y ahora se produce, por ejemplo, esa reacción tan asombrosa cuando ha ido a visitarle un hijo de esa patria: Juan Pablo II. Pero reflexionemos un poco más. Polonia es un país que, después de la última guerra mundial, ha venido sufriendo. No ha caído en el materialismo consumista de los países occidentales; no ha quedado como amortiguado, como estamos nosotros; y por eso mismo reacciona tan valientemente frente al materialismo marxista. El hecho de no haber pasado por este otro materialismo destructor, que apaga el fuego de los grandes ideales, la mantiene más firme frente a la otra agresión teológica.

Acaso esté ahí la explicación, tal como se me ocurre en este momento, de por qué Polonia es capaz de mantener esa fuerza vigorosa que en otros países va desapareciendo. El hecho de que cuando Juan Pablo II se encuentra en la Silesia con los obreros de Polonia y les predica: “que nadie os arrebathe vuestra vida interior, vuestra capacidad de oración”, reciba como respuesta a esa frase el aplauso vibrante del mundo obrero, parece una página del Evangelio escrita en esta época de nuestro mundo. Pero es porque en el materialismo de ese otro tipo no ha entrado el del placer, el de la comodidad, el del Dios nebulosa; el de querer rebajarlo todo; el de ofrecer un cristianismo acomodaticio; el de hablar del pecado, de la virtud, de la unión con Dios con un lenguaje meramente humanista; el de destruir las esencias puras de la religión que Cristo nos enseñó, para quedarnos con un sincretismo religioso que lo mezcla todo, lo aguanta todo, y pasa por todo.

Santa Teresa no obraba así. Para ella, el Dios que merecía su amor era el Dios de la Santísima Trinidad, Padre, Hijo y Espíritu Santo. No un Dios de nebulosa. Y a través del Evangelio sabía lo que tenía que ser la relación con el Padre, con el Hijo, con el Espíritu Santo.

Algo parecido nos ha recordado Pablo VI en la exhortación apostólica *Evangelii nuntiandi*. Hablando de estos puntos, dice cómo no se puede reducir el sentido de Dios a lo puramente humano, porque empezamos por qué la Trinidad, que es el fundamento de la Revelación, no pertenece a ningún valor de la tierra.

Trabajemos todos por el Reino de Dios

En fin, hermanos, que una vez más, la fiesta que celebramos del corazón transverberado de Santa Teresa, nos anime a mantener nuestra fe y aceptar también trabajos por el Reino de Dios.

Vosotras aceptáis, religiosas Carmelitas, los trabajos de vuestra oración y de vuestra mortificación penitente por el Reino de Dios. Difícilmente se encontrará un grupo humano en donde se vivan con tan detallado conocimiento y con anhelo tan puro, los problemas de la humanidad, como en un convento de Carmelitas. Yo no sé qué pasa, porque no tienen televisión, ni radio, ni leen periódicos; pero están enteradas de todo y por todo oran y por todo se sacrifican. Es una buena sintonía de su espíritu con el mundo entero.

Así es como el Evangelio trabaja en las almas puras.

Al igual que en ellas, en nosotros, sacerdotes, en todos vosotros, religiosas que aquí veo, seglares, familias católicas; ¡gozo y alegría y nunca acomplejamiento! Gozo y alegría de sentirnos hijos de la Iglesia, discípulos del Evangelio en toda su integridad, sin disimulos y sin transigencias vergonzosas. Fieles a lo que el Señor nos ha enseñado; fieles a lo que la Iglesia de hoy, por boca de los Papas, nos sigue diciendo.

Será notable leer mañana, o pasado, los discursos que haya pronunciado hoy el Papa. Pero estarán todos en esta línea, en relación con la familia, con la vida cristiana y con el mundo; de la misma manera que los del Papa anterior, el párroco del mundo, Juan Pablo I, el que quiso promover el retorno a lo esencial, y lo esencial es esto de que venimos hablando aquí año tras año, movidos por el recuerdo de nuestra santa querida, Santa Teresa de Jesús.

26 de agosto de 1979

HUELLA DE LA GRANDEZA Y PLENITUD DE DIOS

Me alegro de poder saludaros una vez más, como vengo haciéndolo año tras año, en esta fiesta que nos congrega aquí, llamémosla así, prescindiendo ahora de cierto rigorismo denominativo de la liturgia. Para nosotros es una fiesta muy singular, porque con respecto a los santos lo que se celebra generalmente es el día de su muerte, su tránsito a la vida eterna. Llega la conmemoración de esa fecha en el calendario litúrgico y se nos invita a conmemorar la totalidad de la vida de un santo, y hablamos de su nacimiento, de sus trabajos, de su vida, de su muerte, de su obra al servicio de la Iglesia, etc. Cuando llega el 15 de octubre, hacemos esto sobre Santa Teresa.

Una flor del jardín de Santa Teresa

Pero en este día, la singularidad de la fiesta es muy notable, porque conmemoramos nada más que un detalle de su vida, sólo un detalle. Es como si uno entrara en un jardín precioso y, prescindiendo de las demás flores tan hermosas, solamente se detuviera ante los claveles, por ejemplo, o las rosas o los jazmines, supongamos. Y no tendría mal gusto el que hiciera esa elección. Pues bien, en este hermosísimo jardín de la vida de Santa Teresa –he aquí lo singular y notable– nos detenemos a conmemorar una visión que ella tuvo; ésta, la que con las mismas palabras con que la Santa la describe se nos ha leído antes de comenzar la santa misa; la de aquel ángel que ella sintió cabe sí; un ángel muy encendido, probablemente de los que llaman querubines, que estaba a su lado con un dardo de oro y fuego y lo clavaba dentro de su corazón. La hacía sufrir intensísimamente, pero con un sufrimiento mezclado de un gozo indefinible. Llega un momento, dijo, en que ella no sabe decir más, a pesar de que dice tanto en las palabras con las que describe este hecho, y sólo se le ocurre que, ojalá Dios conceda a los que puedan ponerlo en duda, sentir lo mismo que ella sintió. Esto es lo que conmemoramos hoy, la Transverberación de Santa Teresa, de su corazón.

Fiestas de la delicadeza

Yo estimo que es muy acertado celebrar estas conmemoraciones, que pertenecen a la intimidad de la familia. En todas las órdenes religiosas, aparte de la observancia general propia de cuanto tenemos que cumplir con los preceptos de la Ley de Dios, florece como un conjunto de deseos, de imitaciones, de anhelos, de recuerdos, que pertenecen al ámbito de la familia, y si una Orden religiosa no tuviera este sentido de familia, habría que lamentarlo mucho. Pero en ésta, concretamente de las Carmelitas, entra uno en sus conventos y monasterios, grandes o pequeños, más o menos antiguos o modernos, y por donde quiera que va, de repente, en la esquina de un claustro, allí aparece una imagencita del Niño Jesús, de tal santo, de la Virgen Santísima, y todos tienen su historia, todos tienen incluso su hermosa leyenda, admirable y siempre edificante, aun siendo sólo leyenda.

“Aquí tenemos a este Niño Jesús de Praga, que en la Orden tanto veneramos y le ponemos aquí sobre esta mesa de altar, tales y tales días porque...” y así, ¿desde cuándo?... Pues no saben ya. “Y esta otra imagen de la Virgen, mire, con esta capa de que está revestida, se venera en este convento desde hace doscientos años, porque en aquella época sucedió que hubo una visión de una monja muy santa de esta comunidad”. Y todas rezan ante aquella imagen en determinados días y momentos, y, dentro de la liturgia general, la propia de la familia carmelitana, les hace sentir como un gozo particular en exponer sus sentimientos o rememorar aspectos propios de la vida de la Orden en torno a una fecha. Mil detalles bellísimos, propios de la vida de las Carmelitas. Mil detalles que no debéis perder, ¡no los perdáis jamás! Son lo que podríamos llamar fiestas de la delicadeza. Las demás son fiestas de la fidelidad; a la fidelidad estamos obligados todos, a la delicadeza, cuanto más podamos alcanzar, mejor. Pero aquellas que lo tienen ya por institución y no por formulismo, que sigan ofreciéndonos su testimonio y nos hagan sentir la dicha de ver con qué intimidad tratan las cosas de Dios, de su Madre y de sus santos.

Dios quiere hacernos mercedes

He meditado esta mañana en el capítulo de la vida de Santa Teresa, en que ella hace esta descripción. Es el capítulo en que empieza hablando de las “mercedes” que Dios le hizo. Y lo escribe porque le mandaron escribirlo. ¡Las “mercedes” de Dios! Y, además, lo escribe como para hacer sentir a todos los que lo lean, que Dios está dispuesto a hacer muchas mercedes a todos. Al leerlo una vez más, seguí hojeando su *Vida*, y en los capítulos XXVII, XXVIII, XXX y XL, en que va narrando diversos aspectos, me fijé en la narración que hace de estos misterios de su vida, se repite con frecuencia un doble pensamiento: por un lado, la exaltación de las grandezas de Dios. No se cansa, a lo largo de estos capítulos, de mencionar la grandeza y la majestad de Dios. Y, por otro lado, segundo pensamiento que se repite en esta alma generosa llena de amor, deseosa de que ese amor abarque al mundo entero: el deseo de que los hombres lo experimenten. Esto es notable en Santa Teresa. Sin duda, a un alma tan profunda y tan rica de expresión de sentimiento religioso y de fe, Dios le hizo sentir particularmente esto: ese deseo de que los demás puedan llegar a sentir la experiencia de Dios, como ella la sintió; lo dice con mucha frecuencia en estos capítulos de su *Vida*. Y esto para el lector que se acerca a esa vida con humildad y siempre deseoso de aprovechar en su vida espiritual, es fuertemente estimulante. Y nace, efectivamente, el deseo de experimentar algo de lo que ella vivió.

¡Qué pobres son los hombres, qué torpes al alejarse de esto que la majestad de nuestro Dios está dispuesto a dar!, puesto que me lo ha dado a mí, tan “ruin”, y “con qué claridad vi, y qué feliz soy de haber visto a Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo, y desde entonces veo ese misterio de la Trinidad y me consolé y me conmoví”. No son exactas las palabras, el pensamiento sí. ¡Ojalá muchos que viven por el mundo olvidados de Dios pudieran sentir esto mismo que yo siento!, y me dijo el Señor: ¡Diles y recuérdales estas gracias, para que ellos también lo vivan! Este aspecto es encantador en la vida de Santa Teresa, la mujer contemplativa que mora en sus conventos, que sale por el mundo a seguir contemplando a Dios. Pero que ni en los conventos ni en el mundo se olvida de

los hombres, de todos los hombres, y les desea lo mejor que puede haber: que también ellos lleguen a sentir algo de la grandeza y de la majestad de Dios.

Huellas de la grandeza y plenitud de Dios

En la grandeza de Dios están todas nuestras grandezas, queridas religiosas y queridos hermanos, y en la majestad de Dios está nuestra plenitud. Todo se reduce a eso, y todo lo bueno que podemos tener es como una imagen, como una expresión imperfecta de la grandeza de Dios. Entonces resulta que esa grandeza se nos presenta como creadora, providente, amparadora, redentora. Nos llena de gracia, nos ofrece auxilios múltiples; la naturaleza tiene un sentido, la creación canta esa grandeza de Dios.

Y uno piensa en sí mismo: estudios, ciencia, conocimientos, vida, capacidades físicas, psicológicas, morales, sociales, políticas; es decir, el esfuerzo tremendo de la historia humana –a esta frase puede reducirse todo el significado de este conjunto de aspiraciones y luchas del hombre al que me he referido–. Ve uno todo eso y dice, pero, ¿qué es esto sino una pequeña huella en que se manifiesta la grandeza de Dios? Y, en tanto esto llega a saciarnos, en cuanto está dentro de ese cuadro de la grandeza divina. Cuando no, cuando se desvía de lo que Dios nos revela para que podamos regular bien la verdad, la belleza, la fuerza, etc., ¡qué catástrofes personales, qué frustraciones, qué cansancios del corazón, qué vidas sacerdotales, religiosas, seculares deshechas!, a pesar de la fuerza sensacionalista, con que aparezcan las frases del mundo en torno a hombres, mujeres, ídolos de un día, que si triunfan, gracias a tal o cual publicidad, pasan enseguida; como estrellas se apagan. Sólo queda la amargura de un corazón desolado, una familia entristecida, el olvido melancólico. Y es porque se apartaron, con su falsa grandeza, del deseo de reflejar la grandeza de Dios. Grandeza y majestad de Dios, que dice Santa Teresa continuamente. Por eso no me extraña que, al narrar este episodio de la visión que tuvo del ángel que atraviesa su corazón, hable para que al mismo tiempo que la crean, puedan beneficiarse los hermanos de lo mismo: “¡Ojalá Dios lo diese a gustar a otros, para que no dudaran de lo que aquel día y en más ocasiones me sucedió!”.

Estimación de la vida mística

Es fiesta de delicadezas, pero muy justificada en una persona como Santa Teresa, que vive el desposorio místico con tanta fuerza.

Había que buscar un momento particular en el que nos fijáramos, para que en la pedagogía de la fe y la piedad del pueblo católico, en este esfuerzo que hace la Iglesia constantemente, se supiera estimar esto. ¡Es la gran mística, la del amor de Dios, la de la unión progresiva y constante, la de las séptimas moradas, y todas las moradas que puedan llegar a producirse en la unión de su alma con Dios! Entonces hay que celebrar esto; no sólo sus condiciones de reformadora, no sólo la intrepidez de su carácter, no sólo su capacidad de mortificación, no sólo sus luchas, su fortaleza y, al mismo tiempo, su templanza al tratar de asuntos gravísimos con autoridades civiles o eclesiásticas, no sólo su capacidad de gobierno de las comunidades, no sólo sus horas de oración. ¡Esto, esto: la vida mística y el ángel que atraviesa su corazón! Porque, con sólo esto, está

hablando de Dios más que con mil páginas preciosas de su vida o de sus obras, y ello sirve para que todos los que creemos y amamos los mensajes que la Iglesia acoge con respeto, nos sintamos también fortalecidos en nuestros propósitos de seguir hablando de Dios y de despertar el amor a Dios y el anhelo del conocimiento de Dios. Es un gran fallo de nuestro tiempo éste, el dejar de hablar de Dios y el reducirlo todo a la visión de un Dios, del cual hay un aspecto irrenunciable, por cierto, pero al que no podemos reducir la visión de Dios, porque terminaríamos olvidándonos de Él.

Nuestro propio ángel y nuestro dardo de amor

No podemos olvidar ciertamente que ese Dios ha venido a este mundo y quiere un orden cristiano en este mundo. Pero, ¿cómo vamos a lograr un orden cristiano en este mundo, si no hablamos de Él, de Cristo, si no nos esforzamos por conocerle, si no despertamos nuestro amor a Él en sí, no sólo en su obra redentora, aplicada al hombre, sino en su misterio divino con toda la fuerza con que se acerca a ese hombre para redimirle? Es lo que se ha llamado la teología de rodillas, en lugar de la teología sentada. No sólo estudio, no sólo lucha apostólica. Todo esto sí, pero tiene que estar como transido de un sentimiento cada vez más hondo de fe y de contemplación. Nosotros no podemos tener un ángel que se acerque a nosotros con un dardo de oro; no merece tanto nuestra miserable condición. Pero nos basta, si somos humildes, con sentir la punzada que llega hasta nosotros por la voz de Dios a través de Cristo, llamándonos a este despojo de nosotros mismos, a esa entrega de nuestro corazón, a esta contemplación del Padre, a esta búsqueda de las energías del espíritu apostólico en la unión con Él, unión semejante a la del sarmiento con la vid.

Este aspecto fundamental no puede olvidarse, y aquí –vuelvo a repetir– está el fallo. Lo hemos olvidado mucho en nuestro tiempo. Todo lo queremos reducir a una conversación de camaradas; tenemos que estar muy unidos, juntos todos, y todos de rodillas ante Dios. En nuestras horas de oración comunitaria, bien sea en las órdenes religiosas, en la familia, en las comunidades parroquiales, donde sea, llega un momento en el que cada uno tiene su propio ángel, su propio dardo, porque tiene su propio corazón, y lo que tiene que hacer es dejar que se abra; y luego que Dios actúe como Él piense que debe hacerlo respecto a cada uno.

Nuestra disposición personal y nuestra donación

El mundo está un poco necesitado, ¡un poco –digo yo–, triste y trágicamente necesitado de que, al menos, aquellos que tenemos la obligación de seguir al Señor por el camino que hemos aceptado, valoremos un poco más estos aspectos de la vida mística, simplemente en cuanto significan unión con Dios. Ya veréis, ya, lo que se ha de escribir y lo que se ha de decir en el año centenario de la muerte de Santa Teresa. Probablemente, sentiremos más de una vez el sonrojo de escuchar de labios no católicos e incluso no cristianos, reflexiones sobre Santa Teresa y la vida mística, que no somos capaces de hacer nosotros que tenemos tales tesoros entre las manos. Tendrán que venir a decírnoslo de Oriente y de Occidente, como dice el Evangelio; de un lugar y otro del mundo, de todas las religiones, al contemplar estos dramas que está sufriendo el hombre

de hoy, tan afanoso de felicidad y tan incapaz para encontrarla, porque la busca donde no puede hallarla.

Nuestras grandezas radican en la grandeza de Dios y en su majestad está nuestra plenitud. Nosotros no dudamos, admitimos esa visión del dardo; la leemos con respeto y con amor. Pensamos en Santa Teresa y, por medio de ella, dirigimos a Dios nuestra oración, y le decimos que sí, que queremos vivir más unidos con Él, en el propio hogar, los padres y los hijos, los matrimonios, los jóvenes, los sacerdotes, las comunidades religiosas. Para ello hemos de ir disponiendo nuestro corazón con mucho esfuerzo. Esa visión del ángel no se produjo de repente, precedían muchos esfuerzos de Santa Teresa, y ya había tenido otras mercedes, como aquella de la cruz cuando, teniendo un día en la mano la cruz de un rosario, “el Señor me tomó la mía, la tomó, tomó esa cruz, y desde entonces vi que ya no era de madera, sino de piedras preciosas mucho más bellas que los diamantes”. Es el diamante muy imperfecto para expresar lo que era aquello. Y yo lo “ví” –dice ella–; el Señor me permitía verlo y así muchas veces. ¡Mercedes de Dios!

¡Teresa, envíanos tu ángel!

No lo dudéis, hermanos, Dios hace mercedes grandes a los que creen en Él, y da paz al corazón y da fuerza en medio de todas las pruebas y sigue despertando anhelos de santidad, y ayuda con gracias sin fin para ir avanzando más y más en ese camino de gozo y de paz, que es la unión con su divinidad. Que nos lo alcance así Santa Teresa de Jesús, con su intercesión en el cielo. Y que encuentre, si es posible, ella, que era tan sagaz, al ángel que vio aquel día. A ver si está allí, entre tantos ángeles como habrá en el cielo. Y que le diga que baje un poco hasta nosotros y nos haga sentir algo, una partecita al menos de lo que a ella le hizo sentir aquí, justamente aquí, en el lugar en que estamos. ¡Amén!

26 de agosto de 1980

9

MARAVILLOSA RESPUESTA DE AMOR Y DELICADEZA

Un año más –y ya son muchos los que van transcurriendo– nos encontramos aquí, para celebrar la fiesta de la Transverberación del corazón de Santa Teresa.

¡Un año más! Yo tengo mucho gusto en poder celebrarla con vosotros como un obsequio a la Santa, ¡hemos recibido tanto de ella!, y también a las Carmelitas Descalzas, de las que seguimos recibiendo el regalo de su oración y de su penitencia por la Iglesia; oración y sacrificios llenos de amor; y a un auditorio, a cuyos miembros no conozco personalmente, pero que siempre es el mismo: personas que vienen aquí atraídas por su amor a la Iglesia y a la Santa y que se complacen en las delicadezas; porque ésta es una fiesta de la delicadeza de Dios y de la del alma que quiso responder a ella.

Fragancias y perfumes de los santos

En la Iglesia no hay solamente dogmas de fe, ni un Credo que recitar para conservar viva la memoria de esa fe. Hay también fragancias y perfumes, que brotan de la vida de los santos, en torno a Cristo, siempre atraídos por Él y movidos por la grandeza del Espíritu Santo. Ésta es una fiesta en la cual se percibe este perfume. Es asunto espiritual sumamente delicado meditar en estos hechos de la vida de Santa Teresa.

Una vez más también, la voz solemne y grave de don Nicolás, el capellán de la Encarnación –¡bonito título!–, nos ha leído el fragmento del capítulo XXX o XXIX, según las ediciones de la Vida de la Santa, en que ella nos narra con maestría inimitable la merced que le hizo Dios. El querubín con el dardo y en la punta, fuego que le atravesaba el corazón y las entrañas y la dejaba transida de dolor y de gozo. Y como quien no sabe ya decir más para expresar lo que siente, termina prorrumpiendo en el deseo de que quienes no la crean puedan experimentar lo mismo que ella experimentó, ahí, en esa capilla...

Mi Dios es un Dios que ama

Este año, en esta homilía que estoy pronunciando, quiero meditar un poco ante vosotros sobre un aspecto, en el que no he reparado en otras ocasiones, porque este hecho de la vida de Santa Teresa da mucho de sí para meditar y los aspectos de la vida espiritual que puede descubrirnos son innumerables. Quiero fijarme en una frase de una de las epístolas de San Juan, que completa maravillosamente lo que se nos acaba de leer en la carta de San Pablo sobre el amor de Dios. “Él –dice San Juan– nos amó primero”.

¡Dios nos ha amado primero! O sea, que hay que contar primero con el amor de Dios, porque es del suyo de donde brota luego nuestro amor a Él. Al fin y al cabo, éste ha sido siempre el trasfondo de la educación cristiana en el ambiente de

una familia y de una sociedad cristianas. Desde niños nos enseñaron a rezar; fuimos aprendiendo a llamar a Dios, Padre nuestro; nos enseñaron que Cristo murió llevado de su amor hacia cada uno de nosotros. Mientras nos enseñaban el catecismo –síntesis perfecta de los elementos vivos y sencillos de la fe–, ella, con la gracia de Dios, se iba desarrollando en nosotros y arraigándonos en el convencimiento de que Dios nos ama; y así Cristo, y la Virgen, y los santos.

El niño, el joven, va poco a poco dándose cuenta de que el Dios en quien cree es un Dios que le ama. Y esto tiene grandísima importancia, porque cuando uno se siente amado, da pasos..., camina. Cuando uno se siente amado de verdad por alguien, a quien puede entregarse y en quien puede confiar, está todo resuelto. El daño está en que se nos quede sólo en mera idea; es decir, que sepamos que somos amados por Dios, pero no lleguemos a hacer de esa verdad vida de nuestra vida.

El niño empieza a vivir. Pero debemos observar bien lo inagotable de sus preguntas y la lógica implacable de sus deducciones: llega con naturalidad al último límite. Si sus educadores en la fe aciertan a hacerle sentir que Dios le ama, el niño estará dispuesto a todo, como Teresa y su hermano Rodrigo, cuando se iban a tierra de moros para que allí, por amor de Dios, los descabezasen. Es la respuesta lógica, total del niño que ha llegado a convencerse de que Dios le ama. Es la respuesta absoluta; la única posible, a la luz de una fe viva.

Ni sólo los niños. Me contaba una religiosa que, en cierta ocasión, en una reunión con personas del mundo, empezaron a comentar cómo había podido ella sacrificar sus dotes naturales y renunciar a tales y tales cosas para consagrarse a Dios. Estaba allí presente un hombre que lo había experimentado todo, lo tenía todo y lo había vivido todo, pero se sentía vacío, como se sienten todos los que se entregan a un mundo olvidado de Dios. Y éste, en cierto momento, se dirigió a los otros interlocutores amigos y les dijo: “No, ésta no ha dado nada. Lo ha recibido todo”. Se quedaron los demás sorprendidos de la frase, que en él parecía una paradoja. Pero él se explicó diciendo: “Si yo tuviera fe, si yo creyera en ese amor de Dios que ella dice que ha sido el norte de su vida, yo sería feliz respondiendo como ella con un amor absoluto. ¿Qué podría importarme ya lo demás? Sentirse amada así por Dios..., ¿qué más puede desear una mujer?”

Éste es el problema fundamental, hermanos, para llegar a la vida cristiana intensa, a la que todos debemos aspirar: es necesario sentirnos amados por Dios, primero, para poder responderle luego con todo nuestro amor. Esta segunda parte es también ciertamente necesaria. Pero ¿quién puede dejarlo todo, si no sabe de antemano que hay una perla o un tesoro escondido que le va a resarcir con creces? El que lo deja todo es porque sabe que existen esa perla y ese tesoro: es decir, el que sabe y vive dentro de sí mismo el amor de Dios, en reciprocidad.

Amor con amor se paga

¿Qué fue lo que pasó en la vida de Santa Teresa, monja tantos años aquí, en este monasterio de la Encarnación? ¡30 años aquí!... Buena religiosa, pero víctima de ciertas disipaciones, que explican la historia y las costumbres de la

época. Va entregándose despacio, poco a poco, atraída por el amor que Dios le tiene. ¡Ella siempre creyó en ese amor! Hasta que un día, la visión, el detenimiento de su alma y de todas sus potencias ante aquella imagen del Cristo llagado, da un vuelco a su corazón y se convence, de una vez para siempre, de que no hay modo más maravilloso de amar que aquel mismo con que Dios amó a sus criaturas, los hombres: la entrega total en su Hijo divino, Jesucristo. Y a partir de aquel momento es cuando empieza ya todo el prodigio que es la vida de Santa Teresa, con ese himno continuo de la caridad, de que habla San Pablo y que ella va a mantener a todo lo largo y en todas las circunstancias de su vida. Ha visto la perla, ha visto el tesoro: ha visto a un Dios que, a través de Cristo, en Cristo y en la Iglesia, la ama con amor eterno y, a partir de entonces, ella responde totalmente a ese amor.

En Cristo y en la Iglesia

En las Moradas cuartas –creo– nos dirá que el secreto de las vidas santas no está en buscar el gusto de las consolaciones de Dios, sino en contentar a Dios, procurando no ofenderle. ¡Maravillosa precisión! “Procurando no ofenderle”; contentándole en todo, caminando siempre en busca de la mayor honra y gloria de Dios y de su Hijo, y del aumento de la Iglesia católica. Lo dice así literalmente: de la Iglesia católica. O sea, contentar a Dios cumpliendo su ley, viéndole en Cristo, su Hijo encarnado, y en la Iglesia católica que Él instituyó. ¡En Cristo y en la Iglesia! Por eso ella, una mujer que había subido a la atalaya de la verdad divina en sus éxtasis y en sus visiones de Dios, se gozaba tanto en las más pequeñas ceremonias de la liturgia; estimaba como un tesoro el agua bendita, atenta siempre a estos pequeños detalles. Era el realismo del amor para no caer en iluminismos, tan frecuentes y tan fáciles en su época; para no caer en las desviaciones, también tan abundantes, en la nuestra. Es decir, para no interpretar el amor a Dios, el honor y la gloria de su Hijo, las inspiraciones del Espíritu Santo, conforme a cada uno le parezca, sino conforme y dentro de lo que el Hijo vino a dejarnos en su Iglesia.

El *aumento* de la Iglesia católica, –dice– y expresa con esa palabra no sólo el deseo de que la Iglesia triunfe en aquella época, en que ya se había planteado el problema del protestantismo. En ella esa palabra, “aumento”, quiere decirlo todo. Quiere decir una Iglesia viva, más viva, más extendida, más amada, más respetada y deseada por unos y por otros como guía y meta de las conciencias de los hombres. Y, ¡qué bien lo vivió ella! ¡Cuanto luchó, cuánto padeció! Pero no desobedeció jamás a la Iglesia y pudo morir con aquella frase inmortal: “Al fin, muero hija de la Iglesia”.

Un corazón transverberado por el amor

Esto es lo que ella había experimentado y esto es lo que a mí me sugiere este fenómeno místico del querubín y el dardo. Los maestros de la vida espiritual, bien sean maestros en la doctrina o en el discernimiento de carismas y místicas experiencias, explicarán con mayor detenimiento este fenómeno. ¿Visión imaginativa? Dios se sirve de todas las potencias interiores del alma: imaginación, memoria, corazón, sentimiento –todas son suyas–, para con arreglo a esas capacidades del hombre, irle adentrando en la contemplación, atraerle

hacia sí, y grabarle en el alma, con mayor eficacia, determinados pensamientos y propósitos. Así nos explicarán, poco más o menos, estos fenómenos, con lenguaje más preciso y teológico, los maestros de la vida espiritual. Fenómenos, éste de la Transverberación también en particular, que ni deben ser despreciados, ni pueden tampoco ser entendidos al pie de la letra. La merced, el regalo que Dios le hace a Santa Teresa, con arreglo a su condición y a su capacidad de amor, es mostrársele de aquella forma, a través de aquella figura de un querubín, para encenderla en un volcán de amor divino, que ya no disminuirá jamás en el corazón de la Santa. El símbolo, la imagen responden a una realidad espiritual, que va plasmándose en obras durante el resto de su vida.

Aquella visión la tiene aquí, en la Encarnación, antes de lanzarse a la Reforma que, en definitiva, será el fruto de esta convicción profundísima de que Dios la ama y de su determinación de corresponderle con todo su amor.

Estas son las consideraciones, que me sugiere la meditación de este fenómeno, tan digno de respeto, cuando estamos contemplando una vida tan santa.

Podríamos extendernos más, pero no lo haré. Sólo añadiré un pensamiento que me sugiere también la misma Santa Teresa. No basta que el cristiano responda con su amor al amor que Dios le tiene. Es necesario que persevere.

Responder al amor de Dios en un primer momento, en algún momento, lo hacemos casi todos los cristianos alguna vez. Y, desde luego, lo hemos hecho positivamente los que, por dicha nuestra, nos hemos consagrado especialmente a Él. Veo aquí, ante mí, muchas almas consagradas, y saludo de modo particular a las religiosas de la Compañía de Santa Teresa, jóvenes novicias, profesas y a las que en este momento hacen su tercera probación. Pues bien, a todos quiero insistiros en esto: no basta con responder al amor de Dios. Tenemos que permanecer firmemente anclados en ese amor en medio de las luchas, en medio de las contradicciones. Y entonces es cuando hay que echar mano de una palabra muy teresiana: perseverar con “una determinación muy determinada” en el amor.

¡"Determinación muy determinada!", ¡palabra clave en Santa Teresa de Jesús! Es una determinación que nace de la fe. Dice ella también: “Cuando se ama la fe...” ¡Amar la fe! La fe viva, la fe intensa, el amor de esa fe que la preserva de toda contaminación es el secreto de la perseverancia; es lo que nos mantiene en el camino recto, sin desviaciones.

La auténtica renovación: reformarse a sí mismo

Hoy oiréis por todas partes que se ama mucho a Cristo. Y por eso, a reformar esto y aquello y lo de más allá; por amor a Cristo y al Evangelio la crítica amarga, porque la crítica –dicen– es una actitud que purifica el ambiente interno de la Iglesia; por amor a Cristo y a la Iglesia hay que liberarla de rutinas, etc. Pero qué pocos dicen como Santa Teresa: por amor a Cristo y a la Iglesia “¡amar la fe!”, “¡amar la fe en la Iglesia!”, tal y como ella nos la propone por encargo de su Fundador y Maestro.

No comprendo ni intelectualmente siquiera, no digo ya pastoralmente y menos aún desde el punto de vista sacerdotal o episcopal, que, en elementos vivos de

la Iglesia, se den estas actitudes de crítica tan amarga, de afán de reforma tan destemplada y tan olvidada de lo esencial de una reforma, que es el empezar por sí mismo, exigiéndose a sí mismo cada vez más.

Los que hablan tanto en ese sentido, ya sean individuos o bien grupos pastorales, intelectuales, publicistas de libros y revistas –eclesiásticos, por supuesto–, de la reforma de la Iglesia y no son capaces de hablar de amor a la Iglesia tal y como ella quiere ser amada, no me ofrecen garantías. Hay algo ahí que no... y los hechos lo van demostrando luego.

No hay nadie tan reformador como Santa Teresa, y ¡cuánto se exigió a sí misma a la vez que pedía a los demás!: a nuncios, obispos, carmelitas, dominicos, jesuitas, sacerdotes, a sus hermanas religiosas, a todos. Cuánto pedía, pero ¡cuánto se pidió a sí misma! ¡Y cuánto progresó en la oración, en la purificación de todo su ser y en esa fe fuerte y viva, de la que habla tanto, creo que en las cuartas Moradas! Pudo progresar tanto porque todo lo hizo siempre dentro de la Iglesia; como para decirnos: mucho quiero hacer, aunque soy tan ruin y tan pobre, pero, ¡que la Iglesia me proteja! ¡Yo la amo! No quiero decir ni hacer nada en detrimento del respeto y del amor a esta Iglesia que amo por encima de todo. Si hay defectos, procuremos corregirlos empezando por nosotros mismos. En estos reformadores creo; en los demás, no.

A la fe, por la oración

Y nada más, hijas. Esta fe se cultiva con la oración y con el esfuerzo grande que tenemos que hacer en la pastoral de hoy, queridos sacerdotes, para volver a llevar a las almas a una unión auténtica con Cristo. Tenemos que esforzarnos más para buscar tiempos de oración y contemplación de Dios, para nosotros, y para ofrecérselos a todos los hombres. A hombres como aquel interlocutor de la religiosa, de que os hablaba antes, que, hastiados de todo, después de experimentarlo todo, sienten el vacío de todo. Tenemos que avivar la fe en nosotros y en los demás, para que podamos llegar a la misma conclusión de aquel hombre, más bien pecador, a quien le bastaba un “¡si yo tuviera fe!”, para comprender que la entrega total a Dios es la conclusión perfectamente lógica de la fe.

Teresa, inmovible

Que Santa Teresa siga ayudándonos a todos con su doctrina, con su intercesión en el cielo, y con los ejemplos de su vida. Que ella prepare nuestros ánimos para el gran acontecimiento que está en puertas: el inicio del Año Teresiano que vamos a celebrar conmemorando el cuarto centenario de su muerte. Que ella nos conceda el poder vivirlo en toda la España católica con gozo y sin contradicciones. ¡Ya sufrió ella bastante en su vida! La realidad de esta gracia tan magnífica de poder contar con una santa como ella, tiene todo el frescor de la primavera y de la más reciente cosecha. Santa Teresa no pasa de moda. Ahí está, inmovible, atrayendo a los sencillos, a los intelectuales, a los religiosos, a los obispos, a los sacerdotes, a todos.

¿Cuál es tu secreto, Teresa de Jesús? Háznoslo sentir y vivir en el año que comenzaremos ya pronto, en octubre. Que a lo largo de este año podamos recibir la visita de nuestro Santo Padre, Juan Pablo II; que venga a España a confirmar en la fe a todos sus hermanos y a todos sus hijos.

Cuando se produzca este hecho, Santa Teresa podrá repetir, desde estos lugares en que vivió, desde el sepulcro en que yacen sus restos, en Alba de Tormes, y desde el cielo: ahí están ellas, mis hijas, y ellos, todos. ¡Al fin, hijos de la Iglesia!

26 de agosto de 1981

MERCEC DEL DARDO Y MERCEC DE LA VENIDA DEL PAPA A ESPAÑA

Una vez más nos damos cita en este lugar sagrado del monasterio de la Encarnación para celebrar la fiesta en que conmemoraremos la visión que tuvo Santa Teresa de Jesús, de aquel querubín que, con un dardo encendido, atravesaba su corazón. A veces me pregunto por qué es precisamente esa visión, que ella narra en el *Libro de la Vida*, la que se ha tomado como paradigma de las muchas que tuvo, hasta el punto de que justifique una celebración litúrgica. Es la autoridad de la Iglesia la que ha permitido que se celebre como fiesta esta conmemoración dentro de la Orden Carmelitana; restringida a este ámbito, no deja, sin embargo, de tener un valor merecedor de la mayor apreciación por parte de los fieles. Y de tantas mociones extraordinarias y tantas visiones como tuvo Santa Teresa, reveladoras del grado de unión con Dios a que había llegado, es precisamente esta visión del querubín la que ha sido escogida para que la celebremos litúrgicamente y aparezca inserta en el calendario de las conmemoraciones y fiestas propias de la Orden Carmelitana.

¿Por qué precisamente esta merced?

¿Por qué esto? La respuesta, a mi juicio, es muy sencilla. Recordad lo que ella dice al narrarlo: “En algunas ocasiones, en este lugar, vio junto a sí un ángel”; en algunas ocasiones, luego no fue sólo una vez; y una síntesis –porque es muy difícil reproducir en su estilo esa breve pero espléndida narración–, ella veía que el ángel, uno de los más subidos en el trono de Dios, un querubín, con un dardo de oro encendido en la punta, atravesaba su corazón. Y ella sentía una dicha espiritual insuperable, que llegaba incluso a reflejarse en su organismo corporal, y de tal manera atravesaba su corazón que, al salir el dardo, parece que le arrancaba las entrañas. Entonces se producía en su alma una mezcla tal de deleite espiritual y de profundo dolor que no sabría explicarlo. Y termina por decir: “Lo único que yo quisiera es que aquellos que dudaran de esto, pudieran sentir tal merced para experimentar ellos mismos lo que yo he experimentado”.

Y aquí viene –repito– la pregunta que me hago. Porque, cuando conmemoramos o hablamos de una determinada fiesta, debemos fijarnos en ella y no evadirnos del tema, yéndonos a explicaciones de tipo más o menos genérico siempre, por otra parte, provechosas, porque de Santa Teresa podíamos estar hablando años enteros, tocando diversos puntos siempre útiles para la vida espiritual. Pero yo me refiero precisamente a esto: la Transverberación que ella sufre en aquel corazón suyo tan enamorado de Dios. Digo que la respuesta no es difícil.

Fruto de una vida de intimidad con Dios

Primero: Detrás de este episodio, que es una visión imaginaria, adivinamos muchas horas de oración y de contemplación; de manera que precede a este

momento de su vida una actitud intensísima de trato y comunicación con Dios, siempre movida por aquel amor creciente que va inundando su alma. Este momento, es visión imaginaria, es como si ella, movida por gracias especiales de Dios, se representara a sí misma el resumen y el fruto de años enteros de trato íntimo con Dios. Y como el trato que ella buscaba con Dios era un trato íntimo y cercano –éstas son las comunicaciones de Dios, éste es el Dios de los cristianos, un Padre–, como era así, una comunicación tan viva y tan intensa, nacida de ese trato continuo, ella, no con su pura imaginación, como podría hacerlo un pintor que se pone a describir un cuadro, sino movida por una gracia especial de Dios, siente con todas las potencias de su alma que ese Dios se le acerca a ella bajo esa forma de moción, que va a traer como regalo de la presencia de un adorador del trono de Dios, un querubín. Su acción, sin embargo, va a ser toda ella encaminada a mover más y más las energías interiores de aquella alma, ya tan intensamente unida con su Señor Dios Padre y Redentor.

Ella puede poner con su imaginación, con la vehemencia de su corazón, esas imágenes y como que ve ese querubín, no está ausente Dios de aquella acción –repito–, es una operación mística, pero es el alma de Santa Teresa que, acostumbrada al trato íntimo con Dios, ve que llega hasta ella la acción del Señor, así, precisamente así. ¡Es hermoso que ella tenga la visión imaginaria de este modo! No es esencial que para su amor a Dios aparezcan estos detalles en su vida interior. Yo pienso que tantas horas de oración y contemplación como venía teniendo ya con Dios en su vida religiosa, le habían permitido miles de momentos de efusión amorosa, de preguntas y respuestas recibidas, de requiebros con Dios Nuestro Señor, de dulzuras del espíritu, de propósitos firmísimos, terminando siempre en eso: Dios es mi Padre, Dios es mi amor, Dios es alguien cercano a mí, no es una abstracción. Yo no me evado de la realidad de la vida del alma, cuando pienso en este Dios del que escribí frases y sentencias tan maravillosas en todas sus obras.

No hay amor sin dolor

Segundo: Observad otro detalle importante. En esta visión imaginaria, la del dardo que atraviesa su corazón, aparece también algo que no debemos perder de vista, porque es esencial en la vida cristiana: el dolor. Allí no había únicamente un deleite espiritual sublime, tal como ella lo explica. Allí había también un dardo clavado que, al ser sacado, parecía como que le arrancaba las entrañas y que le producía tanto dolor que lo sentía hasta en su cuerpo. Y esto es muy importante tenerlo en cuenta en la visión: por un lado, está el deleite de la comunicación con su Dios tan amado; por otro lado, el dolor que causa esa unión para mantenerse fiel. La teología de la Cruz, siempre presente y que se revela, incluso en esos fenómenos místicos de tan alta y subida categoría como el que está experimentando en esos momentos –puesto que fueron varios– Santa Teresa de Jesús.

El gozo del espíritu la fortalece para permanecer fiel, el dolor le advierte que esa fidelidad no se logrará nunca sin esfuerzo. Para lo primero, la comunicación cercana de Dios, adivinamos muchas horas previas de contemplación. Con respecto a lo segundo, la cruz siempre presente, podemos también pensar en

todos los tormentos que tuvo que sufrir Santa Teresa precisamente como consecuencia de querer vivir tan dignamente ese amor a Dios.

Si Santa Teresa no fue una mujer evadida de la tierra, tampoco su amor a Dios es una abstracción. Ella fue una luchadora nata, una mujer combativa, dispuesta a trabajar indeciblemente por dar cima a las empresas espirituales que trató de realizar en su vida. Se lo debe a esto, a este sentido de aceptación de la Cruz y de las mortificaciones necesarias para seguir fiel al Señor. Una monja, como otras muchas de su comunidad y de aquel tiempo, hubiera podido tener también gracias especiales de Dios, pero quizá no hubiera tenido arrestos para acometer tantas empresas, si no hubiera tenido tantísimo amor. Y ¡cuidado que le tocó sufrir a Santa Teresa! Con sufrimientos de los que más cuestan; porque únicamente nos sentimos impresionados por los sufrimientos de carácter humano: tantos como tenemos que padecer o de los que somos testigos en relación con el prójimo. No somos indiferentes a las desgracias de los demás. Nos afligimos con el afligido y con toda razón; pero no pensamos en lo que significa el sufrimiento de un alma que ha llegado a esas cimas de la unión con Dios y, por el mismo amor, acomete una empresa de Reforma en su Orden, de fundaciones, de tratos con hombres y mujeres de toda condición para conseguirlo, y se ve frecuentemente despreciada, incomprendida, calumniada, perseguida, obstaculizada y a punto en muchísimas ocasiones de quedar definitivamente impedida para todo aquello que ella tiene conciencia de que Dios está invitándola a realizar. Este sufrimiento es espantoso, a no ser que lo padezca un alma que pueda compensar tales cruces con esos otros gozos que Dios le da por mantenerse en una amistad con Él tan conmovedora.

Corazón transverberado, corazón nuevo

Y tercero: Por fin en esta visión podemos imaginarnos nosotros lo que significa fundamentalmente, y que es, quizá, el motivo de más relieve en el que se ha fijado la Iglesia para permitir esta conmemoración dentro de la Sagrada Liturgia. Por un lado, hemos dicho, trato con un Dios cercano y próximo: intimidad en la vida del espíritu de un alma enamorada y limpia. Segundo, teología de la Cruz. Y, tercero, lo que aparece también en esta visión famosa: la transformación del corazón, ¡claro!, transverberado. Es traspasado, revuelto, es como sacado de sí mismo para convertirse en otra cosa. Desde esta visión en adelante ya comprendemos mejor lo que venía sucediendo en la vida de Santa Teresa, pero aquí se pone de relieve muy vigorosamente; a partir de este momento es otra, ya sin límites; el corazón ha cambiado, es ya toda de Dios. Un corazón nuevo. ¿No es esto lo que estamos pidiendo siempre en nuestra vida espiritual? Los niños puros de corazón, con los cuales nos hemos encontrado de un modo o de otro en las familias católicas, en las catequesis, en los colegios en donde se ofrece una educación sana. ¿No vemos ahí también como un reflejo angélico, que se dibuja en su rostro y que nos hace pensar en esto, en un corazón merecedor de que Cristo dijera: “Si no os hacéis como éstos, no entraréis en el Reino de los Cielos”? ¿Y los jóvenes? ¿Es que no hemos encontrado nunca algún joven o alguna muchacha que, fieles a esas secretas llamadas de Dios, han ido entregándose cada vez más, hasta el punto de que, aun viviendo en el mundo, han aparecido como azucenas limpiísimas, que reflejan en su mirada, en sus palabras y en sus sentimientos un mundo de amores silenciosos, que Dios

va cultivando dentro del jardín de sus almas? Y tantas mujeres buenas, madres de familia, llenas de vida cristiana, en medio de los afanes del mundo, que se han propuesto y van lográndolo bajo una dirección espiritual prudente y sabia, ir ofreciendo al Señor, cada vez más, ¡cada vez más!, ¡siempre más!, dentro del hogar; incluso cuando sus hijos ya son mayores lo han ido dando todo y van apareciendo también como transformadas en relación con otra época de su vida. Gracias precisamente a su fidelidad, a estas llamadas de Dios, a ese dejarse prender en lo más íntimo de su corazón, por el dardo con que el Señor las ha ido atravesando poco a poco: sacerdotes, religiosas, religiosos santos.

¿No es esto la espuma más limpia y más pura de la vida de la Iglesia en la tierra? ¿Por qué lo vamos a despreciar? ¿Cómo no estimarlo en todo lo que vale? Evidentemente, habrá que evitar cualquier falsa apariencia de virtud, que acaso pueda darse en personas cuya psicología alterada facilite esas transposiciones extrañas del orden espiritual y de lo puramente psicológico y humano; pero estos errores y equivocaciones se dan en todas las actividades de la vida, en todas las actitudes del espíritu en relación con cualquier empresa. Para discernir, se nos pide prudencia. Pero cuando las obras demuestran con el poder de su realismo y su eficacia que ese espíritu va así, rectamente iluminado por Dios, alcanzando esas cimas, estamos en presencia de las operaciones del Espíritu Santo sobre aquellos que han seguido los mandatos y los consejos de Cristo, tal como se nos hablaba ahora mismo en el fragmento evangélico que se nos ha leído. No en vano se nos ofrece esta lectura precisamente para conmemorar la fiesta de la Transverberación de Santa Teresa. No en vano, porque en definitiva es eso: el corazón traspasado y cambiado es un fruto del Espíritu Santo en un alma que vive totalmente pendiente de unir su voluntad con la Voluntad de Dios.

Estas consideraciones son respuestas que podemos dar a la pregunta que me he hecho al principio, tratando de satisfacer una legítima curiosidad, que pienso que vosotros podíais tener. Porque el conmemorar esta visión se ha convertido en un acto litúrgico que la Iglesia autoriza, hasta el punto de que año tras año en toda la Orden Carmelitana, y aquí de manera particular, en este monasterio, podamos celebrarlo con tanto gozo.

De la mano de Santa Teresa

Queridos sacerdotes, religiosas, queridos hermanos: Pronto terminará ya el año en que venimos conmemorando el IV Centenario de la muerte de Santa Teresa. Recordáis muy bien los actos del mes de octubre aquí, en Ávila, el año pasado; luego, cómo se ha movido en toda España, cuántas personas han llegado a Ávila con verdadero deseo de honrar a la Santa querida. ¡Cuántas peregrinaciones también de fuera de España! Como nunca, en las diversas fechas en que se han conmemorado en España acontecimientos relativos a la Santa; otros centenarios, el doctorado, etc., como nunca, se ha movido el alma católica de España. Y ha hecho acto de presencia aquí en múltiples manifestaciones.

Ya queda poco tiempo, hasta el día en que venga el Santo Padre –Dios quiera que nada lo impida– a clausurar el Centenario. La ocasión inmediata de su visita a España es ésta, él sin duda habría venido también, como está yendo a tantos otros países de la tierra, pero de hecho las cosas son así: el motivo inmediato por el que viene es la clausura del Centenario, como pudo haber sido la apertura.

¿Qué nos dirá el Papa?

¿Qué nos traerá el Papa a España? Muchas cosas buenas. Muchas. Sin dudar; se referirá a nuestro pasado, a la vida católica de este pueblo, de esta nación, de esta patria querida, que tanto ha hecho por la Iglesia a lo largo de su historia: medio mundo ha sido evangelizado por España. Y está bien que venga el Papa ahora aquí, después de haber ido antes por la América del Continente de habla española, y por Filipinas, en Asia; y por África también. Tanto en este último continente africano en la porción de Guinea que visitó, como antes en Filipinas y en América, se ha encontrado ya con lo que realizó la España católica que, no obstante sus fallos y sus deficiencias de toda índole, ha prestado tantos servicios a la causa de Cristo.

“Eso poquito” que vale tanto

Pero nuestros misioneros salieron de un país en que se amaba a Dios; Santa Teresa, sin salir de aquí, sintió profundamente el celo misionero, y ardía su alma al ver la situación en que la Iglesia se encontraba. Ella quería que se la honrase y que se la amase por el ancho mundo de Dios. Y se consumía de celo, y creía que ya no podía hacer otra cosa como mujer pobre y ruin –así lo dice ella–. Quería observar los consejos evangélicos con toda perfección para, de esa manera, servir a la Iglesia y alentar a todos los misioneros del mundo. Esto es lo que uno encuentra hoy, cuando trata con estas Carmelitas Descalzas; las conozco hace mucho tiempo y de muchos de sus conventos, y siempre dicen: ofrecemos oraciones y sacrificios, y ¡qué sacrificios!, por los predicadores, por los obispos, por los sacerdotes, por los misioneros; ofrecemos lo poquito que hay en nosotras –como su Santa Madre–. Y ese poquito no es poco, ¡vale tanto!

El futuro de España

Nos hablará también el Santo Padre del futuro de España, para que mantengamos nuestra fe, para que no renunciemos como familias, como personas e incluso en nuestra vida social –la vida social comprende todas las actividades del hombre, no hablo de los estatutos de la organización política de la sociedad–, no renunciemos a la identidad que nos corresponde como personas y como herederos de la fe católica, que tanto ha hecho por nuestra patria, y a la que nuestra patria tanto ha servido; y nos pedirá que cumplamos bien con nuestros deberes, según nuestro estado, el sacerdotal, el estado religioso, el estado laical, la familia, la juventud, etc. Nos exhortará a unir la oración y el apostolado, el testimonio vivo y ardiente de fe cristiana en la vida y, a la vez, la defensa de esa fe frente a los ataques que puedan continuamente producirse. Continuamente, también, porque Cristo es signo de contradicción.

Actualidad de la vida contemplativa

Vendrá a Ávila, vendrá a este monasterio y se reunirá con las monjas contemplativas de España y lanzará su mensaje de espiritualidad y hará sentir al mundo católico y a tantos otros sectores, a los cuales llega de un modo o de otro la palabra del Papa, les hará sentir que en estas vidas, en esta fe, en estos

votos, en estas consagraciones totales de la existencia a Dios Nuestro Señor hay como una fuerza que viene del Espíritu Santo, que sostiene al mundo. Sois combatientes de la fe más pura, lucháis de la manera más eficaz que se puede luchar contra el pecado; predicáis sin palabras; amáis siempre; alentáis a todos; y en vuestro trato silencioso con Dios, ese Cristo amado, con el que tenéis desde hace tantos años ya vuestras mejores consolaciones, ponéis a sus pies tantas veces los sentimientos y los dolores de todos para buscar y pedir consuelo y paz y hondura de sentimiento religioso y fuerza frente a las tentaciones, y seguridad en el camino que los cristianos tenemos que recorrer incesantemente.

El adiós de Teresa

De todo esto, y de tantas cosas más, nos hablará el Papa Juan Pablo II; Dios quiera que aprovechemos bien sus lecciones. Cuando, al final de su viaje, clausurado ya el Centenario, de nuevo emprenda su viaje a Roma, y el avión surque los cielos de España hacia la Ciudad Eterna, pienso yo que, en esa tarde de la despedida, o en esa noche, ya toda España en silencio y en paz, una monja andariega todavía se levantará sobre los tejados de este monasterio para decirle “adiós”. No seréis vosotras, será otra vez Santa Teresa de Jesús que volverá a su sepulcro de Alba de Tormes, ya más tranquila y gozosa por haber dado a sus hermanos y a sus hijos de España el regalo de la visita del Vicario de Cristo.

26 de agosto de 1982

CORAZÓN TRANSVERBERADO Y LA VOZ DEL VICARIO DE CRISTO

Bellísimas palabras

Estas palabras con que siempre hace comenzar el acto litúrgico esta tarde el capellán de la Encarnación, nuestro querido don Nicolás, estas palabras tomadas del capítulo XXIX del libro inmortal de la *Vida* de Santa Teresa de Jesús, no pueden ser escuchadas sin sentir una emoción religiosa sincera y profunda. En ellas narra la Santa ese fenómeno místico de su vida que conocemos con el nombre de Transverberación del corazón, que tanto amaba. Y digo que no pueden ser escuchadas sin cierta emoción religiosa, porque difícilmente concurren en cualquier otro hecho de esta naturaleza que pudiéramos comentar, tantas circunstancias capaces de justificar esa profunda emoción. Primero, las bellísimas palabras con que ella narra algo casi inefable. Segundo, por la magnitud del contenido de lo que narra: esa escena que es como una visión que ella tiene, en la cual un ángel del cielo, de esos que llaman querubines, atraviesa su corazón. Tercero, por la santidad comprobada de quien lo narra, por su excelsa categoría bien conocida en toda la Iglesia. Cuarto, por el hecho de que lo que narra haya tenido lugar en el mismo sitio en que nos encontramos.

Estímulo a los propósitos

Retrocedamos con nuestra imaginación a unos siglos atrás y pensemos en aquella monja, Teresa de Jesús, que vivía en este monasterio, y que un día en su oración, quizá en esta misma capilla, siente esa fuerza que traspasa su corazón y la llena de amor de Dios. Porque la visión del ángel con el dardo era para eso, era previo a las fidelidades de Teresa de Jesús, y era un estímulo para los propósitos que ella iba teniendo de entregarse cada vez más totalmente al Señor; era como un premio, como un estímulo, era como un regalo que Cristo le hacía, y una urgencia; era una complacencia divina en aquella criatura humilde, que tanto le amaba, y era una llamada amorosa a seguir adelante en algo que ella no sabía qué tendría que ser.

Gracia especialísima

La oración litúrgica, esta que recitamos en la misa, dice que este fenómeno místico, esta gracia especialísima de Dios, fue para fortalecerla en orden a las empresas que tenía que realizar en la Iglesia. Y cuando la liturgia oficial de la Iglesia habla y se expresa en una oración con estos términos, hemos de aceptarlo con toda la seriedad que ello implica. La Iglesia no se equivoca en sus expresiones de culto litúrgico y cuando señala con tanta riqueza que todo ello era con este fin, así hemos de entenderlo. Y aquí estamos, queridos hermanos, devotos privilegiados de Santa Teresa de Jesús, una vez más en esta iglesia del

convento de la Encarnación para meditar en este hecho de la vida inmortal de nuestra santa tan amada.

Corazón ardiente

Muy breve reflexión para no cansaros... En primer lugar, pensemos un poco –si es que puede expresarse de alguna manera–, lo que fue ese fenómeno místico.

Corremos el peligro de leer esta vida tan exuberante de comunicaciones especiales con Dios, lo que ella va señalándonos como acontecimientos propios de su vida de amor divino, un poco atentos a la mera psicología de una mujer de carácter muy vivo, de corazón ardiente, entregada noblemente a la causa que se va apoderando de ella y a la que responde con su natural tan bien dotado... y nada más; pero hay que esforzarse por penetrar un poco más en ello. Ella habla de que en ese fenómeno siente como un deleite espiritual y a la vez un gran dolor, un dolor que no era del cuerpo, pero que sí tenía alguna manifestación corporal. Lo siente tan al vivo y lo recuerda con tanta fuerza, que lo único que desearía es que todos los que duden de que eso es lo que vivió, ojalá pudieran también sentirlo ellos para de ese modo persuadirse de que no mentía. Dice que había como un poco de fuego en la punta del dardo y que ese fuego atraviesa su corazón como quien saca las entrañas de su alma. ¿Qué es todo esto? Y ¿qué es lo que con este lenguaje ella da a entender? A mi juicio, seríamos muy exactos si lo interpretamos del siguiente modo: en Santa Teresa se está operando una transformación muy radical desde hace tiempo ya para entregarse del todo a Jesucristo.

El hombre religioso

Un célebre autor dice que la filosofía busca, la teología encuentra, la religión posee. Puede haber filósofos que busquen la verdad y que no son religiosos. Puede haber teólogos que encuentran la verdad y hablan y escriben de ella, pero tienen poca religiosidad. El hombre religioso, el que verdaderamente se une con Dios, ése es el que posee, y éste es el proceso que se estaba operando desde hacía tiempo en Santa Teresa de Jesús. De manera que, aunque la visión sea imaginaria –éste es lenguaje de los místicos–, no es fruto de su imaginación lo que ve en este episodio a que ella se refiere. Está llegando al momento completo del desprendimiento total de lo que no sea Cristo; está llegando a la religión, es decir, a la posesión de Cristo, dejándose poseer ella por Él.

El libro era Cristo

Prueba de lo que estoy diciendo es lo que corresponde a la misma época de su vida, según ella relata: otro conjunto de hechos, de actitudes, de represiones y purificaciones internas que se simultanean con este episodio místico del dardo. Es la época de la que ella dice que su vida consistía en leer un libro, sólo un libro, en el cual aprendía y meditaba. Ese libro era Cristo, no tenía otros; lo dice así, expresamente. Era Cristo, al que se iba entregando completamente con aquella inmensa generosidad que desplegó a lo largo de toda su vida. Esta comunicación interna con Cristo no se queda en sentimentalismos ni en

impresiones espirituales fugaces, pasajeras. Cuando habla de que Cristo es su libro dice también, narrando lo que ella experimentaba, como en una exclamación que trata de exponer más ampliamente lo que aprendía en esa compañía de Cristo, que ella contemplaba y en la cual meditaba constantemente, para que veamos que no se detenía en imaginaciones. Y dice a renglón seguido: “¿Quién, que vea las llagas de Cristo y las persecuciones de la tierra, no sentirá deseos de padecer por Él? ¿Quién que vea algo de la gloria que da a aquellos a quienes ama, no sentirá que es una nonada el padecer por Cristo los padecimientos que hemos de sufrir en este mundo? ¿Quién que vea algo de los tormentos de los condenados no querrá pasar también aquí en la vida tormentos, que por amor a Cristo le libren de los que pudiera padecer en la otra si condenado fuese?”

Diálogo con Cristo

Todo esto lo escribe ella cuando habla del libro único de su vida y cuando cuenta este fenómeno místico del dardo que traspasa su corazón. Es la religión que posee, es la religión que acepta la cruz, es el diálogo con Cristo que no rehúye nada de lo que Él nos trae, es el fortalecimiento con el amor que ella siente, con el premio que le da, es un fruto de la acción del Espíritu Santo: el fruto del gozo, del gozo que experimenta su alma como premio a la fidelidad, como estímulo para las empresas a las que ha de entregarse. Cuando siente todo esto en la misma época de su vida, está operándose en ella ni más ni menos que esto: el proceso de la purificación total a que se puede llegar en este mundo. Después viene todo lo demás.

Mujer de excelsas cualidades humanas

Esto supuesto, puede explicarse perfectamente todo el prodigio de su vida. Una mujer de tan excelsas cualidades humanas, adornada con tantas gracias y elegida por Dios para la empresa de la reforma del Carmelo –por eso la eligió como un instrumento adecuado–, purificada así, merced a todo este proceso interior, es capaz de todo, dentro de la limitación de una criatura humana. Los dieciséis monasterios que funda después del de San José, lo que escribe, lo que habla y dice en su trato con tantas personas, y la fuerza que permite descubrir la interioridad de su alma, este prodigio es ya el despliegue casi normal de un alma que se ha purificado totalmente por su fidelidad y que ha sido elegida por Dios para realizar lo que ella narra.

Así quiero entenderlo yo para no quedarme en una lectura puramente superficial y que se preste a comentarios de los sabios de este mundo. Los que leen hechos de esta índole dirán “¡visiones monjiles!”, despreciándolas como si no fueran más que la exaltación desordenada de una imaginación calenturienta. No conocen lo que es el amor. No saben lo que es eso de que “la religión posee”. Se quedan o en la filosofía que busca sin cesar o, a lo más, llegan a la teología, que encuentra, pero que no posee ni es poseída. Y puede suceder que ese teólogo –esto está dándose siempre en todas las épocas de la historia de la Iglesia, y más en la nuestra– sea un hombre que sabe mucho de teología y de ciencias relacionadas con la teología, pero que posee poco el misterio de Dios, porque no se deja “poseer”.

“La educación de la fe”

Queridos sacerdotes, queridas religiosas Carmelitas de la Encarnación, queridos hermanos: el proceso de purificación es algo que nos atañe a todos. Con el bautismo ya se depositan en nuestra alma los dones de Dios, de la vida sobrenatural; por eso tiene tanta importancia cuidar de que ese bautismo sea vivido por los padres en unión con el hijo que lo recibe: más adelante el hijo que lo recibió sabrá responder con conciencia responsable a lo que un día recibió. Esos gérmenes de vida sobrenatural tienen que ir desarrollándose después, merced a lo que llamamos con una sola frase “la educación de la fe”, educación que continúa con los demás sacramentos, con la oración, con la reflexión que el educador va haciendo al bautizado niño, joven o adulto, ayudándole a comprender su proceso de unión con Dios y toda la vida cristiana. La vuestra, religiosas; la vuestra, sacerdotes; la de vosotros, seculares.

Toda la vida cristiana es esto: ir avanzando poco a poco en la purificación, en el desprendimiento de lo humano, en la preocupación por todo lo que afecta al Cuerpo Místico de Cristo, en ese sentir como vuestras las penas del Señor y en ese gozarnos de las alegrías de Jesús. Y con la Iglesia sufrir y amar con la Iglesia, todo lo cual exige mucho desprendimiento. Exige filosofía, especialmente humana, y teología, es decir, reflexión religiosa. Pero mucho más exige religión, exige entrega. Una madre de familia, un joven creyente, un muchacho que se abre ya hacia el horizonte de la vida, un matrimonio cristiano, una anciana, cualquiera que quiera vivir rectamente su vida cristiana y desarrollar lo que en él se inicia con el bautismo, no tiene más camino que éste: purificación, desprendimiento. Hay un libro para aprender a vivirlo: ¡Cristo!

Se medita poco en Cristo

El gran problema de la vida cristiana, de los hombres de la Iglesia como sociedad en el mundo, y del tiempo que vivimos los cristianos, está en que se medita poco en Cristo. Este es el gran problema. Yo creo que no ha habido una época de la historia de la Iglesia en que tanto hayamos hablado de renovaciones, proyectos, esquemas, reformas, búsqueda de soluciones, pero, quizá, en que tan poco hayamos meditado en el Misterio de Cristo. La prueba está en la decadencia de los Ejercicios espirituales propiamente hechos. Van recobrándose otra vez, pero todavía meditamos el sucedáneo que, una vez más, ha sustituido al alimento auténtico. Porque en lugar de Ejercicios espirituales ignacianos o no ignacianos que tiendan al conocimiento y a la contemplación de Cristo, son todavía frecuentísimas las jornadas de oración y reflexión, en que los sentidos están abiertos, el alma incontrolada, y no se da ni se recibe con buena disposición el alimento sólido de la adoración de Cristo tal como hay que prestársela.

Es una época la nuestra de enorme agitación pastoral, con menoscabo de la profundización interior. No tenemos ese sentido de responsabilidad por el que deberíamos estar siempre y en todo momento pendientes de por qué la Iglesia sufre, es tan calumniada, o se muestra a veces tan acobardada para expresar el nombre de Cristo, la Verdad que tiene que expresar.

El celo de los sacerdotes

He leído que San Pío X, el santo Pontífice del siglo XX, un día estaba comiendo, cuando era Patriarca de Venecia, y entró alguien a decirle que en una iglesia de la diócesis se había cometido un horrible sacrilegio. Entonces interrumpió el almuerzo; ya no pudo comer. Su hermana estaba con él solo... - “Pero tú no tienes la culpa de esto” ... Y el entonces Patriarca de Venecia contestó: - “¿Quién sabe?... ¿quién sabe?...” O sea, él se sentía –simplemente porque a ello le llevaba la delicadeza de su sensibilidad– como responsable por no haber hablado de Cristo como debía, o por no haberse dedicado cuanto estaba en su mano a las gentes; porque los que habían hecho aquello, al fin y al cabo, eran cristianos. Pensaba si por no haber movido más el celo de los sacerdotes, de lejos podía ser de alguna manera responsable. No lo sería, sin duda, pero era el grito del oído de una conciencia delicada, que siente el corazón atravesado por el dardo del Amor, que piensa en toda la Iglesia. También él se preparaba para las empresas a las que estaba llamado; poco después era el Papa San Pío X.

Hay misterios en la vida de los hombres que no pueden explicarse por razonamientos puramente humanos. La época nuestra está pidiendo, no imaginaciones, pero sí corazones traspasados; mucha más contemplación de Cristo y menos coloquios de reloj en los que se nos van todas las energías, queriendo aportar nosotros una teología nueva. Ya decía el Cardenal Tisserant, muerto hace unos años, que se está haciendo una teología como quien hace un crucigrama: cada cual inventa como quiere, a ver quién lo descifra antes... Así no se posee ni se llega a la intimidad con Cristo.

La voz del Vicario de Cristo

Termino mi reflexión, hermanos, y no puedo hacerlo sin volver los ojos hacia atrás y recordar el gran acontecimiento del cual hará un año muy pronto ya: la visita del Papa Juan Pablo II a Ávila y a España. Aún estamos viéndole aquel día de Todos los Santos, el 1 de noviembre, en esa colina de la Puerta del Carmen. Antes había estado aquí, en este monasterio de la Encarnación. A nadie ha dedicado tantas palabras como a Santa Teresa en su viaje a España, de nadie ha hablado con tanto amor, nadie ha sido motivo tan inmediato de su venida como Santa Teresa de Jesús. Las homilias, discursos y oraciones en el monasterio, en la misa, la plegaria a Santa Teresa, el breve discurso de Alba de Tormes..., ¡qué maravilla de sentimientos de un hombre que posee a Cristo y que es poseído por Cristo! Ese día será inolvidable; nunca Ávila ha tenido tantas gentes en torno a sus murallas. No venían a asaltarlas, venían de todas partes al lugar en que nació y vivió y acometió empresas tan gloriosas Santa Teresa de Jesús, venían a escuchar la voz del Vicario de Cristo. ¿Qué ha sido de esa voz? ¿Dónde está la reflexión que debemos hacer de todo cuanto el Papa nos predicó y del ejemplo que nos dio...? Esperemos que, en el nuevo curso, la decisión tomada por la Conferencia Episcopal Española dé sus frutos: que, en todas las diócesis, en todas las comunidades religiosas y grupos de seglares debidamente organizados para ello, se ahonde en la meditación de aquel mensaje. No podemos dejarlo simplemente escrito en los libros o en las crónicas de los periódicos. La hermosa predicación del Papa, la fuerza que él nos dio, el ejemplo de todos aquellos días, fue también como el paso de un ángel por nuestra patria.

A los pocos días de haberse marchado a Roma entraba yo en un asilo de ancianos en Talavera de la Reina y me decían las hermanas: “Verá usted, en ese grupo de ancianas hay una que en cuanto le vea le va a preguntar si el Papa ha llegado bien a Roma”. Así fue; cuando llegué, una se levantó llena de delicada cortesía. Hacía ya del retorno del Papa a Roma tres días: “Señor Cardenal, ¿llegó bien el Papa a Roma?” “Sí, hija, sí llegó, aquella noche se supo inmediatamente”. Inmediatamente ella también se puso a hablar, con la sabiduría de los humildes de corazón: “Qué compañía nos ha hecho a nosotros, que no tenemos a nadie en este mundo más que a estas santas mujeres; estábamos pendientes de la televisión”. Y aquí viene la frase que le conté al Papa pocos días después, cuando, en la reunión de cardenales en Roma, nos invitó a cenar con él a los tres españoles. Dijo la anciana: “Claro, como está con Dios, nos llenaba de Dios”. ¡Así de sencillo y así de fácil! Como él está con Dios, llenaba de Dios nuestras vidas... Cuando se lo dije al Papa, él se quedó mirando... Le dije: “Sí, Santidad, así habló aquella mujer”; y él se quedó en silencio como asintiendo a la ponderación que yo le hacía de una frase tan corta, tan feliz, tan profunda y tan difícilmente superable: “Nos llenaba de Dios...” Esto es lo que necesitamos, y a esto nos invita una vez más la fiesta que celebramos: es el corazón de Santa Teresa de Jesús, transverberado, porque se llenaba de Dios...

26 de agosto de 1983

EL DARDO DE ORO Y LA FIDELIDAD A LA IGLESIA

Os saludo a vosotros, querido Señor Vicario General y sacerdotes; a vosotras, comunidad de religiosas Carmelitas Descalzas de la Encarnación; y a todos vosotros, hermanos en Jesucristo; y particularmente a este grupo de seminaristas de Toledo, que han venido esta tarde aquí desde la abadía benedictina del Valle de los Caídos, donde están celebrando un cursillo de verano. Me alegro de que hayan tenido esta delicadeza de unirse a nosotros en la fiesta de la Transverberación de Santa Teresa de Jesús. Es una fiesta muy propia de la Orden Carmelitana y, como habéis podido deducir de la lectura de ese pasaje del capítulo XXIX de su Vida, particularmente propia de la comunidad de este monasterio, porque es aquí donde tuvo lugar el hecho que conmemoramos. Ya hace muchos años que venimos reuniéndonos movidos de este amor a Santa Teresa de Jesús, y también por el respeto que sentimos hacia estas nobles costumbres y tradiciones, que dentro de la Orden forman lo que podríamos llamar “aire de familia”.

Tradición teresiana

Pero es precisamente este hecho el que se conmemora, no otros tantos hechos como hay en la vida de Santa Teresa, a menos con este carácter generalizado y público. Porque las comunidades de religiosas carmelitas –también los frailes, por supuesto, pero en ellas es más natural–, dentro de lo que son las normas de vida propia de su calendario, celebran muchas fiestas de Santa Teresa, que conmemoran tal o cual episodio de su vida. Esto enriquece y fomenta la continuidad de una tradición teresiana, y solamente ellas son capaces de valorar en todo lo que es digno de ser valorado ese detalle de atención a lo que la tradición familiar va reclamando año tras año, en sus propias comunidades. En alguna ocasión, como digo, la conmemoración se extiende a todos, e incluso llega a tener un señalamiento preciso en el calendario religioso: tal es el caso de esta fiesta de la Transverberación del corazón de Santa Teresa. Pero hoy prevalece la liturgia del domingo y por eso yo tengo que referirme a las lecturas que nos han sido ofrecidas. Lo voy a hacer brevemente.

El misterio de Cristo Redentor

A lo largo de los domingos del año, se nos va presentando el misterio de Cristo Redentor, de Cristo Salvador nuestro, y algunas veces se habla también de manera expresa de la Iglesia, que es la institución que Cristo dejó en el mundo para asegurar que llegue a todos los tiempos y lugares la obra de la Salvación que Él realizó. Hoy, en este domingo XXI del Tiempo Ordinario sucede precisamente esto: se nos habla de la Iglesia, y es muy interesante tenerlo en cuenta. En la primera lectura se nos ha ofrecido un pasaje del profeta Isaías, en que se habla de que el Señor quita al mayordomo de palacio. En el palacio del rey David, la casa de David, Jerusalén, en una palabra, está como representándose, lo que era la alianza antigua. Dios quita al mayordomo, al

administrador de los bienes de la alianza antigua, porque no es fiel y lo sustituye por otro, en el que sí que tiene confianza, Eliacín, a quien Él da poderes, facultades e incluso el símbolo del poder, la túnica, como si fuera las llaves. Llega a decir que lo que él cierre no lo abrirá nadie, y lo que él abra nadie podrá cerrarlo.

¿Qué os parece esto que dice el profeta Isaías, tantos años antes de que viniera Cristo al mundo? Es como una anticipación profética de lo que va a suceder, cuando Jesucristo establezca su Reino en este mundo y venga a cuidar Él – porque lo formará y lo constituirá Él– de su Palacio, del nuevo Reino, de la nueva casa de David. En el Antiguo Testamento se nos profetiza; en el Nuevo se realiza.

Cuando Cristo pregunta a los Apóstoles: “¿Quién dice la gente que soy Yo? Y vosotros, ¿qué pensáis?, ¿quién creéis que soy Yo?” ... Pedro toma la palabra en nombre de todos y dice: “Señor, tú eres el Mesías, el Hijo de Dios vivo”. Y en el acto, Cristo le dice, expresándole con palabras de bienaventuranza todo lo que siente por esta proclamación del discípulo: “Bienaventurado eres, Simón, hijo de Jonás; sólo Dios ha podido revelarte esto”. Y vienen las palabras de Cristo sobre la Iglesia: “Yo te digo que tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia y las puertas del Infierno no la derrotarán. Te daré las llaves del Reino de los Cielos, lo que tú ates será atado en el Cielo, y lo que tú desates en la tierra será desatado en el Cielo.”

Alianza con la humanidad

El Antiguo Testamento cambió el mayordomo del palacio de la casa de David, estableciendo otro que es fiel, símbolo de lo que va a suceder unos siglos más tarde en el plan de Dios sobre la salvación de los hombres. La venida de Cristo al mundo y predicación del Evangelio, es ya la realización, cara a una nueva alianza con la humanidad entera, del plan de Dios que salva a todos, no sólo al pueblo de Israel. Este reino tendrá continuidad: la Iglesia. En la Iglesia habrá un Vicario de Cristo: Pedro, el cual tendrá también llaves para cerrar y para abrir. Y así hasta ahora, así vamos caminando los cristianos, así vivimos los hijos de la Iglesia católica.

Sería interesantísimo que el pueblo cristiano llegara a adquirir una cierta cultura bíblica, sencilla y elemental, para poder leer cada domingo, y no sólo los domingos, sino en muchas ocasiones, pasajes de la Biblia, en que van así como dibujándose los perfiles preciosos de la Historia de la Salvación; y ver cómo Dios ha querido realizarla, para evitar el que caigamos en un cristianismo sin base, un cristianismo subjetivo, lleno de meras apreciaciones que lo da todo por bueno con tal de que todo proceda de una buena intención. En la Iglesia no podemos obrar así. En la Iglesia tenemos que actuar y vivir con esperanza, por supuesto, con amor también, pero atentos a una ley y a una exigencia que están señaladas por Aquel que ha dado las llaves a alguien que puede atar y desatar. El cristianismo no lo inventamos nosotros, no está a merced de lo que podamos decir en cada siglo, no cambia por el hecho de que cambien los tiempos.

Es el Papa el que asegura la fidelidad

Esto que hoy se oye decir tantas veces, que desde el Concilio Vaticano II para acá todo es distinto porque la Iglesia, el sacerdote, el estado religioso y la relación del Evangelio con el mundo obedece a otras normas y principios. Esto es radicalmente falso, pero se ha extendido como una plaga y nos hace daño a todos. Porque para recibir con docilidad y con amor las orientaciones del Concilio no hay que prescindir nunca de la obediencia a quien tiene el poder de las llaves. Es el Papa el que asegura la fidelidad; esto es lo principal del ministerio del Papa: garantizar la transmisión fiel del depósito revelado y lograr que, entre nosotros los cristianos, se salve siempre la unidad. Está comprobado que cuando perdemos de vista esta guía y esta orientación, en cuanto perdemos de vista las normas que los Papas dan a su Iglesia en nombre de Cristo, surgen las divisiones, se producen los cismas, trata de sobreponerse a lo que es la exigencia del Evangelio el criterio personal de unos o de otros.

Así la historia, con las herejías y los movimientos cismáticos, va demostrándonos que es un camino equivocado el de querer sustituir esta norma, esta exigencia que establece Cristo para su Iglesia, por las efusiones de la libertad de pensamiento y corazón, con el propósito –según dicen– de hacer un cristianismo más grato, más adaptado a los tiempos, más provechoso para el hombre de hoy. Las adaptaciones no pueden consistir nunca en transgredir lo que el Evangelio de Cristo nos señala; tenemos que defenderlo todos pensando que de esta manera somos fieles a lo que Cristo quiso para su Reino.

Amar mucho

Éste es el ejemplo que podemos deducir una vez más de la vida de Santa Teresa. Al comentar este episodio de la Transverberación alguien podría, juzgándolo ligeramente, sacar las consecuencias contrarias y decir que lo que importa, a ejemplo de Santa Teresa, es amar mucho y, amando mucho, viviendo el Evangelio así, con ese corazón generoso con que ella lo vivió, se hace todo lo que haya que hacer en la Iglesia, y el Espíritu Santo nos utilizará para que seamos portavoces suyos, obrando en todo momento con sentido creador y buscando esa suave revolución de los espíritus, que es lo que necesita la Iglesia de hoy para ser más viva y para actuar con más fuerza en el mundo de hoy.

Fray Pedro de Alcántara

Pero fijaos: junto al capítulo XXIX de la *Vida*, en que Santa Teresa narra este episodio del querubín que atraviesa su corazón con un dardo de oro, en cuya punta había como fuego, está el capítulo XXX de la misma *Vida*, en que ella nos habla de cómo para salir de dudas sobre si todo esto que le venía sucediendo venía de Dios o no, siente la alegría de saber que se encuentra aquí fray Pedro de Alcántara, el confesor penitente del que, dice ella, “ya me habían dicho que se sabía que por más de veinte años venía llevando sobre sí cilicio de hojalata de una manera continua”. A San Pedro de Alcántara va a contarle entonces todo lo que en su interior está pasando para que el santo de la penitencia y del rigor le diga si va por buen o mal camino. La santa de los éxtasis, de las visiones enamoradas de Cristo, de la efusión de un corazón ardiente, etc., no confía en

su juicio, no se entrega únicamente a su impresión personal; busca la luz de Dios en los hombres santos que pueden dársela. En confesión le explica todo a San Pedro de Alcántara y le pide su consejo, y éste la tranquiliza diciendo que sí, que siga por aquel camino, porque todo aquello es obra de Dios.

Vive dentro de la Iglesia

O sea: el éxtasis y la obediencia, la mística más subida y la observancia más detallada, el anhelo ardiente de amor a Cristo hasta el punto de que difícilmente puede superar nadie a Santa Teresa en este aspecto de su vida religiosa, y a la vez la mortificación y la penitencia que ella también admitirá en su vida, sobre todo ante el ejemplo que le dan estos hombres santos. No interpreta ella el cristianismo a su gusto; busca a quienes hablan y actúan en nombre de Cristo. Vive dentro de la Iglesia; en la Iglesia hay una ley y una norma y ella la ama y se somete. Éste es el ejemplo y el secreto de la fecundidad de su vida, que tantas veces se puso de manifiesto, cuando observamos cómo en Santa Teresa va produciéndose la armonía entre lo que podíamos llamar el desbordamiento de los carismas y la obediencia a la jerarquía en nuncios, superiores generales y obispos. La Iglesia, y con la Iglesia, Cristo. Las dos ideas y los dos amores juntos en la vida de aquella santa a la que dedicamos hoy nuestro recuerdo.

El magisterio del Papa

Queridas monjas Carmelitas, de esta manera vosotras celebráis, una vez más, esta fiesta tan íntima. Estoy seguro, al leer este capítulo XXIX de la *Vida* de vuestra Santa Madre, de que os habrá despertado en muchos momentos el deseo de poder recibir también un dardo como ése: que atraviere vuestro corazón para amar más y más a Jesucristo. Nosotros nos unimos a esta comunidad en la oración que hacemos hoy aquí y en el recuerdo que hoy tenemos para vuestra Santa Madre fundadora, pero también nos unimos en el amor a la Iglesia. Queremos y suplicamos que infunda entre los fieles de esta Santa Madre Iglesia la persuasión cada vez más fuerte de que no puede hacerse nada fecundo y provechoso, si se desprecian sus santas leyes y sus normas. Algo de esto es lo que nos está pasando desde hace unos años; por haber dejado a un lado el magisterio del Papa en tantos aspectos como ha venido guiándonos, vamos viendo cómo en la Iglesia se han erosionado muchas instituciones y muchos valores que eran irrenunciables. Hay que procurar restaurarlos. En nada se opone a la renovación que pide el Concilio Vaticano II la restauración de estos valores. Por el contrario, el Papa nos está diciendo —así nos dijo en España y así volverá a decirlo ahora, cuando pase de nuevo por nuestra patria en dirección a América— que seamos fieles, que con esa fidelidad sigamos dando el tributo de nuestro amor a la Iglesia y a los santos que, como Santa Teresa de Jesús, tanto se han distinguido en su amor y en su servicio. Así sea.

26 de agosto de 1984

13

“VIVO SIN VIVIR EN MÍ Y TAN ALTA VIDA ESPERO...”

Saludo al ilustrísimo señor Vicario General de la Diócesis, y a los queridos sacerdotes concelebrantes; a vosotras, Carmelitas del convento de la Encarnación; y a todos vosotros, hermanos, religiosas de las diversas congregaciones, y seglares. También a ese grupo de alumnos del Seminario de Toledo que están haciendo un curso de verano y se han acercado hasta aquí, igual que hicieron el año pasado en este día. Y de manera particular saludo a un grupo de ocho sacerdotes de Hungría, que están celebrando con nosotros la santa misa; nos han dicho que celebran sus treinta años de sacerdocio, han peregrinado a Fátima y al regreso a su patria han pasado por aquí, por este lugar que es ya universal por los motivos teresianos, y, al saber que hoy celebramos esta fiesta, han querido unirse con nosotros y aquí están concelebrando la santa misa.

Fiesta de familia

Hoy celebramos, digo, nuevamente, la fiesta de la Transverberación de Santa Teresa, este recuerdo que hacemos anualmente de esa visión que tuvo la Santa y de los efectos maravillosos que sintió; aquel dardo con la punta de fuego clavado en su corazón, que la hizo sentir inmenso dolor juntamente con gozos inefables. Ésta es una fiesta muy de familia, muy de familia, ya lo he recordado otras veces aquí, porque son muchos los años en que acepto vuestra invitación, del señor Obispo, de vosotros, sacerdotes, de las monjas Carmelitas y de todos. Vengo predicando en esta misa, y siempre me fijo precisamente en el hecho que conmemoramos: esta Transverberación de Santa Teresa en su corazón, del amor de sus entrañas, entre dolores y alegría inefables, es una fiesta de familia. No debe desaparecer, queridas Carmelitas. La Santa Iglesia en su liturgia para la familia de la Orden mantiene la fiesta; es una memoria litúrgica que se hace de un hecho singular en la vida de Santa Teresa.

La Resurrección de Jesucristo, la fiesta de las fiestas

Los cristianos formamos una gran familia, y dentro de la familia se toman los alimentos que van nutriéndonos día tras día. El alimento sustancial es el que nace de la Resurrección de Jesucristo. Es la fiesta de las fiestas la que todos los domingos del año nos congrega y nos hace recordar las palabras del Señor y recibir la Eucaristía que Él nos dejó como prenda de su gloria y fruto de su Resurrección: ésa es la gran fiesta. Pero, repito, somos una familia en que hay hijos mayores y más pequeños, momentos más delicados y más solemnes, igual que en cada hogar. No se ponen sobre la mesa cada día todos los manjares. En una familia van ofreciéndose según el curso de los días, según los hechos que se celebran, según las presencias de los que forman parte de esa familia. Pero en la familia no se desprecia nada, ni el banquete del día mayor ni el poquito de

pan y agua –si no hay otra cosa–, alimento de nuestra peregrinación diaria. En la familia no se deprecia nada. Todo tiene su valor.

En torno a esta fiesta suprema de Cristo Resucitado, el hecho maravilloso que da razón de ser a nuestra Iglesia, a nuestra vida cristiana, van brotando, como florecillas en una pradera siempre verde, siempre regada por aguas misteriosas de la fe y la piedad, otras conmemoraciones. Y surgen en seguida, por ejemplo, las relativas a la Virgen María, las de los santos... ¿Cómo prescindir de los santos, mártires, confesores de la fe, vírgenes gloriosas, si son de la familia, si han seguido tan fielmente al Cristo resucitado, si el hecho de que sean santos se debe a eso: a que han recibido con inmensa humildad y en una constante demostración de fidelidad todo lo que de la Resurrección de Jesucristo ha ido brotando para la santificación de las almas?

Aquí sucedió

Llega una fiesta como ésta, recuerdo de un dato concreto de la vida de Santa Teresa, y aunque la liturgia no la ofrezca a la consideración de todos los fieles, en la familia carmelitana es lógico que se celebre. Hoy no habrá ningún monasterio de Carmelitas Descalzas en que no haya este recuerdo piadoso del corazón de quienes forman sus comunidades para esa gracia mística que tuvo Santa Teresa al recibir la merced del dardo; pero quizá ningún monasterio del mundo lo pueda celebrar con la solemnidad ni con los títulos y derechos legítimos que este monasterio de la Encarnación de Ávila. Porque es aquí donde ese hecho sucedió, es en estos lugares, probablemente hacia esa parte de la capilla, donde Santa Teresa, aquel día del que ella habla en el capítulo XXIX de su *vio* cabe sí un ángel pequeño, pero hermosísimo de esos que llaman querubines... Todo lo demás ya nos ha sido leído y recordado por el querido capellán del convento que todos los años nos ofrece la lectura de esa hermosa página del *Libro de la Vida*.

Una consideración voy a hacer muy breve sobre el porqué la Iglesia quiere que se guarde memoria de un hecho como éste, al menos dentro de la familia carmelitana. Voy a razonar brevemente, y con ello trato de salir al paso del criterio, sin duda equivocado, de quienes, incluso dentro de la comunidad cristiana, podrían pensar que estas fiestas y memorias no tienen especial relevancia ni interés, que son al fin y al cabo entretenimientos piadosos que merecen cierto respeto, nada más, pero sólo aptos para personas que viven su vida en esas místicas contemplaciones, a que su alma se siente elevada. Para el común de los cristianos, ¿qué importancia puede tener el hecho de que nos detengamos a conmemorar en un día como hoy lo que ella narra como una particular visión que tuvo en su vida? Pues, queridos hermanos, sí que tiene importancia, y además para todos.

Dios es el que llama

Discurramos brevemente: en la vida cristiana todo arranca de la llamada de Dios al hombre. Es Dios el que se anticipa con su amor, con su gracia, y llama de mil maneras. Por no citar más que una, dentro del pueblo cristiano nos llama con la educación y el ejemplo que pueden darnos nuestros padres, con la predicación

de la Palabra de Dios por sus sacerdotes; es decir, con la acción normal de la Iglesia, prescindiendo de otros llamamientos particulares que pueda hacernos sentir. Dios es el que llama, cierto; el hombre se dispone, mejor o peor, y, mientras, tiene el honor de ser cristiano y, si no reniega del mismo, podrá vivir su vida cristiana con mayor o menor fidelidad, pero responde generosamente.

Hay muchos momentos en la llamada cristiana de esta mujer, de esa joven, de ese padre de familia, de ese sacerdote, de esa monja contemplativa, en que el alma asciende, sube de nivel y responde a las llamadas de Dios con mayor generosidad. Está produciéndose la respuesta del amor en el diálogo con Dios que lo ha comenzado. Primero, la llamada; segundo, la respuesta del hombre en la vida cristiana; tercero, en todo cristiano en el que se da esta llamada y esta respuesta, se da también una purificación progresiva.

Fuego que purifica

De manera que, a medida que vamos correspondiendo cada vez más en nuestra vida, en medio de nuestras tribulaciones y según nuestro estado, el vuestro o el nuestro, según crece nuestro amor nos purificamos cada vez más. Pero esa purificación no se hace nunca sin lucha, sin dolor. Y ese dolor que hay que sentir y vivir para permanecer fieles, trae nuevas alegrías, y así nos encontramos con personas del mundo, vosotros igual que nosotros, jóvenes y adultos, que sufren en su respuesta a Dios, pero a la vez que tienen esos sufrimientos y contradicciones, se sienten felices de ofrecerlos. Y en el silencio de sus almas, en momentos de oración que sólo Dios conoce, en ese diálogo invisible del alma cristiana –muchas veces fervorosa– con Dios Nuestro Señor, está produciéndose una elevación cada vez mayor. Van desapareciendo los obstáculos del pecado, la concupiscencia, las ambiciones, los egoísmos, no sin lucha. Todo eso cuesta, exige esfuerzo, pero purifica. Ahí tenéis: irrupción de Dios en la vida de las almas, respuesta de las almas a la gracia, dardo que quema y atraviesa, fuego que purifica, santidad que se va logrando poco a poco; éste es el progreso, esto se da más o menos en todos.

Dejar que entre Dios

Santa Teresa recibió una merced muy particular, Dios la eligió para una misión concreta en la Iglesia, según nos dice la oración que recitamos en la santa misa de hoy. Él la preparaba con gracias especiales, pero el camino es el de siempre, y ella lo dice llena de gozo, pero llena de dolor: “Al que crea que miento, lo único que le deseo es que el Señor le haga sentir lo mismo que yo sentí aquel día”.

Es decir, queridos hermanos, que tenemos que estar dispuestos siempre en nuestra vida cristiana –aunque nuestro vuelo sea como el de un pajarito que empieza, no el de las águilas; aunque nuestro vuelo sea casi a ras de tierra–, a vivir nuestra vida cristiana, a dejar que entre Dios en nuestra alma. Tiene muchos medios para entrar, y hay muchos caminos por donde llega. Llega por el camino del buen ejemplo que comentamos antes, llega por la acción de su Iglesia santa que labora incansable en todas las virtudes, llega por una enfermedad, llega por una sana alegría que ha podido proporcionarnos en nuestra vida, por una lectura, por unos Ejercicios espirituales, y por lo que sea. Mil caminos que tiene Dios

para llegar hasta nosotros; dejadle entrar, queridos hermanos, dejadle entrar, no le cerréis nunca la puerta, nunca os opongáis a esas amorosas irrupciones de Dios en la vida.

A vosotros, seculares; a vosotras, religiosas contemplativas; a nosotros, los sacerdotes, el Señor nos está llamando y buscando siempre. Hemos de creer en el amor, en el que Dios nos tiene y en el que nosotros hemos de tenerle a Él. “Si alguno me ama, mi Padre le amaré, vendremos a él y haremos mansión en él”; las palabras de Jesucristo no pueden fallar, se cumplirán siempre por los siglos de los siglos, lo mismo en unos países que en otros, donde florece tan poco la vida cristiana, se mantendrá siempre esa línea constante de un proceso consistente en Dios que llama, puertas que se abren, corazón que se purifica, alegría y dolor que se mezclan...

Asombroso viaje del Papa

Hace unos días, el Papa ha vuelto al Vaticano después de su viaje fatigoso por África. ¡Asombroso viaje del Pontífice de Roma por esos países, en los que hace 100 años prácticamente no se conocía el Evangelio, no había ni un obispo nativo, y hoy son 340 los obispos africanos! El Papa ha predicado el Evangelio y ha pedido lo mismo: que se acepte, aun dentro de la propia cultura y costumbres, lo que el Evangelio trae de nuevo, la novedad del Evangelio. No que el Evangelio se acomode a la cultura africana, sino que esa cultura, igual que la europea, o la de cualquier lugar del mundo, abra las puertas en sus dimensiones múltiples, a la llamada de Dios a través del Evangelio. Aunque cueste, aunque el Dardo de esa llamada rompa el corazón y abraza las entrañas de los hombres y las mujeres de los pueblos. En la medida en que se responde a esa llamada va produciéndose la conversión constante de los hombres y la marcha triunfal de la Iglesia por el mundo, pero siempre entre persecuciones, entre dificultades, bajo el fuego abrasador de un dardo que, si por una parte trae delicias al corazón que abre, por otro trastorna los esquemas mentales tal como los tenemos los hombres que vivimos en este mundo.

“Vivo sin vivir en mí”

Queridas hermanas Carmelitas, habéis cantado esa letrilla de Santa Teresa, cuando yo entraba en la iglesia. Deseamos seguir oyéndola... Y os voy a decir algo que quizá vosotras no conocéis. Hace muy poco tiempo, el día 25 de julio de este año, fiesta del Apóstol Santiago, yo fui a celebrar a un pueblo de Toledo, a Cuerva, el 400 aniversario de la fundación del convento de Carmelitas Descalzas de allí. No llegó a estar presente Santa Teresa; sí que estuvo algunos meses su Letradillo, la Beata María de Jesús. El pueblo estaba en fiestas, porque quiere a sus monjas, quiere a su convento. Me habían invitado con mucho tiempo de anticipación para que, dentro de mi agenda, marcara esa fecha; no podía tener excusa para no cumplir con la invitación que me hacían. Estuvo todo el pueblo; era hermoso: uno de esos pueblos españoles que quedan todavía en nuestras regiones, que saben valorar el hecho de que estén allí unas monjas Carmelitas durante 400 años. Los vecinos, las familias, los niños, los jóvenes... la víspera por la noche el pueblo se reunió en la plaza para juntos beber un vaso de limonada y tomar unas almendras que las mismas monjas les habían ofrecido

desde su convento, y bailar, bailes típicos y honestos. En la plaza se descubrió una lápida, con el alcalde, autoridades y todos sintiéndose orgullosos de albergar allí esa familia de 400 años, hijas de Santa Teresa. Cuando yo hacía reflexiones con ellos, lo mismo en la misa que después, en las horas que pude estar yo allí, me decía el alcalde, y con él algunos otros: “No estamos dispuestos a que esto nos lo quite nadie. Para nosotros es el máximo orgullo poder tener aquí a estas monjas con nosotros; somos muy débiles, pero queremos ser buenos, sabemos que ellas rezan, nos ayudarán a superar dificultades”. ¿Veis? La irrupción de Dios por caminos diversos en el corazón de los hombres. Por eso, en esas fiestas se manifestaban así, con toda sencillez, y cantaban las letrillas de Santa Teresa, que se habían conservado precisamente ahí, en ese convento de Cuerva, y en el siglo XVIII fueron descubiertas en unos cuadernillos, que se conservaban en un baúl del convento:

*Vivo sin vivir en mí,
y tan alta vida espero
que muero porque no muero*

Y algunas otras de las que habéis cantado y que recordamos siempre en las fiestas teresianas. Allí se habían conservado; quizá se hubieran perdido, si no fuera por el feliz hallazgo que un día se produjo de esas coplas tan bonitas, tan nacidas del corazón transverberado de amor.

Ésta es una florecilla más que yo os ofrezco, queridas Carmelitas Descalzas de la Encarnación de Ávila, a vosotras, que nos ofrecéis tantas en medio de vuestras cruces y vuestras tribulaciones, que no os faltan ni os han faltado recientemente...

Todos los demás: sacerdotes, familias, seminaristas, religiosas, novicias, que nosotros sepamos abrir nuestro corazón a Dios para que entre con dardo que abraza más o menos, pero queme siempre un poco para que nos purifique siempre más. Así sea.

26 de agosto de 1985

LA CARIDAD, RESUMEN DE TODAS LAS VIRTUDES

Veinticinco años de obispo

Muchas gracias, querido señor capellán de la Encarnación, por esas palabras tan amables, que ha pronunciado al comenzar la celebración de esta misa. Efectivamente, durante estos 25 años de obispo hace ya 19 que vengo en esta semana de agosto a esta querida ciudad de Ávila y siempre, excepto un año en que tuve que acudir a Roma para el cónclave, porque había muerto Pablo VI, he tenido la satisfacción de celebrar la santa misa en esta fiesta de la Transverberación de Santa Teresa. Yo he sido el que ha salido beneficiado, porque, si mi devoción a la santa y mi afecto a las Carmelitas podían ser un estímulo inmediato que me hacía atender la invitación tan amable tal como se me hizo desde el principio, yo sentía en mi interior una satisfacción y un gozo singulares por el hecho de participar en una fiesta de tanta delicadeza espiritual.

Filigrana de amor

Podría resultar que alguien preguntase a qué viene celebrar una fiesta de esta índole. Parece apta para un pequeño cenáculo de personas muy cultivadas en la vida del espíritu, pero reunirse el pueblo cristiano como se reúne aquí con sus religiosos, religiosas, sacerdotes, para celebrar nada menos que esta filigrana de amor, que es la Transverberación del corazón de Santa Teresa, parece un poco excesivo... Podría discurrir alguien así y, sin embargo, tenemos que contestar que es todo lo contrario. Un católico, un hijo de la Iglesia no lo es únicamente los domingos para acercarse a la santa misa; es un hijo de Dios todos los días de la semana, todas las horas, constantemente. Y cuando llega una ocasión como ésta, en que resuenan las campanas de la Encarnación, las monjas han ensayado sus cantos religiosos, los sacerdotes y religiosos acuden atraídos por esta fuerza espiritual que brota del corazón de Santa Teresa y los fieles –muchos de Ávila, otros que pasan aquí estos días–, mantienen así una devoción constante y fervorosa, cuando todo esto se produce, estamos viviendo juntamente en ese sello familiar de la intimidad con Dios, que debiera ser la aspiración constante del cristiano.

Nostalgia de Dios

El Cardenal Hume, de Londres, ha escrito recientemente un libro que se titula *Ser un peregrino*, y en una de sus páginas habla de la nostalgia de Dios. Dice él que, en todo cristiano, cuando su vida es consciente de lo que profesa con su fe, es natural y perfectamente lógico que haya, al menos de cuando en cuando, un deseo de intimidad con Dios. Y dice, concretamente, que todas las religiosas de vida activa, se comprende que algunas veces sientan dentro de sí mismas el deseo de ser contemplativas. Que lo sientan durante alguna vez, no que dejen su vocación de vida activa, porque para eso han sido llamadas. Pero por su unión

con Dios se comprende que quieran algunas veces buscar esa mayor unión en una actitud contemplativa. Y concreta más el Cardenal: dice que una religiosa del Sagrado Corazón, por ejemplo, se comprende que muchas veces en su vida sienta el anhelo de ser Carmelita Descalza, y un benedictino (él es benedictino) sienta el deseo de ser cartujo: un grado más en la unión con Dios, en el silencio, en la comunicación íntima con los secretos de Dios, a los cuales vamos aspirando muchas veces sin darnos cuenta.

El amor de Dios hacia los hombres

Es lo que tienen estas fiestas como la Transverberación de Santa Teresa. En las fiestas litúrgicas del Señor, de las Tres Divinas Personas, tal como las celebramos en la Iglesia, podemos darnos cuenta de lo que es el Amor de Dios hacia los hombres en Jesucristo. Navidad, Bautismo del Señor, comienzo de su vida pública, predicación del Evangelio, Pasión, Muerte, Resurrección, Ascensión..., vemos el amor de Dios a los hombres. En las fiestas de los santos también vemos eso, pero principalmente se pone de relieve el amor de los hombres a Dios, y surge entonces siempre, en todo cristiano consciente, un deseo de aprovecharse de ese buen ejemplo y hasta de imitar y de querer seguir por el camino que recorrió el santo de que se trata. Así por ejemplo hoy, con esta fiesta de la Transverberación del Corazón de Santa Teresa, permitidme una reflexión que va a ilustrar perfectamente lo que yo quiero decir, porque, además, deseo ser muy breve.

Veinte años del postconcilio

En los meses de noviembre y diciembre del pasado año, se celebró en Roma el Sínodo extraordinario de Obispos de todo el mundo, y al final se promulgó un documento con la aprobación del Papa, titulado “Relación final”. Fue un Sínodo convocado para examinar lo que se ha logrado en la Iglesia a lo largo de estos 20 años de postconcilio. Después del Concilio Vaticano II –20 años ya de luchas y trabajos en la Iglesia–, el Sínodo pretendía examinar, verificar y promover el Concilio Vaticano II, nunca olvidarse de él. Mucho menos oponerse; todo lo contrario: vivificarlo.

Se habla en ese documento de los frutos que se han logrado y de los fallos y defectos que se han producido y manifestado en la Iglesia durante estos 20 años y, al examinar estos graves defectos, el Sínodo enumera diversas causas. Entre las que llama “causas internas”, dentro de la misma Iglesia, se refiere a lo siguiente: para explicar los fallos y defectos, que han aparecido en la Iglesia durante este tiempo, dice el documento del Sínodo, “durante estos años se ha hablado mucho de la reforma externa de las estructuras eclesiológicas de la Iglesia y muy poco de Dios y de Cristo”. Segunda afirmación: “La Iglesia se hace tanto más creíble al mundo contemporáneo cuanto menos habla de sí misma y más predica a Jesucristo y a Jesucristo crucificado y lo testifica con su vida”. Y tercera afirmación del Sínodo: “En circunstancias difícilísimas en la vida de la Iglesia, la historia nos demuestra que han sido los santos los que verdaderamente se han constituido en origen y fuente de renovación, por lo cual son necesarios los santos hoy más que nunca”.

Bastan estas tres afirmaciones, que parecen tres estrellas llenas de luz para el que quiera meditar sobre estos 20 años de postconcilio. Hemos hablado poco de Dios y de Cristo, y demasiado de reformas, de estructuras externas, con lo cual se consigue muy poco. La Iglesia se hace más creíble cuanto menos hable de sí misma y más de Cristo crucificado. Ser santos: aquí viene el testimonio de los que nos han precedido en este camino.

Ángel pequeño, pero muy hermoso

Una fiesta como ésta, la del corazón transverberado de Santa Teresa, no es un pequeño detalle místico de una vida insigne que está ahí, escrita para los que quieran enterarse de su contenido, sino una espléndida lección para el cristiano. Santa Teresa, en este monasterio de la Encarnación, sufrió una lucha intensísima y a ella se entregó con generosidad creciente para avanzar en la unión íntima con Dios cada vez más fuerte, cada vez más desprendida de sí misma, cada vez más enamorada de lo que ella percibía, ayudada de las gracias del Señor, en el Misterio de Dios que se comunica a los hombres. Y un día tuvo esa visión: la de aquel ángel pequeño, muy hermoso, de los que llaman querubines. Estaba a su lado izquierdo como en figura corporal y en la mano tenía un dardo de oro, en cuya punta parecía un brote de fuego; dardo que se clavó sobre su corazón, y al sacarle, dice ella, “parece que me arrancaba las entrañas; este dolor tan fuerte que sentí, es lo que me hizo dar aquellos gemidos, y esta suavidad tan excesiva que me dejó al ponerse en mí aquel dardo, es lo que me hacía desear que no se quitase. Porque cuando se llega a esto –aquí viene una frase magistral de Santa Teresa–, el alma no se contenta con menos que Dios”.

Buscando la santidad

El alma no se contenta con menos que Dios: ahí tenéis en esa frase descrito todo el itinerario espiritual de su vida durante esta etapa de la Encarnación hasta el día en que sale de aquí para empezar la Reforma en el convento de San José. Entonces empieza a realizar la empresa a la que Dios la había llamado, como decimos en la oración litúrgica de hoy. Hasta entonces, hablando consigo misma de Dios y de Cristo, pensando en Cristo crucificado, no en reformas exteriores, sino en renovaciones internas y profundas, buscando la santidad, deseando que Dios –que a eso equivalía aquel dardo– cogiera su corazón y prendiera en ella el fuego de un amor que ya nunca se iba a extinguir, haciendo todo esto, Santa Teresa labraba dentro de sí misma el edificio que después se vería, poco a poco, con la gran Reforma que realizó en el siglo en que ella vivió. He ahí para qué sirve una fiesta como ésta, cuando se quiere meditar seriamente.

Influjo de Santa Teresa

Como ella, hubo otros hombres y mujeres privilegiados. Hace unos días yo celebraba en Toro el centenario de la restauración de la Orden de Mercedarios Descalzos, fundada en el siglo XIII por San Pedro Nolasco. A final del XVI y comienzo del XVII, en 1603 exactamente, movido un venerable religioso mercedario, el Padre Juan Bautista del Santísimo Sacramento, por aquella

fuerza tremenda que apareció en España promovida por las reformas del Concilio de Trento, e influido por el ejemplo de Santa Teresa de Jesús, inicia también la reforma de su orden. Era un hombre penitente, mortificado, de oración continua. En 14 años funda 25 monasterios, de tal manera que Felipe II, en la carta de aprobación de la Reforma que entonces también tenía que dar el rey, se muestra asombrado de aquella expansión de la Orden reformada y rompe con todos los obstáculos que podían levantarse, para facilitar los caminos de la Reforma Mercedaria, que entonces se iniciaba en el mismo camino para hombres y mujeres que, viviendo íntimamente su unión con Dios, se hacen capaces después de realizar esas empresas de renovación profunda de las cuales vive la Iglesia incluso hoy, puesto que son las que permiten decir en ese documento del Sínodo, poniendo como testigo a la historia, que en circunstancias difícilísimas son los santos los que de verdad han procurado y logrado la verdadera renovación.

Al fin muero hija de la Iglesia

Ésta es la lección, queridos hermanos, queridas monjas Carmelitas Descalzas, ésta es la lección que nos da una fiesta como ésta. Vemos cómo en Santa Teresa va poco a poco labrándose a fuego una total entrega de sí misma al amor de Dios, a esa caridad de la que nos habla San Pablo en la Carta a los Corintios, cuyo fragmento ha sido leído. Caridad superior a todos los carismas, también al de la fe, porque, “aunque tenga una fe que mueva montañas, si no tengo caridad, amor a Dios, no me sirve de nada”. Caridad que resume en sí todas las virtudes, todas, porque es longánima, es benigna, es paciente, todo lo consiente, todo lo tolera, todo lo excusa, no se hincha, no se irrita, no envidia, no piensa mal, busca la justicia y la verdad; todas las virtudes están dentro de la caridad, del amor a Dios. Caridad que tiene incluso prolongación en la vida eterna, lo cual no pueden tener las otras dos virtudes teologales, la esperanza y la fe que ya no tienen por qué existir, cuando se entra en posesión de Dios en la vida eterna. Pero la caridad sí, esta caridad a la que San Pablo dedica ese himno tantas veces repetido en nuestros templos, en las lecturas que se hacen, tantas veces leído y comentado en sermones, pláticas y homilias. Es lo que vive Santa Teresa de Jesús y lo que aparece muy claramente expresado en esa visión imaginaria del dardo que se clava en su corazón para no desprenderse ya nunca y seguir así todo lo que quedaba de su vida hasta morir diciendo: Al fin muero hija de la Iglesia.

Fiestas de la delicadeza

Queridas monjas Carmelitas, mantened estas fiestas de la delicadeza; de esas semillas silenciosas brotan después plantas muy fecundas y muy ricas.

Queridas familias de Ávila, seguid valorando estas fiestas, que son un tesoro en torno a esa riqueza espiritual que tenéis por el hecho de que aquí naciera y viviera Santa Teresa de Jesús.

Queridos sacerdotes de Ávila, religiosas Carmelitas, mantened también estas tradiciones de las que sois depositarios. Servís a la Iglesia en esa zona íntima en que se contempla su misterio más sagrado: la comunicación de Dios con los

hombres y la respuesta generosa de los hombres a Dios, buscando el camino de la perfección. Todo lo demás: diálogo con el mundo, búsqueda del progreso y bienestar social, derechos humanos, respeto de la convivencia pacífica de unos con otros..., tiene que brotar de aquí; si trastornamos los planes y empezamos por lo segundo, sin pensar en lo primero, estaremos moviéndonos, quizá, en un sindicato, pero no será la Iglesia de Cristo. En la Iglesia de Cristo hay que empezar por ahí: el diálogo con Dios, y por vivir con mayor esplendidez la caridad y el amor que se pone de relieve tan visiblemente en la fiesta de aquellos a los que Él llamó, concretamente en esta de Santa Teresa de Jesús. Así sea.

26 de agosto de 1986

LA TRANSVERBERACIÓN Y LAS COMUNICACIONES DIVINAS

Resonancias teresianas

Me alegro mucho de poder celebrar una vez más la santa misa en este día en que celebramos la Transverberación de Santa Teresa, aquí en esta iglesia, en la iglesia de este monasterio tan histórico y tan lleno de vivencias y resonancias teresianas. Son ya tantos años... pero no me resulta difícil encontrar un motivo para hacer una consideración, que se haga –espero– de un modo provechoso. Porque todo lo relativo a la vida de Santa Teresa tienen un fondo inagotable, y así, se me ocurre que hoy podríamos hacer una pregunta: ¿qué es eso de ese ángel que ella ve en esta iglesia, muy hermoso, no muy grande, con un dardo de oro lleno de fuego que se clava en su corazón, que penetra en sus entrañas y la hace sentir un dolor profundo y a la vez un gozo grandísimo, y que ella quisiera que eso se repitiera sin cesar, aunque tuviera que seguir sufriendo y amando y gozando? ¿Qué es esto? Es el misterio de las comunicaciones divinas con las almas de los que le aman de verdad. La forma puede resultar muy diversa.

En las visiones imaginarias interviene la imaginación del que es regalado con esa gracia del Señor, pero eso no significa que no haya una moción celestial, una fuerza divina, una gracia que el Señor comunica a esa persona a la que quiere llevar al plano de perfección y de unión con Él, que Él establece. Lo sustancial es que en ese fenómeno se ha producido como una inundación especial de amor, de sentimiento, de gozo en la comunicación de Dios. La forma en que se produce esto y cómo ella lo describe, es secundario. De algún modo tiene que sentirlo y reflejarlo en sus potencias corporales un alma espiritual, y ella lo refleja así.

Una entrega mayor

Ese día o días en que la Santa sintió esto –habla en ese capítulo XXIX de su *Vida* que fueron varias veces–, Santa Teresa se habría levantado a la hora acostumbrada, habría arreglado su celda muy pobre, habría venido a la iglesia con las demás monjas del monasterio. Hicieron la oración, participaron en la santa misa, recibirían la Eucaristía. Terminada la misa y los demás rezos siguieron los trabajos normales conforme a la distribución del tiempo y, en un momento determinado de la mañana, cuando fuera tiempo libre, ella volvió a esta capilla, ahí, hacia esa parte –la capilla no estaba como está ahora, por supuesto– y, puesta en oración y luchando por una entrega mayor de su alma al amor de Dios en la empresa en que estaba ya situada, siente ese fenómeno espiritual y místico que describe tan graciosamente. Y prorrumpe, aunque no externamente, en quejidos –dice ella–, quejidos de dolor, pero mezclados de sentimientos de goce suavísimo. Terminó la visión. Ella se levantaría; iría después a seguir la distribución del tiempo tal como la hacían en el convento. Nadie se enteró, sólo

en el silencio interior de su alma seguía vibrando durante aquel día el efecto espiritual de la comunicación, del regalo divino, que ella había experimentado. Nadie se enteró. Más tarde se enteró algún confesor suyo y después, porque le ordenan que escriba su vida, nos hemos enterado todos.

Comunicaciones divinas

Esto me da pie a mí para pensar o preguntarme: ¿Esto solamente se da en el alma de Santa Teresa? ¿Un fenómeno de esta índole es tan raro que solamente es vivido por ella, de forma que ahora podamos leerlo en su autobiografía y consolarnos también con esa narración, año tras año, cuando venimos aquí? No, no, hermanos, no; estamos aludiendo al misterio de las comunicaciones divinas entre Dios y el hombre, y éstas se dan con mucha más frecuencia de lo que creemos. Lo extraordinario puede ser lo que hay aquí de imaginativo y que nace de la condición temperamental de Santa Teresa o de la forma ilustrativa con que la gracia de Dios quiere manifestarse en ella. En ese momento, ella piensa continuamente en el Cielo, en la gloria de Dios, en la humanidad de Cristo, en la gloria de los bienaventurados. Es una mujer que va santificándose diariamente y en sus oraciones y mortificación y en sus entregas incesantes de amor va como elevándose cada vez más, a lo que por la Revelación sabe que es la Gloria del Señor: el Cielo, y piensa en ese gozo y se imagina ella que tiene allí hasta su alma, y se produce ese fenómeno. Esto se produce de una manera extraordinaria en ella, pero esto es frecuente y normal en muchas almas cristianas.

San Ignacio de Loyola

Primero, se dan frecuentemente estas comunicaciones divinas en los que se convierten, cuando la conversión es muy sincera y muy profunda, por ejemplo, San Ignacio de Loyola. Cuando está convaleciente de la herida que sufrió en Navarra peleando contra los franceses, estando en Loyola, adonde le han llevado para que encuentre allí el alivio de su casa paterna, empieza a leer la vida de Cristo, y el *Flos Sanctorum*, las vidas de los santos, y se va produciendo en él aquella transformación radical, que hará de él el santo que todos conocemos, gloria de la Iglesia universal. Cuando está convirtiéndose en aquellos días y noches de soledad en su casa de Loyola, narra también en su autobiografía —él lo narró en los últimos años de su vida a un jesuita que iba tomando notas—, que una vez se levanta de la cama a medianoche y se postra ante una imagen de la Virgen María, y en oración fervorosa se consagra a ella en la imagen y le consagra ya toda su vida. En ese instante tuvo como una visión de esa misma Virgen María, Madre y Señora, que acudía como una madre cariñosa hacia él para fortalecerle en aquel instante y recibir el homenaje que por medio de ella quería ofrecer a su Hijo: una comunicación divina misteriosa que se da en él en ese trance de la conversión.

Inundación de paz

Segundo, se dan comunicaciones divinas de paz, de esperanza, de gozo, de alegría, aunque no sea con visiones imaginativas, en muchos sacerdotes y

religiosos y religiosas y misioneros fieles que, luchando día tras día por el cumplimiento más esmerado posible de sus deberes apostólicos, no rompiendo nunca su unión con Dios, aceptan los sufrimientos que trae consigo su lucha incesante en el mundo, y lo van ofreciendo a Dios de tal manera que, sin saber cómo ni por dónde, frente a lo que podríamos llamar frustraciones y fracasos, que experimentan muchos de ellos en sus trabajos, por el contrario se sienten inundados de paz, de alegría para seguir adelante y de una especial fortaleza para seguir hablando del amor a la virtud, de la lucha contra el pecado; siempre, por encima de todo, del amor a Jesucristo y a la Iglesia. Son comunicaciones divinas que tienen lugar en el interior de las almas, aunque no se les dé importancia y nadie hable de ello.

Firmes en la virtud

Y tercero, no sólo se trata de sacerdotes, de religiosos o de religiosas o de misioneros; hay muchas personas buenas, cristianas, y las ha habido siempre a lo largo de toda la historia de la Iglesia. Muchas madres de familia, muchos hombres llenos de virtud en su hogar, muchos y muchas jóvenes seglares. Continuamente, también hoy, a pesar de lo que tenemos que sufrir y padecer, muchas personas han luchado para mantenerse firmes en su virtud y han encontrado dentro de su alma una paz indecible, cuando han tenido que sufrir por amor a Jesucristo todo aquello con que nos obsequia la vida del mundo a los que queremos ser fieles al Señor. Y lejos de sentirse desesperados, amargados, abandonados, aún con lágrimas en los ojos, quizá apretando el frío metal de un crucifijo con su mano ardiente y calurosa, besándolo también ardientemente con sus labios, han sentido dentro de su alma una dulzura inefable, que les ha hecho sentirse dichosos de poder ofrecer a Dios y a Jesucristo ese dolor, ese sufrimiento o ese obsequio de su vida.

... Yo también le amaré

Son comunicaciones divinas que están dándose continuamente en el interior de las almas. Al fin y al cabo, esto no es más que el cumplimiento de algo que nos dijo Jesucristo en su Evangelio: “El que guarda mis mandamientos, ése es el que me ama, y el que me ama a mí es amado por mi Padre, y yo también le amaré y me manifestaré a él”. No reparamos suficientemente en estas palabras, “Me manifestaré a él...” Y continúa el Señor: “El que guarda mis preceptos y mi palabra, ése es el que me ama. Y mi Padre le amará y yo también le amaré y vendremos a él y haremos morada en él”. Tampoco meditamos estas palabras de Jesús que completan las anteriores. Cristo se manifestará. Cristo y el Padre, el Hijo y el Padre harán morada en nosotros. Éstas son palabras del Señor, es la verdad del Evangelio. Pero estamos muy acostumbrados a querer medir la religión simplemente con nuestros criterios racionalistas, según lo que nosotros entendamos con nuestra razón y según lo que nos parezca conforme a la situación concreta, en que queremos seguir viviendo para nuestra comodidad y provecho. Y reducimos la vida religiosa a esquemas puramente racionales.

“Gloria y martirio de la Iglesia abulense”

Con tal de no ofender a Dios gravemente vamos caminando y nos perdemos continuamente ese tesoro de gracias dulcísimas, que podríamos recibir si fuéramos fieles a estas palabras del Señor, con las que nos dice que Él se manifestará y morará en nosotros juntamente con el Padre, por medio de la gracia y las virtudes y por medio de los favores y regalos divinos que Él quiere dar a los que le aman de verdad.

Como esas madres de familia, por ejemplo, que, frente a la desgracia que tienen que sufrir como consecuencia del extravío de sus hijos, se mantienen en un silencio de adoración a Dios, sin una palabra de queja o de protesta. Lloran silenciosamente, y nada más se comunican con aquellos con los que tienen confianza, y esperan sin cesar, y rezan día tras día, y buscan en el Señor, acordándose de su bendita Madre, un consuelo que no pueden encontrar en este mundo. Y así, quizá, hasta el final de su vida, cuando han visto que sus hijos han sufrido una persecución que no merecían.

Releía yo no hace mucho este libro escrito por un sacerdote que está aquí presente, *Gloria y martirio de la Iglesia abulense*, en que se narra la vida y muerte de los sacerdotes de Ávila, que murieron en nuestra dolorosa Guerra Civil; martirios ejemplarísimos de aquellos sacerdotes. En el caso de alguno de ellos, la madre veía que su hijo, meses antes de que llegara el momento de la guerra, se preparaba a ella leyendo vidas de mártires y en silencio le veía cómo avanzaba en el camino doloroso, que no sabía entonces cómo iba a terminar y que terminó siendo fusilado. Cuando pasa el turbión de la guerra, esa madre y sus hijas supervivientes, buscan a los que habían asesinado a su hijo sacerdote para ayudarles, para ofrecerles el auxilio económico, incluso, que ella pudiera prestarles, para perdonarles. ¿Qué es eso, más que una manifestación de Dios Padre e Hijo que mora en esa alma, que le hace sentir ese gozo inefable del perdón y la esperanza por encima de todo? Y así continuaremos en todas las épocas de la historia en donde se ha vivido este misterio de la vida cristiana.

La búsqueda de Dios en las tinieblas

Estoy por decir, que esto de las comunicaciones divinas de paz, de fortaleza, de esperanza y de gozo se da, de parte de Dios, incluso en religiones no cristianas; porque hasta las almas de estos que le buscan en medio de las tinieblas llega también la acción prodigiosa de un Dios Consolador que fortalece la fe o ilumina las conciencias, aunque no hayan alcanzado esa fe revelada.

Pero ¿cuál es el secreto de esta actitud, y qué es lo que se nos pide para poder gozar de estas comunicaciones divinas? Los autores de vidas espirituales insisten mucho en una directriz, que es fundamento de todas las demás: la humildad, pero bien entendida. La humildad, que no consiste simplemente en ejercicios ascéticos o en una consideración de tipo moralista, en virtud de la cual el humilde es el preterido, el que acepta una humillación momentánea. No; es la humildad que, según Santo Tomás de Aquino, tiene su fundamento en algo tan serio y tan profundo como la reverencia a Dios, Creador y Redentor. En este sentido, el alma del creyente, el alma cristiana en su oración, en su trato con Dios —en una Santa Teresa, en un Ignacio de Loyola unos pocos años antes—,

en el momento en que se pone en comunicación con Dios en la oración, va captando la grandeza de Dios. Pero no del Dios de los filósofos, sino del Dios revelado: el Dios que nos presenta Cristo en el Evangelio, el Dios de los Apóstoles. El alma va captando esa grandeza incomparable de Dios, se da cuenta del plan divino sobre los hombres.

La omnipotencia grandiosa de Dios

La obra maestra de Dios es Jesucristo, con la maravilla de su nacimiento, su vida, su pasión, su muerte, su resurrección, y la institución de la Iglesia, y los dones del Espíritu Santo, y las virtudes, y los ejemplos de los santos de todos los tiempos; todo esto es la obra de Dios Redentor, que va unida con la de Dios Creador: la Omnipotencia grandiosa de Dios, Autor de todo, de las estrellas del cielo, de los mares y océanos, y también de mi salud, de mis energías, de mi talento (lo poco o lo mucho que tenga), de mis cualidades físicas o morales..., de todo. El mundo no tiene nada por sí mismo; yo no tengo nada por mí mismo, todo lo debo a Dios, en el orden natural. Y en el orden sobrenatural, si no es por Jesucristo, ¿cómo voy a hablar de la gracia, de las virtudes, y de la vida eterna? ¡Todo lo debo a Él!

Ante ese Dios que se revela así, el alma creyente se llena de alabanza, de reverencia. La reverencia adora, se pliega ante Dios y se da cuenta del contraste: de sus carencias, de la propia nada. Cuanto más pondera en su oración la grandeza de Dios, más se da cuenta de su pequeñez, su bajeza, su nada, y surge la humildad como una actitud. Eso es la virtud: no un acto esporádico, sino una actitud habitual, ya veis qué rica y qué fundamental. Esta actitud se mueve entre dos polos: la grandeza de Dios y la pobre condición humana. Pero descubre el amor de Dios, y ya la reverencia no es temor. Será temor como don del Espíritu Santo: respeto filial, no temor servil. El alma se llena de amor ante ese Dios que debe ser llamado Padre, ese Dios que se ha hecho hermano nuestro; y surge en ella, junto al sentimiento de humildad, el sentimiento de la caridad perfecta.

“Humildad es andar en verdad”

Va poco a poco el alma avanzando, y por ahí llega a estas comunicaciones divinas, que son como un regalo de la efusión de Dios en las almas humildes, que terminan por amarle con esa entrega total, como aparece claramente en los santos. Entonces comprenden también la frase famosa de Santa Teresa de que “humildad es andar en verdad”; que humildad no es –como dice ella– negar los dones que estamos recibiendo, sino reconocer que los tenemos, pero no por méritos nuestros, y agradecerlos a Dios. Así somos ricos a pesar de nuestra pobreza; siendo tan pobres, es Dios quien nos enriquece, y proclamamos como la Virgen Santísima en el Magnificat “la humildad de su esclava”, pero a la vez, que “todas las generaciones la llamarán bienaventurada “. Ella lo dice con toda naturalidad, porque sencillamente está proclamando la grandeza del Señor, no la suya.

Ahí se unen la humildad y la caridad y viene el diálogo, el coloquio divino, silencioso, frecuente, sin necesidad de que venga un querubín con un dardo de

oro a traspasar el corazón. De múltiples maneras, Dios se comunica a las almas y surge en este estudiante religioso, en este sacerdote, en estos diáconos del Seminario de Toledo que han llegado hasta aquí esta tarde, en estas religiosas, en vosotras, muchachas, muchachos, jóvenes, padres y madres de familia, va surgiendo el trato con Dios, la oración confiada, la aceptación humilde del misterio de la vida, el sentido cristiano profundo y fervoroso de un alma creyente.

Las almas que le aman

Aquí quería yo llegar, ésta es mi conclusión, precisamente para que no nos quedemos en que estos prodigios de la vida de Santa Teresa son cosas raras y extrañas, propias de una santa, y que sólo merecen comentario en una plática para religiosas. No; es algo más rico y más profundo. Es una demostración de las infinitas riquezas de Dios en las almas que de verdad le aman. ¡Ah, hermanos, si en nuestra vida cristiana y en la educación de nuestros fieles insistiéramos con la debida intensidad en estos aspectos de nuestra vida espiritual...! Pero todo se nos vuelve sociología y comentario sobre la marcha del mundo y sobre una evangelización que nunca sabemos en qué va a consistir.

Sin vida cristiana

El Papa Pablo VI, en la *Evangelii nuntiandi*, hablaba de que no puede haber una evangelización completa sin sacramentos; es decir, sin vida cristiana, que consiste en comunicación divina de las gracias redentoras de Dios a las almas de los bautizados. Y nosotros nos perdemos en sociología, en planes que vamos haciendo sin acabar de aterrizar nunca, y descuidando este aspecto de la vida interior, que es lo que podría hacernos felices en nuestra vida, en medio de todas las penas que hayamos de pasar. Porque hemos de pasar muchas inevitablemente, pero se pueden pasar y ser felices con la fe, con la oblación de todo a Dios, pensando en Cristo y logrando el valimiento de María Santísima como se cuenta es ese pasaje inicial de la vida de San Ignacio de Loyola.

Pero hoy todo va discurriendo por otro camino. Nos encontramos con esta España de costumbres degradadas hasta unos límites insospechables, con ciudades y pueblos que viven ya en un estado alarmante de putrefacción de las costumbres, que se van olvidando de Dios de una manera aterradora. En los periódicos, en las revistas y en los demás medios de comunicación social vemos continuamente invitaciones al mal, al placer y al consumismo, sea cual sea. ¿Qué vamos a conseguir de esa manera? ¡No es más que un retroceso a la barbarie, a la salvaje barbarie...!

Salvadores de la sociedad

Pero también hay grupos como los que están aquí esta tarde, de chicos y chicas que creen en Dios y le aman, que saben quién es Cristo, que oran, que le entregan lo mejor de su vida y saben que eso cuesta, pero siguen ofreciéndose. Estos son los que tienen que salvar el auténtico sentido cristiano de la sociedad, no con simples cambios.

Hablamos mucho de cambios, pero muy poco de conversión de cada uno. Creemos que con cambiar vamos a influir mejor sobre el mundo actual. Cambiar y cambiar, pero muy poco convertirnos cada uno desde el interior de nuestra conciencia para amar más a Dios y dar más al mundo los frutos de ese amor. Podemos contagiarnos sin darnos cuenta de esta atroz frivolidad que existe hoy, y de estos modos de ser y de vivir, que van destrozando tantas y tantas familias y ofreciendo a la gran mayoría de la juventud un panorama desolador, en el cual lógicamente tienen que hundirse hasta el abismo, no porque ellos sean malos, sino porque todo tira de ellos hacia ese fondo infernal de unas pasiones desatadas, tras las cuales vienen el desorden y el crimen.

El libertinaje no es progreso

Anoche mismo, al noviciado de la Compañía de Santa Teresa, donde resido estos días en Ávila, nos llegaba una noticia que nos ha llenado de consternación a cuantos allí estábamos, particularmente a las religiosas. Hacia las siete u ocho de la tarde de ayer, una religiosa teresiana que pasaba unos días de descanso con su familia en un pueblo de Castellón, mientras descansaba breves momentos en el jardín de su casa, ha sido asaltada por unos salvajes que han intentado violarla. Y como ella se resistió, la han matado a cuchilladas en el propio jardín de su casa. Su madre paralítica estaba dentro de la casa, y ni pudo oír los gritos de su hija moribunda, porque seguramente taparon su boca para que no se la oyera. Casos así, un día, y otro, y otro...

Éstas son las libertades, ésta es la dignidad de un pueblo. Pero ¿por ahí vamos a poder progresar algo? ¿Éstos son los ideales que se ofrecen a esas juventudes alocadas, que podrían dar tanto de sí entregándose a causas nobles? Va cundiendo como una sensación de desánimo, de desaliento profundo, de impotencia, porque no se sabe por dónde romper esto, siempre invocándose estos criterios disolventes y estas doctrinas elevadas a categorías filosóficas: las normas de una nueva ética, propia del hombre moderno... Y mientras tanto, sigue el Señor diciendo que Él es la Verdad y la Vida, regalándonos con su Evangelio lo mejor que puede dar al mundo: su paz, su voz, su comunicación que llega hasta nosotros queriendo que nos convirtamos a Él para mejor cumplir nuestra misión en el mundo.

Luz que no se apaga

Hermanos, que estas consideraciones y tantas que podríamos hacer, nos sirvan a todos para fortalecernos en nuestros propósitos y para no tomar a la ligera estas efusiones del amor divino en las almas escogidas. Y ya que no podamos llegar a ese grado de humildad y reverencia a Dios que nos invita a un amor constante, al menos nos movamos en ese otro grado, desde el cumplimiento de nuestros deberes, de un modo silencioso, con firmeza, ofreciéndole todo al Señor y buscando su luz, cuando todo lo que nos rodee sea oscuridad y tinieblas. Esa luz seguirá brillando, nadie puede apagarla, y se multiplicará, si nosotros nos acogemos a ella y con ella queremos encender más y más el sentido cristiano de nuestra vida y el fervor de nuestra alma. Así sea.

26 de agosto de 1987

EL DARDO DE ORO Y EL AÑO MARIANO

Creo que se van acercando a veinte los años que celebro con vosotros aquí esta fiesta teresiana; años casi seguidos, con alguna leve interrupción en el año en que murieron los Papas, cuando no pude venir.

Fiesta Teresiana que tiene que celebrarse de manera muy particular en todos los Carmelos, de un modo especial en los Carmelos de España, de un modo especialísimo en los Carmelos de Ávila, y de un modo más singular en el Carmelo de la Encarnación. Porque es aquí donde la monja Teresa de Jesús recibió aquella gracia del Señor, inefable, la del dardo que atravesaba su corazón. Además, celebrarla en la forma en que lo hacemos nosotros tienen un encanto especial, porque aquí hay un recogimiento conventual que nos invade a todos. En lugar de que entre el ruido, que nosotros podríamos traer, en el convento, en la interioridad del monasterio, más bien sucede lo contrario: el recogimiento y la unción religiosa de la comunidad que vive aquí llega hasta nosotros, y así nos encontramos siempre en la tarde de este día escuchando esos cantos preciosos que llenan nuestra alma de fervor, participando comunitariamente de esta celebración eucarística y, por vuestra parte, escuchando con respetuosa atención, que yo agradezco, una palabra de simple comentario a la fiesta y al hecho conmemorado.

Aire de familia

Todo esto es aire de familia; es, sencillamente, avanzar en el camino de la relación cordial que va uniéndonos con los devotos de Santa Teresa que aquí llegan en un día como éste, e indirectamente, en cualquier día del año. Porque, sin saber quiénes son, ni de dónde vienen, ni adonde van, también les consideramos como de nuestra familia. Siempre hay algún motivo nuevo para pensar en lo que puede sugerirnos la conmemoración de este episodio de su vida espiritual, y a pesar de que veinte años ya venga predicando de ello, creo que podría hacer otros veinte de predicación y no se agotarían los temas que me sugiere la consideración de lo que ella narra en ese capítulo XXIX de su Vida.

Un gemido insufrible

El ángel hermoso, el dardo de oro que atraviesa su corazón, la punta encendida que abrasa las entrañas y al salir parece que las va a arrancar con un dolor y un gemido insufrible, que se le convierte en un gozo y una experiencia de dicha inefable que supera al dolor que sufre... Y no siendo capaz de explicarlo mejor – dudo que haya habido otro escritor en la lengua castellana que sea capaz de escribir mejor ese fenómeno místico que como ella lo hace en ese capítulo XXIX–viéndose ella incapaz de decir más, termina la pobre Teresa de Jesús por decir: a los que puedan dudar de que esto me sucedió, sólo deseo que Dios les haga una merced semejante para que puedan experimentar y comprender algo así.

Una explicación muy sencilla, particularmente dirigida a vosotras, carmelitas, pero que tiene aplicación a todos cuantos estamos aquí.

Consulta a Fray Pedro de Alcántara

Cuando Teresa de Jesús experimenta esta gracia concedida por el Espíritu Santo, está atravesando una época difícil de su vida, vive sometida a una perpetua contradicción interior. Ella, que tenía aquella sensibilidad ardiente para percibir lo bueno y lo que no lo era tanto, vive sometida a la tortura de no entender bien qué es lo que le está pasando. Cree muchas veces que es víctima de tentaciones del demonio, y piensa en otras ocasiones que no puede ser así, porque ella va aumentando en el amor de Dios. Trata con confesores y otros consejeros, que no le aclaran lo que está pasando en su alma, y no acierta con aquellos a quienes consulta, hasta que un día se entera de que, en casa de su amiga Doña Guiomar de Ulloa, está Fray Pedro de Alcántara y trata de encontrarse con él para explicarle lo que le está pasando. Dice ella de Fray Pedro de Alcántara que hacía ya veinte años que llevaba de continuo un cilicio de hojalata. Con él trató ampliamente los fenómenos de su vida espiritual, y aquel hombre tan intensamente entregado a Dios y tan experto en oración y comunicaciones divinas aplacó su espíritu y le dijo que estuviera tranquila, que era gracia y don de Dios.

Porque ella le daba cuenta de estas visiones y de otras que tenía por esta época, pero a la vez, se sentía ella tan débil y tan pobre, que escribe esta frase preciosa: “Yo estaba hecha una imperfección y, siendo así, ¿cómo Dios podía hacerme aquellos favores? ...” Pensaba que era cosa del demonio y que ella era causante, o de alguna manera responsable de todos los males y herejías de la Iglesia. Daos cuenta del sufrimiento atroz que esto significaría en aquel prodigio de delicadeza que era su espíritu... ¿Cómo lo soluciona, alentada por los consejos de Fray Pedro de Alcántara, del dominico Padre Báñez y de algunos otros? Piensa que la solución está en sentir la auténtica humildad. Sentirse ella responsable de los males de la Iglesia y, por consiguiente, pensar que no eran gracias de Dios las que tenía, sino luces falsas del demonio, esto no era compatible con la auténtica humildad. Esto, dice ella, era humildad falsa, que trae alboroto y desasosiego, no da luz sino fuego y ardor; ésa es la humildad que nos trae el demonio. La auténtica humildad trae quietud, sosiego, luz, serenidad, y aunque nos hace sentir nuestros fallos y pecados, a la vez nos hace tener una fe grande en la misericordia de Dios que perdona. Acogiéndose de esa manera humilde a la misericordia de Dios, pidiendo perdón, confiando en Él mucho para seguir adelante, viene la paz del alma. Así va Teresa creciendo continuamente en aquella santidad de la cual ya no se apartó nunca jamás.

Año Mariano

Al meditar yo esta mañana en este capítulo una vez más, me he acordado de algo que dice el Papa Juan Pablo II en su encíclica *Redemptoris Mater*, que ha escrito con motivo del Año Mariano. Nos habla de la Virgen María en el periodo de su vida oculta en Nazaret y nos presenta a la Virgen Santísima como teniendo que aceptar, durante un largo periodo de tiempo, todo lo que duró la vida privada del Salvador, un estilo y un comportamiento de Jesús Redentor para ella

incomprensible, pero que aceptaba con una humilde quietud y confianza. Dice el Papa que solamente vivía en ese tiempo de la fe y en la fe, pero tuvo que experimentar una cierta “fatiga el corazón”. Yo nunca había leído esta frase referida a la Virgen María –y he leído muchos libros sobre ella–, y me alegro de haberla encontrado en un documento pontificio de tanta importancia. Tuvo que experimentar María Santísima una cierta “fatiga del corazón...”

Debemos aspirar a lo bueno

Queridas religiosas Carmelitas Descalzas de la Encarnación y demás religiosas que estáis aquí, y vosotros, hombres y mujeres, familias cristianas: ¿Quién no tiene que experimentar en la vida, cuando se quiere cumplir con lo que pide el Evangelio?, ¿quién no ha de experimentar, queridos sacerdotes y religiosos Carmelitas, una cierta fatiga del corazón, una especie de tortura espiritual en nuestra vida? ¿Qué es lo bueno a lo que debemos aspirar y qué es lo malo que debemos evitar? ¿Qué es lo que Dios quiere de nosotros y qué es lo que nos está pidiendo que dejemos a un lado para conseguir más perfección en el desarrollo de las virtudes de nuestra alma? Muchas veces nos cansamos y vemos el horizonte oscurecido, como María cuando ha perdido a su Hijo en el Templo. Una vez que lo encuentra, le pregunta: “¿Por qué has hecho esto?, ¿no sabes que tu padre y yo te buscábamos?”; y Él contesta: “Tengo que ocuparme de las cosas de mi Padre”. Y añade el evangelista: “Pero ellos no comprendieron la respuesta”. No comprendemos muchas veces el porqué del sufrimiento o de las tentaciones, de las luchas, de las contradicciones o de las oscuridades que tenemos que sufrir; entonces la única solución es vivir en la fe y de la fe, como María Santísima en ese largo periodo de la vida oculta, en el cual ella no estuvo exenta de ningún sufrimiento, puesto que ni la Madre de Dios se ve libre de sufrir en lo que es una auténtica vida cristiana.

A velas desplegadas

Se me venía esto a la memoria en el momento en que yo meditaba sobre este pasaje de la vida de Teresa de Jesús. A partir de ahora, una vez que supera la fase de creer que es el demonio el que está actuando en su vida y llenándola de oscuridades para que no siga por este camino, cuando ella va serenándose, camina ya a velas desplegadas por esa epopeya maravillosa de su vida, hasta el final. Nunca dejó de sufrir; vendrían después otras contradicciones. No serían ya las dudas interiores sobre si era tentación del demonio o una gracia que podía venir del cielo; serán después las fatigas del corazón por ver la contradicción de buenos por parte de los hombres. En las fundaciones, al tratar con los obispos, con la propia Orden Carmelitana a la que pertenece, con las monjas, con los frailes, con tantas personas a las cuales hubo de dirigirse... El trabajo incansable, manteniendo siempre aquella grandeza de su alma y teniendo como único refugio, en muchos momentos de su vida, en que el cansancio estaba a punto de apoderarse de ella, el coloquio con Dios al que su alma la elevaba en aquellas elevaciones místicas, de las cuales nos ha dejado con maestría insuperable tantos relatos y tantas consideraciones en sus obras inmortales.

El frío de la incomprensión

¡Pobre Teresa de Jesús!: aquí, en esos claustros interiores de este monasterio en aquellas tardes y noches de fríos inviernos de Ávila, con el único calor de su pobre chimenea en la celda, pero calor que contrastaba muchas veces con el frío que tenía que acompañarla como consecuencia de la incomprensión. Y así un día y otro, dudando de todo, pero permaneciendo firme cada vez más, entregándose por completo a aquella deliciosa tarea de buscar en el amor a Dios el secreto de su vida, de encontrar allí refugio y fortaleza para no dejarse turbar sino, en medio de todas sus penas e incomprensiones, ir realizando la maravilla de su vida. Imagino cómo sería ella en aquel tiempo en que aquí vivió... Han pasado ya cuatrocientos años de aquellos días, en que ella pudo tener en esa capilla o donde fuese, la visión del ángel, y pensar y meditar y querer y hablar y buscar auxilio en unos y en otros... Todo era preparación que Dios quería ir logrando en ella para que realizase después con un amor incansable la tarea para la que estaba llamada.

Firmeza en la vida cristiana

Algo así nosotros y, puesto que no hablo solamente a religiosas ni a sacerdotes ni a religiosos Carmelitas, algo así vosotras mujeres y vosotros padres de familia muchas veces unidos en la incomprensión que tenemos que padecer durante la vida con los hijos, con las amistades, con la familia, en la profesión, y haciéndonos dudar de que si es ésa la voluntad de Dios o no y expuestos a dejar de vivir en la fe y de la fe, pues hay que permanecer seguros y firmes en nuestra vida cristiana y no dejarnos turbar por nada, fuertes y valientes en las tardes de invierno de la vida y buscando el calor del Sagrario y de la lectura del Evangelio y de la oración mental y vocal y de la comunidad cristiana para encontrar unos en otros el auxilio que necesitamos para seguir adelante. Así sea.

26 de agosto de 1988

BODAS DE ORO DE LA DESCALCEZ DEL MONASTERIO

Una vez más nos encontramos aquí, por mi parte con mucho gusto después de haber hecho el pequeño esfuerzo de venir, después de estar esta mañana en un monasterio cisterciense de la provincia de Burgos, en el pueblecito de Villamayor de los Montes, donde estaban reunidos los abades y abadesas de monasterios cistercienses de España, para iniciar las conmemoraciones del noveno centenario del nacimiento de San Bernardo de Claraval.

Dolor físico y deleite espiritual

Y ahora aquí, nuestro querido capellán don Nicolás ha leído una vez más, con el auxilio de esta novicia de la Compañía de Santa Teresa, ese texto en que Santa Teresa narra con estilo insuperable la gracia de que fue hecha objeto por parte de Nuestro Señor Jesucristo, con aquella visión que consiste en que un querubín traspasa su corazón con un dardo de oro. Dolor físico y deleite espiritual, una mezcla de sufrimiento y de gozo que ella desearía que todos tuviéramos, para que ninguno pudiera acusarla de imaginativa entonces o de histérica ahora; las acusaciones siempre aparecerán con distintas palabras, pero con el mismo afán de eliminar la presencia misteriosa de Dios en las almas que le aman. Las religiosas hijas tuyas han escuchado complacidas esta lectura; nosotros también, y nos sentimos, una vez más, confortados y a la vez deseosos de ofrecer el obsequio de nuestra presencia y devoción a esta madre incomparable, Santa Teresa de Jesús, maestra de los dones divinos en el sentido de que ella sabe recibirlos y comunicarlos a los demás para que los entendamos y los deseemos. ¡Incomparable maestra de la vida espiritual!

Esta mañana, a lo largo del camino que yo he hecho para llegar hasta aquí, he meditado en lo que significaba este fenómeno místico en la vida de Santa Teresa, y mi reflexión me ha llevado a las siguientes conclusiones:

Cristo muy llagado

Primero, en este fenómeno de la Transverberación me da la impresión como de que se da la culminación de un proceso; ha habido un proceso espiritual en la vida de Santa Teresa, que culmina ahora de momento ahí en ese hecho prodigioso. ¿Cuándo empieza ese proceso? Hay un detalle importantísimo en la vida de Santa Teresa, que tiene lugar también en este convento de la Encarnación, y yo tengo hoy como el deseo de ponerlo de relieve aquí y someterlo a vuestra capacidad crítica, sobre todo la vuestra, religiosas, que tantas veces meditáis cualquier detalle de la vida de Santa Teresa. Hay un dato importantísimo que tuvo lugar antes de la Transverberación. Es el encuentro de Santa Teresa con aquel *Ecce Homo*, una imagen de “Cristo muy llagado, tan devota, que en mirándole, toda me turbó al pensar en lo mal que yo había correspondido a lo que Él había pasado por nosotros, y de tal modo lo sentí – sigue diciendo en su *Vida*–, que derramé abundantísimas lágrimas y me arrojé

cabe Él, y me parecía que se me rompía el corazón suplicándole que ya nunca más pudiera ofenderle”.

El corazón roto de pena

¿Veis? Otra vez el corazón. En la transverberación su corazón es atravesado por el dardo de un ángel del cielo; aquí, a ella misma le parece que se le rompe de amor. Hay una diferencia: en la transverberación todo es el requiebro amoroso de una gracia divina; aquí es el dolor de una criatura arrepentida. El corazón se rompe de pena al ver aquella imagen de Cristo llagado que tan bien representaba los dolores de su Pasión por todos nosotros. Ella se arrepiente; no siente más que el deseo de ofrecerle todo lo mejor que hay en su vida e iniciar un camino en que ya nadie le aparte de un amor que va a ir creciendo cada día.

A partir de este instante de la visión del Cristo llagado ya es Teresa de Jesús, y lo será para siempre. Deja de ser aquella monja que estaba en este convento como las otras grandes señoras, con sus sirvientas, con su vida fácil, con sus tertulias y con sus salidas a las casas de sus propias familias o sus amistades con una frecuencia no deseable. Todo aquello se termina y empieza una vida de entrega total. No es extraño que, al avanzar en esa vida, llegue un momento en que se produzca una culminación en ese proceso de amor y venga el premio divino de la transverberación de su corazón que ya estaba roto.

Aceptar las humillaciones

¡Qué lección para nosotros, religiosas y hermanos, queridos sacerdotes! Es muy fácil sacarla; es muy difícil cumplirla. No hay progreso en la vida espiritual sin que haya un propósito de abrazarnos con la cruz, de ver a Cristo llagado y de percibir lo que Él ha sufrido por nosotros y de arrepentirnos hondamente de nuestra falta de correspondencia amorosa. No hay vida cristiana auténtica mientras no se den pasos por aquí, con dos decisiones dentro de esta idea fundamental. Primera: aceptar las humillaciones que la vida nos ofrezca. Humillaciones quiere decir contrariedades, sufrimientos, cruces, todo el desasimiento de las criaturas, que nos obliga a sentir dentro de nosotros el rompimiento de nuestro corazón, no por amor, sino primeramente por dolor, porque sabemos, como dice el salmo Miserere, que Dios no deshecha nunca un corazón arrepentido. Así pues, aceptar humillaciones y dolores. Y segunda decisión: buscar esos dolores todavía más. Santa Teresa, a partir de ese momento, busca ya la humillación, y se abraza con la cruz. No se contenta con estar recordando en la intimidad de sus recuerdos piadosos el momento feliz de la visión del querubín con el dardo, no; eso lo recuerda para escribirlo, porque le han mandado escribir, pero lo recuerda sobre todo para vivirlo, abrazada a los sufrimientos que van a venir sobre ella a partir de este instante.

Capitán amado

Y aquí viene la segunda significación que encontramos en esta meditación homilética sobre este pasaje de la vida de la Santa. Es culminación de un proceso, pero es, en segundo lugar, estímulo para seguir adelante: el premio que

le daba Dios a ella para animarla. Es como la voz de su Capitán amado, y no pronuncio ninguna palabra extraña, porque pertenece al lenguaje que ella misma utilizó.

Cristo era para ella, sí, como un Capitán de mando en la Iglesia, muy amado, a cuya voz tenía que rendirse con toda la capacidad de su amor inmenso que iba creciendo cada día en aquel prodigio de virtud y de entrega a Dios. Y llega ese momento en que el proceso tiene que continuar, porque le sirve de estímulo el regalo que ha recibido, y viene la fundación de San José, la casita pobrísima y humilde, la humillación buscada –no solamente recibida–, las conversaciones y los disgustos continuos con los nuncios, las calumnias que se levantan contra ella... Ella no replica nunca amargamente; lo acepta, sabe que pertenece todo eso a la compañía de su Capitán amado, Cristo. Todo aquello que le sirvió de estímulo para seguir adelante, está ahora convirtiéndose en una compañía inseparable en los pasos que va dando hasta lograr la reforma carmelitana.

Nobleza de alma

¡Qué prodigio de vida tan santa! Las fundaciones de conventos de monjas y de frailes de la Orden que ella inspira y alienta, el sometimiento de su vida y de sus intenciones a las autoridades de la Iglesia con tanta elegancia espiritual y tanta confianza en Dios, la grandeza y nobleza de su alma que podía haberle permitido alguna vez considerarse, en virtud de sus cualidades humanas, muy superior a las personas con que tenía que tratar; y, sin embargo, nunca se manifiesta así. Lo único que brilla en ella en el trato con los demás es esa perfecta y espléndida naturalidad, que la hace nunca ser desafiante, pero nunca tímida; valiente, pero nunca temeraria; amistosa con todos en sus conversaciones y en mil detalles de la relación humana, pero nunca entrometida ni frívola. Es un prodigio de equilibrio dentro del cual va moviéndose sin cesar aquella alma privilegiada, hasta que llegue a las máximas alturas.

“Ya es hora que nos veamos”

Después de una vida tan agitada, en el año 1582 va hacia Alba de Tormes devorada por el cáncer que está destrozando su organismo, y allí, buscando la estrecha celda en que va a morir, puede decir esa frase: “No me queda sano ni un solo hueso”. Entró fácilmente en la agonía, y dicen que su rostro, que hasta entonces marcaba las fatigas y sufrimientos de una vejez prematura, se quedó blanco como una luna llena y hermoso, en espera de que se realizase aquello que ella misma dijo con voz agonizante: “Ya es tiempo de verte, mi Amado...”

España de santos

Atrás quedaban tantos recuerdos... Los de este convento de la Encarnación, donde ella empezó; los de la ciudad amada, Ávila de los Leales, Ávila de los Caballeros, Ávila de los Santos, con sus calles estrechas y sus plazuelas recoletas, con sus murallas, con sus templos, los parroquiales y conventuales, con las mil campanas que sonaban por las mañanas y que alegraban su corazón tantas veces; todo iba quedando ya sumergido en esa visión última hasta que se

terminaran de cerrar sus ojos iluminados y sonrientes. Atrás quedaba todo el esfuerzo realizado en compañía y bajo el aliento de San Juan de la Cruz, el santo prodigioso, el enamorado de la belleza divina que tan bien supo expresarla en su poesía única, inimitable para los hombres de la tierra. Atrás iban quedando sus conversaciones con tantos confesores, directores espirituales que unas veces la animaron –dándole la tranquilidad que pudo recibir de un San Pedro de Alcántara o un San Francisco de Borja–, y otras importunaron gravemente su conciencia. Y atrás iba quedando aquella visión que tuvo la noble mujer española, hija de estas tierras, cuando sentía que su alma se rompía también de dolor con sólo pensar que los luteranos podían quizá destruir el vestigio de la fe católica en esta su España amada. Todo iba quedando atrás. Lo único que aparecía cada vez más nítido, como imagen que de nuevo llegaba hasta sus ojos, era precisamente la del Cristo llagado que ahora se presentaba ante ella como iniciando la salida del sepulcro, ya Resucitado y Glorioso, con el cual esperaba ella encontrarse para una felicidad sin fin.

Bodas de Oro de la Descalcez

Esto es lo que ella nos ha legado y lo que ha dejado a vosotras, queridas Carmelitas, que sois capaces de hacer también una fiesta, con todo derecho y bien justificada, al conmemorar los cincuenta años de la descalcez en esta comunidad de la Encarnación. ¿Por qué no habéis de conmemorar esas fiestas de familia? Fue como el abrazo definitivo de esta comunidad con aquel intento de señalar caminos de perfección en la forma en que Santa Teresa lo estableció. Las penitencias externas querían ser, incluso en ese detalle de la descalcez, como una manifestación de las carencias y privaciones a que voluntariamente se someterían aquellas hijas, que teniéndolo todo en este gran monasterio se abrazaron a las paredes estrechas y pobres de la casita de San José. Que podáis celebrar siempre así este detalle y otros cuando lleguen, porque llegarán muchos en vuestra vida, de delicadezas para con la Santa. Abriendo las páginas del *Libro la Vida*, podríais conmemorar a cada paso hechos que allí se narran, y que pueden tener una nueva documentación con el amor de vuestros corazones en cualquier fecha que podáis vosotras caprichosamente señalar en el decurso de cada año.

Hermanas Carmelitas de la Encarnación, queridos sacerdotes –aquí hay un sacerdote venerable de Valladolid, querido amigo, que me dice al entrar que él recuerda cómo una tía suya era aquí religiosa o superiora cuando se promueven los pasos que había que dar para abrazar la descalcez–, devotos de Santa Teresa y de esta casa: alegrad el corazón por entrar en estas intimidades de la vida de la Santa, que se nos revelan simplemente con abrir las páginas de ese libro inmortal. Lo conmemoramos, porque queremos ser y mantenernos con profunda devoción, no ya a una santidad fría, abstracta, académica, sino a una santidad calurosa, vital, humana, tal como apareció en un ser humano como Santa Teresa, en la cual brillan los fulgores divinos de tantas gracias del cielo como ella recibió. Toda religiosa carmelita, y las no carmelitas, deberían preguntarse hoy, cuando tanto se habla de adaptación a lo que pide el mundo y de reforma de nuestras reglas, etc., tendrían que preguntarse algo.

San Bernardo y Santa Teresa, místicos

Cuentan los biógrafos de San Bernardo que, cuando él entró en la primera abadía del Cister, en algún momento que tuvo dudas ante la dureza de la vida emprendida, se decía a sí mismo: “Bernardo, ¿a qué has venido?” Y dicen que en ese momento disipaba toda tentación que podía afligirle y perturbarle para seguir, lanzado con una decisión descomunal, si pudiera haber este término tratándose de un afán de santidad, como una decisión totalizante de asumir todas las mortificaciones y penitencias y durezas de aquella vida del Cister, que quiso renovar la herencia de San Benito. A la muerte de San Bernardo, los monasterios de cistercienses se han extendido ya por toda Europa. Él consumó también aquel proceso, en un caso parecido al de Santa Teresa hasta en ese detalle. Los dos, verdaderos místicos, y los dos sin poder estar en sus conventos un momento tranquilos, porque les obligaron a salir para fundar esta casa, para arreglar el problema de aquella comunidad, para poner en paz a unos con otros, para lograr la concordia entre los hombres. Por un deber de fraternidad –decía San Bernardo–, tenemos que estar entre los hombres para aliviarles en los problemas que padecen. Santa Teresa también lo hizo, porque por todas partes puso la alegría del servicio a Dios y el afán de servir a los hombres, concretamente a los hombres y mujeres de su Orden Carmelitana, señalándoles el camino de perfección que tenían que seguir.

Enhorabuena, pues, una vez más, queridas religiosas. Ofreced vuestras oraciones por todos nosotros, que nosotros os ofrecemos también el obsequio de nuestra reverencia y nuestra amistad, compartiendo con vosotras la alegría que sentimos al conmemorar estos detalles de la vida preciosa de vuestra Santa Madre Fundadora. Así sea.

26 de agosto de 1990

CENTENARIO DE LA MUERTE DE SAN JUAN DE LA CRUZ

Cuando don Nicolás nos lee año tras año este capítulo de la Vida de Santa Teresa, tan pausadamente, nos hace sentir de manera profunda, no sólo la belleza literaria con que está escrito, que es espléndida –es un pasaje del estilo de Santa Teresa que puede ponerse como modelo en las preceptivas literarias– no sólo eso, sino la descripción, el contenido del prodigio y la sinceridad con que la Santa hace la narración con una ponderación delicadísima. No hay ninguna exageración, pero no cabe decir más. Sobre todo, ese final, cuando dice: “Algunos dudarán y dirán que estoy diciendo cosas raras; pues lo único que deseo es que lo experimenten igual que yo”. Es la generosidad de los santos. Al ponderar ella el deleite que le produce –porque supera el placer espiritual al dolor que está padeciendo con la herida del dardo–, al ponderarlo, lo desea a todos los demás.

¿No creéis, queridos hermanos, querida comunidad de Carmelitas Descalzas de la Encarnación, que precisamente este hecho, que tuvo lugar aquí, en esta iglesia, en estos alrededores, es como un anticipación de lo que iba a suceder en la vida de Santa Teresa? Porque si este hecho se considerase aisladamente no le prestaríamos atención, y me parece que estaría justificado, no el desdén, pero sí el pasarlo por alto. Y fácilmente encontraríamos justificación para poder decir: “¡Misticismos exagerados!, ¡exaltación de la espiritualidad de un corazón derretido de amor!” Si el episodio estuviera aislado de todo el contexto de la vida de Santa Teresa, podríamos pensar eso, pero ahora ya no. Es, en primer lugar, como la culminación de un proceso, que se va produciendo aquí, en este monasterio donde vive la Santa.

Especial predilección

Dios la ha elegido –esto lo sabemos a posteriori, por todo lo que vino después– haciendo de ella un objeto especial de predilección. Todavía no aparecen en ella méritos especiales; la ha elegido el Señor como hace siempre sus elecciones. A una criatura pobre y humildísima le da el impulso para que llegue a ser lo más grande del mundo en relación con los demás, y después la destina a esa tarea de reforma, que va a traer como el recorrido de un largo invierno. Un invierno muy duro, con muchos combates, con muchísimas molestias a la vez. Va a tener también muchas gracias, que siempre la sacarán de los atolladeros en que cae. Como el dardo de ese querubín que atraviesa su corazón y la hace sentir dolor que la desgarrar, pero a la vez un deleite especial, espiritual, que se sobrepone a todo.

Tanto si se mira a la vida anterior de Santa Teresa como a lo que vino después, ya se entiende un poco de este prodigio del dardo y no se puede decir desdeñosamente, con la sabiduría humana, tan pobre: “¡Bah, cosas de monjas!” No, ahí no hay más que una relación profunda de un alma con Dios, en que va

umentando el amor progresivamente, y es para eso para lo que estamos destinados.

San Pablo de la Cruz

Cuentan que un día, a San Pablo de la Cruz, el fundador de los Pasionistas, le encontraron sus hijos religiosos en el jardín de su casa de Roma, llorando, ya anciano, y le preguntaron: “Padre, pero, ¿por qué llora?, ¿qué le falta?” Y él dio esta respuesta: “Estoy oyendo a ese pajarillo, y no hace más que cantar y volar de un árbol a otro. Es para lo que Dios lo ha creado y ¡qué bien lo hace! Cantar y volar... Lloro porque los hombres estamos hechos por Dios para amar, y no amamos”.

La fe hace sentir el amor

O se entiende esto o hay que dejar el libro, volver la página, y seguir caminando por nuestros senderos oscuros. Pero si se quiere entrar en las profundidades del Evangelio, ciertamente merece todo el respeto un hecho como este del dardo que atraviesa el corazón de Santa Teresa y la deja ya para toda su vida, marcada con la punta de fuego que la atravesó. Ella dice que es una visión que tuvo. Puede ser una visión imaginaria en el sentido que dan los místicos a esta palabra: es la imaginación la que pone ante ella esas imágenes, pero una cosa es la visión de la imagen, en la cual entra el esfuerzo de la imaginación, y otra la realidad de la fe. La realidad de la fe la hace sentir el amor y con el sentimiento tan profundo del amor a Dios, la fortaleza y la perseverancia en el propósito para seguir amándole. De esa manera está ella como admitiendo con un sano realismo lo que está pasando. No se atribuye nada especial: “yo veía”, lo ve con la imaginación. Dios ha permitido que, a través de la imaginación, llegue a su alma la realidad de un sentimiento de amor, que le hace a Él querer complacerse en obsequiar a esa criatura amada que destina a tan altas empresas.

Ágil pluma

Además, para comprender todavía mejor que aquí está la mano de Dios, y no se trata de ponderación subjetiva suya, podemos pensar también esto: primero, que la Santa escribió esto por obediencia. Ella no quería hablar de esto, no se complace en alardear de sí misma; si lo escribe, y lo escribe tan bien, es porque toma la pluma y le fluye con aquella riquísima espontaneidad que tenía, obedeciendo al escribir lo que le han mandado, no hay vanidad ninguna. Segundo: en eso que narra vemos que hay un bien para su alma, porque sigue uno leyendo su vida y ve cómo desde ese momento, ya antes, pero aún más a partir de ese momento, en su existencia va progresando el amor hacia niveles altísimos. Ya no descansará, porque el corazón está herido y sigue abierta la herida de su amor hasta que muere. Tercero: con eso que le pasa, ella hizo un bien a los demás, porque de esa manera ella supo hablar y hacer sentir a sus monjas y a las personas con las que trató, el amor a Dios, que es lo fundamental que ella se proponía. En la Reforma para los que viven la vida de contemplación, y en el mundo para los cristianos a quienes ella invitaba a hacer lo mismo,

conforme al estado propio en que vivían. De manera que la visión del ángel con el dardo sirve también para los demás.

San Juan de la Cruz

Se mire por donde se mire –antecedentes de la visión, consecuencias que se derivan, bienes espirituales para ella, fecundidad para con los demás–, dice uno: Aquí está algo de la mano de Dios, esto son intimidades del amor, ¿por qué Dios no se va a permitir tener con un alma un regalo exquisito, que le corresponde a esa entrega total?

Esta oblación inmensa con que ella se ofreció, es la misma de San Juan de la Cruz, en cuyo centenario estamos.

San Juan de la Cruz es otro prodigio. No necesita tener visiones; tiene una contemplación altísima con todas sus potencias intelectuales, con la entrega de su cuerpo a una mortificación hecha de amor. Busca, sin proponérselo él, el camino que un día le señala Santa Teresa, cuando se encuentra con él fortuitamente en Medina del Campo. Cambia su nombre de Juan de Yepes, a Juan de la Cruz, y después, toda su vida es buscar la transformación, la elevación, divinizarse. La criatura despojada de todo, pasar a ser un poco como Dios. Al nivel de criatura, pero palpando y tocando en lo posible la Divinidad. ¿Quién le enseña esto? Dios, que se complace en él. Y para que se vea que no hay en él tampoco como alardes necios de una superioridad espiritual no buscada, para que se vea que es todo humildad, tiene esos padecimientos terribles: la cárcel de Toledo, la eliminación de los cargos de gobierno en la Orden, las persecuciones después, y luego una muerte indecible de sufrimientos a los cuarenta y nueve años, diciendo estas palabras: “Más paciencia, más amor, más dolor”. Esto no tiene explicación humana, si no es por una acción prodigiosa de Dios Nuestro Señor.

Visión de San Ignacio

Lo mismo podemos contemplar, por ejemplo, en San Ignacio de Loyola, otro héroe del que hemos estado celebrando hasta hace pocos días también el centenario de su nacimiento. Narra él la visión que tiene junto al río Cardoner, a poco más de una milla de Manresa: caminando por un sendero estrecho, el peregrino se sentó –habla en tercera persona– y se puso a contemplar el río que iba muy hondo y estando allí es cuando tuvo, no dice él visión, sino la “ilustración”. Fue una ilustración de su entendimiento, de todas sus facultades interiores, tan fuerte, tan viva que, en virtud de ella, a partir de entonces, dice, cuando escribe, que ya nunca más todas las cosas juntas que ha aprendido, superan a lo que vio junto al río Cardoner en aquel momento, en que su persona y todas las cosas de personas y todas las cosas de fe y de letras fueron transformadas y lo vio todo nuevo, con intelecto nuevo y con una luz nueva para toda la vida. Y así dice que todas las cosas juntas que ha tenido y vivido en su vida espiritual no valen nada, ni aumentan en nada la grandeza de la luz que recibió en aquel momento junto al río Cardoner. Son prodigios de Dios en las almas escogidas para misiones grandes en la Iglesia.

Santa Teresa nos da luz

Alguno de vosotros puede preguntarme ahora: “¿Por qué nos habla usted a nosotros de esto, si somos tan pobres?” Pues esa pregunta empiezo por hacérmela a mí mismo, en sentido de reflexión que justifique el que yo hable así, porque igual tenía que decirme a mí mismo: Soy tan pobre que me da vergüenza hablar de estas cosas, estando yo tan lejos de poder vivirlas. Pero hay algo más que reflexionar. En primer lugar, está el reconocimiento de estos héroes de la santidad, que son de nuestra familia, y Dios nos los pone para que iluminen a los demás por los siglos de los siglos.

Santa Teresa está dando luz al mundo entero, de manera que, cuanto más conozcamos estos prodigios de su vida, nos los sabremos explicar mejor. Pero, además, es que podemos aplicar esto a nosotros, hermanos, que también podemos progresar en el amor. Hay un antes y un después; cada uno de nosotros puede marcar fechas en su vida, y decir: a partir de tal fecha yo empecé a obrar de distinta manera, cambié mi carácter, empecé a tener más fe, me volqué más en el amor, obtuve confianza, me sentí descontento de mí mismo al ver mis miserias y cambié radicalmente y empiezo a progresar en una vida de santidad, hasta en el rezo del Padrenuestro.

El Padrenuestro

Hermanos, se puede ir rezando el Padrenuestro cada día con más amor, y rezando así el Padrenuestro cada día se descubren más riquezas espirituales en el hecho de poder llamar “Padre” a Dios Nuestro Señor, en el hecho de decir “hágase tu voluntad”, con que la criatura se postra ante la majestad de Dios, pero no como un esclavo miserable, sino como un hijo confiado. En el Padrenuestro se puede ir mejorando en el amor. Cuánto más nosotros, sacerdotes, en la misa diaria, en el rezo de las Horas Litúrgicas. Las religiosas lo mismo, desechando toda rutina, poniendo el perfume de su amor en tantos actos diarios, con los que van escribiendo una biografía oculta cuyos capítulos sólo Dios conocerá.

Únicos ahorros

Y las madres de familia, como esa mujer que, llorando, entregaba hace pocos días en un pueblo de Toledo a un sacerdote los únicos ahorros que le quedaban para celebrar misas por su hijo, muerto lejos de la casa paterna, de la que había huido hace mucho tiempo; y ahora la pobre madre recibe la noticia en el más absoluto desamparo...

Don José Rivera

Y así tantas personas, tantos y tantos, como ese sacerdote de Toledo que murió el año pasado, bien conocido por muchos de vosotros y en toda España, que tenía distribuida su vida así: cuatro horas diarias de sueño, cuatro horas de oración, cuatro horas de estudio y doce horas de trabajo: pláticas, confesiones, dirección de conciencias, clases en el seminario, atención a los seminaristas mayores de un seminario especial que hay para vocaciones adultas. ¡Doce horas

de trabajo! Y nunca, nunca enfadado, siempre humilde y sonriente, José Rivera... ¡Ay Señor!, ¡cuánto tenemos que aprender siempre, si queremos meditar de estos santos que nos guían en nuestro camino!

“Más paciencia, más amor, más dolor”

Queridas religiosas, vosotras sois depositarias de este tesoro de la vida de Santa Teresa, que aquí se desarrolló y que tuvo manifestaciones tan singulares en su relación con Dios, esforzaos en el amor, vivid intensamente vuestra entrega a Dios despojadas de todo y pensando siempre en amar más y más. Siempre, siempre, “más paciencia, más amor, más dolor”, como San Juan de la Cruz, y ya veréis cómo, cuando menos pensemos, vuelven a florecer los sepulcros de estos santos y de todos cuantos les han seguido, y brotan esas flores de la piedad en el pueblo cristiano y de la fidelidad en el sacerdocio, y en las órdenes religiosas, y en todos los estados donde cada uno pueda encontrarse. Así sea.

26 de agosto de 1991

LA TRANSVERBERACIÓN, CARICIA DOLOROSA

Yo agradecería mucho hoy, que permita el Señor Obispo diocesano –que nos honra con su presencia y saludo con todo mi corazón– decirlo a los que amablemente están tomando imágenes, que ya se abstuvieran de hacerlo. Perdonádmelo; no sabéis lo que perturba al que está celebrando en el altar, queriendo hacerlo con recogimiento, el moverse de un lado para otro. Dispensadme, pero yo no puedo. Ya habéis demostrado vuestra competencia profesional o personal; ya es bastante.

Saludo a cuantos estáis aquí, y lo hago con todo cariño. También a vosotros, sacerdotes; y a vosotras, queridas monjas Carmelitas de la Encarnación, Carmelitas de este monasterio; y a todos vosotros, ¡cómo no! Veo también un grupo de religiosas de la Compañía de Santa Teresa de Jesús, con las cuales tanta relación he tenido y tengo; y a otras religiosas.

Mi yugo es suave

Ésta es una fiesta así, una fiesta que pide recato y no expansión ruidosa; es una fiesta de familia, muy de familia. Celebrar la Transverberación del corazón de Santa Teresa significa prestar atención a una flor delicadísima en la vida santa de una persona muy santa. A lo mejor pudiera haber alguien que, con criterios un poco ásperamente racionalistas, sería capaz de decir que estos intimismos no sirven para nada. Bueno, bueno..., éstos serían capaces de arrancar páginas del Evangelio. Aquellas en que vemos a Jesucristo en casa de Marta y María, o cuando les dice a los Apóstoles: “Descansad un poco; venid conmigo, que mi yugo es suave, mi carga ligera, mi Corazón humilde...”, todo esto sobraría, porque también es intimidad, es como una fragancia espiritual que brota del Evangelio del Señor. Y no digamos nada, si entramos en la vida oculta –¿todo eso es también intimismo inútil?– porque allí, desde que Jesús Niño vive ocultamente con sus padres en Nazaret, ¿qué es lo que sabemos? Apenas nada. Pero ¿qué es lo que suponemos? Pues todo, todo lo que tenemos derecho a suponer en la relación de un hijo con sus padres, que esto es lo que quiso hacerse. De manera que no sobra nada, y por eso tiene no sólo encanto, sino razón de subsistencia piadosa y litúrgica el poder celebrar –porque la Iglesia nos autoriza a ello– aspectos tan ricos de la espiritualidad teresiana como éste de la Transverberación.

Me acerqué a Santa Teresa

Por lo que a mí se refiere, cuando empecé a venir por aquí, porque me invitabais y yo aceptaba la invitación, para predicar en esta fiesta, algunas veces pensé que era yo el que hacía un favor; hasta que me he dado cuenta de que el favor lo recibo yo, por varias razones. En primer lugar, porque me ha permitido acercarme más a Santa Teresa y a sus escritos. En segundo lugar, por razón de una correspondencia espiritual, que se establece entre la comunidad del

monasterio de la Encarnación y éste que viene aquí tantos años seguidos. Y, en tercer lugar, porque ello me ha permitido conocer siempre un ambiente espiritual gratísimo: el que nace de la presencia de estos sacerdotes abulenses; algunos de los cuales, a quienes he visto siempre en este presbiterio, ya han muerto. Quiero tenerles presentes en mi oración de hoy. Este año, además, estos sacerdotes ven fortalecida su presencia con la de otros que han venido esta tarde de Toledo, rectores de seminarios, algún párroco, etc. Y, naturalmente, tengo que referirme de manera especial al Señor Obispo de la Diócesis, a quien saludo con toda cordialidad, agradeciéndole el detalle de deferencia espiritual que supone el que esté aquí con nosotros; y a ello se añade el que esté aquí también presente nuestro querido Don Juan García Santa Cruz, el obispo de Guadix. A uno y otro los hemos acompañado en este curso que ha terminado ya, el día en que tomaron posesión de sus diócesis. Son como hechos que van apareciendo en la historia de la Iglesia de nuestras diócesis, y que sirven para multiplicar los lazos de afecto, de los comunes propósitos, de la atención con que seguimos todos trabajando en nuestros puestos al servicio de la Iglesia, y agradeciendo que un día aparezca la voz de don Nicolás, el capellán querido de este monasterio, que tiene siempre la oportunidad en sus labios. Hoy ha encontrado ese momento para ponernos unas frases de Santa Teresa –ella, tan madre y tan magnífica en su corazón– dedicadas a la jerarquía, en que pide que Dios proteja la salud de aquellos que velan por su pueblo.

El ejemplo de los santos

¡Qué instinto teológico, qué visión tan serena de aquella mujer santa cuando dice que “sin éstos, ¿qué sería de nuestro pueblo?”!, que es lo que viene a decir en esas frases. Es siempre aleccionadora, y nunca cansa, la lectura de las obras de Santa Teresa. ¡Lástima que no dispongamos de días de 40 horas para poder abarcar todo lo que la experiencia de los años y el ejemplo de los santos va poniendo a nuestra disposición, pero particularmente este tesoro, el de los escritos de Santa Teresa, que es una inundación de paz, de luz, de consuelo, de gracia, de contento insuperable! Y no digamos la lectura que hace siempre don Nicolás del hecho que comentamos hoy, el que celebramos: la Transverberación.

“...de los que llaman querubines”

Ella dice que fue eso aquí algunos días. De manera que no fue una sola vez; algunas veces, en la capilla de este monasterio, tenía esa visión imaginaria, la de un ángel muy hermoso, de los que llaman querubines, con un dardo en la mano, y la punta del dardo como llena de fuego que atraviesa su corazón, y que al salir parece que le arranca las entrañas. Produce un dolor grandísimo, pero a la vez una suavidad tan indescriptible, que la persona que lo padece o lo goza no se puede contentar ya con menos que con Dios. Es una frase rotunda, breve, incisiva: la persona no puede contentarse ya sino con Dios. De ahí, a Dios, con toda su grandeza infinita. “Y si alguien piensa que miento, lo único que deseo es que él lo experimente”. No quiere tener en exclusiva un gozo tan inefable, tan rico como el que le producía. Y sigue comentando ella en ese capítulo XXIX de

su *Vida*: “Cuando esto me pasaba, tenía días en que yo estaba como alienada, transportada, sin estar dueña de mí”. De manera que no era algo pasajero.

La Humanidad de Jesucristo, la enamoró

¿Qué explicación tiene este hecho? Yo os lo digo tal como lo entiendo, sin pretender sentar cátedra de profesor, o escritor de cuestiones místicas. Pero leyendo lo que dicen los sabios en espiritualidad y lo que es esta visión, tal como ella en otros momentos también habla de visiones imaginarias, lo que pasa es lo siguiente. La realidad del choque de ese amor divino es indudable. Es un impulso que siente ella, muy enamorada de Dios, hacia la atracción enorme que ejerce sobre ella el misterio de Dios tres veces Santo, sobre todo del Hijo de Dios, Jesús. Es Jesucristo con su humanidad de quien ella se enamoró, en el sentido más profundo, celeste y terrestre de la vida en que puede uno explicárselo y atisbarlo un poco dentro del misterio de estas almas; ésta es la realidad. Luego, su naturaleza de mujer y la particular naturaleza de Teresa de Jesús —aquella joven gentil que vieron por las calles de Ávila antes de entrar en el convento, aquella monja siempre inquieta buscadora de verdades, de luces, de contenidos, en su etapa menos profunda en la vida del monasterio de la Encarnación—, su condición, la fuerza volcánica de su amor, la hace sentir como ese fenómeno del amor de Dios, real y presente a través de esas imágenes.

La fuerza del amor

De manera que no debemos despreciar esa página como si dijéramos que son locuras de una mujer, que se pone a describir con pluma fácil. Verdaderamente es que Dios se le manifiesta, no con visiones corporales, sino con esta visión imaginaria en que la fuerza del amor real, la expresión bajo la cual lo percibe, brota de ese conjunto de elementos psicológicos propios de aquella mujer tan grande y tan única en las expresiones de su amor. Así es como yo me lo imagino y lo entiendo, y me quedo sencillamente, humildemente confuso, pensando en el gozo con que el Señor la miraba y la gracia que le hacía. ¿Para qué? “Para fortalecerla”, como dice la oración que hemos recitado hoy, la oración de esta misa de la Transverberación, esa que yo he cantado torpemente antes. Habla de esto, diciendo: “vulneraste su corazón de esta manera para fortalecerla en las empresas que había de acometer en su vida apostólica y contemplativa”. Porque nunca perdió su contemplación y su capacidad de entrega y de atención al tesoro que llevaba en sus manos. ¡Cómo se acordaría después Santa Teresa, en tantos momentos de su vida, de esta visión del ángel que rompe su corazón, lo atraviesa y la deja inundada de esa fuerza amorosa única!

Yo particularmente encuentro como tres ocasiones multiplicadas en su vida, en las cuales, aún cuando ella no se acordase expresamente del momento en que las sufría, cuando viniera el sosiego a su alma, creo que volvería a su corazón el recuerdo de esta visión habida aquí.

Las horas de las fundaciones

Sitúo la primera en los años en que tiene como punto de partida la fundación de San José, y ella está trabajando en la empresa a que Dios la ha llamado. Primer momento: el de las horas terribles de las fundaciones, con tantas dificultades, en que parece que todo se vuelve en contra, en tantas ocasiones, ¿para qué enumerar? La de Toledo, por ejemplo, cuando no tiene más que dos jergones y una manta para empezar la vida en la casita que le ha procurado un estudiante pobre, Andrada se llamaba. Sí, Dios quería y la llamaba a eso, pero ¿por qué tanta escasez? ¿Dónde encontrar fuerza para decir: tengo que seguir adelante? O la fundación de Palencia... cuando va a Valladolid para desde allí actuar, cae enferma, se encuentra muy agotada, y ve que la rodean dificultades continuas, no salen las cosas como creía, pero vence todo, también despacito. No digamos en la de Sevilla... En las horas amargas de tantas fundaciones, el ángel volvería a cruzar por su imaginación y estaría inspirándole como un soplo de dulce amor para volver a reanimar las brasas que estaban calentando la vida de aquella mujer extraordinaria.

Fortaleza en las persecuciones

Otro momento en que yo pienso, no caprichosamente, que volvería a sentir la fuerza de ese ángel del cielo, es el de las persecuciones en el interior de la Iglesia, el de los ataques con que la impugnan, el del menosprecio de unos y de otros. Cuando ella, rendida de trabajo moral, trata de sobreponerse a tantas dificultades y llega a turbarse en algún momento pensando si está fuera de la Iglesia, al ver que, por un lado y por otro, surgen aquellas contradicciones y tiene que encararse con personajes de toda índole, eclesiásticos y civiles, y se puede echar atrás la Reforma que empezaba, ¿cómo no iba a acordarse ella de lo que aquí un día –varios días– sintió: aquella dulzura tan grande en medio de una pena indescriptible, toda una mezcla de presencias misteriosas del Dios amado?

Caricia dolorosa

Y, por último, me la imagino yo en otro momento de su vida, en el cual también cruza por su mente la imagen de ese ángel que un día le ofreció la caricia dolorosa del amor de Jesucristo. Es el momento final, cuando entra en Alba de Tormes, ya completamente rendida, agotada su vida y, persuadida de que va a morir, pronuncia aquella frase: “Ya es hora de vernos, mi Amado, ya es hora de vernos”; y recita el salmo: “un corazón contrito y humillado, Tú no lo desprecias”. Y: “Al fin, muero hija de la Iglesia” ... Tuvo capacidad para escuchar, o ver con sus ojos ya vidriosos, el aleteo del ángel que cruzaba delante de ella, presentándole, como si fuera una flor arrancada de su corazón, este mismo corazón ya herido, mortalmente herido, que entraba ya en la agonía. Éste es un momento, en el cual uno es libre para poder con todo derecho confundirse y recrearse en el misterio del amor de Dios hacia aquella que tanto le había amado.

La empresa de hoy: evangelizar

¡Oh, Santa Teresa de Jesús! ¡Cuántas veces a nosotros también, sacerdotes y estudiantes, pueden tus escritos ayudarnos a acometer nuestras empresas! La empresa única hoy es ésta: la de evangelizar el mundo de hoy sin miedos, sin respetos humanos, con serenidad, sin atropellar nada, sin jactancias de ningún género, con enorme confianza. No se trata de pensar si son muchos o pocos; se trata de avanzar.

El perfume de las florecillas

Como ella dice en otra ocasión, hay que estar dispuestos a considerar nuestras almas como un pequeño jardín, un vergel de donde tiene que estar brotando el perfume de muchas florecillas. Llegarán días en que, a pesar de todo, el jardinero tendrá que aparecer cortando hierbecillas que estorban; es decir, quitando el estorbo que puede originarse para que crezcan las flores. Dejad que esas flores vayan saliendo, dejad que vuestros esfuerzos vayan produciendo frutos, pero que el alma trate de ser jardín abierto. El jardinero es ÉL, Jesús, nuestro Salvador; Jesús, el Buen Pastor; Jesús, el que nos dejó la Iglesia como huerto precioso en que tenemos que estar todos, todos, religiosos, religiosas, obispos, presbíteros, seminaristas, personas todas las que estáis aquí, puesto que todos formamos esa delicia de la vida de la Iglesia, de la que participamos, en la que somos todos –en la medida en que nos corresponde a cada uno– protagonistas. Que Santa Teresa nos alcance la gracia de permanecer siempre fieles, dispuestos a esos trabajos, que queremos seguir haciendo con gozo por el Reino de Dios. Así sea.

26 de agosto de 1992

SANTA TERESA DE JESÚS Y LA HUMANIDAD DE JESUCRISTO

Gracia para pedir

Suelen decir que Santa Teresa tenía una gracia inimitable para pedir las cosas, y pidió mucho, porque tenía que atender muchas necesidades. A don Nicolás se le ha adherido algo del espíritu y estilo de Santa Teresa, porque sabe pedir las cosas de una manera tan digna, tan suave, tan si forzar nada, que uno se siente inclinado fácilmente a decir que sí. Y así me encuentro yo ahora. Me dice que para el año que viene he de pensar en volver a esta fiesta. Pues yo digo que sí. Aunque hemos leído en la carta de San Pablo que se nos ha ofrecido, que el don de predicar se acaba, esperemos que no se haya acabado. Y, si se acaba, pues algo se podrá hacer desde el cielo, donde nos encontraremos.

Yo vengo a Ávila, porque me encuentro muy a gusto en Ávila. Una vez aquí, ¿quién se resiste a acercarse a estos lugares sagrados? El convento de donde salió Santa Teresa, donde tuvo esa visión del ángel que traspasa su corazón, o el de San José, el primer convento de la Reforma, son lugares visitados por gentes del mundo entero, y no tiene nada de particular que los que venimos por aquí no nos cansemos de venir una y otra vez. Porque atrae mucho, es muy atractivo, hay aquí algo de misterio, tiene unción religiosa fuerte. Uno recuerda ese hecho que ella narra tan primorosamente en su *Vida*, u otros hechos cualesquiera. Yo he estado leyendo hoy durante algún tiempo un capítulo del *Camino de Perfección* y es siempre nuevo, es un corazón y un pensamiento y una pluma y una mano y una imaginación y un espíritu y una delicia interior que se derrama. Hay tal conjunto de cualidades en esta persona, que se siente uno fascinado. Y por eso, naturalmente, digo hoy que acepto la invitación, don Nicolás. Cuente usted conmigo, si es que vivo, y me permiten seguir predicando.

Dardo de fuego

Pues bien, tantos años ya, me ha dado tiempo suficiente para ponderar el hecho de la Transverberación y de la consideración de ese hecho: un corazón traspasado por un ángel, que le clava un dardo de fuego para que ella no se aparte nunca de lo que es el objeto de su amor, Dios, con toda su grandeza. De ahí hemos ido extrayendo lecciones a lo largo de estos años, que yo he expuesto sencillamente aquí.

Obsequiar a Santa Teresa

Hoy me parece que ya debemos girar un poco. Basta de aprovecharnos de la lección que ella nos da. Si queréis, y podemos, volveremos a hacerlo el año que viene; pero, ahora, yo estimo que, es lo que he pensado, en compensación a lo mucho que de ella hemos recibido, debemos ofrecerle hoy, con motivo de esta fiesta, algún obsequio. Si pudiéramos, en vida de ella, haber estado cerca, le

hubiéramos llevado de nuestros parques y jardines algún ramo de flores, que habríamos puesto a sus pies, o en sus mismas manos virginales.

Alma tan pura

Un obsequio es, en primer lugar, darnos cuenta de que Santa Teresa debía de tener un motivo muy fuerte para escribir en su *Vida* la narración del ángel que traspasa su corazón. Externamente, el motivo es que se lo mandaban hacer así sus confesores. Internamente, el motivo es que ella sabía que, al decir lo que decía, el que lo leyera recibiría un bien espiritual muy grande, y con eso vencía la resistencia interior que sentía ella cuando había de cumplir lo que le pedían los confesores. Ella, más bien, en sus escritos se confiesa pecadora, habla muchas veces de sus pecados y de sus faltas. ¡Qué pecados! A un alma tan pura todo le parece pecado, considerando únicamente su condición humana, aunque es una limpieza celeste la que brilla en toda su vida. Pero es así, ella se considera pecadora. Como los santos, que con motivo de cualquier defecto se humillan, pero no porque quieran humillarse, sino porque lo sienten así ante la Majestad divina. Y ahora, narra esto que es una exaltación maravillosa de su condición. ¿Por qué? Porque nos va a hacer bien. Los confesores han acertado al decirle que escribiera todo eso: nos va a hacer bien.

Dolor espiritual

Será difícil explicar lo que es una visión imaginaria. Es difícil la explicación, porque hay ahí un conjunto tal de sentimientos y de ideas encontradas, que a la pobre condición humana le resulta difícilmente asimilable. Es dolor espiritual, pero es también físico. Es como un dardo de fuego, que parece una caricia, pero en algún momento, y sobre todo al salir, le desgarrar el corazón. Es un modo de recibir un mensaje del cielo que, si a algo puede parecerse, es al mensaje que recibió la Virgen María en la Anunciación. Aquí el ángel no habla, simplemente la contenta y la traspasa con esa fuerza con que se acerca a ella de parte de Dios. Y ya en lo sucesivo, esto no se le olvidó nunca durante los años que vivió en la tierra. Estuvo en todo instante viviendo de ese fuego, comiendo de ese recuerdo, bebiendo de ese néctar, hablando con Dios, no como una visionaria torpe y engreída, sino como una mujer inteligente, humilde, suave, rendida de amor ante Jesucristo y ante Dios su Padre.

Esto es lo primero que recojo hoy de lo que sentimos todos nosotros; y lo traemos aquí y se lo presentamos como un obsequio que le hacemos. ¡Gracias, Teresa de Jesús!, por esa maravilla con que nos describes tus amores, los de un corazón tan puro, que no mereció otra cosa que el coloquio silencioso con un ángel del cielo.

Experiencia mística, dentro de la Iglesia

Segundo, no solamente me fijo en la humildad de Santa Teresa que se descubre en esa narración, que hace ella; hay otra cosa. Ella escribe, porque los confesores le piden que lo haga, lo que le ha sucedido en el monasterio de la Encarnación. Ella da vueltas, año tras año de su vida, a esto que le sucedió un

día determinado aquí, en estos lugares sagrados. En una palabra, esta narración y todo lo que nos presenta Santa Teresa, tiene lugar dentro de la Iglesia. No hablo ahora de la iglesia material, de los muros y de la techumbre de la capilla del convento; no: dentro de la Iglesia Madre, de la Iglesia que conserva la Palabra de Dios, los sacramentos de Cristo, sobre todo la Eucaristía, el gran sacramento del Amor, de la Iglesia que nos congrega, que hace de nosotros familia, unión íntima de unos y otros, nos hace hermanos. Ella murió diciendo: “Al fin, soy hija de la Iglesia”. Y es en la Iglesia donde hoy podemos encontrar también todo lo que necesitamos para poder vivir el amor que Dios nos pide en relación con Él y con el mundo, puesto que no tratamos de evadirnos, ni de huir hacia las espesuras de esos bosques donde vamos a encontrar al Amado, olvidándonos de nuestros deberes en la humilde tierra que pisamos cada día. Es en ella donde tenemos que santificarnos; es en la Iglesia, no en nosotros, no en nuestros caprichos, no en nuestros espiritualismos falsos, no en nuestras reticencias, no en nuestras actitudes rezagadas, poco obedientes al Magisterio pontificio; no, ahí no. Nos santificamos y nos llenamos de amor en la Iglesia Madre, ésta que he descrito con unos trazos brevísimos y con los cuales se ve el rostro hermoso de una Iglesia que no falla nunca.

La actualidad de Santa Teresa

Pasan los siglos y Santa Teresa sigue estando de moda. Y vendrán nuevos tiempos y nuevas crisis, y se oirá otra vez la palabra y el quejido de Santa Teresa, cuando lloraba por lo que estaba sucediendo con motivo del luteranismo. Porque era hija de la Iglesia, sabía distinguir cuál era lo pernicioso y cuál lo auténticamente valioso para la comunidad de españoles, alemanes, italianos etc. Ella vivía como entregada totalmente a los abismos de su amor y de repente, en una carta o en tres, el mismo día, le sale el grito de dolor por lo que está pasando en la Iglesia rota por la herejía, y pide a los obispos, como capitanes de los soldados –esto es lo que yo leía hoy, en el *Camino de Perfección*– que estén atentos, porque si ellos se equivocan, equivocarán a todo el rebaño. Que se den cuenta de cuáles son sus obligaciones y de cómo han de prestar atención en todo momento a lo que pasa en el mundo, para, sin ser del mundo, acertar con lo que el mundo necesita. Ésta es la frase que emplea, más o menos así, hablando de esto.

Ése es el segundo obsequio que le ofrecemos: el gozo de estar en la Iglesia como ella nos enseñó, y de saber que en esa Iglesia santa es donde se recibe, sí, como el efluvio de los misterios divinos que un día se concentran en el dardo de fuego con que un ángel atraviesa su corazón.

Amado Jesús

Y, por último, el tercer obsequio, ¿qué otro puede ser ya? Yo vengo hoy aquí para deciros: ofrezcámosle nuestro agradecimiento por la lección de humildad que nos da, poniéndose a escribir por obediencia lo que a ella le costaba tanto. Ofrezcámosle el obsequio a la Iglesia Madre, porque es en ella, en la Iglesia, donde Teresa de Jesús se crio, vivió, se mantuvo en la Iglesia hasta la muerte y vio los peligros del momento, pero con qué fidelidad siguió caminando. Y lo tercero: Cristo, Cristo, Cristo Jesús, Jesús, amado Jesús, el Jesús del Evangelio,

tal como podemos conocerle, tal como ella quiso, incluso con el Nombre de Jesús, la humanidad de Jesús. Si me permitís la frase –estoy seguro de que sí, porque sois personas fieles y devotas–, la volvía loca el amor a Jesús, estaba pendiente de Él, en todas sus empresas. Tenía fe, pero no hizo locuras; empezaba por poco, pero con confianza de llegar siempre lejos en sus fundaciones, en los caminos que recorrió: el Nombre de Jesús en sus labios, y los coloquios con Él, ¡y las fiestas!, las fiestas de Jesús, los misterios de Navidad, los de su Pasión y su Muerte, las de los santos que tuvieron relación con Jesús. Las palabras de Jesús, que ella acogía y como revolvía en su mano para acariciarlas y entregarse totalmente a ese como suspiro de amor, que el recuerdo de lo que había dicho el Señor levantaba en su alma.

“Venid a mí”

¡Jesús bendito! Estas son las palabras que Él nos dejó: “Venid a mí los que estáis cansados, que yo os aliviaré, porque mi yugo es suave y mi carga ligera. Te doy gracias, ¡oh Padre!, porque has revelado estas cosas no a los sabios de este mundo, sino a los humildes y sencillos de corazón”. O cuando terminaba la fiesta de los Tabernáculos y, según dice el evangelio de San Juan, estaban todos como tumbados en la verde hierba de aquel parque descuidado, donde se concentraba la muchedumbre de Jerusalén, y en ese momento se puso en pie Jesús y con voz alta, dice literalmente el evangelio, dijo esto: “Si alguien tiene sed, venga a mí y beba, porque del seno de aquel que cree en mí, manarán, como dice la Escritura, ríos de agua viva”. Estas frases de Jesús, y tantas otras, las meditaba Santa Teresa. Llenaba su corazón con esta simiente, porque no era más que una simiente que daría frutos en el cielo. Llegaría después el momento, en que se abrirían para ella todos los paisajes, todas las hermosuras que tenía guardadas el Señor de los señores, Jesús, para ella y para los que, como ella, le han seguido con su amor. Él también recibe hoy nuestro obsequio por medio de Teresa de Jesús, porque lo del ángel y el dardo y el fuego y el oro y el suspiro de amor, y el dolor y el amor y las palabras y los silencios, todo eso que Santa Teresa vivió e hizo sentir, no es más que un prólogo para el gran *Libro de la Vida*. La vida que fue creciendo un día tras otro en santidad preciosa y que nos ofrece en un momento cualquiera, también hoy, esas lecciones que siempre se leen con provecho.

Que ardamos en el amor de Dios

Nada más, queridas Carmelitas Descalzas, las de la Encarnación, las de San José, las de todos los conventos del mundo, donde se vive el auténtico espíritu de Santa Teresa de Jesús, en iglesias como ésta y ante auditorios como éste y queriendo, como queremos todos, que nuestro corazón no se enfríe, sino por el contrario, que arda en el amor de Dios. “Fuego he venido a traer a la tierra, –dijo Jesús– y ¿qué quiero, sino que arda?”. Este Jesús hermoso consuela a todo el que necesita ser consolado y ayuda a eliminar de nosotros las quejas que aparecen demasiado, impidiéndonos caminar con la fortaleza de un buen soldado en lo que el Señor pide de nosotros. Renovemos hoy nuestros propósitos.

Vocaciones cristianas

Hoy mismo acabo de ver a una muchacha joven que, en el noviciado de la Compañía de Santa Teresa de Jesús, ha hecho sus primeros votos; otras se anuncian para fechas muy próximas. Hay que dar pasos de éstos. Vocaciones al sacerdocio, vocaciones a la vida consagrada, vocaciones al matrimonio y a la familia; y digo vocaciones, como para indicar que es Dios también el que está presente en el matrimonio y la familia y hay que vivirlo con toda la grandeza de un corazón cristiano, pensando que Jesús vivió en una familia. Todos cumpliendo con nuestro deber y no quejándonos tanto, sino haciendo un poco más de lo que hacemos en beneficio de la Iglesia, de una manera o de otra. Se ha llamado a los seculares “el gigante dormido”: el día en que los seculares levanten su cabeza y se den cuenta de lo que son y de lo que pueden hacer en su hogar, unos y otros, con sus hijos, con sus hermanos, en sus empresas, etc., ese día cambiará el mundo. Pues vamos a pedir al Señor que nos ayude a conseguirlo y, mientras, sigamos ofreciéndole obsequios por medio de Santa Teresa, para que, igual que ella sintió traspasado su corazón, sea traspasado el nuestro y perseveremos en el humilde servicio al que estamos llamados, según los planes que Dios tiene para cada uno de nosotros.

26 de agosto de 1995

TERTIO MILLENIO ADVENIENTE

Excmo. y querido señor obispo diocesano, Excmos. y queridos señores obispos de Guadix, de Plasencia y de Bilbao, queridas monjas Carmelitas, antiguas conocidas de este monasterio de la Encarnación, y queridos hermanos todos en Jesucristo.

“Véante mis ojos”

Aunque sólo fuera para oír cantar esa plegaria, “Véante mis ojos, dulce Jesús bueno, véante mis ojos, muérame yo luego”, merecería la pena entrar en esta iglesia, un día como hoy y en este ambiente, sin ruidos, rodeados de estos muros fuertes del monasterio de la Encarnación, en el que tantos años vivió Santa Teresa, hasta que de aquí salió para hacer la Reforma, empezando por edificar o arreglar un conjunto de pequeñas casas, muy míseras y penosas, en el monasterio de San José. Estos cantos vuestros, queridas monjas Carmelitas, solo se pueden oír aquí, y parece que brotan entre peñascos y flores como si fuera un vaso de agua fresca. Lo mismo siempre, pero no cansa nunca. Lo que sí podría cansar es el predicador de la Transverberación, porque son ya muchos años seguidos los que llevo viniendo, pero vosotras me hacéis esa merced llena de benignidad y de atención, y así, impedís vosotras el cansancio que pudieran sentir los demás oyentes. Yo estoy con mucho, gusto, aunque sea por poco tiempo.

Tertio millenio adveniente

Y ¿sabéis lo que se me ha ocurrido hoy? Como ya no sé qué hablar después de 26 años seguidos, se me ha ocurrido que en lugar de ponernos a escuchar lo que podría decirnos Santa Teresa, mejor será pensar en lo que podríamos decirle nosotros a ella esta tarde.

Y así muy brevemente, Madre Teresa de Jesús, quiero decirte, en nombre de todos los que estamos aquí, que supongo yo que en el cielo estás también pensando en una Carta Apostólica que el Papa Juan Pablo II ha dirigido a sus hijos de toda la Iglesia, de todo el mundo. Una carta que es el deseo de preparar a todos los creyentes, e incluso no creyentes, para un acontecimiento que está cercano ya. La carta se titula: *Tertio millenio adveniente* –“En el umbral del Tercer milenio”–, y se refiere a ese acontecimiento precioso, que vamos a conmemorar, si vivimos aquí en la tierra, dentro de tres años y cuatro meses: el nacimiento de Cristo. Se cumplen los 2000 años desde que nació de María Santísima en Belén. Y siempre y cuando llegan acontecimientos de esta índole y se conmemoran fechas tan explicativas y redondas, como en esta ocasión, suele haber jubileos; es decir, el Papa determina que, bajo ciertas condiciones, puedan recibirse ciertas gracias. Esto es muy normal. En la Iglesia hay como un depósito inagotable de los méritos de Cristo y de los santos –solamente los de Cristo no pueden agotarse–, y el Papa tiene facultad, porque así se lo ha concedido el

Señor con el poder de las llaves, de atar y desatar todo lo que sea preciso en orden a poder beneficiarse de las gracias que brotan de esos méritos de Cristo. Cuando llegue ese año del Jubileo, el año 2000, ya determinarán lo que hay que hacer para recibir las gracias singulares que se nos concederán.

2000 años de Jesús

Va a haber un movimiento en el mundo impresionante; acudirán a Roma millones y millones de personas no solamente católicas, no solamente cristianas, también hombres y mujeres de buena voluntad, más aún, hombres y mujeres de otras religiones. Se va a producir una como tensión espiritual en que, sin otra fuerza coactiva, que no existe, sino simplemente por el ruego del Papa, nos acercaremos unos a otros para festejar ese acontecimiento. Y de la misma manera que en casa, si uno de nuestra familia cumple tal cantidad determinada de años se le hacen obsequios, se le rinde un homenaje, se le manifiesta un especial cariño, etc. —¡oh, Dios mío!—, al cumplir Jesús de Nazaret 2000 años, dos milenios, ¿qué corazón cristiano va a haber que se resista a ofrecerle el homenaje de su amor? No lo habrá. Todos rivalizarán en arrodillarse para depositar un beso de amor y acaso recitar ese himno de San Pablo, “el amor no tiene límites; sin amor, todo es inútil” y, mirando a Jesús, podrán decir: he aquí la demostración y la prueba evidente de que estas palabras son verdad.

El Papa, en esa carta preciosa, nos pide a todos que nos preparemos bien, y señala dos fases. Primero, una fase ante-preparatoria, en que nos pide que nosotros, los obispos y los sacerdotes, dispongamos el ánimo de las gentes, hagamos que su sensibilidad religiosa colabore ya desde ahora pensando en los grandes problemas de la Iglesia.

Santa Teresa, patrona de los escritores

¿No es cierto, Madre Teresa de Jesús, que a ti te gustaba mucho hablar de la Iglesia?

De esta gracia del dardo que atravesaba su corazón no volvió a hablar, pero lo tenía muy presente; cuando le pidieron que escribiera su vida y también estos hechos extraordinarios, daos cuenta cómo conservaba la memoria de esta merced. Es uno de esos párrafos bellísimos, desde el punto de vista literario, que han hecho que se declare a Santa Teresa patrona de los escritores de lengua española; ¡qué bien redactado está! No me canso de leerlo. Cuando un día cualquiera mi espíritu tiene necesidad de leer a Santa Teresa, busco ese párrafo entre otros; es una maravilla de perfección literaria. De esto no volvió a hablar porque era ella la protagonista. En cambio, de la Iglesia sí, porque era hija de la Iglesia, y su muerte se vio acompañada de esa frase inmortal: “Al fin, muero hija de la Iglesia”. Como la habían acusado de que hacía obras de reforma en la Orden del Carmelo, que eran inconvenientes, etc., y las acusaciones, faltas de delicadeza y no sólo de exactitud, la señalaban como mujer excesivamente atrevida, que rompía los moldes de la Orden a la que pertenecía, ella sufrió mucho con esas acusaciones, puesto que lo único que buscaba era una mayor perfección. Por eso al final, cuando muere en Alba de Tormes, exhala el último

suspiro de su corazón, diciendo esas palabras maravillosas: “Al fin, muero hija de la Iglesia”. De esto habló mucho.

Secularismo y pureza de fe

Pues bien, Madre Teresa, el Papa nos pide algo que seguramente en el cielo también habláis entre los que estáis allí ya con el Señor. Nos pide que los cristianos, incluso, nos examinemos de cómo nos estamos librando del relativismo religioso de la época. De qué estamos haciendo para no caer en esta actitud tan poco digna del mundo de hoy: este confusionismo religioso. Nos pide que pensemos seriamente en esa necesaria confrontación entre el secularismo rechazable y la pureza de nuestra fe. Hay que velar por la pureza de nuestra fe. Ya tiene 2000 años en el mundo de hoy y ha habido muchos santos, muchos, y los hay, pero también hay peligros, y muchos sucumben a esta torpeza del secularismo, que induce al olvido de Dios y le margina de nuestra sociedad. Empecemos a pensar por ahí, de esto tenemos que hablar y desde el cielo podrás bendecirnos.

La herejía luterana

Otro consejo nos da el Papa que, a ti particularmente, Madre Teresa, te agradecerá, tú que hablaste de los luteranos.

Ella dijo ciertas frases sobre los luteranos; era la irrupción del protestantismo, y ella no podía entender que hubiera quienes rasgasen la túnica sagrada de Cristo, rompiendo la unidad cristiana. Y se lamentaba en sus oraciones y exclamaciones al pensar que por Lutero había entrado en la Iglesia aquella herejía, que tantos daños causó a la cristiandad.

Y el Papa ahora, ¿sabes, Madre Teresa, lo que nos pide? Que hagamos un esfuerzo para que este Cristo roto en mil pedazos vuelva a unirse: el ecumenismo. Y así, católicos y protestantes, sean anglicanos, calvinistas, presbiterianos, etc., volvamos a encontrar las bases de la unidad perdida. Y lo mismo los orientales, los que conservan casi todo, excepto dos o tres dogmas fundamentales. Quiere el Papa que pidamos mucho.

Acercamiento entre las religiones monoteístas

Yo he sabido –porque alguien muy próximo a él me lo refirió– que un día, hablando con tres o cuatro cardenales, se refirió el Papa Juan Pablo II a lo que había que hacer en estos años que faltan para el bimilenario del nacimiento de Cristo, y que les dijo (ya lo ha dicho él en alguna otra ocasión, por lo que no revelo ninguna indiscreción) en una efusión de su corazón: al final lo hermoso sería una reunión en el Sinaí de las tres religiones, los católicos y cristianos, los judíos y los musulmanes; y tras la reunión del Sinaí, todavía otra, en Belén, para postrarnos allí en la gruta en que nació Jesucristo. Y al decírselo a los tres que estaban con él, juntó las manos y se quedó como haciendo una plegaria silenciosa. Si eso se lograra ya estaría todo por su parte, ya también él podría morir y podría morir como Padre de la Iglesia.

Justicia social

Después el Papa –y termino porque nos haríamos interminables– dice que hay otro problema gravísimo; y tú, Madre Teresa de Jesús lo entenderás muy bien desde ese cielo en donde ya no existen las diferencias sociales. El Papa nos dice que debemos urgir y apremiar la sensibilidad viva de todo el mundo cristiano para que se despierte un afán incontenible de justicia social, para atender a los más pobres, a todos los marginados, a los que está sufriendo tanto, en tantos sitios.

Yo he estado hace un mes en Angola y he visto la situación de ese país como consecuencia de las guerras civiles en que está sumido, no de ahora, sino desde hace veintitantos años. Y he visto a los niños de la calle: así los llaman, porque no tienen padres; las guerras han hecho morir a sus padres, y hay ejércitos de niños que andan por la calle y se acercan a cada uno de quien pueden esperar algo, extendiendo su mano y pidiendo un poco de pan. Un día, uno nos traía en una caja de cartón un pececito pescado en una laguna, un charco de los que había por allí de las últimas lluvias. Lo había pescado hacía una hora y el pobrecito quería venderlo, pensando que de esa manera quizá obtuviera una cantidad que le permitiera a él comprar otra cosa para comer aquel día.

Hay situaciones como para partir el corazón: la desigualdad social, las riquezas y el lujo, ese lujo escandaloso, en que se consumen tantos y tantos perdiendo la limpieza de su corazón. Hay una doctrina, que no es doctrina, no es más que una actitud egoísta: los egoísmos de los acaudalados que lo tienen todo y que no se dignan mirar a los que no tienen nada. No puede ser que la Iglesia de Cristo continúe así, pero ¿qué va a hacer? Métodos violentos, no puede...

La verdad se propone, pero no se impone

Madre Teresa de Jesús –te lo digo para que habléis de ello en el cielo, tú y las personas con quienes quieras y puedas hablar–, el Papa dice que también hemos de fijarnos en evitar todo método intolerante o violento para imponer la verdad. Y dice que debemos pedir perdón de todo lo que a lo largo de la historia hayamos hecho, precisamente con ese fin, creyendo que hacíamos un gran servicio, pero obrando en nombre de nuestros modos de pensar y violentando las conciencias, olvidándonos de una frase del Concilio Vaticano II: que la verdad sólo se impone con la verdad, y haciendo que ésta penetre suavemente en la mente y en el corazón de los que nos escuchan, no con imposiciones tiránicas, no con procedimientos bélicos, no con hechos violentos.

Así, muchas más cosas dice el Papa, que vosotros podéis leer con provecho.

Jesús Crucificado

Yo ya me callo, porque parece que es ofender a Santa Teresa de Jesús; ella en el cielo conoce perfectamente la Carta Apostólica que el Papa ha escrito.

Te la encomendamos a ti, Madre del Carmelo, para que muevas el corazón de mucha gente y hagas que la Iglesia de Cristo, a la que tú también perteneces ahora en su fase triunfante, abra su corazón y haga que tantos hijos suyos,

hagan la señal de la Cruz, se acuerden de Jesús Crucificado, se postren ante Él y besen sus pies, escuchen lo que Él nos dice desde lo alto del Calvario y sigan allí un poco de tiempo, hasta que oigan allí un rumor... Es el de un ángel, es el rumor de un ángel, como el ángel que se acercó a ti con un dardo para traspasar tu corazón. Ahora es otro rumor, son varios ángeles y están abriendo la puerta del sepulcro donde estaba Jesús, y es que ya está para resucitar.

Cristo vivo en la Iglesia

¡Cristo ha resucitado! Cristo es un resucitado para siempre y su Iglesia vivirá para siempre. Lo que tiene que hacer es purificarse cada vez más, y lo que tenemos que hacer es ayudarla a esa purificación para que sintamos todos la alegría de acercarnos un poco a la dicha que tuviste tú, Teresa de Jesús, en este monasterio, en que viviste tantos años, hasta salir de aquí para ir a aquel San José, pobrecito, como el niño que quería ofrecernos un pececito. (Así era San José de pobre, cuando Teresa de Jesús y otras fueron a empezar a vivir allí su vida). Alcánzanos la bendición de Dios y regálanos tú, que eras siempre tan generosa, con la dicha de que podamos felicitar a Jesucristo en la conmemoración de su nacimiento, volcando los mejores sentimientos que tengamos, en sus manos, y cogiéndonoslas para besarlas y para, con ellas mismas, trazar una cruz de amor sobre nosotros. Nada más.

26 de agosto de 1996

SANTA TERESA DEL NIÑO JESÚS, DOCTORA DE LA IGLESIA

Cien años más vendría

Son ya más de veinte años los que vengo actuando en esta fiesta de la Transverberación del corazón de Santa Teresa. Son muchos años en la vida de un hombre y no son nada en relación en nuestra marcha hacia Dios en el camino de la vida. Él nos espera porque Él nos ama, y cuando nos reunimos aquí año tras año, para conmemorar algo que el mundo no entiende ni entenderá jamás, nosotros sabemos que hacemos algo muy grato a los ojos de Dios. En ese sentido, queridas hermanas Carmelitas, estad seguras de que, si yo viviera cien años más y vosotras me invitarais, cien años más vendría a esta fiesta de la Transverberación de Santa Teresa.

Recuerdo a dos amigos

Al llegar a las puertas de esta iglesia, no puedo menos de tener un recuerdo dolorido para un hijo ilustre de Ávila, que me esperaba siempre, y hace dos años que murió repentinamente: Jesús Grande. Siempre estaba aquí y me abría camino, si era preciso, y me esperaba al final, después de haber participado con todo fervor en la fiesta, y comentábamos gozosamente las pequeñas incidencias que habían tenido lugar, como quien comenta en familia algo que les es muy grato. Ya está gozando del Rostro de Dios. Había otro amigo que también solía estar, aunque él no me podía guiar porque era ciego: Abella. Recuerdos tristes que yo quiero convertir en este momento en expresiones afectuosas, que nos dan alegría y gozo, porque pensamos que ya están gozando de Dios.

Veía un ángel

De nuevo estamos conmemorando ese hecho prodigioso en la vida de Santa Teresa, este que el capellán de la casa, don Nicolás, acaba de leer como un fragmento del capítulo XXIX de la Vida de Santa Teresa: el dardo, la visión del dardo. Ella dice que algunas veces –es decir, que no se produjo una sola vez– veía junto así a un ángel de los más hermosos que pueden imaginarse, el cual venía hacia ella con un dardo de oro en el que aparecía el fuego que estaba nutriéndole, y se lo clavaba en su corazón y sentía un dolor muy vivo, a la vez que un gozo inefable, las dos cosas. “Y a quien no crea esto que estoy diciendo, lo único que se me ocurre hacer, es pedir a Dios que le conceda tal favor, para que experimente él lo que experimento yo”.

El amor de Dios traspasa el alma

Es lo que llaman visión imaginaria. ¿Qué quiere decir esto? No es que realmente apareciesen esas figuras, no. Santa Teresa había empezado ya el camino hacia la cumbre, y está ya poseída de un amor hacia Dios que traspasa su alma antes que el dardo. Tenía momentos de mayor concentración espiritual y de mayor intensidad en la oración y llegaba como a sentir la presencia de Dios y se imaginaba esa presencia como un don lleno de amor por parte de Dios a la criatura humana, y que ella estaba gozando de ese favor de Dios. Al vivir intensamente este momento, ella, fruto de sus lecturas de libros piadosos, tenía la imaginación como caldeada por imágenes, que en sus lecturas y meditaciones habían ido apareciéndole y ya el resto lo hacía la propia imaginación. Como ha dicho el comentarista ilustre, el Padre Efrén, en su obra, *Tiempo y vida de Santa Teresa*, ni había ángel, ni había dardo, ni había herida, ni había fuego; no era más que Dios con favor divino y un alma enamorada, Santa Teresa. Pero, de algún modo, ella sentía dentro de sí una naturaleza de pensamientos y afectos tan rica, que tenía que traducir en imágenes aquello que estaba sintiendo. Se explica perfectamente que, aunque fuera así, podía haber como un dolor muy vivo a la vez que una alegría profunda. Por eso ella está dichosa al recordarlo. Y, además, lo escribe porque le han mandado escribir, no tiene afán ninguno de que se conozca, ni de que nadie lo pondere ni haga alabanzas extraordinarias. Es una naturaleza muy rica, una personalidad exuberante en sus sentimientos, como lo demostró en toda su vida.

Ahora bien, no nos vamos a detener más en este hecho que se repitió varias veces a lo largo de su vida. Si me preguntáis a qué daría más importancia en la vida de Santa Teresa y que si esto es, a mi juicio, lo principal que podría llamarnos la atención, yo os diría que no, naturalmente; y no tengo que esforzarme para pensar que vosotros pensáis lo mismo que yo. Esto es un episodio más de los muchos que se dieron en aquella espléndida riqueza espiritual, pero nada más; hay cosas mucho más importantes que tenemos que ponderar.

La Reforma Teresiana

En Santa Teresa de Jesús, aunque no tenga un ángel alrededor, ni un dardo de oro que le atraviesa el corazón, hay una empresa que se dispone a realizar en su vida. Colosal. Una empresa gigantesca: la Reforma Teresiana, la Reforma de la Orden del Carmelo. Para hacer eso, tuvo que andar con los pies en tierra, tuvo que sufrir y caminar de un sitio a otro, en una pobre tartana, recorriendo media España, para pasar de la abundancia a la escasez, de la plenitud a la precariedad, del favor a las dificultades, del buen juicio que merecía a las consideraciones que la descalificaban. Y esto así, años y años, aguantándolo día tras día, con unas dificultades tan grandes –de tipo material, otras veces de tipo psicológico y humano–, que se leen, y uno piensa: ¿cómo es posible que aquella mujer tan ruin, como dice de sí misma, y tan pobre, pudiese soportar tanto, con tanto realismo, para hacer la obra maravillosa que realizó? Hay miles de episodios en la vida de Santa Teresa con los cuales me quedo yo por encima de esta visión del ángel con el dardo en la mano, que hiere el corazón de nuestra madre.

Santa Teresa, fundadora de frailes

Dejemos el dardo y quedémonos pensando, por ejemplo, en que, puesta ya en marcha la Reforma y deseando vivamente también se reformasen los varones, los Carmelitas, cuenta en un capítulo de su *Vida* que va un día en dirección a Valladolid, donde ya está hecha la fundación, pero quiere consolidarla. En un pueblo cercano a Ávila, pero de cuya dirección no está del todo segura, han empezado a vivir la vida de los Carmelitas reformados el Padre Juan de la Cruz y el Padre Antonio de Jesús. En un pueblo pequeño, que no tendría más que veinte familias: Duruelo. Tiene noticias de eso y se le ocurre desviarse del camino e ir a verlo, aunque la marcha directa es a Valladolid, pero lo hace indirectamente. Ella se va a detener en este pueblo, Duruelo. Y allí describe en cuatro pinceladas lo que se encontró. Una casucha que les han facilitado, en la que no hay más que un portal un poco amplio, y luego como una zona más alta que se desdobra; una parte puede servir para dormir, y la otra como el coro de una capilla, y una cocina. Allí están esos dos padres y ella se complace en que tengan una casa tan pobre, pero no puede admitir tanta falta de limpieza. Ellas no tuvieron sitio para dormir aquella noche; se quedaron en lo que podría ser algún día una capilla, allí estuvieron. El Padre Antonio de Jesús y el Padre Juan de la Cruz también durmieron en lo que podía ser el coro en el futuro. Ella no puede aguantar la falta de higiene; además “era el agosto –dice– y estaba lleno de gente del agosto”: trabajadores del campo, que entraban y salían a distintas horas, con ruidos, de una manera o de otra. Con tal de que se asegure la limpieza, la casa queda dispuesta para ser habitada; se goza en ese lugar y no quiere otro.

Amor a los trabajos

Ese realismo, esa decisión para adoptar una casa de este estilo y para decidirse a vivir sin más exigencias, es lo que verdaderamente me impresiona. Mucho más que la visión del ángel y todos los arcángeles que hubieran venido cantando sus alabanzas. Este realismo. O el sufrimiento que tuvo que pasar en Sevilla, por las persecuciones que sufrió de unos o de otros, cuando incluso es amenazada de que se va a presentar la Inquisición, y se presenta, a hacer informaciones de las otras monjas que habían llegado y del modo de vivir. Con la Inquisición llegaba siempre el rumor tenebroso y duro, que hacía temblar a los que recibían tales visitas. Teresa había llegado hasta allí desde estas tierras de Castilla, en un viaje inacabable, con un sol y un calor terribles, trabajando por amor de Dios y buscando el mejor modo de hacer las cosas, para que se lograra una Reforma en la Orden que diera más gloria a Dios y permitiera alcanzar mejor la santidad. Ella no buscaba más que esto. Una de sus máximas favoritas es aquella: *no son los trabajos los que importan, sino el amor con que se hacen esos trabajos*. Es una persona que habla así, porque piensa así.

Cuando habla de la unión con Dios tiene derecho a decir que no sabe explicarla, pero es como si dos cosas divinas se hubieran unido y sale una sola cosa, divina también. Tiene derecho a decirlo y tiene derecho a que lo entendamos bien, porque no es amiga de efectismos de palabras, ni de querer llamar la atención.

El Papa y los jóvenes en París

Queridas hermanas y queridos todos: estamos viviendo en la Iglesia de hoy momentos, todavía, verdaderamente turbadores. Tenemos a este hombre providencial, este gigante con que cuenta la Iglesia hoy, este hombre ya con sus espaldas encorvadas, que casi no puede hablar, y soporta fatigas enormes, como las de este último viaje a París, en donde 600.000 o 700.000 jóvenes le han aclamado; este anciano vigoroso, que hace que el mundo entero caiga rendido de admiración, a pesar de que lo que diga sea tan sencillo como lo que ha dicho. Pero todavía tenemos una Iglesia turbada.

El ataque ahora se produce precisamente contra él; y los que han estado hablando durante mucho tiempo contra tal o cual interpretación del Evangelio que hacía el Magisterio, ahora buscan la manera más radical de desprestigiar ese Magisterio, presentándonos en sus escritos la imagen de un hombre, atormentado por su psicosis de Pontífice de la Iglesia de Roma, fuerte de carácter, ambicioso en sus propósitos, e inútil repetidor de verdades catequísticas que no son más que expresiones aptas para la mente y el lenguaje de los niños. Así se escribe y se habla todavía por parte de teólogos católicos y de moralistas y de pastoralistas que quieren marcar otros caminos para el mundo de hoy, y para la Iglesia y la cultura de hoy. Es inútil todo lo que se haga para éstos; es inútil que se les presente casi el millón de personas que estos días se ha juntado en París.

Días antes de la llegada del Papa a esa capital de Francia, la misma jerarquía francesa hablaba de que quizá se podría contar con unos 300.000; y el resultado ha sido que se han quedado atónitos ante este fenómeno: nadie pensaba que se podría lograr esta movilización mundial, y la ha logrado él sin más armas que su espíritu de fe y su amor a Jesucristo. Pero es como Santa Teresa: los pies en la tierra. Él ha utilizado los medios que hoy el mundo tiene a disposición de todos para llegar allí, y allí ha estado aposentado dignamente; de lo contrario no podría ya vivir. Pero lo que está haciendo es eso: predicar el Evangelio, sin echar agua al vino; el Evangelio puro. A los jóvenes no les dice palabras gratas a su oído; les presenta con cariño de padre la eterna verdad de Dios. Y hablando de Dios, de Cristo, su enviado, no puede, porque no tiene derecho, hacer una interpretación caprichosa del Evangelio. No puede hacer caricias de tipo espiritual a los jóvenes, y presentarles un ideal apostólico facilón, que se pueda realizar con cuatro cosas dichas con gracia, para atraer a unos y a otros; no. Él habla con seriedad; habla de la cruz cuando hay que hablar de la cruz, y habla de la gloria cuando a la gloria aspiramos, porque es el premio que Dios nos da. Habla de la Virgen María porque es nuestra Madre; pondera sus virtudes y la llama, como ella se llamó, esclava del Señor. Él presenta un catolicismo exigente, no duro, no: exigente, porque no es blando lo que vino a predicar Jesucristo, que no predicó blanduras, ni quiso complacer los oídos de los que están anhelando solamente lo que les resulte grato a ellos. Jesucristo predicó al pueblo las bienaventuranzas, y en esas bienaventuranzas habla de que serán beatos y felices los que lloran, los que anhelan justicia, los sembradores de paz; y todo esto cuesta mucho hacerlo. Pero es el Evangelio, y así lo viene predicando el Papa.

Santa Teresa fue en una tartana y recorrió media España. El Papa está recorriendo el mundo entero; ya no sé qué naciones pueden faltarle y qué idioma no ha aprendido para poder hablar unas palabras, al menos con aquellos que tengan ese idioma como lenguaje habitual. Es la suya una fortaleza caída, no vencida; porque va caminando, muchas veces ya, como si estuviera crucificado, y ¡claro que lo está! Es medio mártir; ha recibido atentados que han puesto en peligro su vida y ha estado a punto de morir varias veces. Se ha rehecho y ha seguido su camino. No le importa nada que le digan los médicos o los que le rodean, que puede morir en el empeño. Pronto empezará a hablarse del viaje al Brasil, porque ha de ir al Brasil; y en el comienzo del año que viene, si vive, a Cuba. Viajes peligrosos todos; pero él, ese anciano de las espaldas dobladas y que va así, ya sin levantar la cabeza, tal como lo hacía hace unos años, dando la impresión de una juventud no desgastada, ese anciano que es como una imagen de la debilidad, sigue adelante con toda decisión para servir al Señor, y predica a todos que el ideal del cristiano ha de ser servicio y no pensar en sí mismo.

“Id y enseñad”

Sacerdotes, comunidades religiosas, noviciados, juniorados: el ideal es servicio, no buscar lo que pueda sernos grato, no interpretar los dogmas, las acciones pastorales, la liturgia, conforme a nosotros nos agrade, no. Hay un Magisterio que marca el camino, Cristo lo señaló: “Id y enseñad todo lo que yo os he ido diciendo”, dijo a los Apóstoles, y a los Apóstoles les siguen todos los que han venido después permaneciendo fieles y buscando el rastro de los que nos han precedido hasta llegar, confiando en la identidad de los mismos afanes y propósitos, a los orígenes del cristianismo.

Santa Teresita, doctora de la Iglesia

Ahora vendrá la declaración de Santa Teresita, como llamamos en España a esta otra carmelita descalza, como doctora de la Iglesia. Y ¿qué hizo Santa Teresita? ¡Ah! Narra ella en su *Vida* que está una noche en el coro meditando el pasaje evangélico en que va Jesucristo dormido en la barca con la cabeza reclinada sobre unas mantas de las que usan los pescadores, y los apóstoles, al ver que empieza una tormenta, y que va aumentando, se llenan de miedo y se deciden a despertarle, y le dicen gritando: “¡Sálvanos, Señor, que perecemos!” Santa Teresita, al meditar este pasaje, se queda pensando en Jesús, como si le viese, y dice: “*Yo no despertaré, Jesús mío, descansa; yo no te despertaré*”. Ella está para servir. El cristiano está para eso, para ser fidelísimo a Cristo y, si no es así, que se borre.

Escasez de sacerdotes

¡Fidelidad plena!, y no tendríamos que hablar de este problema, que hoy nos preocupa tanto: de seminarios vacíos y noviciados igualmente vacíos en las órdenes religiosas. Tendríamos que mirar con tranquilidad el porvenir, no como confiaba, el otro día, con humildad, el obispo de Segovia, en una comunicación, cuando ha dicho que en estos dos años sólo se va a ordenar un sacerdote, ¡uno

solo en dos años! Y que ya hay curas que tienen siete pueblos ¿Qué es esto? Antaño, de Segovia iban sacerdotes a Madrid, porque allí sobraban; y ahora, viviendo estas situaciones tan dolorosas. Hay que ser de otra forma, hermanos, y esto es lo que en estos centros de vida contemplativa se nos puede facilitar con el sacrificio y el ejemplo que nos dan las hijas del Carmelo, las hijas de Santa Teresa y San Juan de la Cruz. Rigor en el mantenimiento de la verdad y hacer lo que tengamos que hacer con amor, no disimulando, no inventando nosotros las fórmulas, no presentando un mensaje muy humanizado, “porque el joven de hoy..., porque las jóvenes de hoy..., porque las familias de hoy...” No es verdad. Los jóvenes de hoy escuchan y buscan a ese Papa anciano y encuentran en él una fuerza que no les da a ellos los criterios del mundo. En ese anciano encuentran la perenne juventud de Cristo. Cristo es joven, perpetuamente joven, y el que se acerque a Él y toque sus manos, notará la palpitación de la juventud continua, perpetua, de Jesús, el Hijo de María.

Responder a la llamada

Nada más, queridas Carmelitas y queridos hermanos. Santa Teresa dice que desearía que el ángel nos hiciera la merced del dardo. No hace falta; ya nos la ha hecho Jesucristo a todos con sus palabras como dardos. Es lo que hay que escuchar, porque lo escuchó Santa Teresa y lo vivió. Vino después el dardo de oro imaginario. Que gocéis mucho vosotras, hermanas Carmelitas, con todo lo que conmemoráis y con todo lo que se va a hacer cuando lleguen canonizaciones o beatificaciones o declaraciones de doctora, todo ello en relación con vuestra Orden. Y que gocéis mucho y sigáis fidelísimamente el camino trazado por el Señor, marcando desde ese lugar en que estáis, sin que os vea nadie, un reguero de luz, que puede ser apreciado por todos los que de verdad quieren detenerse un poco en el camino a escuchar la voz que llega, nos llega cuando menos pensamos, y nos pregunta adentro: “Y tú, ¿cómo respondes a la llamada que te hace el Señor, a la llamada de Cristo, presente también en tu vida?” Cada uno responderá por sí mismo...

26 de agosto de 1997

AÑO DEL ESPÍRITU SANTO

LA IGLESIA PROMUEVE LA SANTIDAD

Otra vez nos encontramos aquí, movidos por la piedad que sentimos hacia Santa Teresa. Es una piedad que nos lleva a ella con suave movimiento de amor y también con el deseo de recibir alguna gracia, que ella pida a Dios, que nos sea enviada como consecuencia de nuestro amor y de nuestra piedad.

Beatificación de dos hijas

Estamos celebrando hoy, una vez más, la fiesta de la Transverberación del corazón de Santa Teresa de Jesús. Y creo yo que la imagen de Santa Teresa tiene nuevos resplandores, le corresponden este año nuevos resplandores, sí, por la beatificación de dos hijas suyas: la Madre Sagrario, mártir de la fe, y la Madre Maravillas, torrente de energías espirituales, que yo creo que han brotado como un beso desde el cielo a todos los Carmelos de la tierra. Con la beatificación de estas dos hijas del Carmelo, nuestras esperanzas –las de carácter inmediato, porque otras muchas que tenemos, no se saciarán nunca– se han visto colmadas. Y la imagen y el altar de Santa Teresa, dondequiera que estén, brillan con nuevos fulgores este año.

Otra hija de Santa Teresa: Edith Stein

Esperamos que sigan colmándose esperanzas que tenemos en nuestro corazón, cuando llegue, y no va a tardar mucho, la canonización de otra hija de Santa Teresa: Edith Stein, sabia con las ciencias humanas, mártir, inmolada por motivos étnicos en la guerra mundial, que encontró la felicidad de su vida, la cual no podía hallarse, si no tenía, al mismo tiempo, un asidero fuerte para su entendimiento y su concepto de esa vida, leyendo las obras de Santa Teresa. Y cuando las leyó y las meditó, las asimiló y se dispuso a vivirlas, haciéndose carmelita de la caridad, carmelita del amor, carmelita de Santa Teresa. Pronto los horrores de la Guerra Mundial, tales como venían de la Alemania nazi, cayeron sobre ella y fue eliminada en una cámara de gas. También será canonizada. Se colmarán nuestras esperanzas también en lo que se refiere a ella misma.

Santa Teresa es de lo más universal

Pero nuestras esperanzas sobre las hijas de Santa Teresa no se limitan a ellas; cada paso que se dé en la Iglesia en relación con la Santa para ponderar sus virtudes y para reconocer sus merecimientos, cada paso que se dé conmueve al mundo; no exagero nada. Santa Teresa es de lo más universal que puede darse en la Iglesia de Cristo y en la cultura cristiana. De aquí, de esta tierra de Ávila, ha brotado una fuerza única. Tendríais que estar de rodillas siempre, dando

gracias a Dios por un favor tan insigne como os ha hecho, cuando quiso Él, en su divina voluntad, que naciera esa niña privilegiada, que después se convirtió en la madre de todas las religiosas que querían una reforma santa para ser ellas santas también. Habrá que dar un título nuevo a Santa Teresa: la santa de las esperanzas colmadas, la santa del amor encendido y el juicio sereno, la santa del movimiento ascensional del espíritu y del camino sobre la tierra, realizando empresas terrestres, pero con el fin de dar mayor gloria a Dios en el cielo y en la tierra. ¡Santa Teresa de Jesús, bendita seas!

Virtudes enlazadas

Hoy, una vez más, nos detenemos a considerar ese hecho que ella narra con su estilo insuperable: el hecho de la Transverberación de su corazón, el del ángel, de la categoría de los ángeles mayores del cielo, que con un dardo de oro quemante atravesó su corazón. Y ella dice con gracia inimitable: “A los que pongan esto en duda, quisiera yo que el Señor les permitiese sufrirlo, para que captasen también el dolor que aquello produce y, a la vez, que pudiesen gozarlo para entender la maravilla que supone ese regalo del Señor”. Lo que estoy diciendo es la idea, no sé de memoria las palabras y no puedo repetirlas tal como ella las escribió, porque es imposible, es simplemente el rasgo de su pluma y tiene gracia, si se piensa en el estilo literario; los elogios que ha merecido de parte de los escritores de España y de otros países son insuperables.

Tenemos que sentir muy vivamente este fenómeno de la vida de Santa Teresa. No se trata, como han dicho algunos torpemente, de una imaginación calenturienta. Unos desposorios místicos, como los llaman –dicen esos a quienes me refiero–, que no son más que exaltaciones incontenibles de un corazón de mujer, que ama y que vuelca todas sus capacidades en el Dios que ella misma se inventa. No hay aquí ningún movimiento de ese estilo. En Santa Teresa de Jesús hay una observancia plena y rigurosa de las obligaciones que tuvo, y eran muchas. Santa Teresa de Jesús vivió un conjunto de virtudes enlazadas unas con otras, que no pueden albergarse en un corazón humano, ni manifestarse equilibradamente en su género de vida, si no tiene la asistencia del Espíritu Santo.

Año del Espíritu Santo

Estamos en el Año del Espíritu Santo y debemos recordar que esto que estoy diciendo no tiene nada de extraordinario; está prometido por el Señor. El Espíritu viene y busca albergue en el corazón de los que le aman, el Espíritu se recrea en la posesión de aquellos que le han ofrecido su vida, tal como en una Santa Teresa lo manifestó constantemente. No hay exaltación místicoide; hay sencillamente una línea recta, ascensional, constante; hay amor, y es esto lo que nos da santos.

Serenidad y amor

En el cristianismo de hoy y en el de ayer, para los grupos humanos que lo quieren vivir en una comunidad como ésta, por ejemplo, o para una persona

individualizada, para unos y para otros, y para una nación en la difusión del pensamiento y la cultura cristianos, lo único que se nos pide es serenidad y amor. Y Santa Teresa es un prodigio en la manifestación de esas dos aptitudes. Serenidad, la tuvo para hablar a los reyes y para manifestar a los enviados del Papa la necesidad de hacer reformas evidentes en la Iglesia; serenidad, temple, voluntad fija, sufrimientos de enfermedades y también del frío y del calor. Pobreza suma, pidiendo limosna y buscándola, incluso, en un estudiante de Toledo, que no tenía nada para él y, sin embargo, algo vio en ella, que le hizo mirarla como a una madre y ayudarla a encontrar una casucha, en la cual pudiera refugiarse con sus hijas, las que iban a hacer allí la fundación.

Necesitamos mirar a Jesucristo

Muchas veces hoy estamos hablando de la necesidad de reformar la vida social de nuestros pueblos y ciudades, de las naciones, de las naciones europeas... ¡Cuántas veces se ha referido ya el Santo Padre a este hecho doloroso de las naciones cristianas en su raíz, que han perdido la conciencia de su cristianismo! Con tratarlo socialmente y conforme a nuestros esquemas de pensar, no se puede arreglar este problema de la vida de las sociedades de hoy. Si somos cristianos, tiene que haber por nuestra parte algo que es típicamente cristiano: mucho amor, mucho amor entre nosotros. Las familias unas con otras, los pueblos, las ciudades grandes y pequeñas...

Pero, en virtud de nuestras distracciones y nuestros afanes terrestres, hemos dejado al margen ese amor que se nos pide. Hace un momento nos leían en el Evangelio esas palabras de Cristo. Él nos llama amigos, no siervos; Él nos pide que nos amemos unos a otros como Él nos ha amado. Tiene que haber un poco más de amor en las familias españolas, en el conjunto del grupo familiar. Tendría que predicarse una cruzada, en la cual se ponga de relieve la necesidad de mirar a Jesucristo con ojos de amor por parte de todos, mucho más de como lo estamos haciendo. Solamente tenemos esquemas para discurrir, sociologías para ocultar otros fallos en los que no queremos detenernos. Hay que amar mucho a Cristo. A un niño se le ama, y Cristo fue niño. A un joven se le ofrece compañía, y Cristo fue un joven, que recorrió los caminos de su tierra, Palestina. A un crucificado se le ofrece compasión, misericordia y amor, y Cristo fue un crucificado. A un sepultado se le ofrece atención en lo que circunda a ese sepulcro para que nadie lo profane, y Cristo fue un sepultado. A un evadido del sepulcro por una fuerza desconocida, se le busca con amor y con lágrimas, como le buscó la Magdalena, y Cristo fue así también, salió por una fuerza desconocida del sepulcro, y los Apóstoles le amaron y siguieron amándole siempre. Y cuando fundó la Iglesia, lo primero que hicieron fue amarle y predicar el amor a Jesucristo. Ellos no tenían esquemas intelectuales para presentarlos a los hombres de su época.

Fin de la Iglesia: promover la santidad

Alguien ha dicho al Papa: Santo Padre, ¿pero no son muchos ya los que ha beatificado y canonizados? (Ciertamente, 997 beatificaciones y canonizaciones, más que el resto de la historia de la Iglesia). Entonces el Papa, mirando a su interlocutor, le dijo: ¿No es el fin de la Iglesia promover la santidad? Y si la

promueve, ¿la va a ocultar? ¿Para qué está la Iglesia? Para amar a Dios, para servir a Jesús, para acompañarle en su camino, para poner en el corazón de los hombres una fuerza misteriosa, para que podamos vivir mejor nuestro camino.

He padecido... pero he gozado más

Hermanos míos, no sé si tendré yo la dicha de volver a predicar en esta fiesta de la Transverberación del corazón de Santa Teresa: no lo sé. Me pongo de rodillas con humildad; yo quisiera sentir mucho más el amor a Jesucristo, todo lo demás me sobra. Mi vida de sacerdote y de obispo ha sido larga, he visto muchas cosas, he padecido otras, he gozado más y más de otras muchas...

La luz celestial es: Jesús

¡Sacerdotes, sacerdotes! Necesitamos muchos que amen a Jesús niño, joven, muerto, sepultado, resucitado. Tenemos que pensar que Él nos lo da todo hecho, si nosotros queremos recibirlo. La Iglesia tiene muchas esperanzas; estamos viviendo un momento que se acerca ya a ese año 2000, en el que va a empezar una nueva era. No tiene por qué suceder nada particular, como si tuviera que aparecer un día en la atmósfera del mundo, que envuelve a la tierra, una luz celestial. No; la luz celestial es Jesús, la fuerza es Jesús. Lo que se necesita es tener fe y trabajar juntos, unidos todos en la plegaria de nuestro amor y nuestra decisión completa para seguir adelante, dejando que los que vengan hereden de nosotros este amor que una Santa Teresa tuvo, que supo reflejarlo en sus escritos, y que hace que hoy, esa profesora de filosofía alemana, cuando los lee, cierre el libro y diga con palabras que se han hecho inmortales: "Ahora he encontrado lo que puede ser el sentido de mi vida".

Testimonios vivos

Quiera el Señor seguir ofreciéndonos, por medio de los Carmelos del mundo y de tantas religiosas de otras órdenes y congregaciones, testimonios vivos en que aparezcan las manos de las consagradas a Dios sosteniendo una llama viva, ésta, la del corazón inflamado de amor, la de una Teresa de Jesús, que sigue siendo hoy tan actual como ayer. Así sea.

26 de agosto de 1998

Doy gracias a Dios

De nuevo vengo aquí para predicar este día en que conmemoramos el fenómeno místico de la Transverberación de Santa Teresa de Jesús. ¡Veintinueve años! Lo primero que quiero hacer es dar gracias a Dios, porque me ha permitido tener esa satisfacción, que he ido renovando cada vez que he venido aquí. Con toda humildad y con toda firmeza lo digo, porque se trata de un asunto que no es mío, es algo de la historia de la Iglesia en pequeño, de la iglesia de aquí, la de este monasterio, en el cual vivía Santa Teresa de Jesús. Santa Teresa la que tuvo aquí esa visión extraordinaria, a la cual se refieren tantas veces los libros de teología mística, que hablan de manera pormenorizada de los fenómenos que suelen producirse en estas personas, como Santa Teresa, San Juan de la Cruz y tantos otros, que han merecido de Dios ese reconocimiento de sus virtudes.

Santa Teresa ¿vio al ángel?

Podéis recordar lo que otras veces se ha leído con todo detenimiento según lo narra ella en su *Vida*. Que un día vio que se venía hacia ella un ángel con un dardo de oro en la mano, un dardo cuya punta parecía que estaba abrasada, y que ese dardo llegó hasta su corazón y lo atravesó. Naturalmente, ella sintió un dolor inenarrable, pero al mismo tiempo –aquí empieza lo intrincado del problema místico–, al mismo tiempo un gozo inefable. De manera que hubiera querido que eso se prolongara mucho tiempo y a la vez, que hubiera desaparecido el motivo del dolor que sentía. Entonces, empecemos a preguntarnos, por analizarlo un poco: ¿es que vio ella que el ángel, que era uno de los querubines, lanzó contra ella ese dardo? ¿Quiere decir eso? No, no quiere decir eso, y no lo dice. ¿Es que acaso el ángel adoptó una figura corpórea como si hubiera asumido naturaleza humana en ese instante y la hace pensar concretamente en una visión, en que su imaginación le facilita la presencia de un ángel, que es de mucha categoría, entre las legiones angélicas, pero que está acercándose a ella simplemente para someterla a esa prueba, de la cual Dios desea obtener lo que seguramente va a ser la respuesta de Santa Teresa? Pues sí, algo de esto es lo que sucede y así lo interpreta ella. Entonces, ¿es que llegó el ángel junto a ella y le hizo sentir a golpe de ímpetus sobrenaturales y movimientos internos de su corazón lleno de amor, un sentimiento a la vez triste y a la vez gozoso? Pues sí, parece que ése es el status en que ella queda, cuando se ha producido el hecho de que el dardo haya atravesado su corazón, en el sentido en que eso puede entenderse. No hay realidad física, es visión imaginaria; pero tampoco quiere decir que es vacía el que sea imaginaria; está como brotando de las potencias de su alma un suspiro prolongado de amor y de respuesta llena de obediencia al Señor para lo que Él quiera. Y ese conjunto de circunstancias es lo que la hace pensar que se encuentra en esa situación no soportando nada, ni padeciendo nada, no son éstas las palabras. Y, sin

embargo, la hace quejarse –emplea la palabra queja–, la hace sentir dolor, la hace como que ha recogido el efecto de un golpe que ha caído sobre su personalidad y es toda ella la que se siente transportada a una situación de ánimo completamente nueva. Nueva en el sentido de que es un fenómeno que, aunque se repita varias veces a lo largo de su vida, siempre parece nuevo.

Saeta que entra en el corazón

Y ¿por qué hago esta precisión? Porque los estudiosos de Santa Teresa, al querer explicar con detenimiento este fenómeno, recogen como hecho histórico, del que pudieron tener noticias por ella misma, el dato de que esta visión del ángel con el dardo se repitió en la vida de Santa Teresa varias veces. Y, de hecho, he leído, con gusto por mi parte, la relación que en el año 1576 escribe Santa Teresa desde Sevilla, y la envía a un jesuita, el Padre Rodrigo Álvarez, que era examinador encargado del Santo Oficio, es decir, perito en estas cuestiones, para analizar los escritos o las actuaciones de los que podían ser acusados de esto o de lo otro. Y en esa relación escrita por ella desde Sevilla dice esto, hablando de la oración: “Otra oración es la que se puede hacer, y esto lo digo como respondiendo a lo que yo misma he sentido; es una oración pequeña, pobre, pero que es como una herida que nos causa una saeta que puede entrar y entra en nuestro corazón o en todo nuestro ser”. Habla de una saeta de la visión que celebramos hoy; un dardo que atraviesa el corazón, una saeta que entra en el corazón, o en todo el ser, como si fuera toda ella la que se siente transportada y elevada a una situación de ánimo, que es totalmente distinta de lo que puede vivirse en la estricta humanidad de cada uno. Y se siente dolor, por lo cual, brota dentro del alma que padece esta oración, una queja, queja que se prolonga. Pero, a la vez, se siente también, sigue diciendo en esa relación, una gran alegría, un gran gozo. Vienen a ser las mismas palabras, un poco más reducidas, sin la expresividad que tiene la narración del dardo en el capítulo correspondiente de su Vida.

Por eso, los que han estudiado estos problemas en la vida de Santa Teresa, dicen que es muy aceptable lo que se decía en la comunidad de religiosas de aquí de este monasterio: que había tenido visión del dardo varias veces a lo largo de su vida. Y añade, tanto en esa relación, como cuando escribe en la *Vida*, otra frase casi exactamente igual en un sitio como en otro: “Cuando yo tenía este estado de ánimo, cuando yo vivía esta merced de Dios, me sentía como enajenada, embobada, trasportada, y sufría de tener que estar con mis hermanas, porque yo no sabía cómo evitar el que se me produjera aquel ímpetu tan fuerte que movía mi corazón y me rendía por completo a la majestad infinita de Dios”. Ella quería evitar que se conociese nada de eso, pero no podía evitarlo, no podía quitar de sí el efecto que estaba produciendo aquella fuerza sobrenatural, que la tenía envuelta mientras duraba el fenómeno, propiamente dicho: unos días, los que fueran.

Preparación para empresas apostólicas

Así es como hay que interpretar esas palabras del dardo; no que físicamente un ángel lance el dardo, no. Ella, con sus potencias interiores, siente la fuerza del amor que ella tiene a Dios, y lo siente de tal manera que, ¡ojalá viniera algo de

parte de Dios, que la atravesara el corazón! Puestos a discurrir a nuestro modo humano y queriendo hacernos preguntas sobre este hecho, yo también me las he hecho, precisamente para tratar de explicar este fenómeno. Y encuentro que son varios los autores que interpretan así la visión del dardo o las otras parecidas, que hubiera tenido a lo largo de su vida. Eran como una preparación que Dios iba haciendo del alma de Santa Teresa para disponerla a las empresas apostólicas que le iba a confiar Él, Dios, a ella. Era mucho lo que le iba a pedir; tenía que ser mucho lo que Dios quería darla a ella. Cuando después vinieran esos trabajos tan tremendos que tuvo que soportar, si Santa Teresa hubiera sentido el deseo de retirarse y no aceptar la prueba a la que Dios la sometía, una voz que viniera del otro mundo, le habría dicho: “Te llamé para hacer esta labor, para hacer la Reforma del Carmelo, para hacer fundaciones de monasterios, para que esos monasterios fueran muy distintos de lo que son los que hay hoy. Te llamé para hacer monasterios muy pobres, para que las religiosas vivieran una vida muy austera, para que la penitencia fuera compañera inseparable de tu caminar por el mundo y, con el tuyo, de las muchas hermanas que habrían de venir correspondiendo a tu llamada. Te llamé para todo esto. Es cierto, eran empresas muy difíciles, pero por eso te daba por anticipado una prueba de tal calibre; porque, siendo tan fuerte como tú eres, te quedarías tan débil y tan pobre, que no tenías más que hacer que rendirte con la totalidad de tu corazón y de tu ser, ofreciendo tu amor y no desfalleciendo nunca”.

Ella, pobre monja ignorante

O sea, muy grande lo del dardo y lo de la oración herida como una saeta, muy grande el favor de Dios, enormemente grandioso; pero lo que se le pide a Santa Teresa es sobrehumano: que se lance en aquellas circunstancias, con la oposición de tantos y de una manera tan difícilmente asimilable y aceptable al espíritu humano. Teniendo que hablar con obispos, con nuncios apostólicos, con teólogos, con confesores en un sitio y en otro, con hombres eminentes que eran capaces de estar analizando un problema hasta sus últimos perfiles, con un dominio absoluto. Ella, una pobre monja ignorante. Lo lógico hubiera sido que ella se retirase y dijera: yo no entro por ese camino. Pero no, siguió adelante, hasta que al final, ya a punto de morir en Alba de Tormes, pronuncia aquellas palabras conmovedoras: *Al fin, muero hija de la Iglesia*.

Esa es la razón que puede encontrarse para explicar estos fenómenos y no acudir, como en seguida hicieron algunos, a pura fantasía, a un genio femenino especial, a una imaginación desbordada. No, no. Las cosas son más sencillas, pero más hondas y, por este camino que acabo de recorrer yo con mis palabras, algo se atisba y se puede llegar a decir y aceptar, para entender esas palabras que ella misma escribió, tanto en su *Vida*, como en esa relación que viene escrita y enviada desde Sevilla.

Grandeza de alma

Queridos hermanos: año tras año, Santa Teresa ha sido un ejemplo vivísimo, que ha fortalecido los espíritus de las religiosas que siguieron su camino. Cada día que ha pasado han sido más los hombres y mujeres que han ido rindiéndose y se han entregado a admirar la grandeza de su alma. Ellos han hecho preguntas

como nosotros podemos hacérselas hoy, y han obtenido respuestas los que no las han pedido con exigencia humana, sino que se han empezado a rendir ante la majestad de Dios.

Madre Maravillas

Este año ha habido acontecimientos, que afectan a la Orden del Carmelo, de una manera muy viva. Yo estuve, y probablemente aquí hay muchos que estuvieron, en la beatificación de una carmelita descalza, la Madre Maravillas. Yo celebré la misa junto al Papa y, naturalmente, sentía dentro de mí un conjunto de fuerzas sobrenaturales y de impresiones, que traspasaban mi alma en aquel momento, muy vivas y muy singulares. Toda mi vida he tenido una relación estrecha con Carmelitas Descalzas. De obispo, una vez que vine a Toledo, he estado en una diócesis que es la que tiene más Carmelos de toda España: siete Carmelos. Pero, además, aunque hoy Madrid supera algo a Toledo en ese número, hay que advertir una cosa. Madrid, hasta el año 1885, era de la Diócesis de Toledo. De manera que los Carmelos que había en la Diócesis de Toledo, eran los siete que hay hoy más los del Madrid de entonces, que pertenecía, como una población más, a la diócesis tan grande que era Toledo. Y por eso la relación mía con estos Carmelos y con el mundo carmelitano ha sido muy intensa. Y yo pedía ese día por el Carmelo y sigo pidiendo como un sacerdote más, con mi obligación de obispo, poniendo a los pies del Señor el anhelo que podía sentir yo con motivo de la beatificación de una hija de Santa Teresa, extraordinaria mujer, con un carácter muy distinto, que seguramente tuvo visiones parecidas, como un premio a la fortaleza que le fue exigida después, cuando tuvo que pasar tantos trances dolorosos, durante nuestra guerra y después, la Madre Maravillas. Lo que ocurre es que era otro carácter, y en ella parecía sequedad lo que no era más que rectitud. En todo momento vivía el ideal carmelitano tal como habría querido vivirlo una hija de Santa Teresa de Jesús.

Interioridad del Papa

Aquel día yo pedía por estas intenciones, y extendía mi petición un poco más allá de lo que el Carmelo podría representar y sugerirme. Aquel día, junto al Papa, rozando su casulla y viéndole en su actuación con los ojos cerrados, casi todo el tiempo que duró la misa, excepto cuando tenía que leer, donde estrictamente se veía obligado a tenerlos abiertos, en todo lo demás entregado desde su interioridad tan rica a la labor que estaba haciendo en nombre de la Iglesia y para honor del Señor y de lo que el Señor ha dado a esa Iglesia, al verle actuar así, y teniendo en cuenta lo que significaba la beatificación de esa santa religiosa, con la cual yo también hablé un día, para clarificar la vocación religiosa de una joven, extendía mi súplica a toda España en esta nueva beatificación, como en otras que se habían producido a lo largo de mi vida.

Relacionado con la Orden del Carmelo

A poco de ser yo Arzobispo de Toledo, vino la beatificación de la Madre María de Jesús. Se había determinado por entonces que cuando fuera sólo beatificación, en el Vaticano, la Misa no la diría el Papa, sino el obispo de la

diócesis a la que pertenecía aquel o aquella que fueran beatificados, y me tocó celebrar la misa a mí, en el Vaticano, en presencia del Papa. Poco tiempo después esa norma dejó de existir, y ya en las beatificaciones actuaba el Santo Padre como viene haciéndolo. Pero ese día, yo lo hice así. Me había interesado mucho también por la beatificación y por la canonización de otra carmelita descalza, Edith Stein, mártir, puesto que así fue lo que determinó su vida y su muerte, mártir de la persecución de los nazis alemanes. Es decir, de una manera o de otra, me he visto envuelto toda mi vida en relación con la Orden del Carmelo.

Que vuelvan las vocaciones

Pido al Señor, como pedí aquel día, que vuelvan las vocaciones que no debieran faltar nunca. ¿Qué está ocurriendo en la mayor parte de las órdenes religiosas y en la mayor parte de los seminarios? ¿Por qué no hay más respuestas a quien nos llama, tan claramente como está llamando Dios, no enviando dardos de oro, sino presentando el panorama triste de tantas familias deshechas, de tantos jóvenes, muchachos y muchachas, olvidados de lo que significa Dios en una vida humana? ¿Qué está pasando? ¿Por qué no hay una respuesta más clara, si Dios nos lo pide con tanta claridad? No lo sé, pero tenemos que procurar planteárnoslo como el primero de nuestros deberes. De seguir así, pronto tendremos situaciones en algunas diócesis, en que no habrá sacerdotes para poder atender ni a la cuarta parte de los fieles que todavía haya.

De cara al nuevo milenio

Queridos hermanos, pidamos a Dios que sintamos todos como un golpe que nos produzca el deseo de responder a Dios con más decisión, para abrir nuestro corazón y lograr entre todos que haya respuestas más generosas, de parte de unos y de otros, para poder presentarnos ante Él, de cara a ese nuevo milenio. Dios está con nosotros y, con nosotros todos sus santos y sus vírgenes y sus mártires. En España también, que siempre hemos tenido tantos héroes de la santidad y del martirio, para dar testimonio inextinguible de fe y de amor. Volvamos a darlo, y que ese dardo que, por aquí, en esta estancia o más a la derecha, pudo haber sido captado con el espíritu si hubiéramos estado junto a ella, mueva nuestro corazón también y nos haga responder, del mejor modo posible, a la necesidad que siente el mundo de hoy de la presencia de Dios. Y responder también al deseo que el Señor tiene de entrar en nuestra vida social, en nuestra Iglesia, en nuestras familias, en nuestra juventud, en nuestros enfermos, en todos los que han sentido esa llamada, con el ímpetu con que se produce, cuando nos detenemos a escucharla, libres de los afanes de este mundo, liberados de todo lo que viene tantas veces a enturbiar lo que nuestra cabeza y nuestro espíritu nos va señalando como el deber más bonito, con el que podemos cumplir mientras estemos en este mundo. Que sea así.

26 de agosto de 1999

SANTA TERESA NOS ACERCA A DIOS

Tesoro particular

Estáis contentas vosotras de celebrar una vez más esta fiesta, que es como un tesoro particular vuestro. Porque hoy, el día señalado por la Iglesia, abris la cajita dorada en que se encuentra, para que lleguen sus fulgores a todos aquellos que puedan acercarse a la Encarnación o simplemente recuerden, que al igual que se acercaron otros años, también lo hacen éste, con alegría, con gratitud por poder celebrar la fiesta; y también por la posibilidad de añadir una efusión de gozo por el hecho, a que antes me he referido, y que vuelve a ser objeto ahora de la repetición que brota de mi alma de amigo. Me refiero a que también está presente con nosotros el capellán de la Encarnación, por cuya vida todos tuvimos un temblor que nos hizo sufrir mucho, cuando no se sabía si podría superar un trance tan amargo.

¿Quién no tiene carencias?

Estamos muy contentos de poder honrar a Santa Teresa de Jesús una vez más, y aquí venimos todos, necesitados y suplicantes. Necesitados, porque ¿quién no tiene carencias y pobrezas en su vida que hay que remediar? Y suplicantes, porque ante Santa Teresa somos como niños. A ella no la molestaba nada el que alguien se acercase a pedirle su intervención para hacerle un favor; por el contrario, estaba dispuesta siempre a regalar algo de su corazón. Y por eso, nosotros hoy, en actitud suplicante y como pobres que necesitan protección, estamos hoy aquí, simplemente imitando lo que otras veces hemos vivido, al considerar los detalles de esta fiesta. Ella escribió, porque pudo hacerlo, ese párrafo inimitable en donde aparece ella hablando de lo que le ocurrió aquel día, en que un arcángel venido del cielo traspasó su corazón arrojando un dardo precioso, para que pudiera encontrar cabida allí el mensaje que venía del cielo en ese momento.

Una efusión de gracias

¡Ah, hermanos! Algunas veces habéis pensado las monjas, los seglares, leyendo este pasaje, habréis pensado: pero, ¿por qué no seremos nosotros agraciados con algo semejante? ¿Tan indignos somos de que un pequeño dardo toque también nuestro corazón y nos deje heridos de ese amor, para poder seguir caminando mientras estemos vivos en la tierra? O de lo contrario, explicadme qué es esto, y por qué fue. ¿Qué ocurrió para que ella hable de ese dardo? Explicadme. Explicarlo, no se puede del todo, pero sí que se puede entender un poco. Mirad, cuando sobre un alma recae una efusión de gracias en una unión mística con Dios, tan abundante como la que recibió Santa Teresa, cuando se produce esa como inundación del cariño de Dios, la persona que lo recibe queda forzosamente tocada en los diversos órganos de su mismo cuerpo, que está

sujeto en esos momentos a la acción que le produce su interioridad desbordante. Entendámoslo: si hubiéramos estado presentes nosotros ese día en que, en la capilla, ella recibió el mensaje del dardo, diríamos que no habíamos visto nada. Nosotros lo diríamos así y no mentiríamos, porque no hubiéramos visto nada. Entonces, ¿es que no ocurrió nada? Cuidado, cuidado... Es que, por virtud de la fuerza con que la gracia de Dios tocaba su organismo, fue como recibiendo la caricia del Señor poco a poco en los diversos órganos de su cuerpo, y así Santa Teresa recibe en su imaginación, como una impresión calurosa de que ve algo, que no sé si ella lo ve, o cree que lo ve con sus ojos físicos. No importa, eso a ella no le importa. Con sus ojos está viendo algo, con su imaginación lo mismo, y se une la visión; y queda como traspasada, por lo que esos ojos están indicando.

El corazón es el símbolo del amor

Lo mismo le pasa con el corazón. El corazón es el símbolo del amor, es el órgano que recibe nuestro amor. Así, por ejemplo, cuando hablamos del Corazón de Jesús. Ante el Corazón de Jesús ha habido también muchas efusiones calurosas, fuertes, capaces de agitar el organismo, haciendo vibrar a ese corazón entusiasmado con Jesús que se dejar adorar, porque lo busca de los hombres, ya que es como el mejor servicio que Él puede prestar: dejarse adorar por los hombres que le aman. Y de la misma manera que la imaginación en el cerebro, y el corazón en el centro de su organismo, de la misma manera se produce también en la persona que tiene ese éxtasis, como un embellecimiento de su rostro, porque está siendo tocado por el aura deliciosa de una fuerza que viene del cielo. Y se le dobla la cabeza, y en todo momento hay como una tendencia, en el que está teniendo el éxtasis, a juntar las manos en aptitud de plegaria, y a doblar un poco el rostro, atento únicamente a la fuerza que se imagina, que piensa y que Dios, efectivamente, ha querido que sienta, para que pueda lograr otros fines más normales en la vida de la Iglesia.

Monja de la Encarnación

¿Qué fines, en Santa Teresa? ¿Qué fines iba a lograr con esto? Iba a lograr la gran empresa de la Reforma teresiana, a la cual se entregaría, llegado el momento, en un alarde de fuerza y confianza que todavía nos produce a nosotros una emoción cautivadora. Pero no es que ella lo palpase o lo tuviera, lo viese o lo tocase de una manera física, no. Aunque ella lo veía, aunque ella pensaba que era así, pero no, no había nada allí de presencia física. Había un torrente de comunicación amorosa con Dios, Dios Padre, que se entretenía con ella, simplemente para dejar depositada en su alma generosa la idea del mensaje, que poco a poco fue haciéndose en su vida norma segurísima de lo que tenía que hacer con la Reforma teresiana. Por eso es inútil que nosotros digamos, ¿quién pudiera tener esa visión que tuvo Santa Teresa? ¡A nosotros no nos puede ocurrir eso! En un alma que tenga esa interacción divino-humana, tienen que preceder muchos momentos de amor, mucha purificación, muchas mortificaciones, mucha adoración, mucha entrega, mucha humildad, mucha caridad, mucha elevación sobre las cosas del mundo. Tiene que parecer que vive en la tierra como si no viviera. Tiene que aparecer ella, monja de la

Encarnación, como si no lo fuera; tiene que pertenecer a una comunidad como a la que pertenecía, pero en la cual ella vive humilde, humildísimamente, y sólo cuando han precedido muchos amores, entregas, muchas generosidades, mucha mortificación, mucha pureza, sólo cuando ha precedido todo esto, puede venir ese éxtasis para que se inaugure un lenguaje con Dios, parecido al de ese dardo que llega a su corazón y le deja herido de amor para siempre.

Pluma que se clava en el corazón

Nosotros podemos recibir un dardo también que atraviere nuestro corazón. El dardo son los escritos de Santa Teresa, su pluma. Esa pluma se clava en nuestro corazón al escribir su vida, al escribir sus fundaciones, la historia de las mismas, al escribir libros de profunda espiritualidad, como las *Moradas*. Todo eso es un dardo, y un dardo que llega hoy al corazón de los creyentes; y los que lo reciben sentirán, como ella sintió en aquella ocasión, una caricia de Dios. ¡Cuántas religiosas y cuántas personas cristianas, a lo largo de su vida, habrán recibido esa caricia por medio de Santa Teresa de Jesús!

La filósofa alemana

Me acuerdo ahora de Edith Stein, la filósofa alemana, una mujer catedrática de Filosofía, colaboradora de hombres eminentes como ella, pero no creyente, aunque sí atormentada por no creer. Una situación terrible, pero al mismo tiempo alentadora. Dadme una persona atormentada porque no cree, y dejad que pase lo que tiene que pasar; llegará un momento en que cese el tormento, porque viene la creencia. Esta profesora estaba viviendo con esa preocupación, queriendo tener luz, que no tenía. Se pasa una noche entera leyendo las obras que escribió Santa Teresa, y cuando, ya de madrugada, considera que es suficiente lo que ha visto, cierra el libro y dice: sí, esto es, esto es lo que yo buscaba. Se bautizó y se hizo plenamente católica, y terminó siendo religiosa, carmelita descalza. Como era de origen judío, Hitler, el jefe de Alemania, con las particularidades propias de su ideología política, hizo que la apresaran y la envió a la cámara de gas, para que muriese como murió, asfixiada, ¡la gran profesora de Filosofía de la Universidad alemana!

Caricias santas de Dios

Dios envía mensajes de una manera o de otra. A todos ha dispuesto el Señor hacernos el beneficio singularísimo de sus regalos: los que vienen de la fe. El regalo principal es la fe. Aunque la hayamos recibido de niños pequeños, tiene merecimiento nuestro ser humano por poseer esa fe. Los padres que nos la han ofrecido y han cuidado de que no la perdamos, han estado colaborando con Dios, para que ese hijo pequeño al principio, infante después, adolescente más tarde, joven lleno de vigor, adulto formando ya otro matrimonio, como el formado por sus padres, unido con una mujer y constituyendo un hogar cristiano, ese niño que ha llegado a ser ese hombre, reciba también de Dios muchas caricias santas, muchas ayudas que no se saben cómo vienen, ni cómo se van algunas veces, que otras permanecen ahí siempre a nuestro lado, mientras dure una educación profundamente cristiana.

España, ¡pobre tierra!

Queridos hermanos, no puedo menos de referirme, aunque sea muy levemente, al momento triste que estamos viviendo en España. Sí, nuestra juventud se pierde por los caminos complicados de la vida: todo es afán de libertad, nada satisface, de noche y de día van buscándose los placeres de la tierra. ¡Pobre tierra! ¡Cuánto tienes que dar para satisfacer los anhelos insaciables de estos hombres y mujeres, que creen saberlo todo y no saben nada! ¿Qué saben esos muchachos y muchachas, aunque estudien en la Universidad, de lo que es la vida humana, la vida con la muerte que tiene que llegar, la vida con el dolor, la vida con el gozo de dar, con el gozo de la caridad, con el gozo de la pureza? ¿Qué saben ellos? No hacen más que repetir y repetir, como máquinas inconscientes, lo que han visto en los demás. Y lo que transmiten ellos a los que vienen después, que es tanto lo anterior como lo que va a venir, no es más que una triste repetición de los placeres desgraciados de todos los tiempos, cuando, buscando una alegría sin fin, se encuentran con una desilusión llena de tristeza, porque han muerto aquellos en los que creyó tanto, o porque, sencillamente, el correr del tiempo y de la vida se ha plantado ante ellos para exigirles que den cuenta de lo que han recibido en la vida de parte de Dios y de parte de los hombres.

La familia española está sufriendo un embate terrible, se está palpando ya en los pueblos pequeños de Castilla, también de noche, convertida la noche en día lujurioso para todos los ámbitos, convertida la noche en camino alocado de muchachos y muchachas, mientras sus padres les ven marchar y no saben si volverán al día siguiente. Muchachos y muchachas: ¿Qué hacéis con Jesucristo? ¿Qué pensáis de Él cuando lo veis en la cruz? ¿Por qué no os acercáis un poco de la mano de Santa Teresa, y os ponéis de rodillas ante Él, implorantes, porque sois necesitados y no os dais cuenta de la necesidad que tenéis, y vais poco a poco cayendo en torpezas sucesivas, que hacen más triste vuestra vida? Luego llega un día en que forzosamente, ni el matrimonio, ni la soltería pueden daros lo que buscáis como una compensación a vuestros esfuerzos.

Firmeza en la educación cristiana

¡Oh, hermanos! Me diréis que no es precisamente este auditorio el que tiene necesidad de escuchar estas impresiones... Pues sí, porque podéis orar y podéis reflexionar con ellos alguna vez. Y podéis no dudar, sino manteneros firmes en esa educación cristiana que habéis recibido, y pensar como Santa Teresa en lo que el Señor espera de vosotros, para que lo transmitáis a los que conviven o pueden convivir con vosotros.

Nada más, hijos. Reitero mi satisfacción por la alegría que hemos tenido todos, al ver cómo se ha recuperado vuestro capellán, don Nicolás, de la situación tan triste en que quedó. Y os felicito a vosotras, monjas de la Encarnación, otra vez más también, para que os consideréis dichosas de poder estar aquí dándole al Señor todo, vuestra imaginación, vuestro corazón, vuestro rostro, vuestra cabeza, vuestras manos implorantes. Dios os bendiga.

26 de agosto de 2001

LA VIDA DE SACRAMENTOS LLEVA AL DARDO DE AMOR

Queridos hombres y mujeres devotos de Santa Teresa, que os reunís aquí año tras año y a los cuales puedo yo contemplar, con la devoción que me sugieren las personas que escuchan con tanta reverencia esta narración que hacemos, tomada de la Vida de Santa Teresa. Se toma la narración y se celebra una fiesta; es una fiesta espléndida, original. No puede tener una imitación en sí misma; pueden suceder fenómenos parecidos a este que narra Santa Teresa.

Sufrir y gozar

Amaba mucho, y ese amor creciente en su alma cada día, la fue disponiendo para poder recibir de Dios una caricia inefable. No se ha producido otra cosa igual. Ella dice que fue verdad, que lo sintió, que los que lo duden, ojalá puedan tener el mismo fenómeno sobre su ser propio. Y entonces verán lo que hay de verdad en lo que parece una ficción. Un día orando, transportada al cielo de su oración, vio venir un ángel de los que llaman querubines, que lanzaba un dardo de oro que fue a clavarse en su corazón... Dejémosla así, dejémosla así, que sufra y que goce, las dos cosas a la vez. Porque el sufrir en ella, por eso, va a servir para amar más y el amar ahora, sirve ya para que el sufrimiento no sea excesivo. Hermanos míos, ¡qué persona Santa Teresa, maravilla de ser humano, de mujer!

Se ha escrito tanto sobre ella y se ha pretendido por tantos autores indagar hasta lo más profundo de su ser, y la posibilidad de este acontecimiento, que tendríamos que acudir a las academias para tratar de discutir el tema. No, aquí no estamos para eso, y yo ni discuto ni rechazo, ni pongo ni quito. Santa Teresa sintió que un dardo venía y atravesaba su corazón, dejémosla... ¡Santa Madre Teresa, piadosa hija de la Iglesia! Yo vengo aquí ya, después de treinta y tantas veces que estoy predicando en esta fiesta, gracias a la bondad de las religiosas y de su capellán, don Nicolás. Tantos años ya, sin más contemplaciones, me rindo del todo ante lo que ella diga, y no sé explicarlo ni cómo hay que interpretar esta parábola. Dejémosla...

A la cumbre del amor

En cambio, voy a hacer una reflexión por otro camino, queridas monjas de la Encarnación. Sí. Yo no voy a invitaros a que esperéis que el dardo llegue a vuestro corazón. No; pero sí os invito a que vayáis recorriendo un camino en vuestra vida, que os permita ascender a la cumbre de una vida de amor. En lugar del dardo o en sustitución del dardo, pedid eso: “¡A la cumbre del amor, Dios mío! Quiero vivir esto en mi vida de carmelita, en este convento que lleva sobre sí la historia de varios siglos de fuerza celestial sobre cuantos vienen aquí.

¡Quiero llegar a la cumbre! A la cumbre ¿de qué? Pues, en lugar de la cumbre del dardo que atraviesa mi corazón, quiero llegar a la cumbre del amor hasta la muerte, amándote cada vez más, Jesús mío, Jesús querido, Cristo bendito, amándote cada vez más, por los caminos que tengo que recorrer... “¿Cuáles son? Y aquí viene mi explicación de hoy.

Los sacramentos

Los caminos que tenéis que recorrer son tres para ir subiendo a la cumbre:

1º. El camino sacramental, el de los sacramentos que habéis recibido. Hay varios sacramentos: bautismo, confirmación, penitencia, eucaristía y, llegado el caso, disposición de nuestra vida en manos del Señor que la llama para sí. ¿Por qué no se valoran más los sacramentos? ¿Por qué no trabajáis más, religiosas, sobre lo que significa el don que os ha hecho Dios, el dardo de daros y darnos los sacramentos? (Prescindo de otros sacramentos en el caso vuestro, porque no estáis llamadas a ellos; me he fijado en los que recibís normalmente: bautismo, confirmación, penitencia y eucaristía.)

Bautismo. ¡Pero si lo recibió el Señor! No es que Él lo recibiera porque lo necesitara, pero lo necesitaba la Iglesia que iba a fundar; y empieza a pedirle al Bautista que lo bautice a Él, porque es Él el que está llamado también a recorrer el camino. Y de esa manera traza, para toda la Iglesia, esa marcha valiente y fervorosa, de los pocos años que vivió en la tierra, de los muchos años que vivimos nosotros.

Y con el bautismo, la confirmación. ¡Oh, la confirmación! El don del Espíritu Santo es la fuerza de Dios que viene al alma del que lo recibe. Pueden ser niños pequeños, pueden ser adolescentes, ya con suficiencia en ellos, pueden ser adultos, pueden ser ancianos que por la razón que sea no lo recibieron antes. Pero es el Espíritu Santo el dardo que va hasta ahí. Hoy, en virtud de lo que se está extendiendo tan ligeramente entre los jóvenes, oigo con pena a muchos sacerdotes lamentarse de que muchos muchachos y muchachas hasta que se confirman, acuden presurosamente a recibir las instrucciones necesarias; desde la confirmación, lo dejan todo. ¿Por qué? ¿Por qué? Si lo que tenéis en ese momento no os lo puede dar el mundo, vale más que todo lo que llevéis; más que el vigor vuestro, muchachos; más que la belleza vuestra, muchachas, vale un poquito del Espíritu Santo que se recibe en la confirmación. Teníamos que estar dando gracias a Dios toda la vida por el Espíritu Santo que hemos recibido. Y, sin embargo, lo recibimos, se celebró una pequeña fiesta en la parroquia, habló el señor cura, y ya no se hace más. Muy pronto se olvida el hecho y las circunstancias en que se realizó, y nos quedamos desprovistos de una fuente de energía, con la cual, bien educados, si se nos instruyera bien en lo que hay que hacer, se podía asegurar que íbamos a tener para toda la vida un caudal de energías espirituales, vencedoras del pecado y alentadoras de nuestra espiritualidad católica. ¡Espléndido!

Recibir el perdón

Ya tenemos dos caminos: éste el que señala el bautismo; el que vuelve a señalar la confirmación. Y seguimos, seguimos por ese camino primero, dentro del cual han ido surgiendo caminos más pequeños: la penitencia. ¡Oh Dios mío! ¡La penitencia! Religiosas, hermanos, hombres y mujeres, aquí hay que cambiar todos, ¡todos! Y recibir la penitencia, recibir el perdón, recibir la reconciliación con Dios, porque él se coloca en esa aptitud de perdonarnos. El perdón de Dios, a pecados graves y a pecados leves, los que sean. Si los hemos cometido, basta eso tan sencillo: arrodillarse ante el sacerdote, casi ni hablar. Hay que hablar, hay que decir, pero poco, lo necesario para entendernos. Pero habría que quedarse en silencio; en silencio el sacerdote y en silencio el penitente, y ambos decir: aquí está cayendo sobre ti como un dardo de oro el perdón de Dios que atraviesa tu alma. La penitencia es un sacramento colosal. ¡Oh! Se está despreciando y desestimando todo, y nos encontramos ya con muchas parroquias en que, los hombres sobre todo, a lo mejor hace veinte, treinta años que no se confiesan; y ya todo es rutina, todo es miseriuca espiritual, están envueltos en una torpe cadena de caídas y levantamientos progresivos, y vueltas a caer. Pero cuando ya han pasado veinte, treinta años, un acontecimiento especial que se produce, o porque ha venido tal imagen, o porque se habla de la aparición de la Virgen María, el corazón siente una llamada y se acerca; otros, nada, absolutamente nada. Hermanas, éste es un camino que lleva a la cumbre, hay que estar dando gracias a Dios constantemente por el don del sacramento de la penitencia, porque nos perdona. Perdón, Señor, perdón, yo te pido perdón por mí y por cuantos están aquí, que hemos recibido el sacramento de la penitencia y no lo utilizamos como un camino para llegar hasta la cumbre.

La visita al sagrario

Y por fin la Eucaristía, ¡la Eucaristía! Aquí me callo, aquí no hay más que, con fe, actuar, abrir los ojos y abrir los labios, y si el sacerdote es como tiene que ser, dejar a ese hijo de Dios, de conciencia restablecida para la paz y el amor, dejarle que camine, y que sea un alma eucarística. ¡La misa, la visita al sagrario! Aquel hombre, amigo mío, ingeniero –murió su mujer en plena juventud–, volvía todas las tardes a casa, donde le esperaban los dos niños que tenía; pero antes entraba en una iglesia y estaba media hora, adorando al Señor. Se había quedado tan solo, sentía tan hondamente la ausencia de su mujer querida, que lo único que hacía era seguir de rodillas. Un día me dijo que es que..., hundía las rodillas en el suelo. “¡Qué vas a hundir! –le dije yo–, tú no hundes nada, tú te elevas; es Dios el que te está elevando hacia la altura cuando haces esa labor de adoración para encontrar consuelo a tus ojos. Las lágrimas que corren por tus mejillas, se convierten en perlas, perlas de amor, como las que diste un día a la que entonces era tu novia”. La Eucaristía, ¡santo Dios! ¡Que tengamos ese tesoro en la Iglesia, y tengamos a la vez tantos sagrarios abandonados!

No comento el otro sacramento, la unción de los enfermos. Es otro gesto de misericordia precioso, que nos regala Cristo y que no hay que temer, de ninguna manera.

Religiosas queridas, ¿decís que no hay medios fáciles para santificarse? Pues primero, el de los sacramentos, éste. Pensad ahí, echad vigor, el que brote de vuestro corazón, y recorred el camino.

La Iglesia

2º. Y pasamos al segundo, porque hay otros. Pero ahora voy a citaros otro camino, que nos puede llevar también a la cumbre, para que el amor, como un dardo, nos atraviese. Un segundo camino, sí. En el Evangelio se dice hoy: “El que me ama guarda mi palabra, y Dios, mi Padre, vendrá a él, y estaremos con él”. ¿El dardo? No. Estaremos nosotros, el Padre y el Hijo; lo dice Jesús. ¿Con quién? ¿Por qué? ¡Ah, hermanos! El camino que yo tengo que indicaros esta tarde es la Iglesia. Hablo de la Iglesia en general, la Iglesia que ama, la Iglesia que sufre, la Iglesia de los niños, la Iglesia de los jóvenes, la Iglesia de los matrimonios, la Iglesia de las familias, la Iglesia de los sacerdotes, la Iglesia de los obispos, la Iglesia de los sínodos, la Iglesia del Concilio, la Iglesia de la misericordia, la Iglesia de la paz, la Iglesia de los santos, la Iglesia de la liturgia, la Iglesia de las fiestas, la Iglesia que nos congrega a todos cuando todo falla, la Iglesia que pone su mano bendita sobre nuestra frente sudorosa cuando estamos ya próximos a la muerte, la Iglesia santa, la Iglesia que se construye en una ciudad rica o en un lugar muy pobre, la Iglesia que abre sus puertas siempre para que entren los que buscan la paz, la Iglesia que aparece con todo su esplendor en una catedral, y que igualmente se hace infinitamente amable siendo una iglesita pequeña, porque no se puede hacer más grande, la Iglesia que, teniéndolo todo, no puede disponer de dinero para hacer algo mejor, y se conforma y sufre y ama. ¡Iglesia Santa! La Iglesia del Papa Juan Pablo II, que va recorriendo el mundo entero y entrando en iglesias de todos los estilos, para rezar allí y ofrecer su oración, en lugar de nosotros tan olvidadizos y que nos quedamos a un lado.

La Iglesia santa, católica, apostólica. La Iglesia bendita, la Iglesia llena de fuerza, la Iglesia llena de amor. La Iglesia que bautiza, que confirma, que da la Eucaristía, que da la ordenación sacerdotal al que se ordena para ejercer después el sacerdocio. ¡Esa Iglesia! Hay que recorrer ese camino y pensar mucho en ella, mucho. En sus diversos aspectos, en sus riquezas propias, que nos las da: son para nosotros. Es un gozo inefable entrar en una iglesia, ponerse de rodillas, pedir perdón una vez más, y sentarse un poco a hablar, ¿con quién? Con Aquel que dijo: “Yo edificaré mi Iglesia sobre ti, Pedro, y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella.” Y así, se ven persecuciones constantes, martiriales; y, sin embargo, la Iglesia sigue adelante cada vez con más fuerza. Si se hunde en un sitio, en el otro crece y va apareciendo la Iglesia misionera, con los medios que hay hoy, superiores a los que había ayer, pero no en el amor, con unos hijos y con otros. Es la Iglesia de Santa Teresa de Jesús y la Iglesia de Santa Edith Stein, la alemana condenada a sufrir los tormentos de la cámara de gas, la profesora de Filosofía, que Hitler ordena que asesinen de esa manera tan inicua. Y murió dibujando en su rostro una sonrisa, que no podía señalar con claridad, porque ya no tenía fuerzas para ello, pero con sus manos podía coger todavía algo: el Evangelio que llevó tan acertadamente en su explicación y en su vida. ¡Iglesia querida, Iglesia santa!

Para nosotros, los sacerdotes, es nuestra de una manera particular, es nuestra. La fábrica no, el templo no; somos pobres, y si algunas veces tenemos un templo rico, porque nos lo ha dejado el curso de los siglos, decimos: Ahí está, pues Jesús es hermoso, lo merece todo; que merezca también ese templo tan precioso, esa catedral, lo que sea. Cuando entremos en una iglesia, digamos, de manera que no me oiga nadie, solamente yo: “Madre, soy hijo tuyo, hijo de la Iglesia, ¡benditas seas, Madre mía!”

¿Cómo está vuestro amor?

3º. Y por fin, otro camino, un tercer camino para subir a la cumbre; el dardo es la cumbre, el amor. El amor que dice la Carta a los Corintios de hoy, que lo vence todo, y es más que la predicación, y más que la limosna, y más que las palabras y más que el saber. ¡Ah! No sirve nada, si no hay amor no hay nada. Pues bien, hijos, y termino, porque esto es excesivo. El tercer camino nace aquí, dentro de cada uno. La Iglesia es ella, la institución creada por Cristo. Los sacramentos son eso, las fuerzas dadas por Cristo para sostener la Iglesia. La vida personal del cristiano es otra cosa, es la decisión personal, valiente, firme, estable, gozosa, desde que empieza a tener uso de razón. Desde esa pobre niña que nos encanta, cuando está con su madre, porque ya sabe rezar y se pone a rezar haciendo algún gesto precioso con sus manitas juntas, y reza un avemaría o un padrenuestro. Esa niña, uno de vosotros, yo, cada uno, tiene una carrera que hacer. Religiosas, cada una: ¿cómo está vuestro amor?; ¿cómo está vuestra penitencia?; ¿cómo está todo odio a toda presunción vana?; ¿cómo está vuestra entrega total para evitar envidias y celos?; ¿cómo está vuestra aceptación de los destinos que tenéis dentro de la comunidad?; ¿cómo está vuestra valentía para, sin que nadie lo note, estar mortificándoos, y avanzando en el camino de la penitencia y del rigor en medio de todos los momentos duros que podéis tener?

Éste es el camino de cada uno, el camino vuestro, hombres, mujeres, el camino que os permite seguir también hasta la cumbre. Pero ¿a través de qué?; ¿creando qué? Creando una familia, lo más grande entre los valores humanos que hay en la vida: la familia. Y tenéis el deber de cuidar esa familia, y de tener el valor para, delante de unos y de otros, aunque sea el que ha sido invitado por vosotros a comer a casa, rezar antes, hablar de Dios. Procurad en algún momento, con los amigos que tenéis, sacar el tema de Dios; pensad en alguno de los santos. Pasado mañana estaré yo predicando de San Agustín, porque es el día 28 su fiesta, y me rendiré también ante él, viendo que yo no soy nada de lo que fue aquel hombre; aquel hombre fue un pecador, que se arrepintió y se entregó de una manera tal, que han pasado tantos siglos desde que él vivió y se le sigue citando en el Concilio Vaticano II más que a ningún otro.

Cariño más vivo a Santa Teresa

Hermanos, hoy he sentido yo una especie de cariño más vivo a Santa Teresa de Jesús, y como tenía que tratar este tema, se me ocurrió establecer este triple camino y decir: seguidle, seguidle y adelante, y que venga el dardo, dejadle. Es decir, que me dispenséis si me he excedido, pero amo mucho a la Iglesia, mucho. Es lo mejor que hay en el mundo para poder dar la paz. La labor que está haciendo sólo el Papa actual, ya casi llegando a los cien viajes por el mundo

entero, caminando de esa manera, como que se va a caer en cada paso que da, la labor que está haciendo, ya se notará, ya se notará. Está llegando a muchos corazones que no hablan, les cuesta hablar, porque ellos son tan sabios y tienen tanta fuerza y tanta sabiduría que, para ponerse a hablar de esas cosas, se callan; pero dentro hay algo que hurga su alma y que les hace pensar en que ellos también necesitan este amor, más que el dardo: el amor de Dios.

Soplo del Espíritu Santo

Monjas de la Encarnación, pedid al Señor que, en lugar del dardo, os envíe un soplo del Espíritu Santo y que os llene del Espíritu Santo, para ser santas de los pies a la cabeza. Y nosotros, sacerdotes, sacerdotes cien por cien, con gozo de serlo; no arrepintiéndonos de nada de lo que la Iglesia decide, y queriendo a la Iglesia, porque es nuestro tesoro, como el que tiene que custodiarlo de noche y de día, cuidando de nosotros y gritando, llenos de amor, una decisión firme de vivir cada vez mejor nuestro sacerdocio de Cristo, soplo del Espíritu Santo también. ¡Iglesia bendita!, que nos conservemos siempre acogidos a su protección y viviendo con sencillez, como unos niños pequeños. ¡Ay, Cristo, Cristo!, que dijiste: *Los que no se hagan como estos niños pequeños, no son dignos de mí...*

¡Bendita seas, Iglesia! ¡Bendita seas, Teresa de Jesús!, con tu pecho atravesado por el dardo, y con tu amor que llega hasta nosotros año tras año, y hace que también queramos subir a la cumbre.

Mis oraciones hoy son todas para vosotros, los que estáis aquí y las que estáis arriba.

La Iglesia santa, los sacramentos y el amor de la Iglesia Madre. Que ella nos proteja a todos.

26 de agosto de 2002

DIOS PREPARA A SANTA TERESA PARA LA REFORMA

Nuevamente ofrezco mi saludo respetuoso y cordial al Señor Obispo de la Diócesis, aunque no esté hoy aquí; pero sí que está, y se lo ofrezco del mismo modo, al Señor Obispo de Bilbao: con sumo gusto me presento ante él dejándome llevar por los mejores sentimientos que a un amigo querido se pueden exponer, tratándose de una situación como ésta. Y a vosotras, carmelitas queridas, que hace tanto tiempo que nos conocemos. Y a vosotros, capellán ilustre, don Nicolás, y otras personas que estáis aquí. Me dicen que está presente un grupo, nada menos, que de 50 peregrinos de Murcia: ¡Bienvenidos, peregrinos murcianos! En una palabra, todos cuantos estáis aquí. Yo recojo el saludo que brota de vuestro corazón en la piedad para con Dios y en la cortesía para con nosotros; lo recojo y, lo que puedo hacer es brindarlo y ponerlo en manos del Señor, en este altar junto al cual tantas veces ya nos hemos sentido amparados y protegidos.

Ángel que, siendo pequeño, era mayor

Queridos hermanos, se me ha ocurrido algo que tenéis que dispensarme que haga, porque no es normal. Me he puesto a pensar qué tenía que decir el día en que viniera a exponer una homilía aquí, en el templo de las Carmelitas de la Encarnación. Y se me ha ocurrido que podía intentar explicar el porqué Santa Teresa habla de ese dardo, que vio venir lanzado por un ángel, un ángel que siendo pequeño era mayor, un ángel que venía disparado hacia ella, en un momento en que estaba no adormilada, sino despierta con toda la fuerza de su psicología, despierta y deseando recibir lo que Dios quisiera. Un dardo que recibe otras veces el nombre de querubín; un dardo de fuego que elimina todos los obstáculos y va a clavarse en su corazón.

Lección soberana

¿Por qué? ¿Cómo es esto? ¿Cómo se puede entender? Queridos hermanos sacerdotes, religiosos, religiosas hijas de la Santa Madre, vosotras habéis leído mil veces esta lección soberana de que la Madre Teresa estuviera como transportada y que, en un momento dado, con fuerza especial que llegaba hacia ella eliminando todos los obstáculos, recibiera ese obsequio que le venía de Dios mismo. ¡Dios santo! ¡Dios santo! Pero ¿cómo es posible? ¿Lo vieron algunos de los que estaban con ella en el coro? No, no, ni era necesario. Lo vio ella, sí. ¿Se puede asegurar que sí que lo vio? Se puede asegurar. Porque ella dice que estando en el coro vino ese mensaje que Dios le enviaba y vio llegar esa como fuerza especial, que rompía y eliminaba todo obstáculo y penetraba en su corazón. ¡Dios santo ¿cómo es posible esto?! ¡Virgen Santísima! ¡Teresa de Jesús! ¡Oh, Señor! ¡Cristo Bendito! ¿Cómo fue eso?

Sí, un dardo con la punta dorada; como para hacer ver que estaba muy dispuesto a clavarse en la persona a la que iba dirigido. ¿Qué se pretendía con ello y quién lo pretendía? ¿Quién? ¡Dios! Nada más: ¡Dios! El hecho es de tal categoría y lleva consigo una significación tan grande, que necesariamente se rinde uno, pero dispuesto a poder recibir los significados hondos que tiene ese ángel que llega hasta nosotros.

Paternidad de Dios

Sí, hijos, el corazón de Santa Teresa recibió ese obsequio de parte de Dios, pero lo recibió, porque Dios quiso dárselo. Se lo quiso dar, como una equivalencia a una gracia especial. Ese dardo es una gracia especialísima, una gracia. ¡Hay tantas! ¡Ofrece Dios tantas! De tal manera se derrama la paternidad de Dios sobre el mundo de las almas redimidas, presentando a muchos, sin que lo sepa nadie, las gracias que, como un torrente, vienen a llevarnos hasta los pies de Jesús bendito.

Dios prepara a Teresa

Yo me he puesto a pensar esto, éste es el hecho; se nos ha leído otra vez el pasaje de esa fuerza divina, que fue a parar al corazón de Santa Teresa. ¿Por qué? Aquí viene mi explicación, y como estoy seguro de que no es una manera ilícita de entenderlo, por eso lo digo, la expreso a todos vosotros y os animo a pensar en esto.

Lo que ocurrió fue una gracia especialísima de parte de Dios, dirigida al corazón de Santa Teresa, con la cual Dios daba a aquel corazón bendito un favor especial con vistas a lo que iba a venir después. Pronto se iban a producir, en la vida de Santa Teresa, fenómenos que nacían del firmamento celestial, nacían del mundo que nos rodea, nacían de la plata de los ríos y del oro de los océanos, nacían de todo el bien que se puede encontrar cuando pasamos por los paisajes más bellos de la naturaleza. Dios quería preparar a Teresa a lo que había de producirse muy pronto en su vida. Según la viera alguno caer de un lado o de otro, con sus ojos medio cerrados y medio abiertos, parecería como una hija del cielo que ha recibido la gracia de Dios, y muy segura va a quedar respecto a las dificultades que vengan en su vida. Sí, sí, ésta es la versión que me parece que puede darse; también se puedan dar otras, pero yo me inclino a pensar esto.

Edificios pequeños

Por ejemplo, cuando Santa Teresa empieza a pensar en la Reforma teresiana, pensó en poder asegurar los edificios que tendría que hacer en el futuro. Tendría que cambiar casi todos, tendrían que ser muy distintos. Serían edificios pequeños, pobres, difícilmente sostenibles, pero, dentro de su pequeñez, sostenidos. Así serían elegidos por ella misma obedeciendo una fuerza especial. Ésa es una dificultad grande, pero ella era capaz de vencer esa dificultad y de romper todos los obstáculos.

Gigante del espíritu

Segundo, en algún momento Teresa de Jesús tendría que encararse con personas que no facilitaban, con su comportamiento, los pasos que tenía que dar aquella gigante heroica del espíritu. Así la llamo hoy: gigante del espíritu, así la llamo porque así lo era. También tendría una dificultad en luchar con aquellas personas que se oponían a ella, tan pobre, tan carente de medios, tan necesitada de locales pequeños y acomodados a lo que era el nuevo estilo que iba a venir después. Lo mismo cuando, siguiendo ya la marcha y hablando con unos y con otros, trata de disipar las dificultades que nacen en el alma de muchas personas, que no quisieran que desaparecieran conventos como éste, ni ella tampoco, pero ella buscaba otra cosa. Teresa de Jesús buscaba una casita pequeña, humilde, pobre, con un número limitado de religiosas, que podrían vivir en Ávila, la ciudad querida. Santa Teresa estaría volviendo a ver el dardo cuando pensara en la ciudad querida de Ávila...

Capacidad de amar

Atravesando techos y paredes vino el dardo y entró en este edificio, en el lugar en que estuviera, y simplemente lo que hizo fue un movimiento, como una caricia; lo que correspondía a su alma tan delicada en la acción que realizaba para caminar en adelante, haciendo como el modelo del nuevo convento que podía asegurar. Y saldrían nuevas dificultades, ya lo creo, y, resuelta una, se sucederían las otras. Y tendría que avanzar con una dificultad tan grande, que sólo se podía vencer con un dardo de oro que pasara junto a ella dejándole el regalo de su capacidad de amor, de su entrega, de su rendición, de su entrega total, para ofrecerlo al Señor y seguir adelante el camino del dardo, equivalente a las gracias y gracias que seguía ofreciéndole el Señor.

¡Oh, hermanas!, yo no sé si vosotras habéis meditado seriamente en este pasaje colosal... Hace mucho que yo vengo por aquí y vengo encontrándome con vosotras, y doblando mi cabeza también en señal de amor y de entrega generosa, al pensar en todo lo que Santa Teresa tuvo que hacer en su vida para lograr la Reforma. Con un santo como San Juan de la Cruz, con otros hombres dignísimos de la Orden de los Carmelitas, que la acompañaban y la querían y le mostraban la atención respetuosa que tenían a aquellos gestos y aquella consistencia en medio de todas las dificultades que iban apareciendo.

Como premio: el dardo

Teresa de Jesús recibió ese golpe de oro que hería su corazón, pero no lo hería. Recibió como premio el dardo, no para usar de ello en un alarde de potencialidad que para ella no existía. Ella no quería alardes, ella no quería más que humildad. Y seguía adelante, empapándose cuando llovía, aguantando las heladas y el frío, cuando hacía frío y había heladas. Poco a poco, Santa Teresa de Jesús, en diversos lugares de España, muy diversos, plantó su pie, y entró a iniciar conversaciones teniendo que vencer las dificultades, en todo momento rindiéndose, como quien deja que brote de lo mejor de su corazón para que entre lo mejor del corazón de las otras religiosas que ahora esperaban a esta santa madre, que llegaba a dejar su alma y su espíritu en la forma en que lo hacía.

Nosotros, queridos hermanos, no fuimos dignos de encontrarnos en esa situación a la que me he referido; nosotros no somos más que herederos. Con nuestras manos torpes y pequeñas, hemos recibido esa herencia.

Las puertas abiertas de los Carmelos

Yo he sido veintitantos años Arzobispo de Toledo, con siete conventos de Carmelitas. En todos he encontrado puertas abiertas y puertas cerradas. Cerradas para lo que tienen que estar cerradas; abiertas para lo que se deben abrir: para que entre con más fuerza el dardo del amor en el corazón y en la cabeza de las que están allí. No he tenido reparo nunca en entrar en un convento de éstos, para iniciar una conversación en la que pudiéramos tratar de los aspectos de la casa, que tenía esta dificultad, encerraba la otra y que, sin embargo, permitía que las hijas que vivían allí me mirasen sonrientes, sin insistir nada, exponiendo lo que necesitaban y confiando en que, como Santa Teresa recibió el procedimiento necesario para vencer la dificultad naciente, ellas lo recibirían también. Y lo comentaban conmigo, y tenían esperanzas y me ayudaban a mí a pensar como ellas. Y llegaba un instante en que la puerta cerrada se hacía puerta abierta, pero era ya para introducir los objetos que eran necesarios para poder tenerlos en la casa en que vivirían, superadas las dificultades que se habían presentado hasta entonces.

El dardo: preparación para grandes empresas

Ésta es mi versión, y, si no es exacta, dejo que otros más exactos que yo pongan dificultades a la misma y nos traigan aquí elementos de solución; y les digo: dadme otra interpretación, dadme otra. Yo no doy más que ésta: es la gracia de Dios, la gracia que rompió el corazón de Teresa. ¿Para qué? Para vencer las dificultades que se iban a presentar, las que ponen los hombres. ¿Con qué valor contaba Santa Teresa? Con las ayudas que pone Dios. Frente a la ayuda de los hombres, la de Dios; y con la de Dios fue caminando esta heroína, mujer de inmensa valía, que ha despertado en todas las ramas religiosas del mundo, no sólo en las que se refieren a las órdenes religiosas, tantos amores y tantos ímpetus y entregas generosas. En cualquier género de vida de tipo recogido podemos preguntar si conocen algo de la vida de Santa Teresa de Jesús y nos contestarían: sí, es nuestra madre; sí, tiene un corazón abierto; sí, abierto por un dardo; sí, un dardo que vino enviado desde el cielo. ¿Quién lo trajo? Un ángel pequeño, de los que llaman querubines, lo trajo; y le sirvió para poder abrir 14 fundaciones nuevas, en las cuales brilló muy decorosamente el amor con que ella obró; para rendirse, con toda su fuerza y todo su amor; para seguir obedeciendo a Dios y cumpliendo el mensaje que venía de los cielos.

26 de agosto de 2003

SANTA TERESA, LA OPCIÓN POR LO TRASCENDENTE

Homilía pronunciada el 8 de octubre de 1981, en la Misa concelebrada en la Iglesia Catedral de Ávila, con motivo de la apertura, días después, del IV Centenario de la muerte de santa Teresa de Jesús.

Excelentísimo Cabildo de la Catedral y hermanos todos en Jesucristo, particularmente vosotros, queridos sacerdotes concelebrantes.

Saludo también a los que no están aquí físicamente presentes, pero oyen mi palabra a través de la radio. Os consideramos espiritualmente unidos con todos cuantos estamos aquí.

Ávila tiene muchos motivos para celebrar centenarios o conmemoraciones en fechas determinadas, porque tiene muchos hijos ilustres. Algo especial hay en esta tierra capaz de engendrar individualidades tan poderosas. Muchas veces he comentado esto con mis amigos de la propia Ávila. Lo reconozco así, con sumo gusto. Yo que soy castellano y de tierras próximas a ésta: algo hay aquí. No sé por quién transmitido; pero existe. En la historia política y cultural de España, en la historia de la Iglesia, siglos atrás y también en tiempos que todos hemos conocido, han ido surgiendo personas llenas de capacidad para señalar rumbos y abrir caminos, en esta tierra abulense. Pero, desde luego, ninguna hija tan ilustre como Teresa de Jesús. Ésta supera a todos.

Me habéis invitado, y yo ofrezco mi humilde obsequio al venir aquí esta noche, con sumo gusto, tanto más cuanto que no podré tener la satisfacción de participar en la apertura del Centenario, tanto aquí como en Alba de Tormes, por tener que encontrarme esos días en Roma. Vengo de Toledo, y algo traigo también de aquella tierra: es un saludo fraterno y familiar. Teresa de Jesús, por parte de padre, era oriunda de Toledo. Lo que ocurre con este Centenario es que no solamente es Ávila la que lo celebra. Ha ocurrido aquí algo especial. Ávila ha dado con su hija todo lo que tenía, y ahora es toda la Iglesia de España y la Iglesia universal, en cuanto que el Papa está también asociado a estas celebraciones, que conmemoran lo mismo que vosotros conmemoráis. De manera que habéis sido incluso generosos para dar lo mejor que teníais, y ahora, toda la Iglesia, y aun el mundo de la simple cultura humana, consideran también como algo suyo a Teresa de Jesús y su obra.

No hace falta que echéis las campanas a vuelo. Las campanas de Ávila suenan siempre. Aunque sean únicamente las de las espadañas de esos conventos de Carmelitas y de otras Órdenes religiosas. Esas campanas suenan siempre, tanto como las de la Catedral, y se oyen con gozo repicar por parte de todos los que buscan sonidos distintos de aquellos a los que están acostumbrados nuestros oídos.

Nuestra fe tiene un sentido

¡Oh, hermanos! Se nos pregunta a los cristianos acerca de nuestra fe, y en conversaciones y tertulias de amigos, en grupos familiares, en círculos académicos, en las aulas escolares, en un hospital se habla y se pregunta sobre la fe cristiana. Y la pregunta es casi una acusación despiadada. Desde luego, los que acusan no empiezan por reconocer las propias culpas. Solamente tratan de ver la paja en el ojo ajeno.

Pero la pregunta existe: ¿para qué sirve vuestra fe? ¿Qué hacéis con ella, vosotros, los cristianos? Nos acusan de inoperancia, de falta de eficacia transformadora, de abundancia de contradicción entre lo que profesamos y practicamos. ¡Bien! En este momento no estamos aquí para defendernos. Simplemente subrayo el hecho de la pregunta.

Y la Iglesia responde. Responde en cada tiempo y según las exigencias de la época. En la nuestra viene respondiendo con un Concilio, con Sínodos, con documentos del Papa, de ahí esas tres encíclicas: “*Redentor del hombre*”, “*Rico en misericordia*” y “*El trabajo humano*”, que son focos de luz en el mundo actual. Y responde con la acción evangelizadora de obispos, sacerdotes y religiosos en el mundo entero, a pesar de todas nuestras deficiencias. O con la conmemoración de un Centenario como éste, que es otro foco potente de luz. Y nos presenta a Teresa de Jesús, que es: ¡una respuesta! Ahí, la pregunta que puede hacer el mundo, si es leal, no tendrá nunca sentido de acusación. Tendrá que rendirse ante la magnitud de la figura y de la obra y a lo sumo, buscando una recapitulación provechosa, le dirá –con la cortesía y gentileza del hombre culto, si es que no es con la piedad del que tiene fe–: ¿qué hiciste tú, Teresa de Jesús, testigo de la fidelidad y del amor?

Santa Teresa orienta nuestra vida

Y hay respuesta. Hay respuesta en esa presentación, que la Iglesia nos hace de una figura tan grandiosa como nuestra querida Santa de Ávila: **La opción por lo trascendente.** Eso es lo que ella hizo.

En un libro de historia de la Iglesia Teresa de Jesús aparecerá como reformadora del Carmelo. Y no es poco. No solamente restituyó esa Orden religiosa a su observancia primitiva, sino que de ese modo contribuyó a que se reformaran otras o a que surgieran algunas nuevas con los mismos afanes de pureza evangélica. Ya es bastante haber escrito ese capítulo en la historia de la Iglesia. Pero, para mí, no es esto lo principal en Santa Teresa de Jesús. Eso es algo concreto, localizado si se quiere, enormemente difícil, heroico, fecundísimo, capaz de dar muchos frutos entonces y ahora. Pero en Teresa de Jesús hay algo más. Va por encima de la reforma de una orden religiosa. **Es la predicación viva del sentido de Dios: la trascendencia de la vida.**

Sus escritos, sus actuaciones, sus ejemplos, su vida y su muerte han traspasado las barreras no sólo de la Orden de las Carmelitas, sino de la propia Iglesia Católica, y son todas las religiones –incluidas las no cristianas– y simplemente los hombres que se precian de distinguir y valorar los aspectos profundos de la cultura, los que rinden testimonio de admiración a un ser humano, que en una

época determinada, hizo brillar con luz que no se ha extinguido, ni se extinguirá jamás, **el sentido de Dios en la vida humana.**

A nosotros, los hombres que nos afanamos por lo inmediato, por lo que vemos, por lo que palpamos, y caemos tantas veces prisioneros de las redes de los falsos humanismos, Santa Teresa de Jesús nos ha advertido, nos ha hecho sentir que eso es quedarse en la cerca del Castillo, entre malezas y sabandijas. Convertirse en predicadores de este humanismo, hoy, y quizá hoy más que nunca, es ser cómplices de las idolatrías del mundo moderno. Santa Teresa de Jesús, al hablarnos de Dios con la fuerza inimitable que ella tiene, sobre todo al regalárnoslo –su concepto de Dios, digo– con aquella experiencia vital que la distinguía, está invitándonos a una “determinada determinación” de entrar a fondo en el auténtico sentido de la vida.

El poder y los recursos humanos

Sí, hermanos, sí. Asusta hoy conocer el poder de la ciencia y de los recursos humanos. Asusta, aún más, conocer el uso que pueden hacer, de la ciencia y de los recursos humanos, hombres carentes de responsabilidad moral y religiosa. Y ésta es la situación en que hoy nos encontramos. Lo mismo me da que aparezca en el horizonte un tirano, que la conjunción de opiniones de un pueblo del mundo entero, si a éstas se les da un valor absoluto, simplemente porque brotan de la palabra o del signo de los hombres. Tanta tiranía puede haber en el gesto de uno solo como en la acción multitudinaria, pero desordenada, sin rumbo fijo, de una muchedumbre alejada de Dios.

Y esto es lo que hoy priva en el mundo en que vivimos. La triple relación del hombre con Dios, consigo mismo y con los demás hombres, se desconoce.

Se desconoce y se desprecia la ley natural, incluso. Claro, es lógico. Todo va unido. Y aun para poder conocerla, nos enseñaba nuestra teología católica, con certeza, con prontitud, con seguridad, en las diversas circunstancias en que la vida humana se desarrolla, es necesaria la luz de la Revelación. Y ésta se ha perdido, en gran parte. Entonces sucede que esa ciencia y esos recursos humanos, tan poderosos, de los que dispone el hombre hoy, están siempre como un poder amenazante sobre nosotros, en lugar de levantar la mirada con esperanza y con alegría, como criaturas agradecidas a Dios por esos progresos, que evidentemente son legítimos, pero cuyo uso puede invalidar las capacidades de los hombres al ponerlos al servicio de la destrucción, en lugar de al servicio del amor.

El hombre, a imagen de Dios

Falta el sentido de Dios y, poco a poco, va perdiéndose el auténtico sentido del hombre. En realidad, tendríamos que decir que no es ésta la tesis que hoy trato de demostrar, sino una afirmación que va en coherencia con lo que estoy diciendo: el ateísmo no puede nunca administrar el mundo, nunca jamás, por mucha honestidad que podamos conceder a un ateo –puede tenerla tan grande como un cristiano–. Pero el sistema que desconoce las posibilidades de la auténtica salvación del hombre no es válido para administrar el mundo. Y con

esto no decimos nada que se oponga a la legítima autonomía del orden temporal. ¿Qué tiene que ver la autonomía del orden temporal con lo que estoy diciendo? Por su propia autonomía este orden del mundo puede caminar, pero cuanto más camine, más obligado está a afirmar su dependencia de Dios creador, al que debe su origen, y esto es lo único que trato de afirmar. Luego dentro del mundo está la criatura humana y, como está hecha a imagen y semejanza de Dios, Dios está en el hombre, y cuando más se destruye a Dios, más se destruye al hombre. Olvidarnos de lo divino, en la tierra, es olvidarnos de lo humano. Más tarde o más temprano llega un momento en las civilizaciones, en el desarrollo de los sistemas políticos, en la incubación de los odios que generan los conflictos de raza, de religión, de tribu, de imperialismo económico, etc., llega un momento en que lo único que se desea es resolver el problema por la vía de la eliminación del adversario. Es decir, destruyendo al hombre, sea el que sea. A esto caminamos y cada día vamos recibiendo ejemplos confirmatorios de lo que digo.

La importancia de Dios en la vida

He ahí la importancia del sentido de Dios en la vida. He ahí la trascendencia de que no se desconozcan nunca las posibilidades de salvación: amor de salvación. Esto es lo que hizo vivir a Teresa de Jesús con tanto entusiasmo. Ella era una monja de la Encarnación. También vivía algo de los devaneos conventuales de la época. Aires de frivolidad, según el estilo de entonces, podían respirarse dentro de aquellos muros. Su alma estaba inquieta. Era noble de espíritu. Y en medio de esas frivolidades, que ella misma acusa, sentía sin embargo la inquietud de Dios.

La ocasión definitiva se la deparó un día el detenerse ante una imagen de Cristo llagado. Las lágrimas en que prorrumpió, las meditaciones silenciosas, las preguntas que se hacía a sí misma y la mirada vuelta hacia ese Cristo bendito, le hicieron comprender lo que significaba la redención. No sólo eso: le hicieron comprender el valor de Cristo Redentor y de las almas redimidas; las dos cosas. Entonces empezaron el amor a Dios y el amor al hombre. Teresa de Jesús es uno de los seres humanos, que mejor han cantado el amor al hombre. ¡Qué exclamaciones en sus obras cuando habla de que basta pronunciar Su Majestad y ver a qué imagen ha sido creado el hombre, para darnos cuenta de la grandeza del ánima redimida! Es su estilo, el de la época; es lo mismo que podríamos hoy decir con el estilo de la *Gaudium et Spes*, cuando hablamos de la estimación del ser humano y de las realidades temporales. Sólo que Teresa, como la Iglesia en sus documentos, no pierde el horizonte al que hay que mirar, y hace derivar la dignidad del ser humano de la grandeza y majestad de Dios, que le ha creado y de Cristo, que le ha redimido. “Daría mil vidas –dice ella– por un alma para que comprendiera que está en pecado, su error, y viera las grandezas de la gracia”.

El canto que hace a Dios alcanza las alturas místicas más notables, que pueden darse en una vida humana. Y, sin embargo, no sé qué ocurre en la vida de Santa Teresa, en su alma y en la forma en que describe los fenómenos que vivió, que nos parece todo próximo. Ahí hay algo que palpita: se siente a Dios. Esa pluma que escribe y se interrumpe, esa frase mil veces cortada, esos párrafos en que habla de sus monjas, de sí misma, y se lanza en un vuelo paulino a manifestar las grandezas de Dios, nos hablan hoy todavía con la misma viveza con que hablaban cuando fueron escritos.

La experiencia de un Dios misericordioso

Santa Teresa de Jesús no nos da una noción de Dios; nos da una experiencia de Dios. Nos da a conocer la transformación que ha sufrido, la vida interior a que ha llegado, el amor que siente. Cuando habla del pecado lo hace por contraste; de lo que quiere hablar es de la gracia, de la grandeza del alma. Y, cuando se pone a hablar en términos incapaces de desarrollar un poco mejor su pensamiento en tratados místicos que la invitan a escribir, no se le caen de la pluma las frases de: “la santidad de Dios”, “la majestad de Dios”, “la grandeza de Dios”, “la eternidad de Dios”. Y esto no produce distanciamiento. El presentar así a Dios, de ninguna manera favorece el que la criatura humana pueda sentirse alejada de ese Dios, cuyas grandezas canta. Por el contrario, lo manifiesta así, para luego desembocar caudalosamente en la afirmación mil veces repetida de que ese Dios lo ha hecho todo por amor al hombre. ¡Cuán grande será el hombre que ha merecido tal amor! Entonces invita al hombre, y más al cristiano, y le dice que reconozca su dignidad y que se dé cuenta de lo que tiene entre las manos. Le invita y le apremia; le requiebra, casi; está insistiéndole con golpes de amor, nacidos de su psicología de mujer, pero tocados de la gracia divina, para invitarle a considerar la nada de las cosas humanas –sin abandonarlas– en comparación de las grandezas de Dios.

Y lo mismo en las posadas que en los palacios de los nobles y aristócratas, contemplando las alhajas de Doña Luisa de la Cerda o viendo el jergón pobre que ha puesto para que duerman las monjas en esa fundación que empieza, donde sea: en Salamanca, en Sevilla, en Burgos, en un sitio y en otro, ella canta las grandezas de Dios. La que, por su estilo, podría presentarnos un Dios ante el que sólo cabe la reverencia, nos lo acerca tanto que nos lo sitúa en las manos; nos coloca en actitud de hacer como ella: ofrecerle nuestro amor en actos de una confianza insuperable. Porque Teresa de Jesús vivió el santo temor bíblico de Dios, unido con la máxima confianza en su misericordia. Al escribir su vida, la vida que no debemos dejar de leer nunca, ella llamó a ese libro en carta que escribió: “El libro de las misericordias de Dios”. Así es como ella definía el trato que Dios había querido tener con su criatura.

Santa Teresa, camino de santificación

Sentido de Dios, posibilidades de salvación, conversión creciente no sólo en el aspecto negativo de apartamiento de todo pecado, sino en el aspecto positivo de la inmersión cada día más plena y más crecida en el río caudaloso de la misericordia de Dios. “Víame como un espejo en el cual yo me miraba toda, y como que no había ni un lado ni otro, ni delante ni atrás; y en el centro, estaba la imagen de Dios y de su Cristo. Y, al poner mi mirada en Él me veía a mi misma reflejada como en ese espejo, y comprendía cómo por el pecado ese espejo puede convertirse en negrura, y no ver nada, ni a Dios ni al ser humano”.

Y sigue razonando y hablando en ese capítulo 40 de su Vida, refiriéndose a las dos llamas que se unen: la de Dios y la de la criatura humana. Ya es todo amor. Ya es todo sabiduría. Pero sigue siendo todo preocupación por los hombres. A ella, la que le correspondía –porque era una monja; no tenía que convertirse en un líder social o político–. La tarea que le correspondió a ella en favor de los

hombres fue buscar caminos de santificación, sobre todo para sus monjas; también para los hombres seculares de su época. Y así servía a Dios y servía a los hombres.

Hermanos: Han pasado los siglos. Seguirán pasando; se celebrarán nuevos Centenarios, seguirán viniendo a Ávila y atravesando sus murallas hombres de todas las religiones y de todos los continentes. Las obras de Santa Teresa no se les caerán de las manos. Buscarán en esa **“Doctora de la vida”** y encontrarán en sus palabras aliento y oxígeno, no solamente letras. Se reirán gozosamente con sus gracias. Se sentirán arrebatados de admiración ante sus elevaciones místicas, recordarán agradecidos a aquella mujer, que en pobres posadas, por los duros caminos de la mitad de la geografía española, anduvo de un lado para otro como testigo de Dios y de la esperanza. Desaparecerán los hombres que componen la Iglesia de hoy: el Papa Juan Pablo II; nosotros, los obispos que hoy vivimos y vosotros, los sacerdotes, religiosos y religiosas y los fieles. Pero el recuerdo de Santa Teresa no se extinguirá, porque cada día será más necesario ofrecer a los hombres fuentes puras, porque se necesita esa agua limpia para el espíritu.

La trascendencia de Dios sigue siendo actual

Apena profundamente que, dentro de la Iglesia, tratemos de rebajar el concepto de Dios, las grandes exigencias de su amor. Cuanto más grande presentemos a Dios, más grande hacemos al hombre. Y al revés. Cuanto más reduzcamos la Revelación e incluso el concepto filosófico de Dios, a dimensiones puramente humanas, a discusiones de sofistas entre nosotros, sobre todo dentro de la Iglesia. Cuanto más nos olvidemos los hombres, hasta el punto de que va quedando sin entidad propia la adoración a la Majestad de Dios, la sumisión a su voluntad santa, la estimación llena de amor a la venida de su Hijo al mundo, de sus sacramentos de salvación, de su perdón de los pecados, de la vida de gracia que nos ha regalado, de la santificación a que nos invita, cuanto más reduzcamos esto, peor servicio estamos haciendo a los hombres de hoy.

No se contribuye a dar orientaciones al mundo hoy –orientaciones válidas y auténticas– disminuyendo el sentido de la trascendencia, queriendo que todo sea eficaz con una eficacia terrestre. El amor al hombre hay que vivirlo como una exigencia del cristianismo en todo momento. Y estos héroes, testigos del amor y la esperanza, lo han vivido.

El vivir la trascendencia de Dios como punto de origen de referencia última, como fundamento de nuestro destino, como razón de nuestras actitudes morales, como base indispensable del diálogo de la criatura con su Creador, como regalo de amistad de Cristo, que “ya no quiere siervos, sino amigos”, regalo de amistad de ese Cristo amado por sus redimidos. El mantener todo esto y vivirlo en sus más profundas exigencias, es lo mejor que podemos hacer para el servicio que la Iglesia ha de prestar al mundo de hoy.

No tiene razón el marxismo, cuando nos quiere acusar de que lo fiamos todo a ese mundo nuevo, que ellos dicen nunca llegará, que es un adormecimiento, opio para la criatura humana, que nos libera de trabajar aquí, en la tierra. Eso es una injuria. El que piensa en el destino inmortal a que Dios le ha llamado en su

conversión y en su diálogo con Cristo Redentor, con el Evangelio y con la Iglesia; el que piensa esto y vive de ello es el mejor servidor de la humanidad. No se remite a un futuro que no sabe si llegará o no; está sirviendo al hombre.

El marxismo, en cambio, que proclama la inmediatez de sus triunfos, nunca logra esa redención definitiva del hombre. Él lo fía todo a una nueva etapa que tiene que llegar, cuando el mundo entero comulgue con esos ideales que predica, aunque para imponerlos, tenga que arrasar a media humanidad. Este sentido de la trascendencia tiene más sentido social e incluso de alta política humana de lo que parece. Cuando la Iglesia lo predica y lo vive y logra que en el alma de un hombre surja esta tensión creadora y participe de la redención humana, esa Iglesia está prestando un inmenso servicio a la humanidad que da frutos cuando y donde menos lo pensamos. Hoy pueden coger las obras de Santa Teresa un intelectual y un ignorante, un agnóstico inglés o alemán o español, un literato, cualquiera, y sienten la sacudida en su alma, porque dentro hay algo que sigue vibrando en todo ser humano. El hombre es un nómada que va buscando a Dios continuamente. Dichoso el que encuentra quien le guíe en el camino. Vosotros tenéis la dicha, hijos de Ávila, de que entre vosotros haya nacido y vivido esa mujer incomparable.

Santa Teresa sigue viva

Nos disponemos a conmemorar el IV Centenario de su muerte. A lo largo de este año irán produciéndose mayores acercamientos de grupos comunitarios o de personas individuales a Santa Teresa de Jesús. Y ella seguirá en su silencio, pero también con la elocuencia de sus obras: las escritas y las realizadas. Ahora ya no habla. Vive. Vive en la Iglesia, vive en sus hijas, vive en todos aquellos que sienten el don de la Iglesia, vive en el conjunto de las comunidades católicas. De un modo o de otro, todos suspiramos por acercarnos a ella. Como a una madre nos acogemos junto a Santa Teresa, la llamamos por su nombre, la invocamos con amor, y pedimos que sea intercesora nuestra.

Que lo sea también de España, que fue suya y sigue siéndolo. Ella se sentía hija de esta Patria que, a pesar de todos los pesares, nunca ha renegado de Dios. Podremos tener los mismos pecados que otros pueblos, los mismos defectos. ¡Más, no! Somos igualmente miserables por nuestra condición humana. Pero en estas tierras se ha servido a Dios, se ha mantenido la fe, se ha predicado el sentido de Dios, y, aunque abundara el pecado, terminaba sobreabundando la gracia.

Triste es que el hombre sucumba. Mucho más triste es que se pierda el sentido del pecado y no seamos capaces de levantarnos con el grito del arrepentimiento hacia el Dios del amor y la misericordia.

Pido que, en este Año Centenario, se refuercen los valores espirituales de la familia española. Temo –decía al principio– a los que abusan de su poder en el mundo de hoy, éste que tiene “su” idea del progreso, y no pone a Dios en el centro de sus actuaciones sociales humanas, las que conforman la realidad y la vida de los pueblos. Los sistemas filosóficos y políticos, que lo hacen así, traicionan al hombre. Es muy de temer que, por complacer a la mentalidad moderna, vaya extendiéndose una actitud positivista, la que únicamente se

reconoce en el dato sociológico, y como tal, por lo que él pide y demanda, así se hagan las leyes. En las leyes ha de buscarse siempre la justicia. No hay justicia sin la presencia de Dios.

España necesita un fortalecimiento de su vida cristiana, dentro del pluralismo, con respeto para todos, sin ofender a nadie. Somos nosotros los que lo necesitamos y sobre todo las familias. Y esa es la lección que podría darnos en su Centenario Santa Teresa de Jesús, junto a su sentido de la trascendencia, que informó cuanto ella hizo, y al que me he estado refiriendo en esta homilía.

La haría interminable y al mismo tiempo os ofendería, si quisiera seguir abusando de vosotros. No. Me he explayado un poco más, expresamente, para responder a la necesidad interior que siento de ofrecer mi obsequio a la Santa, por no poder estar en los días próximos. Y al ofrecérselo a ella, ofrecerlo igualmente a vosotros, hijos de Ávila, que tenéis una conciudadana y vecina, hija y hermana vuestra, conocida y amada en el mundo entero. Del testimonio de admiración, que despierta, os toca también un poco a vosotros. Las gentes hablan de vuestra ciudad y de vuestras tierras al tratar de conocer a Santa Teresa de Jesús.

Abridles vuestros brazos. Que cuando vengan aquí durante el año grupos de peregrinos de todas partes, se encuentren con la hermosa y templada ciudad de Ávila, que abre sus brazos, porque tiene, antes que sus brazos, abierto el corazón en nombre de los grandes amores a Dios y al prójimo que aprendió de Santa Teresa de Jesús. Así sea.